

TILLIE COLE

**NO
SOY
YO**

LOS VERDUGOS DE HADES

CHIC 

Gracias por comprar este ebook.

Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la *newsletter* de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Dedicatoria

Nota de la autora

Glosario

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo

Playlist

Agradecimientos

Sobre la autora

NO SOY YO

Tillie Cole

Los verdugos de Hades 1

Traducción de Aitana Vega

Principal de los Libros



NO SOY YO

V.1: Mayo, 2017

Título original: *It Ain't Me, Babe*

© Tillie Cole, 2014

© de la traducción, Aitana Vega, 2017

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2017

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: Viorel Sima/Shutterstock

Publicado por Principal de los Libros

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-16223-73-2

IBIC: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

NO SOY YO

Pecar nunca supo tan bien

Salome y Styx son polos opuestos.
Ella vive bajo las estrictas normas del profeta David.
Él ha crecido en un mundo de sexo, drogas y moteros.
Pero cuando se reencuentren, sus vidas cambiarán para siempre.

La novela erótica que ya ha enganchado a miles de lectoras.

«Una historia con la que aprenderás que puedes encontrar el amor, la esperanza y la salvación en el sitio menos esperado. *No soy yo* me mantuvo en vilo de principio a fin.»

Totally Booked Blog

«Un libro intenso con una preciosa historia de amor y lleno de giros inesperados. tenéis que leerlo.»

Pretty Little Book Reviews

*A los valientes que inspiraron esta historia,
que por fin encontréis la felicidad
y se escuchen vuestras voces.*

Nota de la autora

Me gustaría explicar por qué escribí algunas de las cosas que aparecen en este libro.

Estudié Religiones Comparadas en la universidad. Gracias a unos profesores increíbles, muchos de los cuales son considerados expertos dentro de ese campo, tuve la oportunidad de conocer a personas de culturas y fes diversas.

Durante mi último año, me especialicé en el área de Nuevos Movimientos Religiosos, Cultos y Sectas. Tuve la suerte de conocer a miembros y antiguos miembros de algunos de dichos grupos y de trabajar con ellos. La mayoría estaba contenta con el estilo de vida que había elegido llevar, aunque algunos no lo estaban. Diría que en torno al noventa y nueve por ciento de la gente a la que entrevisté y con la que trabajé era feliz como miembros de esos grupos, pero nunca olvidaré las desgarradoras y, a veces, inquietantes declaraciones de quienes no estaban contentos con la vida que llevaban.

Por desgracia, entre los genuinos y sinceros miembros de algunos de estos movimientos, también hay un pequeño número de oportunistas e individuos que, por razones desconocidas para la mayoría, utilizan la religión y su influencia en las personas inocentes para su propio beneficio personal, ya sea para obtener poder, control o, desgraciadamente, algo mucho más sórdido.

No soy yo se basa en el testimonio de exmiembros y líderes de numerosos movimientos religiosos que abusaron del poder que tenían sobre sus miembros, en especial, sobre las mujeres.

La protagonista de esta novela, Salome, sobrevive a unas experiencias basadas en los hechos reales que algunas de las supervivientes de estos movimientos religiosos me relataron. Abordar este tema era muy importante para mí, puesto que es un área de la vida, de la humanidad, de la que muchas personas no son conscientes.

A menudo, a las víctimas de estos grupos «oportunistas» no se les permite hablar. Por ello, quise dar a las mujeres que tuve el placer de conocer la oportunidad de ser escuchadas.

No soy yo es una obra de ficción, pero las doctrinas, las prácticas y las experiencias de Salome, sus hermanas y La Orden recogidas en ella se basan en el relato de muchas mujeres valientes que decidieron compartir su historia conmigo.

Soy una firme defensora de la libertad religiosa y del respeto, y tengo muchos amigos que profesan fes muy diversas. La mayor parte de los miembros de movimientos religiosos con los que trabajé eran personas honestas y buenas que no se merecen la mala reputación que muchos de ellos tienen. No obstante, me parece inaceptable que algunas personas utilicen a gente vulnerable, pura y temerosa de Dios y abusen de su confianza y su bondad para su propio beneficio personal.

Gracias por dedicar tiempo a leer esta nota. Espero que disfrutes de la novela.

Un abrazo,
Tillie

Glosario

(Los términos no aparecen por orden alfabético)

Terminología de la Orden

La Orden: Nuevo movimiento religioso apocalíptico cuya fe se fundamenta en ciertas enseñanzas cristianas seleccionadas y en la fuerte creencia de que el apocalipsis es inminente. Está liderada por el profeta David, quien se declara a sí mismo profeta de Dios y descendiente del rey David, junto a los ancianos y los discípulos. Los miembros conviven en una comuna aislada y llevan una forma de vida tradicional y modesta, basada en la poligamia y las prácticas religiosas no ortodoxas. Afirman que en el «mundo exterior» solo existe el pecado y el mal. No tienen contacto con nadie externo a la Orden.

La comuna: Propiedad de la Orden controlada por el profeta David. Es una comunidad segregada, vigilada por los discípulos y los ancianos y equipada con armas por si recibe un ataque del mundo exterior. Los hombres y las mujeres permanecen en áreas separadas. Las Malditas viven en alojamientos privados apartadas de todos los hombres, excepto de los ancianos. Todo el terreno está rodeado por una verja.

Ancianos: Grupo compuesto por cuatro hombres: Gabriel, Moses, Noah y Jacob. Se encargan del día a día de la comuna. Son los segundos al mando del profeta David y los responsables de la educación de las Malditas.

Guardias discípulos: Miembros masculinos de la Orden. Se encargan de proteger la comuna y a sus habitantes. Están bajo el mando de los ancianos y del profeta David.

Intercambio divino: Ritual sexual que se lleva a cabo entre los

miembros masculinos y femeninos de la Orden. Se cree que ayuda a los hombres a acercarse a Dios. El acto se realiza en ceremonias comunitarias. A menudo se utilizan narcóticos para conseguir una experiencia trascendental. Las mujeres tienen prohibido experimentar placer como castigo por acarrear el pecado original de Eva. Además, como parte de sus deberes como hermanas, deben realizar el ritual siempre que se les requiera.

Las Malditas: Mujeres y niñas de la Orden consideradas demasiado hermosas y pecadoras por naturaleza. Viven separadas del resto de la comuna. Se considera que son demasiado tentadoras para los hombres. Se cree que las Malditas son las que más posibilidades tienen de alejar a los hombres del camino correcto.

El pecado original: Creencia cristiana que, según san Agustín, afirma que el ser humano ha nacido pecador y tiene un deseo innato de desobedecer a Dios. El pecado original es el resultado de la desobediencia de Adán y Eva cuando comieron el fruto prohibido en el Jardín del Edén. En las doctrinas de la Orden, creadas por el profeta David, se culpa a Eva de tentar a Adán a pecar, por lo que se considera a las hermanas de la Orden seductoras y tentadoras desde el momento en el que nacen.

Terminología de los Verdugos de Hades

Verdugos de Hades: Club de moteros proscritos del uno por ciento fundado en Austin, Texas, en 1969.

Hades: Señor del inframundo en la mitología griega.

Base madre: Sede principal del club. Ubicación original.

Uno por ciento: Durante un tiempo se rumoreó que la Asociación Americana de Motociclismo (AMA, por sus siglas en inglés) había afirmado que el 99 por ciento de los moteros eran ciudadanos que respetaban la ley. Aquellos que no obedecían las normas de la AMA se denominaban a sí mismos «uno por ciento», es decir, el uno por ciento restante que no acataba la ley. La gran mayoría del uno por ciento pertenecen a clubs de moteros proscritos.

Cuero: Chaleco de cuero que llevan los moteros proscritos adornado con parches e ilustraciones que resaltan los colores distintivos del club.

Entregar/recibir los parches: Cuando a un nuevo miembro se lo aprueba como miembro de pleno derecho.

Iglesia: Donde tienen lugar las reuniones del club para los miembros de pleno derecho, dirigidas por el presidente del mismo.

Dama: Mujer casada con un miembro, protegida por su pareja. Este estatus es sagrado para los miembros del club.

Perra del club: Mujer que va a la sede del club para tener encuentros sexuales casuales con los miembros.

Zorra: Mujer que forma parte de la cultura motera. Término cariñoso.

Ir o irse con Hades: Coloquial. Hace referencia a morir.

Conocer al; ir o irse con el barquero: Coloquial. Morir. Hace referencia a Caronte, el barquero de los muertos, un demonio (espíritu) del inframundo de la mitología griega que transportaba las almas de los difuntos al averno. El precio a pagar para cruzar los ríos Estix y Aqueronte y llegar hasta Hades consistía en una moneda que se colocaba en la boca o los ojos del muerto al enterrarlo. Aquellos que no pagasen debían vagar durante cien años por las riveras del Estix.

Nieve: Cocaína.

Hielo: Metanfetamina.

Estructura organizativa de los Verdugos de Hades

Presidente (presi): Líder del club. Portador del mazo, símbolo del poder absoluto del presidente. El mazo se utiliza para mantener el orden en la iglesia. Dentro del club, su palabra es la ley. Los miembros más antiguos son sus consejeros. Nadie cuestiona sus decisiones.

Vicepresidente (VP): Segundo al mando. Ejecuta las órdenes del presidente y hace de enlace entre este y las demás facciones del club. Asume todas las responsabilidades y funciones del presidente en su ausencia.

Capitán de ruta: Responsable de todas las salidas del club. Investiga, planifica y organiza todas las salidas y carreras. Alto mando del club, solo responde ante el presidente o el VP.

Sargento de armas: Responsable de la seguridad del club, la vigilancia

y de mantener el orden en los eventos. Informa al presidente y al VP de comportamientos inapropiados. Se encarga del bienestar y la protección del club y de sus miembros y aspirantes.

Tesorero: Lleva un registro de todos los ingresos y gastos. También de todos los parches y colores del club actuales y pasados.

Secretario: Responsable de realizar y guardar todos los registros del club. Avisa a los miembros de las reuniones de emergencia.

Aspirante: Miembro en período de prueba del club. Participa en las salidas, pero tiene prohibido asistir a las reuniones.

Prólogo

—No te muevas de aquí, River, ¿lo pillas?

Subí el aire acondicionado de la camioneta, asentí con la cabeza y dije «vale» con gestos.

Tras cerrar de un portazo la puerta del conductor, mi viejo y el aspirante se adentraron en el bosque con la primera de las cuatro bolsas para cuerpos que contenían mexicanos muertos. En cuanto los perdí de vista, bajé de la camioneta de un salto; la hierba seca crujió al pisarla.

Incliné la cabeza hacia atrás y respiré hondo. Me encantaba estar al aire libre, ir en la parte de atrás de la moto del viejo, alejarme de los que esperaban que hablase.

Me subí a la plataforma de la camioneta, partí una rama larguirucha de un cedro cercano y empecé a sacudir las agujas a mi alrededor, solo por hacer algo. Enviar fiambres al barquero podía llevar horas —cavar, encalar, enterrar— así que me dirigí hacia los árboles y me puse a buscar serpientes entre la hierba alta.

No sé cuánto tiempo estuve caminando, pero cuando levanté la vista, me había adentrado en las profundidades del bosque. El aire a mi alrededor no se movía y estaba completamente perdido.

Mierda. Las instrucciones del viejo fueron claras: «No te muevas de aquí, River, ¿lo pillas?». Joder, me mataría si tenía que venir a buscarme. Las reglas para deshacerse de los cuerpos eran simples: cavar, tirar, salir por patas.

Miré a mi alrededor y divisé una colina. Empecé a subir para llegar a terreno más alto. Pretendía encontrar el camino de vuelta a la camioneta

antes de que el viejo apareciera y se cabreara.

Usé los troncos de los árboles como apoyo para escalar el empinado terreno. Al llegar a la cima, me sacudí el barro seco y los restos de corteza de los vaqueros. Cuando estuve más o menos limpio, oteé el horizonte y fruncí el ceño. A unos doscientos metros se levantaba la puta verja más grande del mundo. Me quedé boquiabierto. Era más larga y gruesa que cualquier cosa que hubiese visto antes. Me recordó a una cárcel, con rizos de alambre por toda la parte de arriba. Miré a mi alrededor, pero no vi signos de vida. Más allá de la verja solo había más bosque. Me pregunté qué sería. Estábamos en el culo del mundo, a kilómetros de las afueras de Austin, a kilómetros de todo. La gente no solía alejarse tanto del pueblo, no era idiota. El viejo decía que en ese lugar solo pasaban cosas malas: muertes, desapariciones, violencia y otros hechos inexplicables. Había sido así durante años, por eso empezó a venir aquí a deshacerse de los fiambres.

Me olvidé por completo de buscar el camino de vuelta a la camioneta y caminé entre la hierba alta en dirección a la verja. La curiosidad me hacía temblar de emoción. Me encantaba salir a explorar, pero casi me dio un infarto cuando, de repente, algo al otro lado de la verja me llamó la atención.

Había alguien allí.

Me quedé de piedra, con la vista fija en la silueta de una delgada y diminuta persona. Era una muchacha que llevaba un vestido largo gris y el pelo recogido de una forma extraña en la nuca.

Parecía de mi edad, tal vez un par de años menor.

Con el corazón latiendo a toda velocidad, me acerqué con sigilo. Su cuerpecito de aspecto débil desaparecía entre los pliegues de tela oscura del vestido mientras se hacía un ovillo bajo las ramas de un gran árbol. Le temblaban los hombros por el llanto y se estremecía con cada sollozo, pero no emitía ni un solo ruido.

Me dejé caer de rodillas, enredé los dedos entre los huecos de la verja y observé. Quería decir algo, pero solo hablaba con Kyler o el viejo, no podía hablar con nadie más. Incluso con ellos, no lo hacía a menudo.

Cerré los ojos, me concentré en desentumecer la garganta y luché por liberar unas palabras que nunca querían salir. Aquella era una batalla que siempre libraba y que rara vez ganaba.

Relajé la mandíbula y, cuando intenté hacer lo mismo con los músculos

de la cara, la diminuta muchacha se quedó inmóvil, con los ojos fijos en mí. Me solté de la verja y caí hacia atrás. Tenía unos ojos azules enormes y enrojecidos. Se llevó la pequeña mano a la cara para secarse las húmedas mejillas. Le temblaba el labio inferior y su pecho se elevaba de forma frenética.

Desde mi nueva posición, me di cuenta de que tenía el pelo negro como el carbón y la piel muy pálida. Nunca había visto a nadie como ella. Aunque tampoco conocía a muchos niños de mi edad. En el club casi no había. A excepción de Kyler, claro, pero él era mi mejor amigo, mi hermano del club.

De pronto, la chica entró en pánico. Su rostro palideció, se puso en pie y giró la cabeza hacia el bosque. Me levanté y me acerqué de nuevo a la verja a la vez que ella se movía; el metal chirrió con el contacto. La muchacha volvió a quedarse paralizada y miró hacia atrás, agarrada a una rama mientras me observaba.

A toda velocidad, le pregunté por signos quién era.

La chica tragó saliva nerviosa y ladeó la cabeza. Con cautela, se acercó en silencio. Su rostro reflejaba curiosidad. Me miraba fijamente las manos y cómo gesticulaba con el ceño fruncido.

Cuanto más se acercaba, más me costaba respirar y empecé a sentir calor por todo el cuerpo. Llevaba el pelo de color azabache recogido en un moño bajo y cubierto con una extraña tela blanca. Nunca había visto a nadie vestido así. Parecía muy rara.

Cuando se detuvo a un par de metros de distancia, contuve el aliento. Sentí una presión en el estómago y volví a preguntar por señas: «¿Quién eres?».

No respondió, sino que me observó perpleja. ¡Mierda! No entendía la lengua de signos. Casi nadie lo hacía. Oigo perfectamente, pero no hablo. Ky y el viejo son los únicos que saben interpretar lo que digo, pero ahora estaba solo.

Volví a respirar hondo, tragué saliva e hice todo lo posible por relajar la garganta. Cerré los ojos, visualicé lo que quería preguntar y, después de soltar el aire, intenté hablar con todas mis fuerzas.

—¿Q-quién e-eres?

Me quedé en *shock* y abrí los ojos como platos. Nunca había sido capaz de hacer algo así, hablar con un completo extraño. Las manos me temblaban

de emoción. ¡Podía hablar con esa chica! Podía hablar con ella, era la número tres.

Movida por la curiosidad, la muchacha se acercó más. A solo unos pasos de distancia, se arrodilló despacio en el suelo, con la cabeza ladeada y sin dejar de mirarme extrañada.

No despegó los grandes ojos azules de mí ni un segundo. La observé escudriñarme de arriba abajo una y otra vez. Me imaginé lo que contemplaba: una cabellera oscura despeinada, una camiseta negra y unos vaqueros, unas botas negras pesadas y unas muñequeras de cuero con el parche de los Verdugos.

Cuando nuestros ojos volvieron a encontrarse, me pareció que curvaba los labios y esbozaba una ligera sonrisa. Le hice un gesto con el dedo para que se acercase más.

Se giró rápidamente para comprobar que no había nadie. Cuando confirmó que estábamos solos, se levantó despacio, como antes, y avanzó un poco más. El bajo del vestido se le ensució al arrastrarlo por el suelo fangoso.

Cuando la tuve justo delante, volví a fijarme en lo diminuta que parecía. Yo era más alto, lo que la obligaba a alzar la cabeza para mirarme. Parecía estar muy cansada y las comisuras de los párpados le temblaban al levantar la vista a mí, como si algo le doliera.

Al darme cuenta de que estaba incómoda, señalé el suelo del bosque para indicarle que nos sentásemos. Asintió con la cabeza, bajó la mirada y, con esfuerzo, se dejó caer sobre las rodillas.

No hizo ni un solo ruido. Esperando otro milagro, tomé aire profundamente y lo solté despacio.

—¿Q-qué es e-este l-lugar? —tartamudeé. Me detuve varias veces y pensé bien las palabras mientras me esforzaba en pronunciarlas en voz alta. Una ola de emoción me atravesó el estómago: ¡había hablado otra vez!

Me miró la boca, pero se mantuvo en silencio. Tenía las cejas tensas y fruncía los labios rosados con concentración. Sabía que se preguntaba por qué hablaba raro, todo el mundo lo hacía. Se estaría preguntando por qué tartamudeaba. No lo sabía. Siempre lo había hecho. Había dejado de intentar arreglarlo hace años. Ahora me comunicaba con las manos. Odiaba que se rieran de mí por tartamudear, pero ella no se reía, ni siquiera un poco. Solo

me miraba confusa.

Al bajar la mirada, avergonzado, me di cuenta de que la muchacha tenía las manos muy cerca de la verja, a solo unos centímetros de las mías. Sin pensarlo dos veces, estiré el dedo a través de la malla metálica y le acaricié los nudillos. Quería tocarla, asegurarme de que era real. Tenía la piel muy suave.

Con un grito ahogado, apartó la mano como si le ardiera y la sostuvo contra el pecho.

—N-n-no t-te haré d-d-daño —dije lo más rápido que pude, preocupado por el terror que su rostro reflejaba. Tenía un rostro con forma de corazón.

No quería que me tuviera miedo. El viejo siempre decía que la gente debía temerme, que debía desconfiar de mí para mantenerme a salvo. Sabía que la mayoría de las personas de mi mundo concebían el hecho de que me comunicase por lengua de signos como una debilidad y, por eso, me dijo que tenía que hacerme fuerte y usar los puños en vez de las palabras. Ahora solo creían que era peligroso. Como decía Ky, nací para ser temido: el Verdugo mudo.

Sin embargo, ahora daría cualquier cosa por cambiar todo eso y hablar bien. No quería que ella me temiera la chica de ojos azules que parecían los de un lobo.

Me quedé sentado, como en trance, absorto ante esos ojos lobunos. Parecía un fantasma. No, una diosa. Una diosa como las de los murales de la pared del complejo. Como la diosa Perséfone, la esposa de Hades, el dios del inframundo que los Verdugos llevaban en sus parches.

En un abrir y cerrar de ojos, la muchacha volvió a acercar la mano temblorosa a la verja. No apartó la mirada de mí ni un momento. El blanco de sus ojos destellaba.

Me quedé completamente quieto. Era como un conejo asustado y no quería sobresaltarla. Nunca había visto a nadie así. Me sudaban las manos y el corazón me latía a toda velocidad.

Nerviosa, me acarició la mano con la yema del dedo y se ruborizó. Me esforcé en respirar mientras mi pulso acelerado me distraía.

Doblé el dedo índice para enredarlo con el suyo con suavidad y apoyé la frente en la rígida malla de alambre.

La chica frunció los labios entreabiertos y movió la punta de la nariz.

Dejé de respirar... Era preciosa.

—A-acércate m-más —susurré con un deje de desesperación en la voz. Volvió a sacudir la nariz y le sonreí—. E-eres p-preciosa —espeté y me mordí el labio en el último momento.

Apreté los puños al sentirme cada vez más frustrado por mi forma de hablar. Frunció el ceño, sacudió la cabeza y me di cuenta de que me entendía.

—¿Q-qué haces aquí s-sola?

Empezó a temblar y el blanco de los ojos parecía ganarle terreno al azul. Se la veía muy perdida y me pregunté por qué. Quería que se sintiera mejor y cambiar la tristeza que se le reflejaba en la mirada por alegría. No sabía qué hacer.

De repente, me acordé de los hermanos del club y de lo que hacían para hacer sonreír a las zorras de allí. Antes de estar seguro de lo que estaba haciendo, me incliné rápidamente y presioné la boca contra la suya a través del hueco que quedaba entre los alambres de la verja. Tenía los labios muy suaves.

No moví los labios, no sabía qué hacer, así que simplemente los mantuve cerrados sobre los suyos. Al cabo de unos segundos, los entreabrí y vi que apretaba los párpados con fuerza. Volví a cerrar los míos de inmediato y deseé que el momento se alargase un poco más.

Levanté la mano y le recorrí la cara con el dedo, pero se apartó con un grito ahogado. Cayó hacia atrás mientras se limpiaba la boca con las manos frenéticamente. Las lágrimas le caían por las mejillas. El miedo me sobrepasó y solté:

—L-l-lo s-s-s... —Me detuve y golpeé la verja con la mano, mientras me maldecía mentalmente por no ser capaz de hablar con propiedad. Respiré hondo, cerré los ojos y lo intenté de nuevo—. L-lo s-siento, p-perdona, n-no q-quería a-asustarte —conseguí articular.

Volvió a acurrucarse junto al árbol, con el vestido gris suelto sobre su diminuto cuerpo y las manos entrelazadas con fuerza. Empezó a recitar algo en silencio. Parecía un rezo. Escuché con atención mientras ella se balanceaba hacia adelante y hacia atrás, le brotaban lágrimas de los ojos.

—Perdóname, Señor, porque he pecado. Haz de mí lo que creas necesario. Perdóname, Señor, porque he pecado. He sido débil y debo pagar.

—D-dime a-algo. ¿E-estás b-bien? —le pregunté en voz cada vez más alta mientras sacudía la verja para intentar llegar hasta ella. No sabía por qué, pero necesitaba abrazarla. Tenía que arreglar las cosas. Parecía tan triste, tan asustada, lo odiaba.

La chica no se movió, se quedó en silencio y volvió a mirarme.

—¡River! ¿Dónde coño estás?

La voz profunda del viejo me llamaba a gritos desde las profundidades del bosque y me sacó del trance. Enterré la cabeza en las manos. «¡No, ahora no!», pensé. Volví a mirar a la chica y, a toda prisa, le solté:

—¿C-cómo te ll-llamas?

Estaba desesperado. Giré la cabeza hacia atrás y vi al viejo que caminaba furioso por el bosque, buscándome en la distancia.

—P-por f-favor, un n-nombre, a-algo.

Empezó a mecerse más deprisa y volvió a rezar en silencio.

—¡River! ¡Tienes cinco segundos para mover el culo hasta aquí! ¡No me hinchas los cojones!

—¡D-dímelo! ¡T-te lo s-suplico!

La muchacha se quedó paralizada, levantó la vista y me miró, atravesándome con esos ojos azules abiertos de forma extraña y luego susurró:

—Mi nombre es Mal. Todos somos malos.

Se atragantó con las palabras y gimió de miedo cuando oyó los gritos del viejo al pie de la colina.

Se agachó entre la espesa maleza y se alejó gateando, al tiempo que, de repente, empezaba a llorar en voz alta como si el dolor hubiese vuelto.

—¡No! ¡Quédate! —grité sin tartamudear a la silueta que se alejaba. Pero era demasiado tarde.

Me aparté de la verja y observé el último vestigio de su vestido que desaparecía en la oscuridad del bosque. Un sentimiento de vacío y desazón estuvo a punto de paralizarme las piernas. Entonces, abrí los ojos de par en par y llevé una mano a los labios, conmocionado. Había hablado, por primera vez en mi vida había hablado de forma clara y sin tartamudear: «No, quédate».

—¡River!

Me giré rápidamente y eché a correr colina abajo hasta el viejo.

—¡River!

Eché a correr entre la hierba alta, de vuelta a mi vida con el viejo y el club de moteros, sin dejar de preguntarme si volvería a ver a Mal alguna vez.

A la muchacha de ojos lobunos.

Capítulo 1

Salome

Quince años después

«Corre, vamos, no dejes de correr».

Supliqué para que las piernas me siguieran bombeando. Los músculos me quemaban como si me hubiesen inyectado veneno y ya no sentía los pies descalzos chocando contra el frío y duro suelo del bosque, pero no me iba a rendir, no podía.

«Respira, corre, no te detengas».

Recorrí la oscuridad del bosque con la mirada en busca de los discípulos. No había nadie a la vista, pero era solo cuestión de tiempo. Pronto se darían cuenta de que había desaparecido, pero no podía quedarme, no podía cumplir mi deber preestablecido con el profeta, no después de lo que había pasado esa noche.

Me ardían los pulmones por culpa de los intensos jadeos y el pecho se me hinchaba de agotamiento.

«Ignora el dolor. Corre, no dejes de correr».

Cuando conseguí pasar la tercera torre de vigilancia sin ser vista, me permití un breve momento de alegría. La verja no estaba demasiado lejos. Me concedí un segundo de esperanza. Puede que esta vez consiguiera escapar de verdad.

Entonces, se oyó el estruendo de la alarma de emergencia y me detuve en

seco.

«Lo saben. Vienen a por mí».

Me obligué a acelerar el ritmo y a hacer caso omiso de las ramas y espinas afiladas que se me clavaban en las plantas de los pies. Apreté los dientes. «Ignora el dolor, ignóralo, piensa en ella».

No podían encontrarme. No podía permitir que lo hicieran. Conocía las normas. No salir nunca. No intentar escapar jamás. Y, sin embargo, estaba huyendo. Estaba decidida a liberarme de su crueldad de una vez por todas.

Al ver los altos postes de la verja, los brazos me bombardearon con energías renovadas y recorrí los últimos metros que me separaban de ella. Me estampé contra el rígido metal y los postes rechinaron por la fuerza de la colisión. Empecé a buscar un agujero de forma frenética. Nada.

«¡No! ¡Por favor!».

Corrí junto a la valla, pero no había ningún hueco, ningún agujero, no había esperanza. Presa del pánico, me tiré al suelo y empecé a arañar la tierra húmeda para abrir un túnel, para cavar hacia la libertad. Levanté el barro seco con los dedos. Las uñas se me rompían, la piel se me rasgaba y empezaba a sangrar, pero no me detuve. La única opción era encontrar una salida.

La sirena seguía sonando, cada vez más alto, como si fuese la cuenta atrás de mi captura. Si me encontraban, me vigilarían día y noche, me tratarían incluso peor que hasta ahora, sería aún más prisionera de lo que ya era. Prefería morir.

«¿Cuánto hace que me he ido? ¿Estarán cerca?» El pánico me nublaba la mente, pero seguía cavando.

Entonces, oí a los perros que se acercaban, oí los ladridos, los gruñidos, la rabia, la despiadada furia de los perros de los guardias de la Orden. Empecé a cavar más y más deprisa.

Los guardias discípulos llevaban armas; grandes y semiautomáticas. Defendían esa tierra como leones. Eran brutales y siempre alcanzaban a sus presas. Me capturarían y me castigarían, igual que a ella. Me torturarían por desobedecer.

«Igual que a ella».

Los gruñidos de los perros eran más fuertes, los ásperos jadeos y los enervantes ladridos se oían cada vez más cerca. Me tragué el llanto que

amenazaba con salir de la garganta y seguí cavando, escarbando, en busca de la libertad. Me concentré en el deseo de ser libre. Por fin libre.

Me detuve un instante al escuchar un murmullo de voces. Se oyeron unos gritos secos dando órdenes, los cañones de las pistolas al cargarse, el eco de los seguros al quitarlos y las pisadas de las botas que se acercaban cada vez más. Estaban demasiado cerca.

Estuve a punto de gritar de terror y frustración cuando calculé que el agujero que había hecho no era lo bastante grande para pasar por él, pero tenía que continuar. No tenía elección, tenía que intentarlo. No podía pasar ni un día más en aquel infierno.

Pasé primero la cabeza, rocé con el pecho el terreno recién excavado y me deslicé por la diminuta abertura bajo la verja. Me arañé la piel de los hombros con el metal irregular de la malla de alambre, pero me dio igual, ¿qué importaba otra cicatriz?

Usé las manos como ancla para arrastrarme hacia delante. Las voces se oían con claridad, el timbre cristalino de los hermanos y los aullidos de los salvajes perros, consumidos por la sed de sangre.

—Estará buscando algún hueco o punto débil. Asegurad el segundo equipo junto a la puerta norte. Nos dirigiremos al sur y, no importa lo que pase, ¡encontradla! ¡El profeta hará caer la ira del Señor sobre nosotros si la perdemos!

Ahugué un grito de ansiedad y me esforcé por seguir adelante. Me escurrí sobre el barro seco, las piernas me temblaban por la desesperación. Tenía la piel llena de profundos arañazos. El vestido blanco se rasgó y se hizo jirones al engancharse en las púas dentadas del alambre. Observé sin poder hacer nada cómo la sangre goteaba sobre el suelo seco.

¡No! Estuve a punto de gritar, frustrada. Los perros olerían la sangre, los entrenaban para ello.

Con un último tirón, conseguí sacar el cuerpo, solo me quedaban las piernas. Me arrastré sobre la espalda, excavando con los talones, luchando por alcanzar la libertad.

El sentimiento o, más bien, el torrente de euforia que me invadió al darme cuenta de que ya casi lo había conseguido, se evaporó cuando un perro salió de un arbusto cercano.

Me concentré en un árbol del exterior del perímetro, un objetivo que

alcanzar. Intentaba forzar el cuerpo hacia delante, cuando una sacudida de dolor me atravesó la pierna izquierda. Unos afilados colmillos me desgarraron la carne y, al mirar hacia abajo, vi al robusto perro guardián con mi pantorrilla entre sus dientes mientras gruñía y sacudía la cabeza, desgarrándome la fina piel y el músculo.

Palidecí por la intensidad del dolor y luché contra la creciente sensación de náuseas. Lancé las manos al suelo en busca de una piedra grande. Ahogué un grito y arrastré la pierna mutilada lejos de la verja. El perro intentó pasar la enorme cabeza por el agujero sin soltarme. Me sacudía la pierna como si estuviera jugando con un palo.

Lo atacué con la poca energía que me quedaba. La piedra a la que me había sujetado para arrastrarme se soltó bajo mi mano y con ella golpeé la cabeza del perro una y otra vez. Se lanzó hacia delante con las fauces abiertas y seguí golpeándolo sin parar. Una espuma blanca y roja le goteaba entre los colmillos y los infernales ojos negros le ardían de ira. Los guardias discípulos hacían pasar hambre a los perros para que fueran sanguinarios y los obligaban a luchar entre sí para volverlos coléricos. Se dieron cuenta de que cuanto más hambrientos estaban, más fieros eran al perseguir a los desertores.

Inspiré por la nariz e intenté no perder la concentración, solo necesitaba aflojar el agarre del perro, una mínima liberación para sacar la pierna herida. Y entonces, pasó. Con un último chasquido de la piedra, el enfurecido animal retrocedió mientras sacudía la cabeza. Me deslicé por el estrecho hueco, respirando de forma brusca y entrecortada a causa de la conmoción.

Mientras me arrastraba lejos de la verja, un irónico pensamiento me cruzó la mente: lo había hecho de verdad. Era libre.

El perro, a pesar de estar atontado y recuperándose del golpe, se abalanzó hacia el agujero. Volvió a cerrar con brusquedad las garras y las fauces y me hizo volver a la realidad.

Mientras me alejaba despacio, rellené el hueco con tanto barro como pude. Luego intenté levantarme, pero la pierna herida no soportaba la tensión, no aguantaba mi peso. Internamente, grité: «¡No! ¡Ahora no! Por favor, Señor, dame fuerzas para seguir».

—¡Aquí! ¡Está aquí!

Un discípulo con un uniforme negro apareció entre el denso follaje y me

observó furioso agazapada al otro lado de la verja. El corazón me dio un vuelco cuando se quitó el pasamontañas. Gabriel, el segundo al mando del profeta David. Una espesa barba castaña le cubría la mayor parte de la cara, como era costumbre entre los hermanos de la Orden. Sin embargo, Gabriel era el discípulo al que mi gente más temía, el hombre responsable de la atrocidad que había presenciado esa noche, el responsable de que la hubiera perdido.

Chasqueó la lengua y sacudió la cabeza con desaprobación mientras se acercaba despacio. Se agachó para mirarme a los ojos.

—Salome, estúpida chiquilla. No habrás creído que podías marcharte sin más, ¿verdad? —Esbozó una sonrisa y se inclinó aún más cerca de la malla metálica—. Vuelve y asume tu castigo. Has pecado de forma grave.

Se rio con condescendencia y los demás discípulos lo imitaron. Cada fibra de mi cuerpo tembló de terror.

—Debe de ser cosa de familia.

Intenté ignorar sus burlas. Disimuladamente, revisé los alrededores en busca de una ruta de escape. Entonces, Gabriel se incorporó y entrecerró los ojos.

—Ni se te ocurra. Si huyes, te encontraremos. Este es tu sitio, con el profeta y con tu gente. Te está esperando en el altar y, después de lo que ha pasado hoy, está impaciente por seguir con la ceremonia. No hay nada para ti fuera de esta verja. Nada más que engaño, pecado y muerte.

Me arrastré hasta el árbol que me había marcado como objetivo y me agarré a la áspera corteza para incorporarme. Hice todo lo posible por bloquear sus palabras, pero las piernas me flaquearon. Más discípulos surgieron de detrás del denso arbusto para verme tropezar y me apuntaron a la cabeza sin titubear con enormes armas.

No podían disparar, no iban a hacerlo. El profeta David no lo permitiría. Ahora mismo, era consciente de que tenía el poder. Sin embargo, aunque consiguiese escapar hoy, nunca dejarían de buscarme, creían que era su salvación. Bajé la vista al tatuaje que llevaba en la muñeca, froté la escritura y leí el pasaje de tinta que me habían obligado a grabarme en la piel cuando era niña. Ya no creía en la Orden, así de simple. Si eso me convertía en una pecadora, entonces me alegraba de formar parte de los caídos.

Ignoré cómo me temblaban las manos, me agaché para rasgar el bajo del

vestido y arranqué una larga tira de tela del dobladillo. Me la até alrededor de la herida abierta para contener la hemorragia.

—Salome, piénsalo bien. Tu desobediencia acarreará un castigo severo para todas las hijas. Seguro que no quieres eso para tus hermanas, para Delilah y Magdalene. ¿Quieres que ellas sufran porque tú has sido débil y te has rendido a la tentación?

El tono calmado de Gabriel me heló la sangre. Mis hermanas. Las quería, las quería más que a nada, pero tenía que hacer esto. No podía volver, ya no. Había recibido la llamada de atención que necesitaba para dar por fin el salto y escapar. Debía de existir una vida diferente a esta, diferente a la vida que me esperaba a su lado.

Tras echar un último vistazo a la única familia que había conocido, me di la vuelta. Me adentré en la oscura espesura del bosque, arrastrando la pierna izquierda mientras me alejaba.

«Corre, no dejes de correr».

—¡Al infierno con ella! —gritó Gabriel, y empezó a dar órdenes con voz estridente—: Moveos. Id a las puertas y separaos. ¡No la perdáis!

Estaban de camino. Las puertas no quedaban demasiado lejos, pero sí lo bastante para darme un poco de ventaja. Necesitaba tiempo.

Cada vez más dentro del bosque, me obligué a moverme más deprisa. Usé todas mis fuerzas y llevé mi cuerpo al límite. Rezaba a cada paso que daba. No grité, ni siquiera lloré cuando las ramas bajas me arañaron la cara, ni cuando los grandes arbustos me golpeaban.

Sabía que sangraba mucho. Me dolía, pero seguí adelante. Aún magullada y maltrecha, lo que me esperaba en la Orden si volvía era mucho peor.

Mientras corría a través de los árboles, empezó a oscurecer. Las horas pasaron, tuve que esquivar serpientes e insectos, pero no me detuve. La luna empezaba a brillar en el cielo mientras la luz del día se apagaba. Me sentía cada vez más débil, la pierna seguía sangrando sin parar. Cubrí la herida con más tela sucia, pero lo más importante era que los guardias no me habían encontrado. Estaba cansada, pero meforcé a continuar.

Finalmente, cuando había llegado al límite de mis fuerzas y casi había perdido la esperanza, encontré una carretera. Con energía renovada, bajé a trompicones por la empinada colina y aterricé sobre el pavimento de

hormigón lleno de baches.

Me felicité porque no me hubieran encontrado. No lo habían hecho. Sin embargo, no podía bajar la guardia, no sería realmente libre hasta que estuviera muy, muy lejos de allí.

Cojeé por el borde de la carretera, era un camino silencioso y desierto. Lo único que se oía en la oscuridad eran los chirridos de los grillos y el ulular de los búhos. No sabía dónde estaba. Era la primera vez que salía de la Orden. Estaba perdida.

Mientras intentaba decidir cuál sería mi próximo movimiento, unas luces aparecieron de repente tras una curva cerrada. Levanté la mano para protegerme los ojos del resplandor cuando un enorme vehículo apareció en la lejanía, un gran vehículo negro que redujo la velocidad hasta detenerse a mi lado. La ventanilla bajó y reveló el horrorizado rostro de una mujer mayor.

—¡Por el amor de Dios! ¡Cielo! ¿Qué haces aquí sola? ¿Necesitas ayuda?

Un habitante del exterior. Las enseñanzas del profeta David me vinieron a la cabeza: «No habléis nunca con los habitantes del exterior. Son los siervos del diablo. Hacen el trabajo del demonio». Pero no tenía elección.

—Por favor, ayúdeme —dije con voz ronca.

Llevaba mucho tiempo sin beber nada y sentía la garganta como si me hubiese tragado un puñado de arena. La mujer se inclinó hacia delante y la gigantesca puerta se abrió con un pequeño estallido.

—Sube, cielo. Esta carretera no es lugar para una jovencita como tú, sobre todo a estas horas de la noche. Hay tipos peligrosos por aquí y no te gustaría que te encontrasen sola.

Cojeando, me agarré a las barras metálicas que había en el lateral del vehículo y me encaramé al cálido asiento. Recordé que debía permanecer alerta, en guardia.

Los ojos marrones entrecerrados de la mujer se abrieron de par en par, su pelo gris formaba un esponjoso halo alrededor de su cabeza.

—¡Cielo, tu pierna...! Necesitas ir al hospital. ¿Cómo te has hecho eso? ¡Estás hecha un desastre!

—Por favor, solo necesito que me lleve al pueblo más cercano. No necesito que me curen —susurré. Volvía a pensar con claridad y a respirar con calma.

—¿El pueblo más cercano, muchacha? Eso está a kilómetros de distancia. ¡Necesitas ayuda ahora! ¿Qué te ha pasado? Tienes una pinta horrible. —Entonces, dio un grito ahogado—. Por favor, dime que no te han atacado. Dime que ningún hombre te ha forzado.

Me recorrió el cuerpo con la mirada hasta la sangre que me brotaba de la pierna, luego miró atrás a través de los grandes espejos que había pegados a las puertas.

—No... ¿no te habrán violado?

No la miré a los ojos. No iba a poder controlarme. Me habían enseñado que todas las personas que no pertenecían a la Orden intentarían tentarme. Era una de las elegidas del profeta David, todos me envidiaban. Tenía que evitar caer en su trampa.

—Nadie me ha atacado. Por favor, lléveme a un pueblo —volví a suplicar.

El enorme vehículo salió a la oscura carretera con el ensordecedor estruendo de un claxon. Me estremecí por el sonido y me quedé mirando por la gran ventana, sumida en mis oraciones: «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea...».

—¿De dónde has salido, cielo?

La voz de la mujer interrumpió mis pensamientos. Era dulce y tentadora. Sonaba como una canción de cuna. ¿Estaba disimulando intenciones malvadas? ¿O era sincera? No lo sabía. ¡No tenía ni idea! La cabeza me daba vueltas y no podía pensar con lucidez. Me mantuve en silencio.

—¿Has salido del bosque? ¿Cómo? ¿De dónde? Allí no hay nada más que plantas y osos. Nadie en su sano juicio se metería ahí. Demasiadas cosas infames acechan entre esos árboles. He oído rumores de que hay un centro de pruebas del Gobierno por ahí o algo así.

No me atrevía a mirarla. Siguió hablando, pero me las arreglé para bloquear el sonido.

Viajamos lejos y pasaron varias horas. No sabía dónde estábamos, pero me sentía más relajada a cada metro que avanzábamos. Estaba cansada y, por suerte, la pierna ya no me dolía. Estaba totalmente agotada y adormilada. Me esforcé en mantener los ojos abiertos y, cuando me di cuenta de que no podría seguir consciente durante mucho más tiempo, supe que era el momento de actuar.

—Por favor, pare —pedí, presionando las manos contra el vidrio del enorme ventanal de cristal.

Escudriñé el terreno estéril del exterior en busca de un lugar donde refugiarme. Suspiré aliviada cuando vislumbré un edificio cuadrado de color gris situado en un camino alejado de la carretera principal. Allí podría refugiarme, esconderme y descansar hasta recuperar las fuerzas suficientes para continuar.

La mujer redujo la velocidad y sacudió la cabeza.

—¡Ni hablar, de eso nada, no pienso dejarte aquí! El centro todavía está muy lejos. Una chica como tú no pinta nada en un sitio como este. Es peligroso y está lleno de tipos muy malos. ¿Acaso sabes siquiera qué es este lugar?

Se me empezó a nublar la vista, a punto de quedarse totalmente negra. Presa del pánico, afirmé:

—Mi amiga está aquí. Me está esperando.

Me sorprendió lo fácil que me resultó mentir. El vehículo derrapó sobre la gravilla y se detuvo con una sacudida.

—¿Tienes amigos aquí? —preguntó escandalizada.

—Sí.

—Vaya, que me aspen. No creí que fueras una de esas. Supongo que el demonio tiene muchas caras. Eso explica en cierto modo el estado en que estás. Supongo que querían enseñarte una lección, ¿eh? ¿Te dejaron en medio del bosque para que encontrases sola el camino de vuelta? Y aquí estás, arrastrándote cubierta de sangre y magullada para volver a la guarida del diablo.

No entendí lo que decía. ¿A qué se refería con «una de esas»? Abrí la puerta y me lancé al duro suelo sin decir ni una sola palabra más. Tenía que esconderme. Necesitaba reunir fuerzas para seguir avanzando.

Con un fuerte silbido, el enorme vehículo se marchó. Me tambaleé por la carretera hasta el lejano edificio. Era inmenso, imponente y estaba rodeado por una verja. Pero lo más importante es que ya estaba cerca y que las grandes puertas que parecían muy pesadas estaban ligeramente abiertas, lo suficiente para colarme entre ellas.

Conseguí pasar, la vista se me nublabo cada vez más. Sabía que no podía continuar. Exhausta, me tumbé sobre el duro suelo detrás de una hilera de

contenedores de gran tamaño y me rendí a las ansias de sueño. Lo último que vi al cerrar los ojos fue... a Satán. Estaba pintado en la pared del edificio de enfrente, sentado sobre un gran trono con una mujer de ojos azules a su lado.

Me desperté sobresaltada y temblé de pánico ante la imagen que tenía delante. Las palabras de la mujer que conducía el enorme vehículo resonaron en mi cabeza. «¿Dónde narices estaba?»

Poco después, incapaz ya de combatir el sueño, tuve un último pensamiento mientras me deslizaba a la inconsciencia: «No hay nada en el exterior más que engaño, pecado y muerte».

Capítulo 2

Styx

Entré en el complejo hecho una furia, me ardía la sangre. Varias perras del club se apartaron de mi camino, una reacción inteligente.

Abrí de un portazo las puertas de mi oficina, me detuve ante la pared más cercana y di un puñetazo contra el cemento. Cerré los ojos y respiré despacio, repasé lo que iba a decir con cuidado. No podía perder los nervios delante de los hermanos.

Mi vicepresidente y mejor amigo, Ky, entró en la habitación tras de mí intentando no hacer ruido, pero las botas crujían sobre el suelo de madera noble. Me giré para mirarle y me indicó que estábamos solos. Solté un largo y frustrado suspiro.

—¡P-putos D-Diablos de m-mierda! —conseguí articular con mi maldita boca defectuosa.

Ky se me quedó mirando, inexpresivo. Se acercó al minibar y me sirvió un *bourbon*, ya sabía qué hacer. Me pasó el vaso lleno de mi medicina particular. Me lo acabé de un solo trago. Luego, bebí otro, y, después, otro más. Finalmente, sentí que la sogá que siempre me oprimía las cuerdas vocales se aflojaba.

—¿Más?

Ky seguía de pie junto al minibar con una botella de Jim Beam en la mano. Me aclaré la garganta e hice un intento:

—N-n-no.

¡Mierda! Con las manos, le pedí que me sirviera otro trago, y otro, y uno

más para asegurarme.

Levantó las rubias cejas, preguntando sin palabras si quería más.

—M-mejor —solté con un suspiro de alivio.

La habitación me daba vueltas, pero al menos la pitón de los cojones que tenía metida en la laringe había decidido echarse una siesta.

—K-Ky, más te vale llegar al fondo de e-esto o v-vamos a ir a la guerra, ¿lo pillas? ¡E-Estoy hasta los c-cojones d-de t-todo!

La expresión le cambió. Se puso pálido como un fantasma y levantó las manos para enfatizar sus palabras:

—Styx, tío, tranquilo. Te juro que lo tenemos todo controlado. Algún hijo de puta se cargó el trato a nuestras espaldas.

Esta cagada de operación había sido cosa suya y claramente no tenía ni puta idea de qué coño había salido mal. ¿Cómo pudo irse a la mierda en pocos días un trato pactado hace meses con los rusos?

Me pasé una mano por la nuca y con la otra señalé hacia la iglesia. Ky asintió con la cabeza, había entendido mis instrucciones.

Estiré la mano para coger la media botella de Beam que quedaba y bebí directamente de ella. Sentí cómo el ardiente líquido me quemaba la garganta.

Ky fue a reunir a los hermanos y así darme tiempo para recomponerme. Mientras paseaba impaciente por la oficina, supe que tenía razón. Los putos Diablos. ¡Tenían que haber sido ellos!

Alguien nos había vendido, era la única explicación. ¡Y el cabrón iba a morir por ello!

Salí de la oficina y entré en la iglesia, mientras acababa de tragar el licor marrón oscuro. Me ayudaba a hablar con más fluidez. Las putas palabras siempre se me atragantaban, nunca ponían de su parte.

Rápidamente, los hermanos llenaron la habitación, veía la tensión en sus caras al mirarme, con miedo. Hacían bien. Estaba a punto de hacerle a alguien otro agujero en el culo. Olía a tumba. Nadie traicionaba a un hermano. Al menos, nadie que tuviera intención de vivir una vida larga y sin dolor.

Sonreí al ver cómo casi se cagaron encima al verme. Lo único que impide que la gente te machaque por ser un gilipollas que no sabe hablar es ser un asesino con sangre fría y puños de hierro. Tiene gracia, nadie dice una

mierda sobre cómo te ahogas con las palabras si de un puñetazo en la boca lo dejas paralizado de cuello para abajo.

Ky cerró la puerta, señal de que todos los Verdugos estaban presentes. Pegué otro trago al *bourbon* y me senté en el asiento superior, mazo en mano. Mi VP se puso a mi derecha, observándome con atención y esperando a que empezase.

Saqué mi cuchillo KM 2000 del ejército alemán favorito de la bota y lo clavé en la madera de la mesa que tenía delante, la hoja atravesó el grueso roble como si fuese mantequilla.

Todos abrieron los ojos de golpe.

Quedaba claro.

Me recosté en la silla y le indiqué a Ky por señas que empezase a interpretar.

«Si alguien sabe qué coño ha salido mal esta noche, más vale que empiece a hablar. Ya».

Nadie dijo nada ni me miró a los ojos. Sentí una punzada de irritación en la mandíbula. Apoyé los codos en la mesa y seguí gesticulando: «Este trato llevaba cuatro meses sobre la mesa. La entrega, el transporte, hasta el último puñetero detalle. Todo estaba planeado al milímetro. Y llegamos al lugar del encuentro, con los camiones llenos para que nos digan que otro proveedor se nos ha adelantado, que alguien está operando en nuestro territorio. ¡Venga ya, cabrones! La pregunta es, ¿quién nos roba los negocios?». Ky volvió a sentarse y observaba cómo movía las manos de forma cada vez más frenética cuanto más me cabreaba. «Y, lo que es más importante, ¿cómo cojones conocían el trato? Esa información estaba bien guardada».

Aproveché que Ky hacía una pausa para respirar y levanté el cuchillo. Señalé con él a todos los hermanos de la sala, mirándolos a los ojos uno por uno, luego me coloqué la hoja entre los dientes y seguí gesticulando: «Cincuenta cajas de AK 47, diez de fusiles M82 y otras diez de las mejores semiautomáticas. Y ahora no tenemos comprador. Los colombianos no van a hacernos una puta devolución. Así que esto es lo que vamos a hacer». Ky elevaba el tono según la rabia aumentaba y esperó a que terminase.

Pasé la lengua por el filo del cuchillo, en la habitación se notaba el asqueroso hedor de la traición. La intimidación siempre hacía salir a los topos y se me daba de puta madre, el viejo me había enseñado bien. No

tengo un cobertizo insonorizado para hacer trabajos de carpintería de mierda, eso seguro.

Volví a clavar el cuchillo despacio en la mesa y seguí gesticulando: «Tenemos que encontrar otro comprador pronto o nuestros amigos de la ATF* nos harán una visita. Luego, buscaremos al cabrón que ha tenido los cojones de jodernos. Yo, el presi, sospecho de los Diablos, pero podría ser cualquiera. Tenemos una lista de enemigos tan larga como la puta avenida Pensilvania».

Ky se aclaró la garganta.

—¿Puedo hablar libremente?

Le di permiso con un seco asentimiento de cabeza.

—Sé que se la tienes jurada a los Diablos, hermano. Joder, quiero mandárselos a Hades tanto como tú, pero lo suyo es la nieve. Nunca he oído que trabajasen con armas. Solo digo que, a mí, esto no me huele a mexicanos.

Tenía algo de razón. Los mexicanos que rondaban por esta zona de Texas vendían para el cártel, eran narcos de pies a cabeza que cruzaban la frontera con facilidad.

Crují los nudillos mientras pensaba y el cuero rechinó por el movimiento. De repente, lancé el KM 2000 y lo observé clavarse como en la pared del fondo como si esta fuera de mantequilla, justo en el centro del emblema del club.

Le hice un gesto rápido a Ky con la barbilla para que me mirase y siguiera interpretando: «¿Quién más podría haber sido? ¿Estamos bien con la banda de Austin?»

Vikingo, el secretario del club, un jodido gigante de unos treinta y cinco, pelirrojo, de piel pálida y con barba larga y roja, asintió con la cabeza.

—Sí, les pagamos bien cuando tenemos que cruzar su territorio. No hay jaleo con ellos.

—¿Los irlandeses? —preguntó Ky.

—Intentan pasar desapercibidos desde la última redada. Tommy O’Keefe volvió a la isla Esmeralda. Seis hermanos están en chirona —explicó Tanque, el tesorero, exneonazi, un tío robusto, de treinta y un años y con tatuajes por todo el cuerpo. Se pasó la mano por la cicatriz de un pincho de la cárcel que tenía en la cabeza afeitada casi al cero.

Solté un largo suspiro, bebí otro trago de *bourbon* y pregunté mediante signos: «¿Alguna idea de quién querría las armas?». Ky transmitió la pregunta.

AK, el sargento de armas, alzó la barbilla. Era un tipo alto de casi treinta años, de pelo largo y castaño con perilla, ex marine y francotirador, capaz de darle a cualquier objetivo.

—Tengo un contacto entre los chechenos. Tal vez les interese. Están en guerra con los rojos. Podría ser la venganza perfecta. Les contaremos lo que los rusos están comprando. Querrán estar al mismo nivel. Los ayudaremos y, de paso, les quedará claro a esos rojos de mierda que nunca debieron dejarnos tirados.

Asentí con la cabeza y sentí una pizca de alivio.

«Prepáralo», ordené, y todos los hermanos se relajaron un poco.

Llama, un loco hijo de puta con cresta de veinticinco años, con unos tatuajes de llamas naranjas en el cuello y la mitad del cuerpo cubierto de *piercings* y cicatrices, se puso de pie, gruñendo, y cruzó la habitación mientras se golpeaba los bíceps con las manos. Había pasado la mitad de su vida entrando y saliendo del loquero por unos claros problemas de ira y, cuando salía, se ponía a matar escoria por diversión. Una puta locura. Un par de años después, nos encontró y lo reclutamos. Nos ayudó en la guerra contra los mexicanos y probó ser cien por cien leal al club. Le dimos los parches. Ahora le dejamos que haga de las suyas con los mamones que de verdad merecen morir retorciéndose de dolor. El cabrón se vuelve muy creativo.

Llama sacó el cuchillo de la pared, se hizo un corte en la parte interior del brazo y gruñó como si una puta le estuviese chupando la polla. La sangre goteó sobre el suelo y siseó de placer con los ojos cerrados. Joder, el tío estaba fuerte. Sería bastante guapo si no tuviese la mirada fría de un asesino. Las zorras hacían bien al alejarse del psicópata. Si alguna de ellas lo tocara, le arrancaría el puto corazón del pecho con las manos.

Ky puso los ojos en blanco. Entendí lo que quería decir. Llama necesitaba descargar energía. No tardaría mucho en hacerlo, todos lo haríamos. Se acercaba una puta guerra, lo sentía en los huesos.

—¿Estás bien, hermano? —le preguntó Ky.

Todos miramos a Llama, había un charco de sangre a sus pies y la polla

dura se le marcaba en los pantalones de cuero. Se acercó a mí mientras me señalaba con el puto cuchillo. Los ojos negros le centelleaban.

—Hay que derramar sangre, enseñarle una lección al chivato. La venganza me hierve en las venas, presi, me corroe la sangre como veneno.

—En cuanto sepamos algo, te lo dejaremos a ti —le aseguró Ky y asentí con aprobación.

Llama sonrió, los dientes blancos le brillaban y el tatuaje negro de las encías donde ponía «dolor» resaltaba sobre la carne rosácea.

—¡Sí, joder! —exclamó.

Escaneé a los demás hermanos en busca de algún movimiento o algún signo de miedo. Todavía nada. Nada de nada.

Mientras me levantaba de la silla, pregunté por signos: «¿Alguna cosa más?». Ky lo expresó en voz alta.

Como respuesta, todos negaron con la cabeza. Cogí el mazo y lo estampé en la madera. Ky se giró para mirar a los demás y les dedicó una sonrisa de triunfo.

—No sé vosotros, pero yo me voy a echar un buen polvo.

Me levanté de la silla y todos se marcharon en busca de alguna perra con la que pasar la noche, en silencio y claramente cabreados. Ky se quedó atrás. El puto Kyler Willis, veintisiete años y una pinta de modelo perfecto. Alto, delgado y con un pelo rubio que hacía que las zorras se corriesen con solo mirarlo. Mi amigo más antiguo. Su viejo era el VP del mío. El año pasado los dos se fueron con el barquero en la guerra con los mexicanos. A mí me hicieron presidente y, a Ky, VP, solo lo mejor para la sede madre de los Verdugos. Siempre hemos vivido, respirado y sangrado por Hades. Cuando nuestros padres murieron, intenté que no me votasen, ¿quién coño iba a querer a un tartamudo de mierda de presidente? Pero la decisión de los hermanos fue unánime. Los Verdugos de Hades respetarían la línea de sucesión. Con veintiséis años era el presidente del club de moteros más letal y conocido del país. Sin presiones. ¡Y una mierda!

Ky me puso la mano en el hombro y me dijo:

—Los pillaremos. Nadie nos la juega, Styx. Todos saben cómo funcionan las cosas aquí en Texas. Esos cabrones han firmado su sentencia de muerte.

Solté una carcajada y me pasé una mano por las mejillas sin afeitarse.

—Va-vamos a arreglar e-esto lo antes p-possible, t-tú y yo juntos. ¿Verdad?

Hice un gesto de dolor al ver que volvía a tartamudear, el licor solo me daba unos momentos de mierda antes de que la pitón volviese a estrangularme. Odiaba comunicarme por signos, pero por alguna extraña razón solo era capaz de hablar con Ky. Ahora que el viejo se había reunido con Hades, solo quedaba una persona con la que podía hablar.

—Claro que sí. —Me dedicó esa puta sonrisa suya tan cursi.

—¡J-joder! —susurré—. T-tú deberías s-ser el p-presidente, K-ky, no y-yo.

—¡Y una polla! —Se acercó a mí todo lo posible—. No puedes hablar, vale, esa mierda la entiendo, pero puedes formar palabras con las manos. Predicas con el ejemplo, hermano. Siempre estás en primera línea de fuego, eres el presidente de los Verdugos, ¡así que cierra la puta boca! Tu viejo siempre quiso que siguieras sus pasos, igual que él hizo con el suyo. Sí, puede que te haya tocado antes de lo esperado, pero te has estado preparando para esto durante años. En esta vida la edad no es más que un número de mierda. ¡Lo único que importa es tener cojones y a ti te sobran! Joder, Styx, ¡eres el infame Verdugo mudo!

Ky retrocedió mientras se frotaba las manos y sonrió.

—Además, soy demasiado guapo para estar al mando, joder. Me gusta hacer de portavoz. ¡Ya sabes que me encanta el sonido de mi propia voz!

Qué razón tenía. A veces me preguntaba por qué coño desperdiciaba su vida en el club. Con su aspecto y su personalidad podría triunfar en cualquier parte. Pero igual que yo, esto era todo lo que conocía. Nacidos y criados para vestir el cuero. No había salida. Aunque tampoco la buscábamos.

—¿Has acabado de portarte como una maricona llorica? —preguntó y me pasó el brazo por los hombros—. ¿Por qué no vas a buscar a Lois y liberas un poco de estrés?

—S-Sí.

—Bien. Yo me quedo con Tiff y Jules. Tendrías que verlas cuando se lamen entre ellas, colega. Pierdo la cabeza todas las putas veces. Sobre todo, si la tengo metida en uno de esos culos estrechos. Una vista que te cagas. —Hizo una pausa, esperando una respuesta—. ¿Lo pillas? Que te cagas.

Joder, era un capullo. Y, para colmo, un capullo sin gracia.

Cuando salí de la oficina, toda la habitación se quedó en silencio. Le hice un gesto con la barbilla a Lois, que estaba al otro lado del bar. Los hermanos odiaban estar a malas conmigo, pero no toleraba ese tipo de mierdas en mi club. No sin que hubiera consecuencias.

Lois se bajó del taburete y se abrió camino hasta mí mientras pavoneaba el cuerpo alto y esbelto como una puta modelo con su corto vestido negro.

Su viejo había sido un Verdugo, hasta que se mató en un accidente en la carretera hace cinco años. Se abrió la cabeza y la Harley quedó destrozada. Trozos de cuerpo esparcidos por el asfalto y jirones de piel colgando de los árboles como putos lazos. Se fue con Hades, y Lois pasó a ser otra zorra del club.

El sonido de los tacones de las botas vaqueras al golpear el suelo de madera me siguió hasta el patio de atrás. Me detuve en nuestro lugar habitual y me apoyé en la pared. Saqué un cigarrillo del bolsillo, lo encendí y le di una buena calada. Sin decir ni una palabra, Lois se puso de rodillas. Las enormes tetas se le salieron por la parte de arriba del vestido. Me sacó la polla del pantalón y se la metió en la boca, hasta el fondo.

Apoyé la cabeza en el muro y cerré los ojos cuando me pasó la lengua por la punta. Lois succionaba con fuerza y yo disfrutaba del cigarrillo.

Joder. Esto era justo lo que necesitaba. El estrés desaparecía cada vez que me rozaba la verga con los dientes. Le enredé los dedos en el largo pelo castaño para empujarla contra mí hasta que llegó el momento de correrme. Lois siguió lamiéndome mientras gimoteaba como un gatillo hambriento.

Las piernas se me doblaron cuando me dejé ir y le llené la boca de semen hasta el fondo de la garganta. Lois se lo tragó con un gemido de placer. Suspiré aliviado, abrí los ojos y le di una última calada al cigarrillo antes de tirar la colilla al suelo. Aparté a Lois de entre mis piernas y me subí la bragueta.

Al alejarme de la pared, vi un charco rojo en el asfalto a mis pies. Había sangre debajo de Lois. Líneas rojas que se extendían hasta el interior de sus muslos.

Lois siguió la dirección de mi mirada y, con el ceño fruncido, se miró las rodillas.

—¿Pero qué cojones...? ¿Eso es sangre? —Se levantó de un salto e intentó limpiarse el líquido rojizo de la piel—. ¿De dónde coño sale?

Busqué el origen de la sangre y encontré un pequeño arroyo que venía de detrás del contenedor.

—¡Joder! ¿Otra vez hay un cuerpo aquí afuera? —gritó Lois mientras intentaba cubrirse el cuerpo con las manos. Era demasiado blanda para estas mierdas.

Sin hacerle caso, di la vuelta al contenedor azul y encontré la fuente: el cuerpo de una zorra, joven, delgada, con el pelo negro enredado sobre la cara. Estaba cubierta de barro y llevaba un vestido blanco hecho jirones y empapado en sangre. Busqué la herida. La pierna.

Tenía un enorme corte abierto, lo bastante profundo como para que se le viera el músculo, con una mierda de trapo atado alrededor para frenar la hemorragia. No funcionaba, para nada.

Comprobé el pulso y, al no ser capaz de detectar ni el más mínimo movimiento, deduje lo evidente: había palmado.

Me giré hacia Lois, que daba vueltas detrás de mí.

—¿Está muerta? —preguntó.

Por señas, le ordené: «Ve a buscar a Ky, a Pit y a Rider».

Lois salió corriendo hacia la puerta mientras se tapaba la boca con la mano.

Me acerqué más al cuerpo y le aparté el pelo de la cara. Al verla me quedé sin respiración.

Joder.

Debajo de todo el barro y la mierda había una tía despampanante, con la piel clara, el pelo largo y negro, unos labios carnosos de color rosado y un cuerpo de infarto. Qué putada que Hades se la hubiera llevado, habría sido una zorra muy caliente.

Saqué dos centavos del bolsillo y se los puse sobre los ojos. La pobre zorra necesitaría algo con qué pagarle al barquero.

Le pasé un brazo por detrás de la espalda, otro por debajo de las piernas y la levanté. Casi no pesaba nada. Joder. Era muy pequeña.

Ky, Pit y Rider aparecieron por la puerta que había detrás de mí. El primero puso los ojos en blanco y gruñó mientras se subía la cremallera. Debía de haber estado ocupado.

—¡Otra vez no! «Venga. Voy a matar a una zorra y dejarles el cadáver a

los Verdugos». Hijos de puta. Dejar solas a las gemelas y sus lamidos para esta mierda...

Le hice un gesto con la barbilla a Pit, el aspirante, para que se acercase y solté a la zorra en sus brazos. Por signos, le ordené: «Ve a por la furgoneta. Vas a deshacerte del cadáver. El sitio de siempre. Asegúrate de que no se caigan las monedas». Ky dio voz a mis palabras, todavía cabreado por haberle cortado el rollo.

Entonces casi me da un puto infarto, se me cortó la respiración y abrí los ojos como platos. La zorra se estremeció y gimió en brazos de Pit, las monedas se le deslizaron del rostro y rebotaron en el suelo.

—¡Está viva! —soltó Pit. El muy imbécil siempre exponiendo lo evidente.

—¡Mierda! ¿Nos deshacemos de ella o la dejamos aquí? Los federales nos vigilan, Styx. Vikingo dice que hay dos agentes encubiertos apostados a un kilómetro de aquí. El cerdo del senador nos la tiene jurada. Va a ser difícil salir de aquí con una zorra ensangrentada auestas sin que nos pillen y nos interroguen. A esos cabrones no los tenemos comprados. —Ky me dio una palmada en la espalda y la señaló—. Podría ser un mensaje o que nos la hayan mandado para que nos joda la poli.

Oía hablar a Ky, pero no podía dejar de mirar el pálido rostro de aquella zorra. Me resultaba familiar, pero no conseguía recordar de qué.

Sacudí la cabeza y miré a mi mejor amigo. «Tienes razón. Nada de salir esta noche. La zorra se queda. ¡Joder! Justo lo que necesitábamos».

Le lancé una mirada a Rider, detrás de Ky. El hermano hablaba casi tan poco como yo. Era un exmarine y tenía formación como médico. En Afganistán vio algunas mierdas que no pudo soportar y se largó. Por suerte para nosotros, lo único que quiso hacer después de abandonar el servicio fue unirse al club. Era capaz de coser heridas terribles e incluso de operar si hacía falta. Nos había salvado el maldito culo más veces de las que podía contar.

Le indiqué que se hiciera cargo del cuerpo medio muerto. Que comprobase cómo estaba y si se podía hacer algo por ella o no. Joder, no es que la muerte nos fuese algo ajeno por aquí. Habíamos mandado a más hermanos con Hades durante ese último año de los que aún quedaban en pie. Puta guerra. La muerte era un ciclo. Tarde o temprano todos nos reuniríamos

con el barquero y pagaríamos por todo lo que habíamos hecho en vida.

Rider iba a coger el cuerpo cuando, de pronto, la zorra se sacudió en los brazos de Pit. Abrió los ojos de par en par y me miró fijamente, con puro terror en la mirada; un segundo después volvió a cerrarlos.

No podía ser. Joder. Esos ojos... Incluso con toda esa sangre, el barro y la mierda que le cubría la cara, esos gélidos ojos azules resplandecían como los de un puto lobo. Solo había visto unos iguales en otra ocasión.

No pude evitar pensar en aquella zorra de detrás de la verja de hace quince años. Fue una de las pocas personas con las que había hablado en mi vida. Joder, le había hablado. Eso no pasaba a menudo. La número tres. No hubo nadie más después.

Un largo gemido de dolor se le deslizó entre los labios, lo que me hizo volver a centrarme.

Mierda.

Ky se acercó para quitársela a Pit de los brazos.

—Dámela. Rider, la dejaré en tu habitación. Luego me iré a seguir comiéndoles el coño a Tiff y Jules. Esta zorra no me va a joder el polvo.

Observé cómo Ky le tocaba la piel y lo único que pude ver fue a aquella pequeña zorra tras la verja. ¡Joder! ¿Y si era ella? No, imposible. Hay muchas zorras con esos ojos, ¿verdad? ¿Verdad?

Convencido de que ya se me había pasado la gilipollez, me relajé, pero cuando Ky la cogió en brazos, me lancé contra él y lo agarré del brazo, solo lo solté para gesticular: «Apártate. Dámela a mí».

Ky retrocedió con las cejas levantadas mientras intentaba descifrar la expresión de mi cara.

—¿Qué coño te pasa? —exclamó.

Los otros dos hermanos fruncieron el ceño confundidos. Lois abrió la boca estupefacta.

Sacudí la cabeza y volví a gesticular: «Apártate. Dámela. Ahora».

Ky, con cara de no entender una mierda, me la entregó, levantó las manos y retrocedió. Pit me miraba boqueando como un jodido pez.

—¿Qué cojones te pasa, tío? Ya está, ya me aparto, ¿ves? Relájate, joder.

La sostuve contra el pecho, me había pillado en la cabeza, el cuerpo, y hasta en la puta alma alguna especie de locura posesiva de mierda. Eché a

andar hacia la puerta e ignoré a todo el mundo excepto a la zorra que llevaba en brazos, con la piel pálida y los labios blancos, sangrando, muriendo.

¡Mierda!

—¿Adónde la llevas? ¿Qué coño te pasa?

Ky corrió tras de mí y, con sus putas preguntas, atrajo a todos los hermanos que estaban en el salón bebiendo y zorreando.

Señalé hacia mi apartamento privado encima del garaje mientras sujetaba a la zorra contra el pecho.

—¿A tu apartamento? —Lois aceleró el paso para alcanzarme e intentó que la mirase a los ojos—. ¿A tu habitación, en tu apartamento? ¿A tu apartamento, encima del garaje? Nadie entra allí aparte de ti. Tú mismo lo dijiste.

Me detuve durante un momento y sacudí la barbilla para indicarle que desapareciera de mi vista.

—¿Va en serio? —susurró dolida y decepcionada, hasta que se dio cuenta de que estaba perdiendo la paciencia y retrocedió lentamente al fondo del bar.

Ky me franqueó todo el camino escaleras arriba y abrió la puerta del apartamento de una patada. Dejé a la zorra sobre la cama de matrimonio y me incliné para apartarle los mechones de pelo sucio de la cara. En pocos segundos, el barro y la sangre mancharon las sábanas negras.

—Styx. ¿Qué mosca te ha picado? Empieza a explicarte, hermano —dijo Ky, pasándose la mano por el pelo. Estábamos solos, Pit y Rider no estaban a la vista.

Apreté la mano en un puño, traté de calmarme y empecé a tartamudear:

—R-r-r... R-r... —Respiré hondo, apreté los ojos con fuerza y volví a probar—. R-r... ¡Aj! —Estaba demasiado frustrado por haber perdido el control de mis palabras otra vez.

Ky me agarró del brazo y cerró la puerta de la habitación de otra patada. Inmediatamente, los murmullos de los hermanos que empezaban a congregarse abajo dejaron de oírse.

—Cálmate de una puta vez —gruñó—. ¡Mírate! Estás demasiado nervioso para hablar. Todos te oirán, y luego te arrepentirás de toda esta mierda.

Dejé de pelear con él. Volví a respirar con normalidad y sentí cómo la tirantez de mi garganta disminuía. Al notar que me calmaba, redujo la fuerza con que me apretaba el brazo.

—Rider está de camino. Tenía que ir a por su instrumental. —Señaló con la cabeza a la zorra, que estaba encima la cama—. Tiene mala pinta.

Asentí y él me liberó el brazo. Me metí en el baño y humedecí una toalla para limpiarle la cara a la zorra. Piel clara, pelo negro, igual que la cría tras la verja. Ky me miraba como si hubiese perdido la cabeza. Tal vez tuviera razón.

—En serio, tío. ¿Qué coño ha pasado?

Se colocó al otro lado de la cama y continué limpiando la sangre. Me miraba boquiabierto. Yo estaba distraído contemplándola. Su pierna larga y esbelta, como de porcelana, era perfecta, joder.

Ky tosió, y yo suspiré y presioné la herida de la pierna con el trapo.

—¿T-te a-acuerdas de l-la hi-historia que t-te c-conté c-cuando éramos p-pequeños?

Ky tensó el semblante con incredulidad.

—Styx, no empieces otra vez con esa mierda. ¿La chica de detrás de la verja? ¿La zorra de «ojos lobunos» con la que estuviste obsesionado durante años hasta que tu viejo te obligó a que cerrases la boca de una puta vez? Si te refieres a esa historia, sí, ¡me acuerdo!

Me mordí el *piercing* del labio inferior y me convencí de que no debía darle a mi mejor amigo un puñetazo en la nariz que le llegase hasta el cerebro.

—S-sí, esa chica.

—¿Y bien? ¿Tenías, qué, nueve años? La verdad, siempre creí que lo habías soñado.

En aquella época, todos los hermanos creyeron que o bien me lo había inventado o bien lo había imaginado. Yo también terminé por creerlo. Pensaba que seguramente había tenido fiebre o algo. No sé, a lo mejor había hablado con un puto fantasma.

Señalé a la zorra que estaba sobre la cama y lo miré fijamente.

Ky se acercó hasta donde estaba sentado y se apoyó contra la pared de madera con los brazos cruzados.

—¿Crees que esta zorra moribunda es ella? —Soltó una carcajada con la cabeza echada hacia atrás—. Se te ha ido la olla. Demasiado estrés por la cagada de la operación de esta noche. Las posibilidades de que esta tía sea la misma de entonces son casi inexistentes. De todas formas, nunca entenderé por qué te sigues acordando de esa zorra. Si tu viejo estuviera aquí, te devolvería la razón a hostias otra vez.

Demasiado nervioso para poder hablar, lo miré fijamente a los ojos y gesticulé: «Tienes exactamente cinco segundos para cerrar la puta boca antes de que te la cierre yo y te destroce esa cara de niño bonito».

Ky se aclaró la garganta y borró la sonrisa. Buena elección. Nadie me faltaba el respeto y salía ileso. Ky lo sabía. Mis hermanos lo sabían. Joder, todos los putos clubs de moteros del país lo sabían. Si mi viejo siguiera vivo e intentara ponerme la mano encima, haría que se tragase los dientes.

—¿Así que crees que esta zorra que ha salido de la nada es Ojos de Lobo? La tía rara con pinta de peregrina amish que conociste hace quince años, detrás de una verja de metal, en el medio de un puto bosque, mientras tu viejo enterraba a un Diablo. ¿Lo he entendido bien? ¿La zorra por la que te volviste una niñita llorona y patética?

Me encogí de hombros y me las arreglé para ignorar el tono de capullo.

Me levanté y empecé a dar vueltas por la habitación mientras gesticulaba. «Esos ojos... Sé que parezco gilipollas, pero ¿y si es ella? ¿Qué coño le ha pasado en la pierna? Y, lo que es más importante, ¿dónde cojones ha estado todos estos años? ¿Encerrada en aquel puto campo de concentración que nunca llegué a encontrar? ¿Sin hablar y con miedo de su puta sombra?»

Ky bajó la mirada a la cama incrédulo. La tía parecía un ángel que hubiesen dejado caer a mis pies desde el cielo, pequeña y frágil. Me incliné sobre ella, mirándola. Ky se colocó delante de mí para verme las manos.

«Nunca descubrí lo que había detrás de la verja. Intenté buscar información, pero no había nada que encontrar. Nadie había oído hablar de aquel lugar. Un puto Auschwitz al lado de Austin. Claramente, el no saber ni siquiera dónde coño estaba no ayudó. El viejo no soltó prenda y yo era demasiado joven para recordar direcciones. De donde quiera que venga, está bien blindado. Protegido. Eso solo puede significar que pasa alguna mierda retorcida ahí dentro. Mierda protegida por gente poderosa. Gente que sin duda la estará buscando».

Ky me observaba atentamente. Su cara reflejaba verdadera preocupación.

—Nunca te había visto así, hermano. ¿Te estás poniendo blando conmigo? Motos y polvos, Styx, esa en nuestra vida. Conduce como un demonio y muere como un dios. El club siempre lo primero, sin distracciones.

Tenía razón. Me comportaba como un imbécil. De todas formas, era imposible que fuese ella. ¿En qué coño pensaba?

Me acerqué a la mesa, llené dos vasos de Jim Beam, me bebí el mío de golpe y le pasé el otro a Ky.

«He pensado en esa chica todos los días durante cinco putos años. Tú y yo hemos crecido en el infierno, en la oscuridad. Ella fue el primer rastro de bondad que vi en mi vida». Ahogué una carcajada. «Joder, fue mi primer beso».

Ky me palmeó la espalda con una sonrisa.

—Y dos años después, echaste tu primer polvo con una perra del club y no volviste a mirar atrás.

Sí. Con trece años hundí la polla en una de las perras favoritas de los Verdugos, cortesía de mi viejo para que me olvidase de la zorra peregrina. Incluso cambió el lugar donde tiraba los cadáveres para alejarme de todo lo que tuviese que ver con ella.

Ky dejó de sonreír y se puso delante de mí.

—Mira, colega, no parece que vaya a llegar a mañana. Asúmelo, hermano. Que conocieses a aquella cría fue una casualidad y, si es esta, que lo dudo mucho, ya es hora de que lo superes. Va de camino a encontrarse con Hades, Styx. Es hora de despertar y volver a actuar como el presidente que eres. Tenemos demasiadas cosas en las que pensar como para distraernos con esta zorra.

Cogió la botella de Jim Beam que tenía detrás y me la pasó.

Rider llamó a la puerta. Rápidamente, agarré a mi mejor amigo por el brazo y le dije por señas: «Ni una palabra a los hermanos. Esto queda entre nosotros. No es más que otra desconocida que nos han dejado en la puerta, ¿queda claro?».

Asintió con la cabeza para indicar que me había entendido. Rider entró, se había recogido el pelo en una coleta, listo para trabajar.

—Déjame echarle un vistazo —dijo mientras se acercaba a la cama.

—Styx la encontró detrás del contenedor. Está sangrando por la pierna. Parece un mordisco, ¿de un perro, tal vez? Apenas tiene pulso. La zorra se muere —informó Ky.

Rider empezó a examinarla y lo observé. Por primera vez en la vida, le recé a un dios con el que no me llevaba nada bien. Ninguno de aquí lo hacía. Con la vida que llevábamos estábamos más cerca del otro lado de la moneda. Pero tenía que sobrevivir, no había otra opción. Por eso recé e hice promesas que sin duda no sería capaz de cumplir. La verdad es que solo necesitaba saber si era ella o no y así dejar atrás aquella parte de mi vida.

—Pero ¿qué...?

Miré a Ky, que le observaba la muñeca recién limpiada que Rider sujetaba para buscarle el pulso. Me acerqué a él y fruncí el ceño cuando leyó en alto el pequeño tatuaje que tenía.

—«Apocalipsis 21:8». ¿Qué cojones?

—«Pero los cobardes, los incrédulos, los depravados, los asesinos, los lujuriosos, los hechiceros, los idólatras y todos los embaucadores están destinados al lago ardiente de fuego y azufre, es decir, a la segunda muerte».

Ky y yo nos quedamos de piedra cuando Rider empezó a recitar de carrerilla la Biblia como un puto sacerdote. Al vernos con la boca abierta, se aclaró la garganta, enrojeció y alternó la mirada de nosotros al suelo mientras murmuraba:

—Dice que los pecadores irán al infierno.

A continuación, volvió al trabajo. Ky me golpeó el pecho con el hombro y levantó las cejas. Me encogí de hombros. En lo que un hermano creyese en privado era cosa suya.

Veinte minutos después de observar a Rider esterilizar y coser en silencio casi cada centímetro del cuerpo de aquella zorra, me sacó de la habitación mientras sacudía la cabeza.

—Tiene mala pinta, Styx. Ha perdido mucha sangre. Es un mordisco de un perro brutal. Seguramente un rottweiler o un pitbull. Le ha desgarrado el músculo y los tendones y probablemente esté infectado. Necesitará sangre. Tengo un contacto. Puedo averiguar de qué tipo es con el kit que tengo en el maletín y hacer una llamada. El proveedor estará aquí en unos treinta minutos. Pero no será barato y habrá que ver si es lo bastante fuerte para

aguantar. —Volvió la mirada hacia la zorra inconsciente de la cama y se pasó la mano por la cabeza—. Van a ser unos días duros de cojones.

Asentí con frialdad y le puse una mano en el hombro con gratitud. Después, volví al edificio principal y me dirigí al bar.

—¿Todo bien, presi? —me preguntó Pit.

Asentí y me señaló las botellas de licor de detrás de la barra.

—¿Qué te sirvo?

Ahugué un suspiro y señalé el Jim Beam. Necesitaba un trago largo, más de uno.

ATF: Siglas en inglés de la Agencia de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos, agencia federal de seguridad de los Estados Unidos fundada en 1972. (*N. de la T.*)

Capítulo 3

Styx

—¿C-cómo te ll-llamas?

Silencio.

—¿Q-qué es e-este l-lugar?

Silencio.

—Styx... ¡Styx!

—P-por f-favor. D-dime t-tu no-nombre.

—Mi nombre es Mal. Todos somos malos.

Salí del trance. Alguien me sacudía el hombro. Levanté la vista y encontré a Lois.

Acercó un taburete a mi lado y volví la atención al líquido ambarino del vaso, casi vacío. ¿Cuántos me había tomado?

—¿Qué pasa con esa tía?

No me molesté en contestar.

—¿Estás bien? —me preguntó con una mano en mi hombro.

La zorra era un encanto. No debería haber terminado en esta mierda de vida. Me bebí lo que quedaba del quinto vaso de Beam, me levanté y me dirigí hacia la habitación que tenía en el club. A medio camino miré por encima del hombro y comprobé que Lois me seguía, le brillaban los putos ojos. Le hice un gesto con la barbilla y seguí caminando.

Al abrir la puerta de la habitación la sentí detrás de mí. Me di la vuelta, la

agarré por la parte superior de los brazos y le arranqué el vestido.

—Styx —gimió entre jadeos—. Te quiero, Styx. Soy toda tuya, mi amor.

Le bajé de un tirón los tirantes del sujetador negro mientras me besaba el cuello. Me quité la camisa y el cuero a la vez, y me bajé la cremallera de los vaqueros. Sin ropa interior que estorbase.

La coloqué de espaldas hacia la pared y nos dirigí hasta la cama desecha, la cama que reservaba para follar, manchada de semen y sudor. La agarré por el cuello, la cara contra el colchón y el culo levantado, sin bragas y depilada, como me gustaba. Fácil acceso.

Saqué un condón del bolsillo del pantalón y me lo puse.

—Fóllame, Styx. Fuerte, duro.

La agarré por la huesuda cadera y la penetré con fuerza mientras echaba la cabeza hacia atrás y siseaba de placer. Joder. Por eso la mantenía cerca de mí, para mi disfrute personal.

Lois gemía debajo de mí y empujaba con todas sus fuerzas. Supe que la había cagado en el momento en que imaginé que la piel de Lois se volvía pálida y su pelo castaño se hacía más largo y se oscurecía hasta volverse negro. Cuando giró la cabeza y me miró con sus ojos marrones, lo único que vi fueron un par de ojos azules como el hielo, con los párpados entrecerrados de placer.

Cerré los ojos e imaginé que tenía a la desconocida debajo de mí, sacudiéndose salvajemente, gritando de placer y corriéndose una y otra vez mientras la follaba de forma salvaje. Ese pensamiento hizo que me temblase la polla y se me tensó el cuello, me corrí de tal manera que tuve que apoyar los puños en el colchón para mantener el equilibrio.

—Cariño, ha sido increíble.

Abrí los ojos y vi a Lois que jadeaba debajo de mí, con la espalda empapada en sudor. Me miraba con una gran sonrisa en los labios.

Mierda.

Salí de su interior, me quité el condón con un solo movimiento y me abroché los vaqueros. Justo en ese momento se oyó un golpe seco en la puerta. Me puse la camiseta de Black Sabbath y me pasé la mano por el pelo mientras comprobaba que Lois también se estaba vistiendo. Sabía que no debía quedarse.

La puerta se abrió y Ky y Rider aparecieron ante mí, el primero sacudía la cabeza.

—Aquí estás, colega. Te he estado llamando a gritos los últimos diez minutos.

Miré a Rider y oculté los nervios tras un ceño de indiferencia. Por señas, pregunté si había novedades.

Rider suspiró mientras los acompañaba al bar. Lois cerró la puerta de la habitación, me dirigió una ligera sonrisa y se marchó con las demás zorras del club.

Rider, Ky y yo nos sentamos en mi mesa habitual. Me incliné para escuchar el veredicto.

—De momento aguanta. Le he puesto tres unidades de sangre y un antibiótico muy fuerte por vía intravenosa. La fiebre le está bajando y las constantes vitales se estabilizan. Es fuerte y está sana. Tiene poco más de veinte años, creo, pero está desnutrida de cojones. Veremos cómo pasa la noche. Si consigue sobrevivir las próximas veinticuatro horas, seguramente saldrá de esta.

«Seguramente» no era suficiente, ni de lejos, pero si era todo lo que se podía hacer, lo aceptaría.

Di un golpe con el dedo en la barra, detrás de la cual Pit se deslizaba con su culo blancuzco.

—¿Qué os apetece, colegas? ¿Cerveza? —preguntó con su típica expresión de felicidad en la cara.

Era el recluta más feliz que habíamos tenido nunca. El puto crío parecía demasiado bueno para lidiar con las mierdas que te encuentras en este tipo de vida.

Con un asentimiento de cabeza, pedí dos mediante señas, se las pasé a mis hermanos y le dediqué a Rider un gesto de agradecimiento con la barbilla. Palmeé a Ky en la espalda y me marché al apartamento.

Crucé el pasillo y subí las escaleras. Cuando llegué a la puerta de la habitación me quedé paralizado. La desconocida estaba todavía más buena que antes, si es que era posible, incluso con todos esos tubos clavados en la piel, pero necesitaba asearse.

Preciosa, llamaría a Preciosa.

Entré en el bar del club y los hermanos que estaban sentados con sus perras de una noche en los sofás de cuero rojo me observaron al pasar, mientras dejaban de mover los dedos que tenían dentro de ellas. Los que jugaban al billar también pararon para mirarme. Estaba claro que mis actos habían dado de qué hablar, ya que todos se quedaron inmóviles al verme, mirándome extrañados.

Llamé a Tanque por señas para que se encontrase conmigo en la barra más alejada, lejos de los curiosos, y me senté. Había dos vasos de *bourbon* esperándome, cortesía de Pit. Me bebí el primero de un trago.

—¿Qué pasa, presi?

Tanque se dejó caer en la silla y empujó el otro vaso de líquido ambarino hacia mí, todo en un solo movimiento.

Por señas, le dije: «Tengo trabajo para Preciosa». Era uno de los hermanos que llevaba aquí lo suficiente para haber aprendido lengua de signos. Tanto él como su dama. La mayoría de los aspirantes convertían la lengua de signos en una prioridad para intentar impresionarme. Desde luego, me facilitaban la vida.

—¿Qué necesitas? —preguntó.

Di cuenta del segundo chupito. «Necesito que venga a mi apartamento a lavar a la desconocida. Ningún cabrón de aquí va a tocarla. Preciosa es la única dama en la que confío y tiene estómago para hacerlo».

Se le dibujó una sonrisa de orgullo en la cara. Era normal que sonriese. Era consciente de la suerte que había tenido con Preciosa. Era un par de años mayor que él, rubia, con buenas tetas y un jodido encanto. El exneonazi lo había hecho muy bien. Seguía teniendo pinta de pertenecer al puto KKK, pero ahora era un tipo legal. No tenía problemas con nadie, mientras no se metiesen con el club, su familia. Incluso se había tapado los tatuajes de símbolos nazis con diseños de Hades.

—La llamaré. ¿Algo más?

«También necesita ropa. Que coja algo del alijo del club de la tienda y lo ponga en mi cuenta. Tendrá que verla primero para saber su talla. Cuando la encontré llevaba una especie de harapo blanco».

Tanque recorrió con el dedo el borde del vaso vacío y me miró extrañado.

—¿Por qué el trato especial, presi? Nos han dejado moribundos en el

patio otras veces. Normalmente ya los habríamos largado, no estarían durmiendo en tu cama. ¿Por qué esta es diferente? Los hermanos hablan.

Ky era el único que conocía la historia de aquella noche y no me apetecía compartirla con los demás. No era asunto suyo.

Giré la cabeza para mirarlo y lo fulminé con la mirada.

—Mensaje recibido.

Sacó el móvil y llamó a Preciosa. Sabía cuándo indagar y cuándo callar. Los años que llevaba con nosotros y las luchas a vida o muerte con las bandas rivales se lo habían enseñado.

Lo escuché mientras explicaba las órdenes a su dama, luego colgó.

—Llegará en diez minutos.

«Mándala directamente a mi apartamento, por la puerta de atrás. Que nadie me moleste hasta entonces, ¿queda claro?»

—Clarísimo, Styx. Se lo diré a los demás.

Un par de minutos más tarde, entré en la habitación, me quité el cuero y lo colgué en el gancho que había detrás de la puerta. La zorra yacía inmóvil sobre la cama. Comprobé que Rider no había vuelto todavía y aproveché el momento de soledad para acercarme a la cama. Sin cambios.

Entré en el baño y me miré en el espejo. El pelo negro despeinado, las mejillas sin afeitar y los ojos avellana cansados. Me eché un vistazo a los brazos, los dos llenos de tatuajes. En el derecho tenía a Hades sentado en su trono con Cerbero, el perro guardián de tres cabezas. En el izquierdo, un mapa del inframundo: el Tártaro, los Campos Elíseos, los tres jueces, los cinco ríos y, encima de todo, Perséfone, la diosa esposa de Hades, orgullosa de estar junto a su marido. Mi versión de Perséfone tenía el pelo negro y los ojos azules como el cristal. Adivinad por qué.

Le bufé a mi reflejo. «Styx, colega, se te está yendo la puta olla», pensé.

Me quité la camiseta y me examiné el pecho desnudo, sin tatuajes, mientras que el parche de los Verdugos me cubría toda la espalda. Entrenaba duro para liberar el estrés y para resultar intimidante. Boxeo, principalmente, sin guantes desde que tenía ocho años. Mi viejo me obligaba a pelear. Sabía que no hablar me causaría problemas en este mundo, así que decidí enseñarme otra manera de comunicarme. Hizo que me tuviesen miedo. Ser el presidente de un club como los Verdugos tiene algunas consecuencias bastante jodidas. Me mantenía en forma para inspirar respeto. Medir uno

noventa y cinco y pesar noventa kilos también ayudaba.

La desconocida se removi6 en suefios y repas6 su figura a trav6s del espejo. Me preguntaba qu6 cofio pensar6 de m6. Grande, mudo, lleno de cicatrices y cubierto de tatuajes de la propia muerte. Sin duda, estar6 cagada de miedo.

Entr6 en la ducha, me desnud6 y me met6 debajo del chorro de agua. La sangre de la desconocida desapareci6 por el desag6e.

Capítulo 4

Styx

—¿Styx?

Abrí los ojos de golpe y me encontré a Preciosa frente a mí cargada con dos bolsas con el logotipo de Ride, la tienda de motos para la que trabajaba, impreso en un lateral. Tanque se asomó desde el marco de la puerta para observar en silencio y analizar la escena que tenía delante.

Después de ducharme, me puse unos vaqueros negros y una camiseta del mismo color y me recosté en la silla. Debía de haberme quedado dormido. Me centré de nuevo en la desconocida. Seguía igual.

—¿Estás bien, Styx?

La voz de Preciosa volvió a llamar mi atención. Me miraba con el ceño fruncido. Asentí y gesticulé: «¿Te parece bien asearla un poco? ¿Tanque te lo ha explicado?».

Preciosa se acercó más, llevaba la melena rubia suelta, unos pitillos negros y una camiseta de tirantes de los Verdugos. Encima, llevaba un chaleco de cuero con las palabras «Propiedad de Tanque» en la espalda.

Se paró junto a la cama y le acarició la cabeza a la zorra. Me quedé paralizado y se me revolvió el estómago. Me inundó un sentimiento de posesividad. No me gustaba que nadie la tocara. De pronto, me entraron ganas de arrancarle el brazo de cuajo a Preciosa.

Me pellizqué el puente de la nariz para calmarme y no derribarla de un empujón.

«¿Qué coño te pasa, tío? ¡Haz el favor de comportarte!», me dije.

Preciosa clavó los ojos en mí. Seguro que me notó en la mirada asesina el debate interno que sufría.

—Es guapísima. —Tensó la frente—. ¿Apareció de la nada, así, sin más, llena de heridas?

Con un gesto de barbilla, le indiqué a Tanque que se esfumase. Él asintió y cerró con un portazo. Me apoyé contra la pared y gesticulé: «Apareció cubierta de sangre, medio muerta y llena de mierda. Necesita limpiarse. Yo no pienso hacerlo. Solo confío en ti. Por eso estás aquí. Todavía no puede irse. Demasiados federales vigilando. Necesito averiguar quién coño es y qué cojones hace aquí».

Veía cómo las preguntas le revoloteaban detrás de los ojos, pero era lo bastante lista como para no indagar. Preciosa era la mejor de todas las damas. Sabía cuándo cerrar la boca, no como la mayoría de las zorras que rondaban por el bar.

—La limpiaré, cambiaré las sábanas y le traeré algo de ropa. Si quieres, te aviso cuando termine.

Asentí conforme y dejé a Preciosa a solas con la desconocida. Sentí cómo me clavaba la mirada en la espalda mientras me iba. Me dirigí al salón y le indiqué a Ky por señas que se uniese a mí.

Ky se separó de Tiff y Jules, quienes se dedicaban a lamerse los pezones la una a la otra, ofreciendo a los chicos todo un espectáculo pornográfico, y me siguió a la oficina.

—¿Qué pasa, Styx? ¿La zorra está bien? —preguntó Ky al tiempo que cerraba la puerta.

Me senté detrás del escritorio mientras me encogía de hombros.

—N-no e-estoy s-seguro. P-preciosa l-la está l-limpiando.

Me dio una palmada en el hombro sin decir nada y se sentó.

—¿Quieres hablar?

—Q-queda entre n-nosotros, ¿no?

—Claro.

Hice una pausa antes de exponer mis sospechas.

—T-tenemos un t-topo.

Ky se quedó de piedra y apretó los dientes.

—¿Estás seguro?

Asentí con la cabeza.

—E-eso o un a-agente e-encubierto.

—Joder. —No había nada que un hermano odiase más que un traidor—. Siempre tienes razón sobre estas mierdas, igual que tu viejo, esa puta intuición. ¿Sospechas de alguien?

—T-todavía no. Algún c-cabron t-tuvo q-que c-contarle al v-vendedor m-misterioso lo d-del t-trato c-con los rusos. Es l-la única p-posibilidad.

Cogí aire para relajar la garganta, pero cuanto más me cabreaba, más se tensaba la cuerda que me ahogaba. Me rendí y empecé a gesticular: «Solo hay que averiguar quién y por qué y, luego, mandárselo al barquero».

—¿Algún plan?

«Todavía no. Hay que ver cómo se desarrollan las cosas. Pero estoy vigilando».

Ky se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación.

—¿Quién podrá ser? Confío en todos y cada uno de los hermanos, hasta el último de ellos. Tiene que ser una grupi o un nómada. ¡Joder!

Miré por la ventana y me encogí de hombros. Tal vez tuviera razón. Algo no iba bien, pasaba algo gordo.

Ky colocó la silla al revés y se sentó con los brazos cruzados sobre el respaldo.

—Tú y yo nunca cantaríamos. Tanque, Vikingo, AK y Rider, tampoco, esta es su vida, sin duda.

«¿Rider? ¿Seguro?»

—Ni de coña es el topo. —Negó con la cabeza—. Somos su única familia. Es el mejor motero que tenemos. Hace todo lo que se le ordena, siempre nos cura tras las peleas, trabaja conmigo en los tratos y se apunta a cualquier carrera que le digamos, sin hacer preguntas. No se merece que dudemos de él solo porque el cabrón es joven o porque habla poco. Tú solo tenías veintiséis, colega, veintiséis cuando te hicieron presidente. Nadie cuestionó tu edad ni el hecho de que no hablastes. Puede que Rider solo tenga veinticuatro, pero lo reclutamos justo antes de cumplir veinte y ha sido un activo muy valioso desde entonces.

Asentí.

No había más que decir. Ky siguió hablando:

—Sonrisas, demasiado perezoso; Toro, un cabrón leal. Eso nos deja a Llama, los dos sabemos que es un puto psicópata. Lo único que impide que se cargue un centro comercial entero una tarde de sábado es el cariño que le tiene al club. Solo quedan Pit o los tipos nuevos que andan por aquí, pero no saben nada. Nunca les contamos los detalles. Los hermanos son buenos con Pit, pronto le darán los parches. —Sacudió la cabeza y dio un golpe al respaldo de la silla, frustrado—. ¡Joder! ¿Quién podría ser? Tienen que ser los federales o alguna zorra, a lo mejor nos han pinchado los teléfonos o han puesto cámaras.

Por una vez, todo eso me importaba una mierda. Tenía la cabeza de vuelta a la habitación con la desconocida.

Una mano golpeó el escritorio.

—¡Styx! Mierda, tío, ¡céntrate de una puta vez!

Ky me miraba con el ceño fruncido.

Entrecerré los ojos y él intentó ocultar todo rastro de miedo. «No. Primera y última advertencia», gesticulé.

Levantó las manos y retrocedió.

—Vale. Mira, no piensas bien con esa zorra por aquí. Déjame investigar un poco, indagar por ahí. Lo mantendremos entre nosotros.

Suspiré. «Está bien. Tenemos que saber quién es el nuevo vendedor de armas en Texas».

Me levanté y eché a andar hacia la puerta. Me giré y gesticulé: «Vuelvo al apartamento. Preciosa ya debería haber terminado. No pienso esperar toda la noche».

Crucé el bar, di la vuelta al complejo, subí las escaleras y llamé a la puerta. La abrí y vi a Preciosa en el baño lavándose las manos. Levantó la cabeza cuando me oyó entrar.

«¿Has acabado?», gesticulé.

—Está limpia. Mañana después del trabajo le traeré algo de ropa de la tienda, de momento le he puesto una bata. —Se acercó a la cama, me miró y sacudió la cabeza—. Está delgada, Styx. Joder, demasiado delgada si quieres mi opinión. Por lo que parece, no come una mierda.

Finalmente, me permití echar un vistazo a la zorra. Joder. Me dejó sin aliento: complexión suave, recién lavada y con el pelo negro seco libre de

sangre y suciedad.

Joder, tenía que ser ella.

Preciosa recogió sus cosas. Con una ligera sonrisa se detuvo y dijo:

—Se parece a Blancanieves. Pelo negro, piel pálida y labios rojos. Es despampanante, no lleva ni una pizca de maquillaje y aun así lo es. ¡Mierda! ¡No es justo! No me extraña que las zorras de abajo estén cabreadas porque la tengas aquí contigo. Se mueren de envidia.

Solté el aire que había estado conteniendo.

La puta Blancanieves.

Sentí la mirada divertida de Preciosa en la nuca, se frotaba las manos mientras yo observaba la cama en trance. Bajó la mirada, nerviosa por su descaro.

Con el ceño fruncido, gesticulé: «¿Qué pasa?».

Preciosa cerró los ojos un segundo y los abrió de nuevo.

—Tiene el cuerpo lleno de putas cicatrices, Styx.

Me quedé en silencio, el corazón me iba a mil por hora y me invadió la rabia. Por señas, le pregunté dónde, pero Preciosa tenía la mirada fija en la cama. Le sacudí el brazo y gesticulé: «¿Dónde?».

—Sobre todo en la espalda. Parecen marcas de latigazos, bastante fuertes. La atraviesan de lado a lado, como si alguien la hubiese estado azotando con fuerza. Pero ¿quién coño haría eso? ¿Quién da latigazos hoy en día?

Levanté una ceja de manera inquisitiva cuando los ojos se le llenaron de pena.

—También tiene algunas en la parte interior del muslo. Parecen viejos cortes, marcas de cuchillas o algo peor.

No dijo nada más, dejó las implicaciones en el aire.

Mierda.

Preciosa se dirigió hacia la puerta y me pasó la mano por el hombro mientras se iba.

—Espero que sobreviva, Styx. Se merece una vida mejor que la que ha tenido hasta ahora.

No pude responder. No podía pensar. «Cicatrices en la parte interior del muslo».

Me senté en la silla que había junto a la cama y observé cómo el pecho le subía y le bajaba al respirar. Me incliné hacia delante, cogí aire, me esforcé por relajar la garganta y susurré:

—S-si p-puedes oírme, t-tienes q-que salir de e-esta. D-despierta d-de una p-puta vez. Llevo e-esperándote q-quinze años. N-ni se te o-ocurra m-morirte ahora, ¿me oyes?

Capítulo 5

Salome

Estaba acurrucada en el suelo de mi habitación, con la espalda apoyada en la fría pared y las piernas abrazadas contra el pecho, mientras miraba fijamente un vestido blanco suelto sin mangas.

Un vestido de novia que se reía de mí, se burlaba y me recordaba que hoy al atardecer estaría casada. La séptima esposa del profeta David. La esposa que Dios le reveló. La que traería la bendición eterna a todos los miembros de la Orden, sus elegidos. Ayudaría a redimir el estatus de las Malditas, absolvernos de nuestros pecados.

Apoyé la cabeza contra el muro de ladrillo gris del cuarto, cerré los ojos e imaginé cómo sería ser libre. ¿Cómo sería la vida fuera de la verja? ¿De verdad eran las personas de fuera malvadas? ¿Todos los habitantes de la Tierra querían hacernos daño? ¿Los hombres deseaban poseer y dañar a las mujeres?

No lo sabía. A veces dudaba de las enseñanzas del profeta David, aunque nunca lo admitiría en voz alta. Nadie lo cuestionaba, al menos si no quería ser castigado. No sabía nada de la vida fuera de estos muros y, después de esta noche, mi deber sería ejercer de esposa líder. Nunca podría marcharme.

Mientras me frotaba la cara con las manos temblorosas, el estómago me dio un vuelco. No podía hacerlo, y, lo que era peor, no tenía ni idea de dónde estaba mi hermana mayor. Mi hermana de sangre, Bella, que había desaparecido hacía semanas sin dejar rastro, ni una señal, se desvaneció sin

más. Nadie me contaba nada. Después de demasiados días de silencio, empecé a temer lo peor. Gabriel sabía algo. La forma en que me miraba, sonriendo con suficiencia, casi con regodeo, lo delataba. Durante años había estado obsesionado con Bella, pero el sentimiento nunca fue mutuo. Se le notaba en los ojos que quería hacerle pagar por su indiferencia.

Un golpe seco en la puerta interrumpió mis pensamientos. La hermana Eve entró en la habitación con una corona de flores blancas frescas en sus marchitas manos. Me localizó en el suelo y vino hasta mí pisando fuerte.

—¡Levántate, niña insolente! ¿Por qué no estás rezando? ¿No te das cuenta de lo importante que es esta noche, lo importante que es para todos nosotros?

Me agarró por la parte superior del brazo y me arrastró por el suelo hasta que estuve de pie. La hermana Eve, una de las doce Originales y la mujer a quien más temía y odiaba, había venido para ayudarme con los preparativos. El sentimiento de odio era mutuo. La envidia que emanaba de su enorme y anciano cuerpo era tan intensa que espesaba el aire a nuestro alrededor.

Yo era una de las Malditas. Una de las cuatro mujeres consideradas demasiado tentadoras para los hombres. Una de las cuatro que vivían separadas del resto de la comuna, pues se creía que el diablo había participado en nuestra creación. Las otras tres eran mis hermanas de sangre, Bella y Maddie, y nuestra amiga Lilah.

—Hermana Salome, más vale que te calmes y te vistas. —La hermana Eve tiró de mí para acercarme más a ella y susurró—. En mi opinión no eres digna del profeta David, pero Dios te ha elegido como séptima esposa y no soy quién para dudar de la revelación.

Incliné la cabeza. La hermana Eve era mi superior y no quería que me castigasen por desobedecer. Latigazos, muchísimos latigazos.

—Sí, hermana, lo entiendo. Empezaré a vestirme inmediatamente.

Caminó hasta la mesa y dejó sobre ella la corona de flores, aceite de vainilla y unas sandalias blancas de ceremonia. Antes de girarse para mirarme, se agarró al borde de la mesa durante unos segundos, con los labios apretados y postura vacilante.

—Tendrás que tener especial cuidado esta noche durante la consumación.

Me tragué la bilis que me subió por la garganta. El profeta David estaba enfermo. Tenía la piel cubierta de enormes llagas que supuraban pus y me habían enseñado cómo cuidar de él, pero me entraban náuseas solo de pensarlo.

—Debido a su enfermedad, al profeta David le resulta difícil... excitarse. Deberás tener mucho cuidado al prepararlo para unirte a él esta noche. Vuestra unión cambiará el destino de todos nosotros y debe sellarse bajo los ojos de Dios. Tienes que quedarte embarazada para que se complete la profecía.

Me temblaron las piernas al pensar en lo que debía hacer.

El profeta David tenía más de setenta años, era obeso y, por lo visto, no olía muy bien. Cuando yo tenía trece años, declaró que me convertiría en su esposa al cumplir los veintitrés, el Señor se lo había revelado durante uno de sus exilios en el exterior de la Orden. Mi destino quedó sellado ese día.

La hermana Eve me agarró por la barbilla.

—¿Lo entiendes, Salome?

— Sí, hermana. —Incliné la cabeza.

Asintió con sequedad.

—Debo ir al altar. Volveré en una hora para llevarte a tu boda. Estate preparada.

Después de estas palabras, salió de la habitación.

Me dejé caer de nuevo en el suelo y seguí mirando el vestido blanco. El estómago se me estremecía de nervios con solo pensar en la tarea que me esperaba. No tenía ni idea de por qué había sido elegida, pero no le deseaba mi deber a nadie más.

Tras rociarme la piel desnuda con la loción de vainilla, me vestí muy rápido. Me solté el pelo, me puse la corona de flores sobre la cabeza y me acerqué a la puerta despacio, en busca de algún guardia discípulo. El pasillo estaba desierto, así que, sin hacer ruido, lo atravesé corriendo y salí al patio. Toda la casa estaba vacía y en silencio, necesitaba respirar aire fresco.

—¡Salome!

Se oyó un fuerte susurro que venía del lado oeste del edificio. Giré la cabeza y me encontré con Delilah. Sujetándome el bajo del vestido, eché a

correr y la guié detrás del alto muro de ladrillos, fuera de la vista.

—¿Qué haces aquí? ¡Te castigarán si te encuentran!

Eché un vistazo por encima del hombro y no me di cuenta de que Lilah tenía los ojos rojos y la piel enrojecida.

—Mae —susurró, más suave esta vez. La tranquilidad de su voz hizo que me estremeciera.

—¿Qué pasa?

Lilah estiró la mano para coger la mía y la apretó. Supe inmediatamente lo que iba mal.

Bella.

—¿Qué le ha pasado? —pregunté en voz baja.

—Está... Maddie y yo hemos encontrado dónde está.

Apremié a mi mejor amiga a que continuase.

—¿Dónde? ¿Dónde la tienen?

Con un tembloroso suspiro, Lilah reveló:

—Encerrada, pero...

—¿Pero qué?

—Mae, no tenía buen aspecto. Me miró a los ojos, pero había algo extraño en su mirada. Temo que se está debilitando. Creo que ha estado ahí durante mucho tiempo. Nos ordenaron llevar la cena a los guardias a una nueva ubicación y entonces, la vimos, Mae. Dios santo...

No fue capaz de terminar la frase, se tapó la boca con su pálida mano.

Con la sensación de que el corazón se me había partido en dos, eché a correr.

—¡Mae!

Miré por encima del hombro y vi a Lilah persiguiéndome. Eché la mano hacia atrás para coger la suya y le pregunté:

—¿Dónde está? ¡Muéstramelo!

—Sígueme —dijo, tras una larga pausa.

Pasamos por un camino bordeado de árboles y atravesamos dos jardines. El corazón se me aceleraba, me latía a toda velocidad, el estómago se me revolvía y una ligera capa de sudor se extendía por la frente.

Giramos en dirección al altar y atravesamos el bosque para evitar el riesgo de cruzar el camino que llevaba a la ceremonia y a la congregación

que allí esperaba. Cuando nos acercábamos a la linde del bosque, vi un edificio de piedra con una pequeña puerta con barrotes y, tras los barrotes de hierro, un cuerpo, la delgada silueta de una joven tumbada boca abajo, inmóvil sobre el duro suelo.

Se me escapó un sollozo mientras corría a través de los árboles, mis piernas se movían solas.

Mi hermana.

Al acercarme a la parte de atrás del edificio, estaba a punto de cruzar la última fila de árboles cuando alguien me empujó y me arrastró tras la protección de los árboles. Luché por liberarme, arañando la piel de quien me retenía.

—Salome, ¡basta! Soy Delilah —susurró de forma gentil, pero firme. Me quedé paralizada, las lágrimas me corrían por las mejillas.

—¿Qué le han hecho? ¡No se mueve!

Comprobé los alrededores y no vi ningún guardia. Corrí hasta la puerta de barrotes, me agarré a las barras metálicas y susurré:

—¿Bella?

Mi hermana yacía en el suelo, cubierta de sangre y suciedad. Se la veía demasiado delgada y tenía el pelo negro enmarañado. La sacudida de sus dedos me indicó que me había oído. Con movimientos lentos y un gran esfuerzo, Bella se las arregló para levantar la cabeza unos centímetros del suelo. En ese momento, vi la escritura pintada en el techo de la celda.

—Apocalipsis 2:20 —susurré en voz alta.

—«Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe e induzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas ofrecidas a los ídolos» —recitó Lilah de memoria.

El estómago me dio un vuelco y, automáticamente, me llevé la mano a la boca. ¿Qué le habían hecho? Estaba tan delgada...

—M-Ma...

Bella intentó decir mi nombre, pero apenas le quedaba un hilo de voz. Intentó abrir los ojos, pero la hinchazón y los cardenales se lo impidieron, tenía las pestañas cubiertas de costras de sangre seca.

—Estoy aquí, Bella. ¡Dios mío! ¡Estoy aquí! —grité mientras me apretaba todo lo que podía contra los barrotes y estiraba el brazo para

intentar coger sus huesudos dedos con la mano.

Bella suspiró y curvó los labios en una sonrisa triste.

—Estoy feliz. —Tosió y gimió de dolor, esforzándose por moverse—. Me alegro de que me hayas encontrado antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Qué te han hecho? —susurré mientras observaba su cuerpo magullado.

Charcos de sangre seca cubrían el suelo de piedra, su vestido estaba desgarrado por la parte de detrás y tenía la piel llena de profundas marcas del látigo de cuero. La parte baja del vestido, la sangre... No, Dios, no... No podía ni pensarlo, mucho menos preguntarle si la habían violado. Tenía los muslos cubiertos de marcas de dedos. Al fondo de la celda había látigos ya deshechos colgando de la pared.

—Desobedecí... —susurró. Bella intentó arrastrarse hacia mí, pude coger sus manos con las mías y la ayudé a moverse.

—¿Qué desobedeciste? ¿A quién? —pregunté mientras se reacomodaba cerca de la puerta, sonriendo débilmente al respirar el aire fresco de última hora de la tarde, el sol le calentó las mejillas.

—Gabriel... no cumplí con mi deber de estar con él... Me resistí... Dijo que era egoísta... —Frunció las cejas, confusa—. No puedo recordar nada más... Todo está borroso...

Se le escapó un gemido silencioso, pero las lágrimas no pudieron escapar de sus ojos magullados.

—No recuerdo nada. Creo... creo que me drogaron.

—Bella, lo siento mucho.

—Chsss, no es culpa tuya. —Hizo una mueca y se tragó el dolor para poder acercarse un poco más y seguir hablando—. Gabriel me lo ha quitado todo desde que era una niña, mi inocencia, mi cuerpo, pero nunca mi corazón. No es digno de mi amor, Mae. Los discípulos nunca me dieron la oportunidad de encontrar al único hombre del mundo que lo mereciese. Gabriel es un monstruo amargado y retorcido.

Me tumbé sobre el barro, sin importarme si manchaba mi vestido de novia y me coloqué para que mi mirada quedase a la misma altura que la de mi hermana, sus hinchados ojos azules eran iguales que los míos.

—Bella, tienes un corazón puro. Eres una buena persona, no importa lo

que te hayan hecho.

—Tienes razón, hermana, y me reuniré con nuestro Señor con la conciencia tranquila —dijo con voz grave, casi inaudible.

Los músculos se me tensaron y se me cortó la respiración. ¿Reunirse con nuestro Señor?

Solté sus manos y, de forma frenética, intenté tirar de los barrotes de la puerta. Lilah se unió a mí. Incluso juntas, no conseguimos moverla ni un centímetro.

—Bella, te sacaré de aquí —le aseguré mientras sacudíamos la puerta con más fuerza, sin resultados.

—Para, basta... Me muero, Mae.

—¡No! —grité desconsolada al tiempo que me dejaba caer al suelo de nuevo, esta vez Lilah me siguió.

Atraje su huesuda mano hasta mí para volver a sujetar los dedos de mi hermana y besarle la piel rasgada de la palma.

—Quiero irme, Mae. Quiero estar con Dios. No puedo seguir viviendo así —confesó.

No, Bella, por favor, te necesito.

—Creo que ha estado en esta celda, en este estado, durante mucho tiempo. Maddie y yo escuchamos a un guardia decir que habían sido semanas. Es demasiado, Mae. Bella está gravemente herida, no solo físicamente —susurró Lilah.

—¿Dónde está Maddie? —pregunté de repente. Me estremecí de miedo al pensar que le hubiera pasado lo mismo a mi hermana pequeña.

Lilah se pasó las manos temblorosas por la cara.

—El hermano Moses se la ha llevado para el intercambio divino.

Hice una mueca. Volvería aún más introvertida de lo que era. Cada vez que Moses se la llevaba para liberarse, le hacía cosas. Maddie era una cáscara vacía. Nunca hablaba, apenas vivía. Era un fantasma viviente.

—Por favor —grité de frustración, sin dirigirme a nadie en concreto, el leve apretón de Bella a mi mano me mostró lo lejos que realmente estaba... se estaba desvaneciendo.

—Por favor, quédate conmigo, solo mientras...

Tosió sangre, venas rojas le arroyaban por la barbilla. Apreté los ojos y

le acaricié la cabeza para consolarla. Con un suspiro, se obligó a hablar.

—Tengo que irme, Mae. Debo descansar. Estoy tan cansada... —Abrió los ojos de golpe y, con decisión renovada, me pidió—: Cuando el último aliento abandone mi cuerpo, corre, hermana, corre, y no dejes de correr.

Las lágrimas cayeron libremente por mis mejillas y susurré:

—Te quiero, Bella. Lo siento mucho.

Su pequeña y dulce sonrisa volvió a aparecer en sus magullados labios por un momento. Luego, soltó:

—Y yo a ti, mi querida hermana. Más de lo que imaginas. Dile adiós a Maddie.

No sé cuánto tiempo pasé observando cómo su pecho se movía al respirar, pero supe el momento exacto en que mi hermana se fue. Su mano cayó inerte sobre la mía y su pequeña y destrozada figura se vio invadida por una escalofriante rigidez.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla y sentí cómo Delilah me abrazaba desde atrás, acariciándome la espalda para intentar consolarme.

Se me atascó la garganta de tal manera que me arañé la piel del cuello con los dedos en busca de alivio.

—Delilah, no puedo perderla. Es mi familia, mi mejor amiga, aparte de Maddie y de ti. Lo es todo para mí.

—Lo sé, hermana, lo sé, pero es el plan de Dios. Salome, ¿adónde vas?

No me di cuenta de que me había levantado y empezado a correr hasta que Delilah me agarró por el hombro y me hizo parar, con sus dedos enganchados con fuerza a la tela de mi vestido de novia.

—¡Espera! —me ordenó.

Como respuesta, la cogí de la mano y tiré de ella, desafiante.

—Ven conmigo. Buscaremos a Maddie y nos iremos.

—¿Adónde?

—Fuera.

—Fuera, ¿dónde? —Abrió los ojos de par en par.

—Fuera de la verja. No puedo quedarme.

—¡Pero tienes que casarte con el profeta David en menos de una hora! Salome, no desobedezcas o te castigarán a ti también. No podría soportarlo. ¡Maddie no podría soportarlo!

—Gabriel y el profeta David han matado a mi hermana, ¿cómo quieres que me case con él? No puedo quedarme aquí ni un minuto más si se dedican a aplicar castigos así.

—Pero... pero la revelación... Hoy cumples veintitrés. Tienes que casarte por el bien de todos, ¡si no, estaremos condenados!

La sangre que segundos antes me ardía en las venas se me congeló y la fe que tenía y solía ser inquebrantable se rompió en mil pedazos.

—¡Que Dios fulmine al profeta David con un rayo y lo haga arder en el infierno por toda la eternidad! Yo creo en la bondad, no en el sacrificio. Creo en el perdón, no en la venganza. El Dios en el que creo es compasivo y bueno. No veo nada de eso en el profeta ni en los discípulos. ¿Dónde quedó el perdón para Bella? ¿Dónde ha estado la compasión todos estos años para las hermanas? ¡Estoy harta de esta miserable vida! Me niego a creer que este sea el camino de Dios. El profeta David ha corrompido una fe pura. ¡Ya no me creo nada de lo que digan él ni sus leales discípulos!

Delilah soltó un grito ahogado y retrocedió.

—Salome, has blasfemado.

—¡Me da igual! —grité, mientras comprobaba que no había nadie cerca.

Delilah me miraba con lágrimas en las mejillas. Su respiración agitada denotaba el miedo que sentía. Junté las manos y le supliqué:

—Por favor, Delilah, escapemos, ven conmigo. Tiene que haber más cosas en la vida que esto. Para todos nosotros.

—No, fuera solo hay maldad. —Sacudió la cabeza—. El mal acecha. Espera el momento en que flaqueemos, ya conoces las enseñanzas, las advertencias. Fuera estarás en peligro. Te apartarás del camino correcto. Y Maddie... Maddie no querrá ir contigo de todas formas. ¡Ni siquiera le gusta dejar nuestro complejo, mucho menos salir fuera!

—Tengo que irme. No le cuentes a nadie que me has visto, por favor.

—Salome, no puedo mentir. Es pecado. Me castigarán.

Tenía razón, claro.

—Pues desaparece por un tiempo. Dame tiempo para escapar, por favor.

—La verja es demasiado alta. No permitirán que te vayas. Tendrás que atravesar kilómetros y kilómetros de terreno árido y, después, ¿adónde irás? Nunca hemos salido de aquí, Salome. No sabemos lo que hay fuera. Los

discípulos te encontrarán. Siempre encuentran a los que intentan escapar. — Se le cortó el aliento. Ya sabes lo que hacen con los desertores, Mae. No puedo perderte a ti también.

—Tal vez todo eso sea verdad, pero lo intentaré de todas formas. Vuelve a tu habitación y quédate ahí. Si te encuentran, no mientas sobre lo que he hecho. Protégete a ti primero. Protege a Maddie.

Me acerqué a mi mejor amiga y la abracé con fuerza, memorizando la confortante sensación de su tacto. Luego, murmuré:

—Rezaré por ti todos los días. Lilah, dile a Maddie que... algún día volveremos a vernos.

La solté. Delilah retrocedió en dirección al complejo de las Malditas mientras la sorpresa, el miedo y la tristeza le deformaban la cara. Me puse en pie y, descalza, eché a correr hacia la verja.

Tenía que irme.

Me obligué a correr, correr y no dejar de correr.

Capítulo 6

Salome

Con un jadeo seco, abrí los ojos de golpe y me encontré con un techo de madera oscura sobre mí. Tenía la visión borrosa por los laterales.

Ha sido un sueño. Ha sido todo un sueño.

Tuve un momentáneo sentimiento de paz que se evaporó cuando me fijé en el extraño techo y me puse rígida al darme cuenta de que no reconocía nada de lo que me rodeaba.

La habitación estaba oscura y olía diferente a todo lo que conocía. ¿Algo así como a cuero y alguna especie de aceite?

Eché un vistazo a mi derecha, sin apenas abrir los ojos y vi a un hombre de pie junto a una mesa larga. Tenía el pelo largo y castaño y estaba sacando una especie de herramientas o pastillas de una bolsa negra. Estaba de espaldas a mí, por lo que pude ver la imagen de la parte de atrás de su chaleco de cuero. Durante varios segundos me esforcé en intentar averiguar lo que era, hasta que me dio un vuelco el estómago al reconocerlo: ¡Satán!

Traté de mantener la calma y controlar la respiración, mientras intentaba despejar la mente. Agradecida, me regocijé de que no se hubiese dado cuenta de que estaba despierta, pero, en ese momento, giró la cara y pude ver su corta barba castaña.

¿Un discípulo?

Estaba confusa y no lograba recordar cómo había llegado a un lugar tan extraño. Había sido mi vigésimo tercer cumpleaños, el día de mi boda con el profeta David, pero... pero algo había pasado, algo que me hizo huir. El

corazón me empezó a latir a toda velocidad y la sangre me ardía bajo la piel. ¿Qué había sido? ¿Qué había visto? Una celda, un cuerpo, mi... ¡NO!

¡Bella!

Bella... en aquella celda... muriendo, golpeada, ensangrentada, abandonada. Con su último aliento me había pedido que corriese. No pude salvarla. Corrí, pero... no podía recordar el resto.

Respiraba de forma entrecortada mientras intentaba mover la mano, pero tenía algo clavado en la piel.

Empecé a tamborilear los dedos, nerviosa. No recordaba qué me había pasado, cómo había terminado en esa cama, inconsciente, pero sabía que tenía que irme, debía huir de ese lugar.

Me puse a contar. Uno, dos, tres, cuatro, cinco... Acerqué los dedos a las sábanas que me cubrían. Estaba vestida con una especie de bata. Seis, siete, ocho, nueve... Respiré profundamente.

Cuando llegué a diez, me incorporé despacio, sentía las extremidades demasiado pesadas. Saqué las piernas por un lado de la cama, me até la bata con fuerza a la cintura por pudor y aterricé sobre los pies descalzos. Un dolor agudo me atravesó la pantorrilla izquierda.

De pronto, el extraño se dio la vuelta, sorprendido por mi repentino movimiento. Dejó lo que sea que tuviese en las manos y se acercó, con las palmas extendidas ante él y la sorpresa instalada en el rostro. Eché un vistazo a la habitación: un montón de cajas de madera, una única silla de cuero negro, las paredes pintadas del mismo color, un baño y una cama.

Bajé la vista al notar un pinchazo y vi que tenía algo en el dorso de la mano, un cable unido a una extraña bolsa que colgaba del cabecero.

Me incliné y saqué la aguja, gritando de dolor al desgarrarme la piel, un hilo de sangre me corrió por el brazo.

—¡No! ¡Joder! Espera. Cálmate. No, no pasa nada. —El hombre trató de calmarme con su profunda voz.

No le reconocía de la comuna, pero estaba segura de que era un discípulo, lo que significaba que tenía que irme. Deduje que Gabriel me había encontrado después de todo. Aquel hombre era mi captor. Iban a castigarme.

Escaneé la habitación y localicé una puerta detrás de mí, a la izquierda. Una salida. El hombre avanzó dos pasos, esta vez habló más despacio y de

forma más clara.

—Por favor. No voy a hacerte daño.

Ladeé la cabeza. Estaba siendo amable, incluso gentil, pero seguro que no era más que un truco, una malvada trampa. Se pasó la mano por el pelo y se arremangó las mangas de la camisa negra, dejando al descubierto unos grandes y abultados músculos.

Tropecé hacia atrás y choqué contra la pared. Sus brazos. Sus brazos estaban cubiertos con la imagen del diablo. Los miré fijamente. No podía dejar de mirarlos mientras temblaba de miedo. Bajó la vista para ver qué era lo que me asustaba tanto. Sus brillantes ojos marrones se abrieron de par en par cuando volvió a dirigir la mirada hacia mí.

—No, ¡joder! No es lo que crees. No me tengas miedo.

Una vida de enseñanzas hizo que saltase la alarma en mi cabeza: «El mal acecha. Te alcanzará. Destruirá tu alma».

Intenté alcanzar la puerta, pero mis pies se movían muy despacio. Cuando llegué hasta ella, la atravesé con paso tembloroso y cerré de un portazo tras de mí.

Seguí a través del sinuoso camino de un pasillo oscuro y estrecho hasta alcanzar un tramo de escaleras, por las que bajé apoyándome en la pared para mantenerme erguida.

Oí un estruendo al final del pasillo y eché la vista atrás en el momento exacto en que el hombre salía por la puerta y me gritaba para que parase. Su figura parecía ocupar todo el pasillo. Tenía una expresión decidida en la cara y ahora me daba miedo. La forma en que me perseguía me ponía nerviosa.

Intenté correr más deprisa, pero la pantorrilla me dolía a cada paso que daba.

Una gran puerta de metal me separaba de las voces de unas personas, personas que tal vez me ayudarían o tal vez no. No lo sabía, pero era la única opción. Tiré de la manilla con todas mis fuerzas, me lancé a travesar el hueco y caí al suelo. Finalmente, mis piernas se habían rendido, tenía la visión borrosa y me invadió un intenso mareo.

Despacio, levanté la vista, la habitación parecía inclinarse a mi alrededor. Varios pares de ojos me miraban, sentada en el centro de la habitación, y empezaron a rodearme. Muchísima gente. Gente desconocida y aterradora. Parecía que se arremolinaban a mi alrededor. Me entraron ganas de llorar.

Tragué un sollozo. Tal vez las enseñanzas fueran ciertas. Tal vez estaba en el infierno después de todo.

Las paredes de la habitación eran negras, pero estaban adornadas con imágenes de Satán en el infierno, sangre, demonios, bestias malignas y ríos oscuros inundados de almas perdidas. Me tapé la boca con la mano para ahogar un grito cuando me di cuenta de que el profeta David tenía razón, fuera de la Orden solo había maldad. Había estado protegida toda mi vida y, aun así, había escapado.

Examiné el área de inmediato y el mareo se redujo un poco.

Mujeres ligeras de ropa inundaban la habitación y hombres rudos de pelo largo y descuidado las tocaban en lugares muy íntimos, lo cual ellas claramente permitían. Incluso al mirarme, mantenían un brillo de diversión en la mirada. Tanto hombres como mujeres me sonreían con suficiencia, algunos con gesto amable, otros con flagrante lujuria.

Un pecado mortal.

La puerta detrás de mí se estampó contra la pared y me quedé petrificada, como un pobre ciervo rodeado de una manada de leones. Un escalofrío me atravesó al sentir que el hombre de la habitación se acercaba.

Me sobresalté al oír un chirrido. Alguien arrastró una silla despacio por el suelo de madera, el ruido quedó flotando en el aire y atravesó la multitud. Varias cabezas se giraron hacia la fuente.

—¿Estás bien, cielo? —preguntó una mujer con voz dulce al otro lado de la habitación. La multitud se fue abriendo paso, pero no se oyó respuesta alguna.

Contuve el aliento a la espera de ver quién iba a aparecer. Entonces, un hombre alto y musculoso salió de entre la gente, caminando hacia mí. Me clavó la mirada y, mientras se acercaba a mí no fui capaz de apartar la atención de él, sus grandes ojos color avellana, sus mejillas ásperas y sin afeitar, su pelo oscuro y despeinado. No me atreví ni a respirar.

Aunque parecía el mismísimo diablo, era el hombre más atractivo que había visto nunca: terriblemente guapo. El hombre más dominante con el que jamás me había cruzado.

Retrocedí unos pasos arrastrando los pies y choqué contra las piernas del hombre de la habitación. De rodillas, me estabilizó colocando las manos sobre mis hombros. Mientras, el hombre de ojos color avellana seguía

acercándose, se paró cuando estaba a apenas a medio metro de distancia.

Se agachó mientras repasaba cada rincón de mi rostro, los orificios de la nariz se le ensanchaban al respirar. Separó ligeramente los labios al soltar un suspiro y, tras él, alguien tosió. Distráido, me apartó la mirada y la dirigió a un lado. La cabeza me martilleaba y me la sujeté con la palma de la mano. Era demasiado para mí, no podía concentrarme. El corazón me palpitaba en el pecho y el miedo se había apoderado de mi cuerpo. Intenté obligarme a dejar de temblar, pero solo conseguí hacer crecer la ansiedad.

El hombre de los ojos color avellana chasqueó los dedos, entonces alguien se acercó y yo lo miré fijamente. Empezó a mover las manos con movimientos controlados, pero desconocidos para mí. En ese momento alguien ordenó:

—Ve con él.

¿Qué estaba pasando?

Estiré la cabeza para seguir la voz y me encontré con un hombre rubio con el pelo hasta los hombros que se acercaba.

—Tranquilízate. Estás a salvo —me aseguró con voz gentil. Sus ojos reflejaban bondad y era muy guapo. Pero también lo era el diablo, me recordé.

El hombre de pelo negro se acercó todavía más, hasta quedar a solo unos centímetros de mi pecho. A pesar de lo débil que estaba, su aroma hizo que algo se me removiera en el estómago, era embriagador, peligroso, pero embriagador.

Con ojos precavidos, lo miré y sus manos volvieron a moverse.

—No tienes nada que temer. Nadie te hará daño. Te doy mi palabra —dijo el rubio, que miraba fijamente las manos de su amigo.

Parecía que estaba traduciendo.

Quería gritar de confusión. No entendía nada de lo que pasaba, dónde estaba, con quién o por qué el hombre que estaba delante de mí no hablaba. Como un destello, me vino a la cabeza la imagen de un chico que conocí junto a la verja cuando tenía ocho años. También hablaba con las manos. ¿Tal vez era algo normal en el mundo exterior? Me pasé la mano por la cara y cerré los ojos con fuerza. Estaba delirando, pensamientos estúpidos me rondaban la cabeza.

—Styx, tío. ¿Qué cojones pasa? ¿Quién coño es esta zorra? ¿Y por qué

está flipando?

Dirigí la mirada hacia un hombre de pelo negro y liso que le caía hasta la mitad de la espalda. Sus medidas eran extremadamente diferentes a las mías. Era muy ancho, casi tanto como alto. Su piel era oscura, tenía los ojos negros y la boca enorme. Unos extraños patrones negros le cruzaban la cara, un tatuaje formado por un torbellino de líneas y símbolos.

—Toro, ahora no —soltó el hombre rubio, aunque el tal Toro se había dirigido al de pelo negro. ¿El hombre de los ojos color avellana se llamaba Styx?

Styx se inclinó más y yo le dejé. ¿Qué otra opción tenía? Que los hombres tomasen de mí lo que querían no era algo nuevo. Aprendí desde bien pequeña que una persona era capaz de cualquier cosa para sobrevivir.

Se colocó una mano sobre el pecho y la movió sobre el corazón. El hombre rubio se colocó detrás de mí.

—Soy Ky y él es Styx. Te encontró detrás de unos contenedores hace unos días, desangrándote. Te estabas muriendo. ¿Te acuerdas?

¡Hace unos días! Me miré la pierna, ahora vendada y sentí la tirantez de la piel dañada y un dolor nauseabundo cuando me moví.

Los perros. Claro, uno de los perros guardianes me había mordido. El perro de Gabriel me había destrozado la pierna izquierda cuando intenté escapar. ¿Llevaba varios días inconsciente?

—Esto es la sede de un club, un club de moteros. Los Verdugos. —Ky señaló la habitación. Fruncí el ceño y él hizo lo mismo—. Sabes lo que es un motero, ¿verdad? ¿Una moto?

«M-o-t-o». Repetí la palabra en mi cabeza, pero no me resultaba familiar. Alguien soltó una carcajada al fondo, se burlaba de mí. Styx se giró despacio y miró fijamente al hombre que se reía, que se calló de golpe. En ese momento, le tuve miedo. Tenía una expresión intensa, severa, y unos rasgos oscuros, ásperos. Cuando me revolví en el sitio, claramente incómoda, volvió a mirarme y a mover las manos.

—Nadie se va a reír de ti.

Ky verbalizó el mensaje con el énfasis apropiado.

Por algún motivo, me relajó escuchar la promesa de protección de Styx. Ky se aclaró la garganta y continuó:

—Una moto es algo que conduces, en lo que viajas. ¿Sabes lo que es un coche?

Asentí con la cabeza. Styx tensó los labios y ensanchó los agujeros de la nariz.

—Pues es como un coche, pero con dos ruedas —explicó Ky.

Un silencio sepulcral invadió la habitación mientras intentaba imaginar la máquina que me describían. Giré la cabeza para mirar a los ojos a todos los que me rodeaban. Todos eran diferentes. Me sentía como en otro mundo, uno muy distinto al que había conocido toda mi vida, uno más oscuro y lleno de pecado. Supongo que ahora yo también era una pecadora. La verja ya no me protegía de los habitantes del exterior.

Una mujer rubia muy guapa me sonrió mientras se ponía al frente de la multitud. Me saludó con la mano y luego se paró junto a un hombre calvo de gran tamaño que la cogió de la mano. Me puso muy nerviosa. Tenía más tatuajes que todos los demás, incluso llevaba en el cuello y en la cabeza imágenes brillantes y enrevesadas. Se veía amenazador, al contrario que la mujer, que parecía amable. Me recordó a Delilah.

Me estremecí, casi estuve a punto de gritar.

¡Lilah! ¡Maddie!

—Escúchame.

Miré de nuevo las manos de Styx, que realizaban un intrincado baile. La voz de Ky me indicó lo que decían. La importancia de lo que había hecho empezó a calar en mi mente, los muslos me temblaban.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó Ky, señalando a Styx.

¿Si lo recordaba? «Qué pregunta tan extraña», pensé, dentro de la confusión que reinaba en mi cabeza.

Cuando le volví a mirar a los ojos, de pronto Styx parecía nervioso. Apartó la mirada y repasó la habitación. La gente empezó a murmurar y le dedicaban miradas inquisitivas. Una mujer con una larga melena castaña se acercó a él y le colocó una mano en el hombro. Sin siquiera girarse a mirarla, Styx se deshizo de su mano. La mujer agachó la cabeza y se quedó mirando al suelo.

Styx empezó de nuevo a gesticular, esta vez más deprisa y de forma más intensa.

—¿Y bien? —transmitió Ky.

Sin embargo, yo no podía apartar la vista de la mujer que estaba detrás de Styx, ni ella de mí. Observé cómo merodeaba alrededor del hombre con el que quería estar. Actuaba del mismo modo en que lo hacía la hermana Eve con el profeta David, con un anhelo no correspondido.

Estaba enamorada de Styx.

—¡Mírame! —gritó Ky, impaciente, dando voz a su amigo—. ¿Te acuerdas de mí?

Styx se señaló el pecho con el dedo. Estudié su cara con mayor detalle. Era incluso más grande de lo que había pensado en un principio, tenía el cuello y los hombros fuertes y los brazos abultados se le marcaban en las mangas de la camiseta negra. Los ojos, sin embargo, verdes con motas marrones, sobre todo en la parte exterior del iris, eran preciosos.

Los ojos de Styx me recordaban al bosque, a los colores del otoño y a las hojas caídas. Mientras le miraba, tragó saliva y vi su nuez moverse de arriba abajo al observarme.

Ky resopló con decepción, lo que rompió el momento, y se agachó para susurrar:

—Styx, tío, no es ella. Está cagada de miedo. De todas formas, era muy poco probable. No es la zorra a la que encontraste y besaste detrás de la verja hace tantos años. Es hora de pasar página y dejar toda esta mierda.

¿Verja? ¿Beso?

¡No, no podía ser! ¿Era él? Imposible...

Styx suspiró, agachó la cabeza y encogió los hombros decepcionado mientras asentía.

Me acaricié los labios con los dedos. Aquel chico extraño, aquel beso...

Había un niño muy cerca de la verja que movía las manos de forma frenética. No entendía lo que hacía. Me acerqué más a él y lo observé intentarlo de nuevo. Con un suspiro, cerró los ojos, respiró profundamente y preguntó:

—¿Q-quié eres?

No podía hablar bien. Las palabras tenían que luchar para escapar de entre los labios.

Ladeé la cabeza mientras lo observaba en silencio. Me había preguntado quién era. ¿Quién soy?, pensé cansada. Soy Salome, nacida tentadora, una Maldita. Acababan de enseñarme cuál era mi deber, mi servicio para la causa. Me enseñaron cómo ayudar a los ancianos a estar más cerca de Dios para así deshacerme de mi pecado de nacimiento. Tenía que salir de allí durante un rato, me habían hecho daño.

No contesté al chico del otro lado de la verja. Tenía prohibido hablar, así que simplemente lo observé, bloqueando en mi mente todo lo que había pasado aquel día. No sabía cómo nos había encontrado, ni siquiera por qué estaba allí, pero, en aquel momento, me dio igual.

Estaba vestido de forma extraña, todo de negro y con unos extraños brazaletes de metal en las muñecas. Era peligroso, tenía el pelo castaño oscuro y los ojos color avellana, unos ojos otoñales, los más bonitos que había visto nunca.

Bajé la mirada para estudiar su boca, pero no hablé. Por protección, nadie podía conocer la Orden. No se me permitía hablar con chicos. Estaba prohibido, era pecado y, además, era alguien del exterior, uno de ellos.

—Mi nombre es Mal. Todos somos malos.

Solté un jadeo en voz alta. ¿Styx era aquel chico? No...

Repasé con la mirada su ropa de color negro hasta llegar a los brazaletes metálicos que llevaba en las muñecas, brazaletes con el mismo extraño emblema. Recordaba aquel día como si hubiese sido ayer. Se había preocupado por mí, me había preguntado mi nombre, me había besado. Luego ,nunca volví a verle. A menudo iba a ese mismo punto de la verja con la esperanza de que apareciese, especialmente después de los días que pasaba con los ancianos, pero nunca volvió. Nunca había besado a nadie antes y no volví a hacerlo después. Era mi único secreto, mi mayor pecado. Se había convertido en casi un sueño para mí.

Levanté una mano temblorosa y la coloqué suavemente sobre su mejilla. Styx contuvo el aliento cuando me miró a los ojos. Me acerqué todavía más, quería asegurarme de que de verdad era él, abrió los labios con una pequeña sonrisa, con la respiración entrecortada.

Ahogué un sollozo, se me abrieron los ojos de golpe y caí hacia atrás cuando le reconocí. Me sorprendió mi propia reacción. Dentro de mí, se

removió un sentimiento que me era desconocido.

Era él. River. Me había vuelto a encontrar.

Me agarró por los brazos sin dejar de mirarme.

—¿Conoces a Styx?—preguntó Ky, que seguía detrás de él.

Styx me clavó los dedos en la piel para apremiarme a contestar. Bajé la mano mientras jugaba con los dedos y asentí.

Styx cerró los ojos, me liberó de su agarre y gesticuló. Ky me preguntó:

—¿De qué? Dime de qué, quiero asegurarme de que eres tú.

Quería hablar, pero estaba demasiado nerviosa y no estaba segura de poder confiar en aquella gente. Había demasiados extraños a mi alrededor que me encerraban en un círculo claustrofóbico, me sentía atrapada.

Busqué otra forma de probar mi identidad y, despacio, alcancé la mano de Styx y la junté con la mía, en posición de espejo, como en la verja. Después, enredé el dedo índice con el suyo, igual que él había hecho con el mío hace tantos años. Su expresión de asombro me confirmó que me había entendido.

Al darse cuenta de lo que significaba, puso los ojos en blanco y se pasó la mano por el pelo. La sorpresa y la desconfianza se habían instalado en su rostro.

Ky me miró de forma extraña y después dijo:

—No me lo puedo creer. ¿Eres tú de verdad? ¡Joder! —Miró a Styx con sorpresa, pero este aún no me había apartado la mirada —. ¡Joder! ¡Es la puta zorra peregrina!

—¿Qué coño está pasando? ¿Quién es esta tía? ¿Por qué vosotros dos os comportáis como gilipollas por un par de tetas? —preguntó un hombre alto con el pelo rojo que había dado un paso al frente mientras se acariciaba la perilla.

El gesto de Styx se endureció. Me empujó detrás de él, sin dejar de rodearme con fuerza con un brazo, me estremecí cuando la pierna me palpité de dolor. Movié los dedos a toda velocidad.

—Prohibido acercarse a ella. ¿Queda claro? Está bajo mi protección y no es asunto vuestro. A cualquiera que se le acerque, le arranco la puta cabeza. Es una promesa, no lo dudéis —tradujo Ky.

Me estremecí por la violencia de aquellas palabras, el tono agresivo.

Todos los hombres de la habitación fruncieron el ceño y me miraron con los ojos entrecerrados, evaluándome. Luego, miraron a Styx con la boca abierta.

—¿Quién es, Styx? ¿De qué la conoces? —La misma voz femenina de antes se hizo oír entre los gruñidos de los hombres. La mujer de pelo castaño se enfrentó a Styx, mientras comprobaba con ojos cautelosos el estado de ánimo de la multitud.

Styx le impidió que se acercara más y sacudió la cabeza. La mirada dura y severa había vuelto a su cara.

—Styx... —susurró con la voz rota.

Él, aludido, dio un paso al frente y empezó a mover las manos deprisa. Claramente, la mujer entendía los gestos que hacía. Se le llenaron los ojos de lágrimas, se dio la vuelta y se marchó.

Styx me cogió la mano y echó a andar hacia el pasillo mientras gesticulaba con la mano libre.

—¡Preciosa! —gritó Ky.

Miré hacia atrás y comprobé que nadie se había movido del sitio, como si estuvieran congelados. Nos observaron marchar con mirada confusa y fascinada. La mujer del pelo castaño también nos miraba desde el fondo de la habitación, con un gesto de angustia y devastación en la cara mientras le caían lágrimas por las mejillas.

Volvimos a la habitación donde me había despertado antes. Styx me llevó hasta la cama y me empujó por los hombros para que me sentase. La mujer rubia entró detrás de nosotros. Styx se giró hacia ella y le dijo algo con las manos.

—Están en la habitación de Tanque, iré a por ellas. Las dejaré frente a la puerta —respondió la rubia. Dio la vuelta y salió de la habitación.

Estábamos solos.

Styx puso la silla negra frente a la cama, se sentó y me observó. Los ojos color avellana repasaron cada centímetro de mi cuerpo y, como respuesta, empecé a temblar. No dijo ni una palabra, pero no me apartó la mirada ni un segundo. Aunque parezca extraño, el silencio que reinaba en la habitación resultaba ensordecedor.

En busca de una distracción de aquella intensa mirada, giré la cabeza para admirar la imagen que ocupaba toda la pared. Era una enorme máquina de dos ruedas. Sonreí cuando caí en la cuenta de que eso debía de ser una

moto.

Me levanté, caminé hacia la pared y pasé los dedos por el contorno de la imagen. Eché un vistazo hacia Styx y comprobé que seguía mirándome, inclinado hacia delante con atención y con los codos apoyados en las rodillas. Sonriendo, señalé la pared a mi espalda. Se levantó y se acercó para quedar a mi lado. Con un asentimiento de cabeza, me hizo saber que entendía mi pregunta.

Le dediqué una ligera sonrisa y volví a sentarme en el borde de la cama, de repente me sentía muy cansada. Styx siguió cada uno de mis movimientos. El profeta David me había enseñado que desear bienes materiales era un pecado, pero me gustaba la expresión de Styx cuando miraba la imagen de la moto. Parecía hacerlo feliz.

Me froté los ojos doloridos. Estaba agotada. Era consciente de que pronto tendría que enfrentarme a todo lo que había pasado, no podía bloquearlo para siempre.

Styx se sentó de nuevo en la silla frente a mí, como si fuese capaz de sentir la consternación que sentía. Ladeó la cabeza interrogante, preguntando en silencio qué me pasaba.

Había conseguido evadir la realidad durante demasiado tiempo. Una parte de mí quería fingir que no había sido más que una horrible pesadilla, aún más al estar sentada en aquella habitación oscura con Styx. Sin embargo, las imágenes de Bella, inmóvil en el suelo de aquella celda, me taladraban la mente, agujereando las paredes emocionales que había levantado para bloquear el recuerdo. Sacudí la cabeza efusivamente con la intención deshacerme de aquellas escenas terroríficas.

Los castigos severos eran algo común entre mi gente, algo necesario para prevenir que otros se apartasen del buen camino. Pero Bella era mi hermana. No pudo amar a Gabriel y esa fue su ruina, así de simple. Prefería vivir en una condena eterna aquí en el exterior que casarme con el hombre que había permitido el despiadado abuso de mi propia sangre.

Torpemente, Styx se acercó a mí. Después, con dulzura, me pasó los pulgares por las mejillas para secarme las lágrimas. Tardé un momento en darme cuenta de que estaba llorando. El pecho se me tensó y lo agarré por las muñecas, necesitada de apoyo. Gritos silenciosos se me escapaban del pecho de forma involuntaria y dejé que el dolor se apoderase de mí. Por primera

vez en la vida, lloré de verdad.

Styx se movió tras de mí y me pasó el brazo por los hombros, lo que me sobresaltó. Levanté la mirada hacia las duras facciones de su cara: los ojos color avellana, los labios suaves y gruesos, las mejillas ásperas marcadas por pequeñas cicatrices. Se pasó la lengua por el aro de plata que tenía en el labio inferior y se le marcaron unos hoyuelos en las mejillas. Aquellos pequeños y suaves agujeros le hacían parecer menos duro, más humano.

Cuando volví a clavar la mirada en el hombre grande y silencioso que estaba a mi lado, tan diferente del chico que había conocido, me derrumbé. Me rendí. Eso representaba todo lo que me habían enseñado que estaba mal, pero no podía evitar disfrutar de su tacto. Me estrechó entre sus brazos, calentándome, consolándome, haciendo que me sintiera segura. Me aferré con fuerza a su chaleco que olía a cuero, a jabón, a humo y a algo más, algo que me gustaba... Nunca me habían abrazado así antes, nunca me habían aliviado. El único afecto que conocía era el de los días del intercambio divino e, incluso entonces, tocarse de este modo estaba estrictamente prohibido.

Styx acomodó mi cabeza en el hueco de su cuello y, solo entonces, sollocé libremente.

Lloré durante mucho tiempo hasta que me rendí al agotamiento y me quedé dormida, todavía sin estar segura de si me habían atraído a un antro de perdición. Sin embargo, me sentía segura en los brazos del único chico al que había besado.

Capítulo 7

Styx

Joder, como vuelva a mover la nariz voy a explotar.

Se había quedado dormida entre mis brazos, me hacía cosquillas en el cuello al respirar. Por primera vez en la vida tenía la carne de gallina.

Tenía la puta carne de gallina.

Abracé a la diminuta zorra más fuerte y exhalé, con los ojos apretados de agonía. La tenía dura, muy dura, tanto que me dolía. Joder, era tan guapa que me costaba creer que fuese real. Siempre me había preguntado cómo sería de mayor, un buen cuerpo, el pelo largo, los ojos brillantes; pero la realidad superaba con creces a la imaginación. Tenerla entre mis brazos era la mejor sensación que había tenido nunca y cuando la vi mover la nariz como la puta bruja Samantha de *Embrujada*, la sangre me bajó de golpe a la polla y lo único en lo que podía pensar era en estar dentro de ella. Me estaba volviendo loco. Joder. Ni siquiera sabía cómo se llamaba.

Giré la cabeza contra la pared y solté un gemido. Contrólate, Styx. Eres el presidente de un club de moteros que trafica con armas y te comportas como una perra estúpida.

La zorra gimió en sueños y se acurrucó más contra mi pecho. Me agarraba el cuero con la mano y tenía la pierna ligeramente doblada sobre la mía. No aguantaba más. Como se moviera otro centímetro, iba a perder el control y a follármela en la cama.

Me deshice de su diminuto cuerpo, tiré de las sábanas negras y la coloqué bajo ellas mientras le apartaba el pelo de la cara y observaba la sonrisa

tranquila que le asomaba en los labios.

Salí de la habitación, cerré con llave y me dirigí al bar del complejo. Solo quedaban unos pocos hermanos, la mayoría se habían marchado a casa o estaban en las habitaciones con alguna perra de una noche. Lois también se había largado. Perfecto. No quería que me acosara con preguntas. De cualquier manera, no tenía respuestas para darle.

Entré detrás de la barra y me serví un vaso grande de *bourbon*. Ky y Rider estaban sentados en una mesa y seguían cada uno de mis movimientos. Pit atravesó corriendo la habitación y saltó tras la barra.

—Mierda, presi, ya lo hago yo.

Le indiqué con la mano que se fuese, pero aun así ocupó su lugar como camarero, era uno de los deberes que tenía como aspirante.

Me senté junto a Rider y Ky y los miré a los ojos.

—Presi —saludó Ky.

Fruncí el ceño cuando vi que se removían en el sitio, los cabrones habían estado hablando.

«Soltadlo», dije por señas.

Ky se frotó la boca con la mano.

—Styx, tío. ¿Qué coño pasa con esa zorra?

Me incliné hacia adelante y le miré a los ojos, la mirada me temblaba de irritación.

—No me estoy burlando de ella. Lo que quiero decir es que no sabe nada de nada, es inocente, ingenua. ¡Ni siquiera sabía lo que era un motero o una puta moto, cojones! No habla y miraba a los hermanos como si estuviese mirando a la cara al mismísimo diablo. Aparece de la nada, desangrándose. No sabemos de dónde ha salido o si alguien la está buscando. Podría traer problemas. Por si no te habías dado cuenta, tenemos cosas más que de sobra de las que ocuparnos, no necesitamos más.

Ky me miró y sacudió la cabeza como si no reconociera al hombre que tenía junto a él. El hombre que había sido su mejor amigo durante años.

—Los federales nos vigilan día y noche. Si salimos de aquí con una zorra asustada y magullada, se nos van a echar encima y ningún gilipollas se va a creer la verdad. ¡Vamos a ver, coño! Mañana tenemos el trato con los chechenos. Vamos a pasar semanas en la carretera para reclamar nuestro

territorio. No necesitamos esta mierda ahora.

Me bebí el *bourbon* de un trago y disfruté del sabor suave y turbio. Dejé que el alcohol me entumeciera la garganta. Abrí los ojos despacio, dejé el vaso sobre la mesa y enterré las manos en el pelo. Había sido un día la hostia de largo.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Rider mientras se ajustaba la bandana de los Verdugos a la cabeza—. ¿Necesitas que le eche un vistazo?

Sacudí la cabeza, cogí aire y gesticulé: «Durmiendo».

Rider asintió. Juro que el cabrón parecía decepcionado. Luego pasó los ojos por la habitación antes de volver a centrar la mirada en mí. Daba la sensación de que quería decir algo.

—Oye, Styx. Cuando era más joven y mis viejos murieron, me quedé solo. Estuve dando tumbos durante años, al principio estaba acojonado, pero me endurecí bastante rápido. La vida en la carretera, ya sabes. El club fue mi segunda oportunidad.

—¿Qué quieres decir, hermano? —preguntó Ky mientras le ponía una mano en el hombro.

—Solo digo que tal vez ahora esté muerta de miedo, pero se calmará tarde o temprano. Yo me crié en una casa con normas religiosas muy estrictas. Nunca se lo había contado a nadie de aquí. Nunca vi la necesidad. Ya no es mi vida, ni de cerca. De todas formas, cuando mis padres murieron, tuve que aprender todo de la vida otra vez. Perdí la fe, la iglesia, mi punto de apoyo. Estuve perdido durante un tiempo, hasta que volví a encontrar una familia aquí, con los Verdugos.

«¿Crees que es una fanática religiosa?», gesticulé. Tenía mucho sentido.

—No estoy seguro, tal vez. —Se encogió de hombros—. Solo digo que eso fue lo que me pasó a mí. Pero ha escapado de algo, de eso no hay duda. Apareció confusa, muda y sangrando. Tiene un pasaje sobre el fin de los tiempos tatuado en la muñeca. Por lo que parece, necesita protección. Claramente la han tenido encerrada. No tiene ni puta idea de la vida, como si hubiera pasado los últimos veinte años en aislamiento.

Me recliné hacia atrás y me quedé mirando el techo marrón manchado. Suspiré y me froté la cabeza. «¿Y si no voy a esta carrera? Tú tomas el mando y yo me quedo con la zorra para llegar al fondo de todo esto», gesticulé y miré a Ky.

Se rio y sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Te burlas de mí, verdad? ¡Y una mierda! Ni lo pienses, Styx, tienes que estar allí. ¡Eres el puto presidente! Los chechenos te estarán esperando. El club es lo primero.

¡Joder! Si alguna vez volvía a ver a esos hijos de puta rusos les iba a arrancar la cabeza. Estaría fuera casi un puto mes, tenía que ir. Necesitaba a alguien de confianza. Alguien que la cuidase mientras estaba fuera para luego arreglar toda esta mierda a la vuelta.

Me aclaré la garganta, miré a Rider y exhalé. Palideció.

«Tú te encargarás de ella. No vendrás con nosotros al trato con los chechenos. Te quedarás con ella. La protegerás hasta que vuelva».

Lo observé tragar saliva y sacudir la cabeza.

—Presi, no sé si es una buena idea.

«No es una pregunta, hermano. Es una puta orden. Necesito que alguien en quien confío la vigile mientras no estoy. Alguien que no se la vaya a tirar mientras duerme».

—Styx, no... no se me dan bien las zorras. —Le temblaba la cara de los nervios—. No sé cómo hablar con ellas. No soy el tío indicado —hablaba cada vez más bajo, intentando excusarse.

«Exactamente por eso eres perfecto para el trabajo. Mientras esté aquí, quiero que cuides de ella, que le arregles la pierna. No sé, enséñale alguna mierda, normas y eso. Joder, enséñale de qué va la vida. Sabes que los hermanos no la dejarán en paz si no hay alguien que la reclame. No puedo dejarla sin protección. Lo último que quiero es que la violen. Ya ha tenido bastante mierda hasta ahora».

—Presi...

Se frotó la cara con la mano. No tenía ni idea de por qué el cabrón nunca echaba un polvo. No fumaba, no bebía. Durante un tiempo pensé que le iban las pollas, pero le había visto mirar a las perras del club, follárselas con los ojos. Pero nunca las tocaba. Era cosa suya. Todos tenemos nuestros demonios. Resultaba que esa actitud me venía de perlas con la desconocida.

«¡Vas a hacerlo! Sin preguntas, ¿queda claro?», gesticulé con rabia para dejar las cosas claras de una puta vez.

Rider frunció el ceño y se encogió en el asiento.

—De acuerdo —asintió.

Ky saltó del asiento con expresión severa. Fue a buscar la botella de tequila Patrón detrás de la barra, puso tres vasos de chupito sobre la mesa y sirvió la bebida, sin mirarme ni una vez.

—Solo te diré una cosa, Styx. Esa tía viene de otro mundo, el que coño sea. Dudo que encaje en una familia como la nuestra, en esta vida. Los dos sabemos que tú estás aquí de por vida, nunca te irás.

«Queda claro. Déjalo», gesticulé. Estaba perdiendo la paciencia tanto con Ky como con Rider, encogido en la silla.

Ky no.

—Lo único que digo es que tienes que centrarte en el puñetero trato con los chechenos. Si lo perdemos estamos jodidos. Céntrate en la vida en la carretera. Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos que cuidar de una peregrina chiflada religiosa. El club no es una obra benéfica, joder. Vamos a ver, ¿qué cojones? ¿Cómo se puede llegar a su edad sin tener ni puta idea de la vida? Traerá muchos problemas. Esta noche se ha comportado como una niña pequeña, tío. Una niña de cinco años. Si quieres echar un polvo, tienes a Lois para comerte la polla. Quédate con eso.

Rider se bebió el tequila de un golpe y se puso en pie con torpeza.

—Me largo a dormir.

Rápidamente, le indiqué a Pit con gestos que desapareciera también. En cuanto oí la puerta cerrarse, me giré hacia Ky y dejé salir toda la rabia que había estado conteniendo.

—T-tú y yo s-somos hermanos, m-mejores a-amigos, leales hasta el final, p-pero m-más t-te v-vale d-dejar esta m-mierda ahora m-mismo. N-no me g-gusta a d-donde v-va.

Me puse de pie y me incliné sobre él, pero el hijo de puta no dejó de mirarme a los ojos. Se rio sin gracia.

—¿Entonces qué? ¿Vas a hacerla tu dama? ¿O tu nueva perra del club? ¿Lois fuera, zorra peregrina dentro? ¿Así es como va a ser? ¿También te va a chupar la polla a diario? ¿Va a estar a tu lado cuando te peguen un tiro o cuando te tires a una puta solo porque te apetece? Ni de coña. No podrá con esta vida. El club es lo primero, no lo sacrifiques por un par de tetas.

Lo agarré por el cuero y lo estampé contra la mesa, los vasos vacíos temblaron, cayeron al suelo de madera y se rompieron en mil pedazos.

—¡M-más t-te vale c-errar la p-puta b-boca a-ahora mismo! —Apreté los dientes y conseguí continuar—. ¡N-no t-te olvides d-de c-con q-quié e-estás hablando!

—Ya, claro. —Escupió tras empujarme.

Se recolocó la ropa y me hizo un corte de manga mientras salía por la puerta. De pronto, se detuvo y miró hacia atrás por encima del hombro, con los puños apretados.

—Te comportas de forma diferente cuando la tienes cerca, tío. Esa chica te joderá vivo. Estás obsesionado con esa zorra, has perdido la puta cabeza si crees que va a encajar aquí. Joder, seamos sinceros. Estás como una puta cabra desde que la conociste con once años y hasta ahora no lo has dejado correr. Soy tu maldito mejor amigo, no solo tu vicepresidente. Me acuerdo de cómo te cambió conocerla hace tantos años. No va a ser el ángel perfecto con el que fantaseabas, Styx, tiene fallos y está bastante jodida, por lo que parece. La has puesto en un pedestal inalcanzable. No seas un cabrón egoísta y la pongas por delante del club, de tus hermanos. No podrá lidiar con esta vida, con lo que haces, las cosas que tienes que hacer por el club. Déjala ir. El club lo primero, que no se te olvide. Nada más. Lo hago por ti, joder. Siempre te cubriré las espaldas, pase lo que pase.

Cuando terminó, se giró y salió del complejo, me dejó solo en el bar vacío, acompañado únicamente por el lío de pensamientos que tenía en la cabeza.

¡Mierda!

Me bebí otro tequila, luego otro más y, después del quinto, estampé la botella vacía contra la pared. Sabía que Ky tenía razón. Sin duda lo mejor para ella era alejarse de esta vida de mierda, pero tenía tantas ganas de que se largase como de que me pegasen un tiro en la cabeza. Acababa de volver a encontrarla, pero ya era demasiado tarde. Hades ya me había arrastrado al infierno. No se merecía caer conmigo. Se merecía un hombre bueno, puro; y yo no lo era, ni de lejos.

Volví a sentarme en la mesa y repasé con la mirada la habitación vacía mientras observaba las imágenes que la habían asustado tanto antes. Traté de imaginar lo que sería verlas con ojos inocentes, ojos que solo veían el bien, que no seguían el ejemplo del señor del inframundo.

Una sensación de malestar se me instaló en el estómago y supe que no

iba a pegar ojo en toda la noche. Tenía demasiadas cosas en la cabeza.
Necesitaba unos cigarrillos, una botella de Jim Beam y mi música.

Capítulo 8

Styx

Tuve mi primera guitarra a los seis años, mi viejo solía decirme que lo único que necesitaba en la vida eran mi Harley, el amor de una dama y mi guitarra Fender. Ese era el código que había seguido toda la vida. Tenía la Harley, a mis hermanos del club, dinero y mi guitarra, me faltaba una dama, pero tenía claro que Lois nunca lo sería. Con veintiséis años me había tirado a montones de zorras, pero no tenía ninguna intención de conseguir una dama. Sin embargo, un par de ojos de lobo me acechaban en sueños desde que tenía once años.

Hablar siempre me había resultado difícil, pero cantar y tocar, joder, era tan fácil como respirar, no tenía problemas con las palabras. Cuando tenía la guitarra en la mano era cuando más cómodo me sentía, se me soltaban las cuerdas vocales y las palabras salían suaves como el viento.

Rasgué las cuerdas de la Fender acústica, cada vez más cabreado con la situación. Cambié sin inmutarme de Johnny Cash a Tom Waits. Necesitaba el consuelo de las letras oscuras y melancólicas. Le di una calada al cigarrillo, lo dejé en el cenicero y, con la pierna apoyada sobre la mesa, dejé salir de entre los labios la letra de una vieja canción.

*Well, I hope that I don't fall in love with you,
'cause falling in love just makes me blue.*

Canté con los ojos cerrados para olvidarme del mundo durante un rato,

los dedos bailando en las cuerdas. Me relajé un rato y, en mi mente, la desconocida me sonreía con timidez.

Sentí que me ardía el pecho por la imagen, así que abrí los ojos y... joder, ahí estaba, sentada en el sofá a mi derecha, con la cabeza apoyada en el respaldo, rodeándose la perfecta figura con los brazos y mirándome con ojos de lobo. Parecía que la hubiese invocado.

Dejé de tocar inmediatamente, las manos se me congelaron sobre las cuerdas, incapaz de apartar la vista de ella. No dejaba de mirarme, un ligero rubor asomaba en sus pálidas mejillas.

Me puse en pie y levanté la guitarra para después darme la vuelta y dejarla en su sitio, pero cuando estaba a medio camino, el sonido de una profunda respiración me hizo girarme a mirarla. Despacio, abrió los labios, carnosos y rosados, la punta de la lengua asomaba mojada entre ellos, y susurró:

—Otra vez.

Juro que se me paró el puto corazón.

Estaba hablando.

Me acerqué e incliné la barbilla para pedirle que lo repitiera. Un intenso rubor apareció por la totalidad de su rostro y tragó saliva, mientras se removía en el sitio y agitaba las pestañas como si fuesen putas mariposas.

—Otra vez, por favor, toca otra vez. He disfrutado mucho al oír tu voz.

¿Qué coño era ese acento?

Encogió esa nariz de botón y supe lo que vendría después. ¡Mierda! Ahí estaba, ese pequeño movimiento que la traicionaba cuando estaba nerviosa. No podía apartar la mirada. Joder, no dejé de mirarla a los ojos, le sostuve la mirada mientras alcanzaba la guitarra, me recosté en el asiento y respiré hondo mientras repasaba las palabras para seguir donde lo había dejado.

And I hope that I don't fall in love with you.

I can see that you are lonesome just like me, and it being late, you'd like some company...

Con cada línea le brillaban lágrimas en los ojos, una sonrisa de satisfacción le acechaba los labios. Joder. Solo por ver esa mirada u oírla

hablar de nuevo cantaría con voz de soprano *Somewhere Over The Rainbow* si me lo pidiera.

Me aclaré la garganta y canté el final de la canción.

And I think that I just fell in love with you.

Dejé que la última nota quedase colgada en el aire, solo se oían nuestras respiraciones mientras la cuerda vibraba, hasta que llegó el silencio.

La miré. Me miró. La tensión aumentaba.

Me moví a un lado para dejar la guitarra junto a mí, cogí el cigarrillo y le di la última calada para después apagar la colilla sobre la mesa. Ella me observaba mientras movía la nariz y se pasaba la lengua por los labios carnosos.

Joder.

Cambié de postura para intentar ocultar mi erección. «¿Estás bien, nena?», le pregunté mediante signos, pero arrugó la frente y sacudió la cabeza.

¡Mierda!

Me senté con el cuerpo inclinado hacia delante, con la cabeza apoyada en las manos y me froté las sienes. Cerré los ojos e intenté concentrarme en soltar la garganta, ponerla en marcha. Me recordé que ya había hablado con ella antes. Podía volver a hacerlo, joder.

O al menos eso pensaba, pero la pitón no me soltaba y me invadía una ira homicida. Tantos años esperando para volver a ver a esta zorra y, que me jodan, no era capaz de decir una mierda.

De pronto, una suave mano apareció sobre la mía. Levanté la cabeza, ella me sonrió y preguntó:

—¿Usas las manos para hablar?

Inquieto, asentí y observé cada uno de sus movimientos.

Osciló la mirada entre el suelo y yo hasta que dijo:

—Una vez me hablaste, ¿verdad? Inténtalo de nuevo, por favor. Me gustaría mucho oír tu voz.

Joder, a mí también.

La miré a los ojos de lobo y volví a intentar relajar la garganta mientras

movía la pierna con nerviosismo, los ojos me temblaban al intentar hacer saltar las palabras fuera de la boca. Respiré hondo y conseguí soltar:

—¿Has e-escuchado m-música a-antes?

Me dedicó una gran sonrisa de alivio y bajó los ojos al suelo, con una expresión casi de vergüenza.

—Sí, una vez.

Las manos me empezaron a sudar y las sequé contra los vaqueros. Tenía una voz tan diminuta como ella, pero era la cosa más dulce que había oído nunca, y había tardado demasiado en llegar. Quince años de mierda esperando para volver a oír su voz y resulta que ella también me había esperado.

—¿T-tienes n-nombre?

Se quedó inmóvil y abrió los ojos de par en par, la respiración se le aceleró y el miedo se le instaló en la cara.

—N-no v-voy a hacerte d-daño, ¿t-te acuerdas? D-dime t-tu n-nombre, n-nena.

Suspiré aliviado cuando las palabras empezaron a salir de forma cada vez más clara. Era ella, la número tres, mi puto milagro.

—Salome —dijo con voz casi inaudible.

Me incliné hacia delante, convencido de haber oído mal.

—¿C-cómo?

—Salome —repitió. Después, tragó saliva y posó la mirada en la salida, en mí y, de nuevo, en la salida.

Iba a salir corriendo.

—¿S-sabes d-de d-dónde v-viene ese n-nombre, n-nena? —Fui incapaz de ocultar el enfado al hablar, una niebla roja me nublaba la mente.

Miró a todas partes menos a mí y bajó la cabeza.

—Sí. En muchas escrituras, se dice que era la sobrina del rey Herodes. Pidió la cabeza de Juan Bautista por su cumpleaños y bailó la danza de los siete velos. Es un recordatorio de que las mujeres estamos llenas de pecado y tentamos a los hombres para hacer el mal. Todas nacemos pecadoras, algunas más que otras, y debemos recordar siempre que somos el motivo por el que la humanidad fue expulsada del Paraíso. Nacemos con el pecado original de Eva. Mi nombre garantiza que la gente siempre sea consciente de

esto y que yo nunca olvide mi lugar en el mundo de Dios.

¿Qué cojones?

Vomitó esa mierda como si se la hubiesen implantado en el cerebro, un discurso aprendido. Los ojos se le apagaron, la voz se deshizo de todo sentimiento y el cuerpo se le tensó. Apreté los puños una y otra vez y la observé con la mirada perdida, mientras me mordía la lengua para evitar gritar o salir a buscar al cabrón responsable de que me recitase esa mierda.

Rider tenía razón. Venía de algún culto retorcido en el que le inculcaban esa mierda como si fuera un robot. Joder, no era una novedad en Texas, todo el mundo se sigue acordando de la masacre de Waco como si hubiera sido ayer. Hay muchos hijos de puta ultrareligiosos por aquí, soltando mierda y exorcizando demonios día sí y día también. Por supuesto, los Verdugos lo sabíamos todo de este tipo de cultos, sobre todo de los davidianos. Mi abuelo se quedó con el negocio de venta de armas de los pobres cabrones después de que acabasen todos muertos, cortesía de los disparos de los buenos de la ATF.

El viejo se lo montó muy bien, se quedó con su territorio y extendió el control de los Verdugos en Texas.

Cuando volví a la realidad, oí que Salome lloriqueaba, ligeramente encogida y con el cuerpo hundido dentro de la bata negra mientras se envolvía las extremidades con el exceso de tela. Tenía los ojos abiertos de par en par y me miraba muerta de miedo. Me incliné hacia ella y vi cómo hacía un ligero encogimiento de hombros y le aparecía un temblor en los ojos.

Creía que iba a hacerle daño. Levanté las palmas de las manos.

—M-mierda, z-zorra, n-no v-voy a hacerte d-daño.

Inclinó la cabeza con sumisión, lo que me cabreó todavía más y, antes de darme cuenta, grité:

—N-no te i-inclines a-ante mí. L-le... —Me detuve, busqué de nuevo las palabras y cogí aire—. ¡L-levanta l-la p-puta c-cabeza! —solté de una sola vez.

Obediente, levantó la cabeza de golpe, confundida.

—¿Qué... qué quieres de mí? —susurró. Le castañeaban los dientes, estaba blanca y presionaba las palmas de las manos hacia abajo.

Apenas escuché la pregunta, la sangre me palpitaba en los oídos y

ahogaba la dulzura de su voz en aquella posición de obediencia. Estaba temblando de terror.

Me agaché para estar a su altura y le dije:

—Q-que n-no t-te s-sobresaltes c-cada vez q-que me m-muevo, p-para e-empezar.

Asintió con la cabeza mientras me miraba con recelo. Dejó de temblar y formó una «o» con los labios, confusa.

Me pasé la mano por la cabeza y enredé los dedos en el pelo. Si fuese cualquier otra zorra, la cogería y la besaría hasta asfixiarla, la haría mía y le haría entender que no iba a hacerle daño a base de follármela. Pero no era cualquier zorra. Me miraba como si fuese a darle una paliza, todo porque me había cabreado al oír ese nombre de mierda.

Cogí el paquete de tabaco de la mesa, ignorando cómo se encogía y se protegía con los brazos. Si no lo hacía, seguramente iba a matar a alguien, así de indignado estaba. Saqué un cigarrillo con los dientes y lo encendí con el mechero que tenía en el bolsillo. Di una calada con los ojos cerrados, me recliné en el sofá e intenté calmar la mente.

A los pocos segundos, abrí los ojos. Salome se dedicaba a jugar con los dedos mientras movía la nariz y se mordía el labio con preocupación.

Con un gruñido, me coloqué frente a ella, muy cerca y la miré fijamente a los ojos aterrorizados.

—M-mira, n-nena, m-me he e-enfadado p-por t-tu n-nombre. —Me froté la garganta y la obligué a relajarse. Sentía que los ojos me temblaban de nuevo—. N-no s-sé de d-dónde v-vienes o q-qué hijo d-de p-puta t-te ha llamado S-salome, p-pero n-no d-deberías ll-llamarte a-así. Y-yo n-no p-pienso hacerlo. E-es u-una p-puta m-mierda de n-nombre p-para una z-zorra t-tan hermosa c-como t-tú. E-es un i-insulto, ¿o n-no?

Asintió con la cabeza y una pequeña sonrisa le asomó en la esquina del labio superior.

Joder.

Le di otra calada al cigarrillo cuando dijo:

—Mae.

Ladeé la cabeza y la miré fijamente. Se revolvió nerviosa en el asiento como si estuviese a punto de confesar un asesinato.

—Mis hermanas, en secreto, me llamaban Mae. Tampoco nos gustaban los nombres despectivos. —Una tímida sonrisa le apareció en los labios. Así que, después de todo, tenía algo de chispa.

Levanté la mano despacio y enredé sus dedos con los míos. Soltó un grito ahogado, pero me dejó. Me quedé mirando los brazos entrelazados y solté una risotada muda. Me había tirado a muchas zorras en mi vida, había probado todas las posturas imaginables, había metido la polla en cada agujero, probado todas las drogas, bebido todo tipo de *whisky*, pero nunca nada me había hecho sentir tan bien como tener cogida esa diminuta y pálida mano, ni remotamente.

Me mató ser consciente de que no pertenecía a este lugar. Por primera vez en la vida, quería hacer lo correcto por alguien, y ser parte del club, ser parte de mí, no era lo correcto para ella.

—¿Styx?

Joder, cuando la oí decir mi nombre casi me quedo sin respiración. Levanté la mirada y vi que fruncía el ceño, sabía que pasaba algo.

—N-nena... —susurré.

—¿Estás bien? ¿Estás pálido?

Suspiré y me pasé los dedos por la mejilla. Contuvo el aliento y le confesé:

—N-no p-puedo m-mantenerte a-aquí.

Sentí que su mano se estremecía entre la mía.

—¿Quieres que me vaya? —susurró mientras apartaba la mano de la mía para volver a acunarla sobre las piernas.

Estiré los brazos, le agarré las muñecas con las manos y tiré de ella hacia mí. No le quedó otra opción que dejarse caer en mi regazo. Seguí sin mirarla, apoyé la frente contra su hombro. Me encantaba tenerla sentada sobre mí.

—E-eres d-demasiado buena p-para esta v-vida, Mae. N-no e-estás a s-salvo. N-no sabes c-cómo v-vivir entre t-tanta m-maldad.

Durante un rato, no dijo nada. Después, confesó en voz baja:

—Me siento segura contigo. No conozco a nadie más aquí en el exterior y no puedo volver adonde estaba. —Se sobresaltó cuando un pensamiento apareció de pronto en su mente—. Por favor, no me lledes de vuelta, ¡por favor! ¡Con ellos no!

Finalmente, levanté la mirada y la vi rota de dolor. Me dolió más que el machetazo en el pecho que me habían dado los mexicanos el año pasado.

¡Joder!

Le agarré la mano temblorosa y dije:

—N-no l-lo haré, p-pero ¿d-dónde e-es, n-nena? ¿Adónde n-no p-puedes v-volver?

—Al lugar del que vengo —respondió evasiva.

—¿L-la v-verja? ¿L-lo q-que s-sea q-que hay ahí d-dentro? ¿E-es e-eso a lo q-que t-te r-refieres?

Asintió en silencio.

Levanté los brazos y le cogí la cara con las manos.

—E-eres d-demasiado i-inocente p-para esta v-vida. A-acabarás o-odiándome s-si te q-queadas.

—Creo en el perdón. Nunca odiaría a nadie, mucho menos a ti.

—T-te l-lo explicaré, n-nena. V-vendo a-armas ilegales por d-dinero y b-bebo demasiado. F-follo c-con p-perras a menudo y n-no m-me c-comprometo c-con n-nadie desde hace m-mucho, t-tal vez n-nunca lo haga. —Estaba seguro de haber llamado su atención con eso último—. He m-matado a g-gente. I-incluso l-lo he d-disfrutado y l-lo v-volveré a hacer. —Le estaba dando el golpe de gracia—. N-necesitas a a-alguien b-bueno q-que c-cuide de t-ti. E-ese n-no s-soy yo, n-nena. M-mañana t-tengo q-queirme p-por negocios. Hablaremos c-cuando v-vuelva y r-resolveremos t-todo esto.

Se le aceleró la respiración y me agarró de las muñecas con todas sus fuerzas. Con las piernas temblorosas, Mae se puso en pie y aparté las manos de su cara. La observé caminar hasta la puerta que llevaba a la escalera negra de mi apartamento. Luego se quedó quieta y me miró por encima del hombro.

—Hay luz en tu interior, Styx, la veo brillar como el sol al mediodía. Es preciosa. Eres un buen hombre.

Joder. ¿Qué cojones iba a hacer con toda esta mierda?

—Estoy muy feliz de haberte vuelto a ver. Pensaba en ti a menudo, el chico tras la verja, el chico del exterior, el que me robó mi primer y único beso y, por las noches, rezaba porque estuvieses feliz y a salvo. Es un ritual que seguiré haciendo siempre.

Mae suspiró y se giró hacia mí. Pude ver el dolor que luchaba en su rostro, pero no sabía a qué coño se debía. Varios segundos después, se colocó frente mí, se agachó despacio y me dio en la mejilla el beso más suave que podía existir, luego se movió hacia mi oreja y susurró:

—Siempre te estaré agradecida por salvarme la vida, Styx, y porque me hayas cantado de forma tan perfecta con la guitarra. Me has mostrado más compasión en pocos días de la que he tenido en toda mi vida.

Se rio con una única carcajada y fue el sonido más puro y hermoso que había escuchado en mi vida.

—Nunca lo sabrás, pero has aparecido en los dos momentos más oscuros de mi vida. Dices que «no eres tú», que no eres bueno y no eres quien me mantendrá a salvo, pero ya lo has hecho. Me has salvado la vida dos veces.

Alcancé su mano, sin saber qué cojones iba a hacer, cuando una voz llamó mi atención desde el hueco de la puerta.

—¿Styx?

Lois estaba allí parada observándome con Mae, con los ojos abiertos de par en par al verme sujetarle la mano. Sacudí la barbilla, levanté la mano y le pedí por señas que me esperase en la habitación del club. Dudó durante un segundo, pero después se fue y oí cómo la puerta de mi habitación se abría y volvía a cerrarse. Volví a mirar a Mae y dije:

—T-tengo q-que irme.

Con una sonrisa de desilusión, salió de la habitación cojeando.

Cogí la guitarra, atravesé el pasillo donde se encontraban las habitaciones de todos los hermanos y llamé a la última puerta. Tras unos segundos, Rider abrió, restregándose los ojos con sueño y a medio vestir.

—¿Presi?

«Llévala a tu habitación, sácala de la mía. Quédate en casa. No dejes que nadie se le acerque mientras estoy fuera, ¿queda claro?», gesticulé.

—¿Dónde está ahora? —preguntó mientras asomaba la cabeza fuera de la habitación para inspeccionar el pasillo.

«En mi habitación. Nos iremos a primera hora de la mañana».

Con un largo suspiro, volvió adentro y se puso una camiseta, el cuero y unos vaqueros. Cuando se giró me di cuenta de que seguía observándome como un puto acosador. Me giré y volví a mi habitación del club, donde Lois

ya me esperaba desnuda, mirándome de forma extraña. Me pasé las manos por el pelo y respiré hondo. ¡Mierda! Necesitaba a Lois para sacarme a Mae de la puta cabeza a base de polvos.

Capítulo 9

Salome

Mae

Se oyó un suave golpe en la puerta y me pregunté si Styx habría cambiado de idea. Caminé hacia la entrada, me ajusté la bata y quité el pestillo. Abrí unos centímetros y vi al hombre barbudo de antes de pie frente a mí. Clavó los grandes ojos marrones en los míos y sacudió la barbilla.

—¿Puedo entrar?

Me aparté de la puerta e intenté mantenerme en pie, pero el dolor a causa de haber caminado demasiado hacía que me latiera la herida.

—Siéntate —ordenó al ver mi incomodidad. Me dejé caer despacio de vuelta a la cama y se agachó frente a mí. Me miró a través de unas pestañas increíblemente largas—. ¿Puedo ver tu pierna?

Abrí los ojos de golpe. Tendría que subirme la bata, exponerme.

—Soy médico. He estado cuidando de ti, arreglando tu pierna. Me llamo Rider. —Debió darse cuenta de mi sobresalto—. En otra vida, fui médico y soldado. Estás en buenas manos, no voy a hacerte daño.

Agachó la cabeza, casi con nerviosismo, y volvió al trabajo.

Parecía preocupado por mí, sincero. No tenía los rasgos tan duros como Styx ni era tan brusco al hablar. Era extraño, me sentía calmada en su presencia, pero la barba que llevaba se parecía demasiado a las de los discípulos como para poder estar del todo cómoda. Sin embargo, la

personalidad de Rider era muy diferente, me trababa con amabilidad.

—Me llamo Mae —susurré.

Levantó la cabeza y dejó asomar una tímida sonrisa entre los labios.

—Encantado de conocerte, Mae —dijo con educación. Luego, con mano firme, se sujetó el pelo en una coleta. Se sentó y preguntó—: Ahora que ya sé tu nombre, ¿puedo verte la pierna?

Asentí en silencio y me levanté la bata mientras agachaba la barbilla, avergonzada. Al dejar el vendaje a la vista, vi algunos rastros de sangre que se filtraban a través de él. Con unas manos suaves como plumas, Rider lo deshizo, lo que me permitió ver la herida por primera vez desde que había despertado.

—Se está curando muy bien. Te pondré algo más de crema y volveré a vendarla.

Se levantó y cruzó la habitación para coger el enorme botiquín que había dejado sobre la mesa. Me aplicó la pomada, tenía un olor tan fuerte que me quemaba la nariz. Después, me colocó nuevas vendas mientras la medicina ya estaba disipando parte de mi malestar.

Cuando cerró el maletín, se giró, se inclinó sobre la mesa con los brazos cruzados y me observó. Bajé la vista al suelo, no sabía qué decir, si iba a hablar.

—Voy a llevarte a mi habitación, Mae. Tengo que vigilarte mientras Styx no está.

Vio perfectamente la sorpresa que destilaba mi mirada y se acercó a mí, para luego dejarse caer en la cama.

—Styx y yo ya lo hemos hablado. Se va mañana a una larga carrera. No estará por aquí para protegerte, así que te trasladarás a mi habitación y yo te protegeré hasta que vuelva.

El estómago me dio un vuelco.

—Si soy una carga tan pesada, puedo irme ahora mismo. No quiero quedarme si no se me quiere aquí.

—No puede ser, Mae. La ATF nos sigue la pista, los federales están deseando pescarnos. Tienen agentes vigilando las veinticuatro horas de aquí al centro de Austin. Explicarles cómo has aparecido amoratada y llena de heridas, sin tener ni puta idea de la vida no va a hacernos ningún favor. El

club tiene demasiados enemigos como para arriesgarnos a una redada. Demasiados cabrones que quieren robarnos el territorio. Te quedarás y harás lo que Styx diga. Conociendo al presi, mejor no llevarle la contraria.

Lo observé con incredulidad. No entendía quién vigilaba el complejo ni, en realidad, casi nada de lo que había dicho, pero sabía una cosa: estaba atrapada, otra vez. Había cambiado una cárcel por otra. Rider se encogió de hombros como respuesta a mi silencio. Se levantó y me ofreció la mano.

—Vamos.

—No pienso acostarme contigo. Eres un extraño. No esperes nada de mí —advertí con voz temblorosa.

Se rio y una amplia sonrisa le apareció en la cara.

—Por muy tentador que suene, no entra en mis planes. No me va violar a zorras que no saben nada de la vida. Este es el apartamento privado de Styx y tenemos que salir de aquí. Te quedarás en mi habitación. Yo me quedaré en casa. No me interesa meterme en tu coño.

Me quedé boquiabierta. Me resultaba muy sorprendente la forma tan burda en que hablaban. Pero, aunque sus palabras fuesen groseras, hasta ahora, sus actos habían sido amables.

Con un profundo suspiró, me levanté y seguí a Rider de vuelta al club, hasta su habitación. Era pequeña, pero estaba limpia. Quitó las sábanas y, de un cajón, sacó otras de lino limpias, pero descoloridas. Rider se encogió de hombros como disculpa.

—No es mucho, pero servirá.

Me rodeé el pecho con los brazos y pregunté:

—¿Por qué haces esto?

—¿Qué? —soltó confuso.

—Ayudarme, cuidar de mí.

Rider se movió tras de mí. Su barba corta y áspera ocultaba lo que creía era una cara amable.

—Son órdenes.

El estómago me dio un vuelco. Odiaba ser un problema con el que tenían que lidiar. Rider suspiró y se apoyó contra la pared.

—Digamos que estoy devolviendo un favor. —Soltó una risita ante mi ceño fruncido por la confusión—. Hace años me encontré en una situación

similar a la tuya. El club me salvó. Tengo mis razones para ayudarte, pero no son de tu incumbencia. Lo único de lo que te tienes que preocupar es de curarte, ¿hecho?

Solté un largo suspiro, asentí y arrastré el cuerpo agotado hasta la cama, entonces me desplomé.

—No parece que tenga otra opción. De todas formas, te agradezco tu ayuda.

En la comodidad de la cama, pronto caí en un sueño agitado e intermitente. Traté de convencerme de que eran las visiones del profeta David, de Gabriel e incluso de la pobre Bella lo que me impedían dormir tranquila. Pero era mentira.

Styx.

No podía dejar de pensar en Styx.

Capítulo 10

Mae

Un mes después

Terminé de vestirme con el vestido largo negro y la chaqueta de punto que Preciosa me había dado y volví a sentarme en la cama. Cogí la Biblia que me había comprado para seguir leyendo y no pude evitar suspirar. Era obvio que la Orden no seguía las enseñanzas correctamente. Este libro no era el mismo que yo había leído, estudiado y creído con toda el alma. Sin duda el profeta David había seleccionado los pasajes y versículos que favorecían sus objetivos y su ideología.

No lo sabíamos, mi gente vivía en la ignorancia.

Sentí una ola de rabia por cómo había vivido toda la vida. Era como si la hubiese desperdiciado. Veintitrés años de mentiras, de vivir bajo las estrictas reglas de hombres severos.

Estuve a punto de llorar.

El último mes, en cambio, mi vida había sido muy diferente. En la comuna, los días eran duros y mundanos, pero supongo que tenían un objetivo: servir a los hermanos en todo lo que necesitasen. En el club de los Verdugos, pasaba día y noche encerrada en la habitación de Rider,* curando y escondiéndome del mundo que había al otro lado de la puerta, sin un objetivo.

Solo en contadas ocasiones me permitían salir de la habitación, cuando las mujeres podían estar en el complejo, normalmente los viernes y sábados por la noche. Las dos veces que fui a la zona del bar, en las que Rider no se

separó de mi lado, me quedé horrorizada. La mayoría de los hombres se habían marchado con Styx, pero algunos se habían quedado para proteger el complejo. Los vi usar a las mujeres de maneras indescriptibles y ellas se alegraban de ello, drogadas y expuestas a la vista de todos. Una de ellas incluso me invitó a participar, a formar parte de actos sexuales explícitos con las demás en el centro de la habitación. Antes de que pudiera reaccionar, Rider salió de la nada y las espantó con un solo asentimiento de cabeza en mi dirección como reconocimiento. Fue suficiente para hacerme volver a la seguridad del dormitorio.

Rider me visitaba a menudo para echar un vistazo a la herida y cambiar el vendaje. A veces desaparecía durante cortos periodos de tiempo. De hecho, la mayoría de los hombres lo hacían, salían para encargarse de «cosas de negocios». Tenía la sensación de que se referían a algo más que a salir a montar en moto por ahí, pero Rider me había explicado las reglas del club: las mujeres no hacen preguntas.

Nos habíamos vuelto bastante cercanos. Siempre era amable conmigo y nunca le había visto con las mujeres libertinas, cosa que me aliviaba. De hecho, solía pasar el tiempo sentado en la habitación, conmigo, leyendo en silencio o enseñándome cosas del mundo exterior. Cada día daba gracias a Dios por que fuese él quien tenía la tarea de cuidarme mientras Styx estaba fuera y no ninguno de los demás hermanos.

Llamaron a la puerta, lo que me sacó de mis pensamientos y, tras cerrar la Biblia, salté emocionada. Sería Rider. Se había marchado esa mañana temprano para coger algunas cosas en la tienda para mí.

Corrí hasta la puerta y la abrí de un tirón con una amplia sonrisa en la cara, pero me tambaleé cuando vi quién estaba frente a mí y el corazón se me aceleró.

Styx.

Styx había vuelto, estaba apoyado en el marco de la puerta, con la mirada clavada en el suelo, perdido en sus pensamientos. Cuando se dio cuenta de que estaba ante él, levantó la vista despacio. Se le ensancharon los agujeros de la nariz y se pasó la lengua por el labio inferior mientras me repasaba de arriba abajo.

—Styx —susurré, paralizada.

Me pasó rozando y entró en la habitación. Me aparté de su camino y

cerré la puerta rápidamente. Di la vuelta y me apoyé contra la pared mientras le observaba mirar a su alrededor en la escasa habitación. Finalmente, se giró hacia mí. El pelo le había crecido durante las últimas semanas y algunos mechones rebeldes le caían sobre los preciosos ojos color avellana. La barba oscura que le cubría las mejillas era algo más larga, lo que le daba un aspecto duro y severo y, si es que era posible, parecía aún más grande que la última vez que hablamos. Se le veía rudo y descuidado, pero seguía siendo el hombre más atractivo que jamás había visto. Y ese olor, Dios mío, ese olor me hacía respirar larga y profundamente. No me había dado cuenta de lo mucho que había echado de menos tenerlo cerca de mí.

Se aclaró la garganta con los puños apretados a los lados y los ojos parpadeando deprisa, casi temblando de nervios. Le observé tragar saliva repetidas veces antes de señalarme la pierna y conseguir preguntar:

—¿L-la p-pierna?

Una pequeña sonrisa de orgullo me apareció en los labios al ver que era capaz de hablarme, se le hinchó el pecho ante mi reacción. No me quitó el ojo de encima mientras me colocaba frente a él y me levantaba el vestido para enseñarle la pantorrilla casi curada.

—Está mucho mejor, gracias.

Se agachó y pasó los dedos suavemente por la cicatriz rosada. Dejé de respirar y las mejillas me ardían al sonrojarme. Al darse cuenta de que me había quedado paralizada, levantó la vista y me miró a los ojos, con el labio superior levantado en una sonrisa, luego se incorporó y se quedó observándome otra vez. Casi se podía tocar la tensión que nos envolvía, era algo mágico. Me tenía hipnotizada, total y absolutamente embelesada.

—¿Cómo ha ido la salida? —pregunté en voz baja. Asintió secamente y se encogió de hombros. Deduje que había ido bien.

Styx se pasó la mano por el pelo y se acercó más a mí. Su cálido aliento me rozaba la piel y cerré los ojos, volvía a sentir que el estómago me daba vueltas y perdí todo el control sobre mi respiración. Finalmente, abrí los ojos y él abrió los labios y me colocó un mechón de pelo tras la oreja. Volvió a cerrar la boca y sus ojos empezaron a vibrar de nuevo, iba a decir algo.

—M-m-m...

Se detuvo, exhaló y apretó el puño alrededor de mi pelo mientras se esforzaba por hablar. Le posé la mano en la mejilla y le acaricié la piel, ruda

y callosa.

—M-Mae —pronunció mientras respiraba por la nariz.

—¿Mae? —llamó una voz profunda desde el otro lado de la puerta y, un segundo después, Rider entró en la habitación con una bolsa enorme en la mano, examinando su contenido y sin prestar atención a lo que pasaba ante él —. Te he traído algunas cosas para que las pruebes...

Se calló de golpe y se paró en seco cuando vio a Styx en medio de la habitación frente a mí con la mano enredada en mi pelo y a solo unos centímetros de distancia.

—Presi —saludó, cauteloso. Abrió los ojos de golpe durante una fracción de segundo al pasar la mirada de Styx a mí, como si acabase de darse cuenta de lo que había interrumpido.

Se le endureció el gesto de pronto y se apartó mientras miraba a Rider con dureza. Lo observé mover las manos para informar a Rider de algo y este asintió al comprender. Sin decir otra palabra, Styx salió de la habitación y me estremecí cuando cerró de un portazo.

Me giré hacia Rider, que me miraba con curiosidad.

—¿Qué ha dicho?

Dejó la bolsa sobre la mesa y me miró.

—Salimos a rodar en treinta minutos.

—¿Qué significa...?

No pude terminar la pregunta porque otro golpe en la puerta me interrumpió. Puse los ojos en blanco, exasperada. Poco después se abrió y Preciosa y Letti entraron, hablando en voz alta, cargadas con bolsas y vestidas de cuero de pies a cabeza.

Letti era la dama de Toro y me había visitado varias veces en las últimas semanas junto a Preciosa. Nunca había conocido a nadie como ella, tan grande y tan fiera, pero conmigo era muy agradable y muy protectora con nuestra nueva amistad. Toro y ella eran samoanos, lo que me resultaba confuso, nunca me habían enseñado nada sobre otras culturas. En la comuna, aprender sobre el mundo exterior no era una prioridad. Letti me señaló en un mapa dónde estaba Samoa. A mí me encantaba conocer cosas nuevas, pero me sentía estúpida por no saber nada de su país, aunque ella lo encontraba divertido.

—¡Mae, mueve el culo! Vienes a rodar con nosotros —dijo Preciosa mientras depositaba sobre la cama las bolsas a rebosar.

Rider sacudió la cabeza y salió de la habitación con una sonrisa. Durante las últimas semanas, Preciosa se había autoproclamado mi amiga y protectora personal.

—¿Rodar? —pregunté mientras miraba a Preciosa, de nuevo confusa.

—¡Sí! Es la carrera de los Verdugos, y vas a venir.

Preciosa empezó a sacar una masa de prendas de cuero de la bolsa de compra blanca y a lanzármelas. Letti nos observaba en silencio, divertida.

—¡Espera! ¡No puedo! No sé cómo... «rodar».

—Seguro que puedes, niña. Irás con Rider. No tiene a nadie de paquete en la moto. Solo tienes que sujetarte fuerte.

—Pero Styx...

—A Styx le parecerá bien. Mae, tienes que saber lo que se siente al montar en moto, el viento en el pelo, la carretera al rojo vivo, el poder, la libertad. Y luego relajarse en las Cascadas, hacer una barbacoa y beber cerveza. Has estado aquí encerrada durante casi un mes. Vas a salir. Tienes que empezar a vivir, cariño. Los hombres están de vuelta y te protegerán, es hora de que empieces a divertirte un poco, ¡coño!

Sostuve en las manos la ropa ajustada de cuero negro y abrí la boca de par en par. Los pantalones eran muy cortos y el top de tirantes escaso, todo de color negro y con el parche de los Verdugos estampado. Para terminar, una chaqueta entallada, también de cuero negro.

—Preciosa, no puedo.

—Niña, te juro que como vuelvas a decir eso voy a ponerme a gritar.

Miré a Letti, que apuntaba al baño con el dedo con una sonrisa divertida en los labios, así que me rendí. Preciosa me sonrió y soltó:

—Estaremos en el patio. ¡Te esperamos allí!

Varios minutos después me observaba en el espejo, una masa de cuero me cubría el cuerpo y el estómago me dio un vuelco. Luché conmigo misma por llevar ropa tan ajustada. No era modesta, ni mucho menos. No iba tapada como me habían enseñado que debía ir. Iba vestida como una pecadora, de manera seductora, con las curvas a la vista, pero me recordé a mí misma que ya no estaba en la comuna y que los hermanos no me castigarían por ser

tentadora. «Ahora eres libre, Mae», me aseguré, mientras el corazón me latía frenéticamente. «Eres libre».

Respiré profundamente, lancé una última mirada dubitativa al espejo y no pude evitar reír con incredulidad. Si Lilah, Maddie y Bella me viesan ahora... Parecía tan diferente. Con el pelo suelto y las botas negras parecía una más, una «zorra motera», como las llamaban cariñosamente, lo cual me resultaba muy confuso.

Me espabilé y, tras una larga exhalación, salí de la habitación con paso vacilante y atravesé el bar vacío. Se veía muy extraño así, desierto, libre de los actos hedonistas que normalmente tenían lugar en él.

Mientras oía con claridad el rugido de los motores al otro lado de la puerta y las profundas voces de los hermanos que se morían de ganas de arrancar, salí afuera. Durante las últimas semanas, me había dado cuenta de que los hermanos se inquietaban si no rodaban al menos un par de veces por semana, sobre todo Rider, imagino que por eso lo llamaban así.

Crucé la puerta principal, erguí los hombros y caminé bajo el ardiente sol del mediodía de Texas. Cerré los ojos cuando estaba en el escalón más alto de la escalera de cemento y disfruté del calor en las mejillas.

Con una sonrisa, abrí los ojos y me encontré con un mar de moteros acompañados de sus mujeres, todos mirándome con la boca abierta. Vi a Preciosa que me saludaba desde la delantera del grupo, agarrada a Tanque, que sacudió la barbilla como saludo.

Me bombardearon con gritos y silbidos, algunas mujeres fruncieron los labios y muchos de los hermanos me miraban embobados. Pero el único que atrajo mi atención fue Rider, que observaba mi ropa y mis formas desde su moto.

Un largo y alto silbido hizo que todos se callasen y un movimiento al frente de la línea llamó mi atención. Styx y Ky se adelantaron y Rider bajó de la moto para hacer lo mismo. Eché a andar para reunirme con ellos cara a cara y me detuve al final de la escalera, sin dejar de mover las manos con nerviosismo. Ky sonrió y sacudió la cabeza.

—¡Joder, Mae! ¡Estás buena!

Me removí con vergüenza y me arriesgué a mirar a Styx. Su mirada hambrienta estuvo a punto de atravesarme y, por segunda vez aquel día, me quedé sin respiración. Movié las manos y Ky dejó de sonreír. Se aclaró la

garganta y, aunque veía a Styx mover las manos a toda velocidad, me concentré en lo que llevaba puesto: típicos vaqueros desteñidos, camiseta negra y chaleco de cuero. Me miraba sobrecogido y respiraba con dificultad. Me sentí como un animal, enjaulada, un espectáculo para las masas.

De pronto, una mano me agarró del brazo. Al levantar la mirada, vi a Styx frente a mí, que me arrastraba al interior del complejo. Atravesó la puerta corriendo y me empujó contra la pared más cercana, fuera de la vista de los hermanos.

Cuando lo miré a la cara, hinchó los agujeros de la nariz y me acarició la mejilla con la mano, luego el pelo, sin quitarme el ojo de encima. Me mordió el labio cuando la mano siguió bajando, me bordeó los brazos, la cintura y se deslizó por mis caderas. Respiraba rápidamente, con dificultad, fuera de control. A Styx no le iba mucho mejor.

Dio un paso hacia mí, luego otro, hasta que su aliento me calentó la mejilla, era dulce, tentador. Apoyó la frente sobre la mía y me agarró la cara con las manos. No podía dejar de mirar la perfección de su boca, con aquel extraño aro de metal clavado en el centro del labio inferior, reflejando la luz.

Se acercó más, jadeando, y apoyé las palmas de las manos contra la pared.

—¿Styx? —susurré, mientras el calor me subía por el estómago como un torbellino para después instalarse entre mis piernas.

Cuando la sensación me dominó, abrí los ojos de par en par con miedo, anticipando lo que seguía, e instintivamente apreté los muslos. Confusa, jadeé un susurro interrogante:

—¿Styx?

Algo dentro de él rompió el momento y se apartó, justo antes de que sus labios tocasen los míos. Despacio, me contempló de arriba abajo, deteniéndose en cada curva, como un pintor que observa a su musa. Me sentí totalmente desnuda, expuesta... deseada.

Aguantó una respiración temblorosa y tartamudeó:

—Ll-llevo a Lois d-de p-paquete e-en l-la p-puta m-moto. —Tensó los labios, casi con asco—. T-tienes q-que ir c-con Rider. —Estampó la mano contra la pared que había a mis espaldas y susurró—: M-mierda...

Después, se dio la vuelta y echó a andar hacia la puerta. Se paró y, sin girarse a mirarme, me dijo con voz rasgada:

—E-estás m-muy g-guapa.

El corazón se me encogió en el pecho y cerré los ojos durante un segundo. Mientras agarraba el picaporte de la puerta para irse, susurré:

—Te echaba de menos.

Sacudió la espalda bajo el cuero y, antes de abrir la puerta y largarse, volvió a susurrar:

—Mierda.

Apoyada contra la pared de madera, eché la cabeza hacia atrás mientras intentaba que se me ralentizase el corazón y ordenar los pensamientos. ¿Había estado a punto de besarme de verdad? ¿Prefería que yo viajase con él en vez de Lois? ¿Qué habrá pensado de mí? ¿Qué... qué?

—¿Mae?

Todavía confusa, intenté centrar mi atención en Rider, que entraba por la puerta. Frunció el ceño cuando vio cómo estaba apoyada contra la pared.

—¿Estás bien?

Me aclaré la garganta, me aparté el pelo de los ojos y asentí. Me dedicó una sonrisa rápida y me dijo:

—Vamos. Ruedas conmigo.

Atravesamos la multitud hasta la Chopper negra y plateada de Rider, una noche me había dicho la marca de la moto porque yo le pregunté. Me quedé de pie con torpeza junto al vehículo mientras Rider se montaba delante. Veía a Styx un par de motos por delante, con su espalda ancha y dura, mirando hacia delante con los brazos de Lois alrededor de la cintura. Se me hundió el corazón. Rider dio unas palmaditas sobre el asiento.

—Sube, cariño, y agárrate a mi cintura —me ordenó.

El rugido repentino y ensordecedor del motor me sobresaltó. Cuando levanté la vista, vi que Styx me miraba a través del espejo retrovisor. Tenía los labios apretados, enseñaba los dientes y le brillaban los ojos de avellana.

—¿Mae? —Rider volvió a llamarme. Dibujé una sonrisa y me encaramé al asiento caliente de cuero. Cogí el casco que me ofrecía y me lo puse en la cabeza.

—Agárrate a mi cintura, Mae, con fuerza —me volvió a ordenar.

Tragué saliva para calmar los nervios, le pasé los brazos por la cintura y me agarré con fuerza a la cazadora mientras inhalaba el olor a hierba fresca

del verano. El inconfundible olor del cuero impregnaba el aire y el fuerte aroma a humo de los motores flotaba a nuestro alrededor.

Rider arrancó el motor y toda la moto vibró entre mis piernas. Styx levantó la mano derecha y señaló hacia delante. Salimos del complejo como uno solo, en una cabalgata escalonada. Styx encabezaba la marcha, en la parte de atrás iba un gran camión lleno de comida y bebida. Empezamos a bajar por el largo y desierto camino.

Nunca me había sentido tan viva, tan libre.

«Rider» en inglés puede significar «motorista». *(N. de la T.)*

Capítulo 11

Mae

Confieso que nunca había visto nada parecido. Edificios altísimos despuntaban en el horizonte, las calles estaban abarrotadas de gente y se oía música de todo tipo en cada esquina. Habíamos conducido durante una media hora hasta el centro de Austin, en Texas, y ya estaba totalmente enamorada de la experiencia.

«¿Así que así es el mundo exterior?», pensé. «¿Esto es un mundo dominado por el mal?»

Al ver sonreír de felicidad a las personas junto a las que pasábamos, me costaba creerlo.

No me daba tiempo a empaparme de todo lo que me rodeaba. Me resultaba especialmente fascinante ver como las personas se paraban para vernos pasar, algunos con miedo o puro terror, otros escondían a sus hijos pequeños detrás.

Nos detuvimos de golpe ante una luz roja. Rider me explicó que esa luz roja significaba que los vehículos debían parar. Observé los alrededores. Vi a varias personas apuntarnos con unos pequeños aparatos negros. Me giré hacia Rider y le pregunté:

—¿Por qué actúan así?

—Por aquí la gente nos conoce. —Se encogió de hombros—. Quieren grabarnos en vídeo. Es raro vernos a todos juntos.

No dijo nada más. No estaba segura de si era algo bueno o malo.

Atravesamos el centro de la ciudad hasta llegar a una zona mucho menos

transitada. De pronto, a nuestro alrededor, empezaron a aparecer praderas verdes. El campo era precioso y montones de flores bordeaban la carretera. Había maizales, granjas de trigo y animales pastando. No me di cuenta de que estaba arrugando con el puño la cazadora de Rider hasta que redujimos la velocidad y, con una sonrisa silenciosa, me dijo que le distraía demasiado. Me ruboricé y aflojé el agarre.

El paisaje abierto pronto se convirtió en agrupaciones de árboles y, tras girar a la izquierda, entramos en lo que según decía un cartel era el Parque Nacional Mckinney. Por todas partes, había familias y grupos de gente joven. Abrí los ojos de par en par al ver cómo vestían, llevaban tops diminutos y pantalones cortos, nada más. Demasiada piel expuesta. Sin embargo, se les veía felices, hasta que oyeron el rugido de los motores de los Verdugos que se acercaban.

Las familias salieron corriendo para volver a los coches, lanzaron las cosas dentro y, rápidamente, abandonaron el parque. Los jóvenes se dispersaron, la mayoría en dirección contraria a la nuestra. Los Verdugos siguieron conduciendo sin inmutarse.

Pasamos junto a un cartel que decía «prohibido vehículos», pero Styx hizo caso omiso de la orden. El grupo se reagrupó hasta formar una única línea y atravesó el estrecho y oscuro camino. Seguimos en fila durante un rato, serpenteando entre pequeños valles y subiendo colinas, hasta que llegamos a un espacio abierto donde redujimos la velocidad hasta detenernos.

Rider apagó el motor, solté el agarré de su cintura y apoyé el pie en el suelo para bajar de la moto, pero las piernas tenían otros planes y, en cuanto toqué el suelo con las botas, empezaron a temblar. Rider me ofreció una mano para sujetarme y me atrajo hacia su pecho.

—Cuidado, Mae. Después del primer viaje en moto es normal estar algo inestable.

No pude detener la risita que me subía por la garganta y estallé en carcajadas. Rider me sonrió a modo de respuesta y me desabrochó el casco. Me lo quitó de la cabeza y, luego, despacio, me alisó el pelo enmarañado. Lo miré a los ojos y tragué saliva.

Se oyó un agudo sonido metálico que me hizo mirar alrededor. Styx estaba encendiendo un cigarrillo, sin dejar de mirar las manos de Rider como

si estuviera deseando arrancárselas. Después, se dio la vuelta de forma brusca y se alejó.

Rider bajó las manos, recogió una mochila del lateral de la moto y me guio hasta un sendero rodeado de árboles. Todos los Verdugos empezaron a seguirnos, cargados con pequeñas parrillas y bolsas de comida y bebida. Se los veía felices y el ambiente era agradable.

Cuando nos acercábamos al final del camino, escuché el sonido del agua al correr. Después, entramos en un espacio abierto y me quedé sin respiración al ver la belleza que tenía ante mí. Me separé de Rider y me adelanté corriendo hasta pararme al borde de una extensa roca. Miré hacia abajo a las aguas cristalinas, una gran cascada se estrellaba en el ondulante lago de abajo. Me llevé las manos a la boca, el agua se reflejaba brillante en mis ojos.

Una mano me acarició la espalda y, al darme la vuelta, encontré a Preciosa a mi lado, contemplando las vistas.

—Es magnífico, ¿verdad?

Asentí con la cabeza y resoplé una risita como respuesta.

—Es lo más bonito que he visto nunca. Es como siempre he imaginado que sería el paraíso.

—Cuando estés lista, vamos a ir preparando la parrilla —me dijo mientras me abrazaba—. Ven con nosotras.

Eché un vistazo detrás de mí y vi que todo el club me estaba mirando, hipnotizados por mi reacción. Styx ya se había sentado al pie de un árbol y me observaba mientras bebía una cerveza, siempre me observaba. Dibujé una sonrisa de felicidad en los labios.

Ignoré a los hombres que me miraban fijamente y me senté en el borde de la roca para contemplar la imagen que tenía ante mí. Una lágrima se me deslizó por la mejilla al pensar en Bella. Le habría encantado este lugar, el agua color turquesa, las rocas rojizas y, sobre todo, la libertad. Cerré los ojos, levanté la cabeza al cielo y recé una silenciosa plegaria por mi querida hermana.

Sonreí.

A pesar de haber perdido la fe en la Orden, aún creía que estaba en un lugar mejor que en la comuna. Lo sentía en el corazón, era una sensación de paz. Con suerte me estaría observando, me vería en este preciso momento,

compartiría la libertad y, sobre todo, me vería feliz por primera vez en la vida.

Tras varios minutos de soledad, me quité la chaqueta de cuero negro, hacía demasiado calor, y jugueteé con los tirantes de la camiseta. Nunca había llevado nada tan revelador. Me llevaría algún tiempo acostumbrarme a llevar los brazos a la vista de todos.

Me levanté, di la vuelta y me dirigí hacia donde estaban todos sentados. Varias mujeres, incluida Preciosa, estaban vestidas con los trajes de baño más diminutos que había visto en mi vida, sentadas junto a sus hombres mientras los abrazaban con orgullo y los llenaban de besos, sin dejar de tocarse y acariciarse.

Styx seguía junto al árbol con Lois y Ky a su lado. No la tocaba, sino que me vigilaba como un halcón. El calor me subió por el estómago al notar su atención. Vi a Rider con Preciosa, Tanque, Letti y Toro y me dirigí hacia ellos. Rider se quitó la chaqueta y la extendió en el suelo para que me sentase. Le agradecí el gesto inclinando la cabeza.

Letti me lanzó una botella a las manos.

—Bebe, te gustará.

—Gracias.

Con vacilación me acerqué la botella a los labios. Di un pequeño sorbo e, inmediatamente, escupí el líquido. Las risas retumbaron a mi alrededor. Me enfrenté a Letti.

—¿Qué es esto?

—Budweiser. Cerveza, birra —explicó mientras me guiñaba el ojo—. ¡La bebida de los dioses! Veo que no es lo tuyo, ¿eh?

Me estremecí y sacudí la cabeza. Toro me quitó la botella de la mano y se la bebió de un solo trago.

—Más para mí —dijo entre risas.

Con una risita, Preciosa se inclinó sobre Tanque, que iba sin camiseta para alcanzar una gran caja azul. Sacó una pequeña lata, la abrió y me dijo:

—Prueba esto, cielo.

Esta vez olfateé el contenido primero, me lo acerqué a la boca y, despacio, di un sorbo. Este sabía mucho mejor, de hecho, ¡estaba buenísimo!

—¿Qué es?

—Un refresco, es lo que bebo yo, aunque estos capullos se meten conmigo por ello. Demasiado femenino, al aparecer. ¡Pero eso se acabó! ¡Ahora somos dos! —Se rio y golpeó su lata contra la mía.

La parrilla humeaba a nuestra espalda. El olor de los filetes y las salchichas a la barbacoa me hacía la boca agua. Nunca había comido nada tan delicioso y, hasta el mes pasado, ni siquiera sabía que la comida podía disfrutarse tanto.

Los minutos pasaban y alguien puso música. Los hombres en general se dedicaban a holgazanear, aunque algunos valientes saltaban desde las rocas a las frías aguas.

—¡Oye, Blancanieves!

Observé como Rider giró la cabeza detrás de mí y luego me miró a los ojos.

—Te hablan a ti, Mae.

Miré a mi alrededor y vi a Vikingo, Llama y AK sentados juntos y mirándome. Habían estado fuera con Styx durante el último mes y acababan de volver. No sabía qué pensar de esos tres. De todos los hermanos eran de lejos los que más miedo daban, sobre todo Llama. Por muy guapo que fuera, con unos rasgos perfectamente perfilados, un cuerpo tonificado y el pelo negro, su mirada desalmada me congelaba el alma. La forma en que miraba a todo el mundo con constante sospecha, el hecho de que nunca se estaba quieto o cómo siempre estaba girando una navaja entre los dedos y clavándosela en la piel, me ponía de los nervios.

Miré a Rider, que ahora llevaba solo una camiseta blanca que dejaba a la vista sus musculosos y bronceados brazos y se sujetaba el pelo con una bandana.

—¿Quién o qué es Blancanieves? —pregunté.

Sonrió y un destello pícaro le apareció en los ojos.

—Es un dibujo animado.

Fruncí el ceño. No tenía ni idea de qué era un dibujo animado. Rider pareció adivinar esto por mi expresión. Se rio.

—Tiene el pelo negro y los ojos azules, y es una tía bastante buena para ser un dibujo en movimiento. Es cómo te llaman.

Tragué saliva cuando clavó los ojos en los míos. En las últimas semanas

la manera en que Rider me miraba se había vuelto más intensa. Su trato era más atento y menos frío. La distancia que había intentado mantener entre nosotros se reducía cada día.

Un trozo de pan de hamburguesa me golpeó en el brazo. Me giré y Vikingo sacudió la barbilla hacia mí para volver a llamar mi atención.

—¿Vas a contarnos de dónde has salido, chica misteriosa?

El corazón se me escogió cuando escuché esa pregunta que tanto temía. Miré a Rider en busca de ayuda.

—No tienes que contestar si no quieres —me aseguró, con el ceño fruncido.

Las voces que hasta ahora llenaban el aire se callaron. Varios hermanos escuchaban atentos.

—N-no sé dónde estaba —respondí en voz baja—. Estaba prohibido.

Vikingo miró a Llama y AK y rio.

—¿No sabes dónde vivías, dónde creciste? ¿Es una puta broma?

—No. —Sacudí la cabeza—. Las mujeres no podíamos saberlo. Las hermanas nunca salíamos de allí, jamás. Ni siquiera se me permitía salir de mi cuarto, excepto en ocasiones especiales. Los hermanos salían de la comuna de vez en cuando, pero muy de vez en cuando. No querían estar lejos durante demasiado tiempo, solos entre los pecados del mundo exterior.

—¿Salían de dónde? ¿Qué coño dices? —preguntó Llama con una mueca.

Un escalofrío me recorrió la columna al ver que llevaba la palabra «dolor» tatuada en las encías. Me tragué el miedo y respondí:

—L-la comuna. La Orden. Mi hogar, mi gente.

Los rostros confusos de los hermanos del club empezaron a agobiarme y las manos me temblaban. La pierna cubierta de cuero de Rider se puso rígida a mi lado y sentí cómo se tensaba con mis palabras. No entendía qué les pasaba. ¿Tan extraña era mi educación para ellos? Por sus caras de sorpresa, deduje que sí.

—M-me escapé, encontré una salida y me herí durante la huida. Así es cómo me hice la herida en la pierna —añadí a toda velocidad.

—¿Y cómo coño nos encontraste? —preguntó AK mientras se inclinaba hacia adelante—. Vivimos en medio de ninguna parte. ¿Alguien te envió?

Algunos de nosotros vemos muy sospechoso que una zorra aparezca de la nada y se cuele en el complejo.

—No, yo... No. Una mujer con una furgoneta me encontró vagando por una carretera desierta y, después de un par de horas de viaje, empecé a encontrarme mal, a causa de la herida, así que le pedí que me dejase donde estábamos. El club era el lugar más cercano, así que fui hasta allí. Lo siguiente que recuerdo es despertar en la habitación de Styx. —Señalé en su dirección sin llegar a mirarle.

—¿Y de qué conoces a Styx? Menudo reencuentro el que tuvisteis en el bar, él no nos cuenta una mierda sobre eso ni de sobre por qué te protege. ¿Te abriste de piernas y lo encandilaste con tu coño? ¿Lo convenciste para que te dejara quedarte a base de polvos? —preguntó Vikingo.

Los demás se rieron a carcajadas de sus groserías. Abrí la boca y dudé si contestar cuando, de repente, Vikingo miró hacia arriba con las palmas levantadas, encogido contra la roca.

Me giré y vi a Styx detrás de mí, se había quitado la camiseta y la llevaba colgada de la cintura de los vaqueros, con una aterradora mirada de ira en la cara.

Me estremecí al mirar su pecho desnudo, los músculos abultados bajo la piel tensa. Tenía los hombros perfectamente definidos y cada centímetro de su piel estaba cubierto por tatuajes de colores. Su estómago, Señor... en el estómago tenía dibujados unos abdominales perfectos. Gotas de sudor se deslizaban hasta la cintura de sus vaqueros y por la profunda y marcada «v» de su abdomen. De repente, sentí que el cuero me daba demasiado calor. Me sonrojé, Preciosa me miraba como si reconociera mi reacción, pero la expresión de Rider era de preocupación.

—Está bien, ya paro.

La voz de Vikingo interrumpió mis pensamientos impuros. Me giré para mirar al gigante pelirrojo y le respondí:

—No lo conozco, no realmente y desde luego no del modo en que sugieres. Sin embargo, es gentil y amable conmigo. Me resulta muy agradable.

Parecía que todo el mundo contenía la respiración mientras Styx y yo nos mirábamos. De repente, el estallido de una carcajada nos sacó del ensimismamiento.

—¿Gentil? ¿Amable? Joder, ¡no lo conoce en absoluto! —AK se tambaleó, claramente había bebido demasiado, mientras agitaba la botella con las manos. No llevaba camiseta, tenía los vaqueros desabrochados y una enorme cruz tatuada en el pecho—. ¡Es el Verdugo mudo, proveedor de sonrisas eternas!

Ky fue dando zancadas hasta AK y le dio un puñetazo en la cara que lo tumbó en el suelo. De pie sobre el cuerpo inmóvil de AK, dijo en voz alta:

—¡Cierra la puta boca! ¡Estoy harto de oír tu voz!

No me había dado cuenta de lo mucho que me había acercado a Rider en busca de protección y me sonrojé al ver que estaba sentada sobre la curva de su estómago. Tenía los brazos junto a mi espalda, sin llegar a tocarla. El susurro de las hojas llamó mi atención y me di la vuelta justo a tiempo para ver la espalda de Styx desaparecer en el denso bosque. El corazón se me encogió con tristeza.

—¡Que nadie se mueva!

Un hombre de uniforme apareció con paso tembloroso entre los árboles, sujetando un rifle entre las manos temblorosas.

—No se permiten vehículos en esta zona, voy a tener que pedirlos que os vayáis.

Ky echó la cabeza hacia atrás y rio. Vikingo y Llama se colocaron a su lado e hicieron lo mismo.

—¡Vaya, vaya, pero si es el guardabosques Smith! —gritó Ky.

Vikingo se adelantó pavoneándose, sin hacer caso del chasquido del seguro del gatillo.

—¿Dónde está Yoqui? ¿Dándole por culo a Bubu? —No tenía ni idea de qué estaba hablando, pero pareció hacer gracia a todos los demás a mi alrededor.

Vikingo se puso delante del hombre, tenía el cañón del rifle pegado al pecho.

—Desaparece, guarda de pacotilla, antes de que dejemos de ser amables. Tienes suerte de habernos pillado en un buen día.

El hombre miró con preocupación al grupo, todos los hombres estaban casualmente de pie, mientras que las mujeres siguieron hablando y bebiendo como si la amenaza de que Vikingo recibiera un balazo en el pecho no

existiera.

—¡Llamaré a la policía! —amenazó sin demasiada convicción, en voz cada vez más baja.

Ky se llevó las manos a la cabeza.

—¡No! ¡La policía, no! —Sonrió con aquella irresistible sonrisa y siguió hablando—. Adelante, llámalos. Tenemos a todos los cabrones comprados, no van a hacer una mierda. Al contrario que tú, enano presuntuoso, saben que no hay que meterse con los Verdugos.

El hombre abrió los ojos de par en par al oírle decir aquello. Empezó a retroceder mientras apuntaba con el arma a varios hermanos hasta que salió corriendo entre los árboles.

Entre silbidos y gritos, los hombres sacaron las pistolas y dispararon al aire. El ruido fue tan ensordecedor como un trueno.

Ky se dio la vuelta mientras se desabrochaba los vaqueros. Cerré los ojos antes de que se quedase completamente desnudo, pero le oí gritar:

—¡A desnudarse, zorras! ¡Tetas al aire! Hermanos, nos vemos en el agua.

Chillidos y risas hicieron eco entre las grandes rocas. Abrí los ojos y vi los cuerpos desnudos que se lanzaban al agua desde lo alto.

Preciosa se puso de pie y se inclinó hacia mí.

—¡Vamos!

Sacudí la cabeza e insistí:

—No, no, ve tú, yo me quedaré aquí.

Puso los ojos en blanco, claramente a punto de protestar, pero Tanque vino a por ella, se la subió al hombro y corrió hasta el borde. Preciosa soltó un grito que helaba la sangre. Letti y Toro se habían ido a una zona más baja para ver las payasadas del resto, lo que me dejó a solas con Rider en el campamento.

—¿No vas a ir? —pregunté.

Rider se acarició la áspera barba y sonrió.

—No es lo mío.

Incliné la cabeza para estudiarlo.

—No eres como los demás. —Me miró con una ceja levantada—. Quiero decir que no bebes, ni fumas y no usas a las mujeres, a pesar de que ellas parecen decepcionadas por ello. Nunca te enfadas. Eres tranquilo, un

pensador, un sanador.

Se encogió de hombros.

—No significa que no haya hecho cosas malas, cariño. La vida en la carretera es algo muy diferente a lo que has visto en el complejo.

—Aun así, ha sido agradable tenerte cerca. Gracias por hacerme sentir segura.

Rider me clavó la mirada. Sentí un cambio preocupante en mi estado de ánimo, me levanté de prisa y bajé la mirada hacia su expresión de susto.

—Creo que iré a dar un paseo.

Rider suspiró en silencio y se apretó la bandana de la cabeza.

—¿Quieres compañía?

—Estaré bien, gracias.

Tras esto, me dirigí hacia el camino arenoso y me adentré entre los árboles, consciente de que Rider observaba cada paso que daba.

Caminé despacio, con las manos en la cintura y una sensación de vacío en el estómago. Me sentía increíblemente fuera de lugar en el mundo exterior: las referencias de la gente a cosas que no conocía, las reglas de los Verdugos y, lo peor, el hecho de que me considerasen un bicho raro. Con veintitrés años, sentía que solo tenía dos personas a quienes acudir, Styx y Rider. Rider, de quien no tenía ni idea de en qué pensaba el noventa por ciento de las veces, y Styx... Styx, el hombre que, cada vez que se acercaba, me hacía avergonzarme de los pensamientos impuros que me invadían. Me confundía más que nadie que hubiera conocido. El hombre mudo que cargaba con tantas responsabilidades a una edad tan temprana, el hombre que ya tenía una mujer que lo adoraba, lo que me rompía el corazón en mil pedazos.

Me detuve en el centro de un círculo de árboles, levanté la vista al cielo azul y respiré el aire puro del bosque. Me recogí la larga melena que me caía por la espalda y la sujeté en la cabeza para dejar que el viento me acariciase la piel desnuda.

Me sentía de maravilla.

Oí el crujido de una ramita, abrí los ojos de golpe y me encontré frente a un pecho desnudo, unos gruesos brazos en tensión llenos de tatuajes y unos puños apretados a los lados.

Styx.

Styx a unos pasos de distancia.

Styx, con sus ojos color avellana, pasándose la lengua por el aro del labio, totalmente concentrado en mí.

Respiré profundamente y dejé caer el pelo mientras se acercaba, o más bien, me acechaba. Me tambaleé hacia atrás para intentar escapar de la intensidad de la situación, hasta que mi espalda chocó contra el tronco de un árbol. No tenía escapatoria.

Cuanto más se acercaba, más profunda se volvía la respiración que se escapaba de sus labios entreabiertos. Las puntas de sus pies chocaron con las mías y colocó los brazos a los lados de mi cabeza. El aroma adictivo a cuero y a humo de su cuerpo me llegaba en oleadas. Hizo que la cabeza me diera vueltas.

Mantuve la mirada baja, concentrada en las marcas de las cicatrices de su pecho. Cuando su cálida respiración sopló contra mi mejilla, el corazón me empezó a latir aún más fuerte en el pecho.

Deslizó una mano por mi pelo, me acarició la mejilla con los dedos de forma dulce y me recorrió los labios con las yemas encallecidas. Dio un paso adelante y su pecho presionó contra el mío. El instinto superó a la lógica y coloqué la mano sobre la piel ardiente de su espalda. Se le escapó un gruñido sordo de entre los labios y levanté la vista para mirarle.

No hizo falta más.

Los labios de Styx se estrellaron contra los míos. Con una mano me agarró la parte de atrás de la cabeza e intentó deslizar la lengua entre mis labios para inmediatamente acariciar la mía. Me sobresalté por la repentina intrusión. Nunca me habían besado desde aquella vez, junto a verja cuando éramos niños. Aquello no se pareció en nada a esto. Con miedo de perder el equilibrio, me agarré con ambas manos a sus brazos y me abandoné a su ataque. Tenía los labios suaves y un sabor adictivo. Me preocupaba hacer algo mal. Me preocupaba que le disgustase mi falta de habilidad.

Pero entonces lo sentí. Sentí la dureza de su entrepierna en el estómago.

Estaba excitado.

Me deseaba, de forma carnal.

En ese momento, gemí. Yo también deseaba entregarme a él. Y, que Dios me perdone, pero el instinto era el dueño de mis actos y le hundí las uñas en

el brazo, perdida en su piel.

A cada segundo que pasaba, el beso se volvía más frenético, como si fuera lo único que teníamos en la vida. Esta vez todo fue diferente. El pequeño River había crecido para convertirse en Styx, el hombre que, a pesar de su aspereza, era todo lo que quería. Todo lo que siempre había querido.

Estaba totalmente consumida por su tacto, su sabor, su olor y, en ese momento, entregué mi alma, con entusiasmo, a un pecador.

Pasó la mano derecha por el borde de la parte de delante de mi camiseta y el estómago se me encogió con el roce de sus dedos. Siguió bajando la mano y la hundió dentro de mi pantalón, con los dedos entre mis piernas, piel contra piel. Las piernas se me tensaron por la sorpresa, pero, después, un gruñido se me escapó de la boca, me rendí y sus manos se deslizaron entre mis pliegues. Un gemido me subió por la garganta y me estremecí. Me sentía extraña. Sentía calor, pero no el suficiente. Los dedos de Styx se movían a toda velocidad, pero no era lo bastante rápido. Un cosquilleo me subía por los brazos y los muslos. Sentía que me tambaleaba al borde de algo increíble, algo grande, algo que nunca había sentido.

Con las manos recorrí los músculos de su espalda hasta las costillas, contándolas una a una mientras pasaba, hasta por fin acariciarle el estómago. Contrajo los músculos y echó la cabeza hacia atrás con un siseo, rompiendo el beso. Mientras observaba los músculos que se le tensaban en el cuello, el ruido de los hermanos que salían del agua me hizo apartar la mirada.

Esto no estaba bien.

«Dios mío, ¿qué estás haciendo?»

Poco a poco, la realidad me invadió de nuevo como un cubo de agua fría sobre la cabeza. Con las palmas de las manos, empujé el pecho de Styx y lo alejé de mí, sus dedos se deslizaron fuera de mis pantalones. Lo pillé con la guardia baja y se tambaleó hacia atrás, me miraba con los ojos abiertos llenos de sorpresa. Tensó el cuerpo, volvió a acercarse y me cogió la cara entre las manos, como unas tenazas.

—¿P-por q-qué paras? —Los agujeros de la nariz se le hinchaban mientras intentaba controlar las palabras.

—Por favor, todo va demasiado rápido. No sé lo que siento. Es demasiado, demasiado pronto. Y, además, has venido aquí con Lois. Esto, nosotros, así, está mal.

Dejó escapar una risa sin rastro de humor.

—N-no es m-mi m-mujer. S-solo es un p-polvo. N-no importa.

—Styx, claro que importa. ¿Cómo puedes ser tan insensible? —le reprendí—. Tal vez ella no signifique nada para ti, pero para Lois es diferente, ella te quiere. No puedo, no pienso estar contigo así. Está mal.

Dejó caer las manos y retrocedió un par de pasos antes de susurrar:

—¿T-te g-gusta?

—¿Quién? —Fruncí el ceño, confundida.

—¡R-rider! —Empezó a caminar de un lado a otro—. T-te he v-visto. T-te g-gusta.

—No...

—F-fui a verte-te hoy a p-primera hora de la mañana, en c-cuanto v-volví. La p-puerta estaba a-abierta y t-te v-vi con él, riendo. E-estabais m-muy cerca. N-no me hace ni p-puta gracia.

Respiré con brusquedad.

—Styx, ¿cómo puedes decirme eso cuando tú estás aquí con Lois?

Se quedó quieto.

—¿E-ese e-es e-el p-problema? ¿Lois? M-mierda, Mae. P-pues s-se acabó.

No pude responder. Al contrario, Styx se marchó a zancadas y me dejó sola entre los árboles, sin respiración y húmeda entre las piernas. Alcé la cabeza al cielo para recuperar el aliento. ¿Por qué estaba húmeda? ¿Por qué me dolía... ahí? ¿Por qué todas las cosas del mundo exterior eran tan difíciles de entender, estos sentimientos tan difíciles de descifrar? Se me formó un nudo en la garganta, pero retuve las lágrimas. Había elegido dejar la Orden. Solo tenía que aprender a adaptarme a todo esto.

De inmediato, recorrí el camino de vuelta a la cascada, aún aturdida. Cuando salí de entre los árboles, Styx ya estaba de vuelta junto a su moto, con la camiseta y el cuero puestos, y Lois estaba frente a él, con lágrimas en los ojos mientras lo observaba gesticular. Se abrazaba el pecho con los brazos, como si quisiera escudarse de sus palabras.

—Por favor, Styx, no me hagas esto. Eres todo lo que me queda. Quiero estar contigo, solo contigo. Ya lo sabes —suplicaba, mientras se aseguraba de que nadie los miraba.

Pero todos lo hacíamos. Era toda una escena. Se me rompió el corazón al oír la desesperación de su voz y ver la expresión de devastación en su hermoso rostro.

Styx volvió a mover las manos, con una mirada cansada y de derrota en la cara, hasta que me miró de reojo y su expresión se suavizó un poco.

La realidad me golpeó: la estaba dejando por mí.

No, Lois...

Lois siguió la dirección de la mirada de Styx y todo rastro de esperanza pareció desaparecer de su cuerpo. Se giró hacia él.

—Es por Mae, ¿verdad?

Styx no contestó. Lois intentó agarrarle del brazo, pero dio un paso atrás, con una mirada fría como el hielo.

De pronto sentí calor a los lados cuando Letti y Preciosa se colocaron junto a mí. Preciosa me puso una mano en el hombro y observó la escena.

—Pobre zorra. Ha estado enamorada del presi toda la vida. Se crio en el club con Ky y Styx. Se conocen desde siempre y siempre lo ha querido. Esto la va a destrozar —susurró.

Esta vez, las lágrimas se deslizaron por mis mejillas. Yo era la causa de su dolor. Me odié a mí misma en ese momento. Tal vez era una Maldita después de todo.

—Styx, por favor, escúchame —suplicó Lois, pero él se dio la vuelta y se marchó.

Lois se secó las lágrimas y se giró para encararse con los miembros del club que la observaban. Titubeó un poco ante tanta atención y luego empezó a caminar hacia mí. El corazón me latía cada vez más deprisa según se acercaba. Esperaba que me hablase con ira, con desdén, pero, en lugar de eso, las lágrimas le caían por las mejillas y temblaba.

Se colocó frente a mí, repasó con la mirada cada rincón de mi cara y me pasó una mano por el pelo.

—Es tan suave —susurró y yo tragué saliva con nerviosismo, sin atreverme a mover ni un músculo.

Se inclinó hacia mi oído y me dijo:

—Nunca te olvidó, Mae. Cuando crecíamos, lo veía suspirar por ti con Ky todo el tiempo. La chica de los ojos de lobo, la chica tras la verja, la chica

que besó. Era algo constante. Su querida número tres, sea lo que sea eso.

Dio un paso atrás para observarme de arriba abajo y me dirigió una ligera sonrisa mientras me agarraba las manos.

—Creo que siempre te ha querido. Aunque claro, nadie creía que fueras real. Durante una temporada, cuando éramos críos, su viejo creyó que, además de mudo, estaba loco. Pero ahora, aquí estás, en carne y hueso, salida de ninguna parte y en respuesta a todas sus plegarias. Eres a la que nunca pudo olvidar. —Inclinó la cabeza a un lado con duda y la tristeza le invadió la mirada—. Eres una chica muy dulce, Mae, pero ¿por qué tuviste que venir aquí? ¿Por qué no podías quedarte donde estabas? Llevo enamorada de él toda la vida y ahora apareces y te lo llevas con un solo pestañeo de esos ojos lobunos que tanto adora. Primero me dejó mi padre, y ahora Styx. Ya no me queda nadie, nada por lo que vivir...

Tragué el nudo que se me había formado en la garganta y estaba a punto de responder cuando, de repente, se oyó un frenazo seguido de disparos. Antes de que pudiese darme la vuelta y ver lo que pasaba, una bala atravesó la frente de Lois, su expresión de asombro quedó congelada en el tiempo mientras su cuerpo caía al suelo y su mano se deslizaba entre las mías.

Di la vuelta y entré en pánico. Las balas volaban por todas partes, los árboles temblaban por los impactos de los casquillos de metal y las cortezas se astillaban en mil pedazos. Preciosa y Letti se tiraron al suelo para ponerse a cubierto.

Me paralicé, la situación me superaba. El pulso me latía a una velocidad aterradora y miré de reojo a un lado. Styx, Rider y Ky se refugiaron detrás del camión de las provisiones, Styx gesticulaba órdenes a toda velocidad y Ky las gritaba en voz alta. Sacaron las armas que llevaban ocultas y se levantaron en los intervalos de los ataques para devolver el fuego. La camioneta roja en que viajaban los atacantes redujo la velocidad, dos hombres con pasamontañas apuntaron con las armas y, de pronto, el brazo me empezó a arder. Cuando bajé la mirada, vi la sangre brotar despacio, me había rozado una bala.

Pero no sentía dolor.

Busqué a Styx y me miró con ojos salvajes. Vio la sangre que me bajaba por el brazo y a Lois muerta en el suelo seco, con los ojos todavía abiertos.

—¡Mae! —gritó lleno de furia.

Se levantó con la intención de correr hacia mí, pero Ky lo arrastró de vuelta al suelo, una bala le rozó la cabeza por los pelos cuando volvió a refugiarse tras el escudo de la enorme rueda.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —volvió a gritar.

Incluso entre la locura de los disparos, varios hermanos se pararon para mirar a Styx con incredulidad. Había hablado en voz alta. Había gritado mi nombre.

Me moví por instinto y corrí para refugiarme entre los árboles, pero algo me hizo darme la vuelta, el sonido de la voz de un hombre que gritaba órdenes detrás de mí. Eché un vistazo atrás y vi a los atacantes armados. Me quedé paralizada cuando un hombre enmascarado salió de un agujero en el techo de la camioneta y me apuntó directamente.

—¡No! —rugió Styx. Pero no pude apartar la vista del hombre que tenía delante.

Observé cómo quitaba el seguro y disparaba. Como si todo se ralentizase, vi cómo apretaba el gatillo y salía humo de la recámara. Cerré los ojos y esperé lo peor, sin dejar de oír fragmentos de los gritos atormentados de Styx y la ruidosa lluvia de balas de su pistola. Me preparé para el impacto.

De pronto, me estrellé contra el suelo y el aire me abandonó los pulmones por el choque. Sentí el peso de un cuerpo que yacía sobre mí y me inmovilizaba contra el suelo arenoso. Inmediatamente, el olor a carne quemada me invadió la nariz.

—Mierda. ¡Mierda! —susurró alguien por encima de mí.

A pesar del dolor, a los pocos minutos, el hombre se quitó de encima. Era Rider. Rider había recibido un disparo en el hombro. ¡Dios mío! Me había salvado.

Styx y Ky vinieron corriendo. Styx se quedó pálido cuando vio la sangre de mi brazo y a Rider tirado en el suelo agarrándose el lado izquierdo del cuerpo.

—Ky, m-mete a R-rider en el c-camión. ¡Y-yo c-cogeré a Mae!

Hizo lo que le ordenó. Styx me levantó en volandas y corrió de vuelta al camión de las provisiones. Miré a mi alrededor desde la protección de los brazos de Styx, pero los atacantes se habían ido. Los hermanos habían subido a las motos, con los rostros llenos de furia. Llama, Vikingo y AK salieron siguiendo la dirección de las marcas de neumáticos. Iban a perseguir a los

pistoleros.

Ky se sentó en la parte de atrás con Rider y Styx me sentó junto a él en el asiento del pasajero. Oí un ruido en la cama que había en el camión y vi que Toro estaba colocando el cuerpo inerte de Lois dentro de unas sábanas y luego la envolvió con una lona. Sentí náuseas y las lágrimas me brotaron con fuerza de los ojos. Aceleramos y salimos a toda velocidad por el sendero.

—¡Rider! ¡Rider! —grité con pánico mientras me retorció en el asiento para ver cómo se agarraba el brazo con dolor.

—Mae, ¿e-estás b-bien? —preguntó Styx. Escupió saliva al intentar forzar las palabras para que salieran.

Me giré para mirarlo. Me llevé la mano al brazo y vi la sangre. Aturdida, asentí con la cabeza. Luego, Styx miró a Ky a través del retrovisor.

—¿C-cómo e-está?

Rider. Le preguntaba a Ky por Rider.

—La bala le ha atravesado el hombro. Herida de entrada y de salida, mucha sangre. Debería estar bien. El año pasado vi cosas peores durante la guerra, pero por si acaso llamaré al doctor Brett. La mitad de los hermanos han vuelto para defender el complejo, los demás nos siguen. El trío de psicópatas ha ido a perseguir a los hijos de puta que nos han disparado.

Ky no paró de hablar por teléfono durante todo el camino mientras Styx conducía como un loco de vuelta al complejo. No me sentía capaz de hablar y era obvio que Styx estaba furioso, rechinaba los dientes y tenía los nudillos blancos de apretar el volante.

Cuando entramos al complejo, la mitad de los hermanos estaban fuera, todos armados. Al detenernos, abrieron la puerta del camión de golpe y sacaron a Rider del asiento trasero para meterlo en el club. Un hombre viejo y gordo con un enorme maletín negro los siguió. Supuse que sería el doctor Brett.

Styx rodeó el camión y me cogió en brazos para después entrar directamente al bar. Preciosa se acercó a nosotros y exhaló.

—¡Joder! ¿Qué coño ha pasado? Primero, Lois estaba viva y llorando con el corazón roto y, un segundo después, estamos en una puta cacería. — Se tranquilizó, aunque las manos le empezaron a temblar—. Mierda. Han matado a Lois —susurró—. La pobre zorra era...

Retrocedió, incapaz de terminar la frase.

Rápidamente, los hermanos llenaron el bar y Styx me sujetó contra su cuerpo mientras Preciosa presionaba algo contra mi herida, luchando por contener las lágrimas.

—¡Un puto tiroteo! —gritó Ky. Me di cuenta de que Styx movía las manos con furia, con los brazos tensos, y me rodeaba los hombros mientras Ky traducía.

—¡Qué cojones...! Primero los rusos de mierda cancelan el trato y luego nos montan una puta emboscada. —Styx me miró mientras Ky seguía observando sus gestos. Entonces, apoyó la mejilla en la parte de arriba de mi cabeza—. Han matado a Lois e incluso han disparado a Mae... ¿Qué coño está pasando?

Me estremecí de miedo al escuchar sus duras palabras. Preciosa me abrazó con más fuerza.

—Styx, la estás acojonando —dijo en voz baja.

No podía apartar la vista de la cara de sorpresa de Lois, de su cuerpo sin vida tirado en el suelo. «¿Por qué tuviste que venir aquí? Ya no me queda nada...»

¡Pobre Lois!

Styx inclinó la cabeza y Toro le pasó una bebida que se terminó de un solo trago. Seguía sin soltarme, con sus brazos apretados alrededor de mi cuello.

Golpeó la mesa con la mano dos veces y la habitación se quedó en silencio, todos lo miraban. Como siempre, Ky se colocó junto a él para traducir.

«Toro, Tanque, Sonrisas, descubrid lo que podáis del bueno del *sheriff*. Si hay algún hijo de puta nuevo en juego, debería saberlo. Asiáticos, mafias, quien sea. Alguien está operando en nuestro territorio y los cabrones ni siquiera tienen los cojones de enfrentarse a nosotros de frente. Cerdos con pasamontañas. Todo se está yendo a la mierda y vamos a terminar en bloqueo preventivo».

Hubo una mezcla de asentimientos de cabeza y gruñidos abatidos. No tenía ni idea qué significaba bloqueo preventivo, pero me hacía una idea.

«Algún hijo de puta está intentando jodernos y no descansaré hasta tener respuestas y un cadáver». Toro le sirvió otro trago y se lo volvió a beber de un golpe, luego, siguió gesticulando.

«Hay que descubrir quiénes han sido y acabar con ellos». Señaló a Tanque, Toro y a Sonrisas, que se preparaban para irse. «Pasad desapercibidos, ¿me oís? Lo último que necesitamos es al gilipollas del senador Collins pisándonos los talones».

Los tres asintieron y salieron por la puerta principal, el ruido de las motos se desvaneció en la distancia.

Después, Styx se giró hacia los hombres que quedaban en la habitación y me señaló. La voz de Ky se volvió clara y severa, como si fuese a decir algo importante. «Mae está bajo mi protección, ya sabéis lo que eso significa».

Fruncí el ceño y miré a Preciosa, que me dedicó una sonrisa triste. Me partió el corazón. Acababa de perder a una amiga y estaba sufriendo. Todo el club sufría.

«Casi matan a Mae, joder, a Lois la han matado. O esos cabrones nos siguieron desde el complejo o alguien filtró información en el último minuto. Más vale que haya sido lo primero o le arrancaré uno a uno todos los miembros al chivato».

Me estremecí ante sus amenazas. Se notaba que los hombres de la sala también estaban inquietos.

«Han disparado a Rider en el hombro. Brett está con él ahora. ¡Toda esta mierda me tiene hasta los cojones!».

El teléfono de Ky empezó a sonar y relajó la atmósfera de tensión que habían provocado las palabras de Styx.

—¿Diga? —contestó. Unos segundos después, cerró el móvil y miró a Styx—. Llama, el cabrón ese con cresta, ha encontrado a uno de los enmascarados. El hijo de puta que mató a Lois. —La sonrisa irresistiblemente *sexy* que lo caracterizaba apareció en su cara.

Styx echó la cabeza hacia atrás y suspiró aliviado. «¿Cuándo llegará?», gesticuló, y Ky vocalizó la pregunta en voz alta.

—En una hora más o menos. Le he dicho a Llama que lo trajera de vuelta. Supuse que te gustaría hacer los honores.

Una sonrisa hambrienta apareció en los labios de Styx mientras movía el cuello a un lado y a otro para hacerlo crujir. No necesitaba que me tradujeran la respuesta, podía verle la sed de venganza en los ojos.

Pasó la mirada por la habitación y gesticuló: «Vamos a encontrar a esos

hijos de puta y los vamos a mandar con el barquero, directos con Hades».

Styx habló un poco más con Ky y unos pocos hombres, aunque no entendí la conversación, luego, se giró hacia mí. Me agarró de la mano y me sacó a rastras de allí.

Cuando atravesamos la entrada de su apartamento, me sentó sobre la cama y me miró a los ojos.

—¿E-estás b-bien? —me preguntó mientras con la cabeza señalaba el vendaje que Preciosa me había puesto en el brazo.

—Solo es un arañazo.

Se puso a dar vueltas por el suelo de madera, se le veía más enfadado a cada paso.

—¿P-por q-qué c-cojones nos a-atacaron?

—N-no lo sé —susurré con la cabeza gacha.

No me gustaba esta faceta de Styx. De pronto entendí por qué tanta gente lo temía: tenía un lado oscuro, un lado aterrador.

Incapaz de ocultar el *shock*, temblé y me cubrí con las mantas de la cama. Styx hizo caso omiso de mi miedo y desapareció dentro de un armario. Volvió con una toalla, que me lanzó al regazo.

—V-ve a d-ducharte y l-límpiate toda esa p-puta sangre.

Perdí la batalla contra mi labio tembloroso, cogí la toalla y me escurrí dentro del baño. Tan pronto como se cerró la puerta, dejé fluir las emociones. Styx estaba muy enfadado. Se había vuelto frío y amargo conmigo, igual que todos los demás hombres que había conocido.

De verdad había creído que él era diferente.

El hombre que estaba al otro lado de la puerta era Styx, el Verdugo mudo, el presidente de un club de moteros al margen de la ley, el hombre capaz de matar sin remordimientos. Ya no era el hombre que conocía.

Me aterraba.

Caminé hasta el espejo y observé mi horrorosa apariencia: el brazo herido, el pelo enredado, la piel arañada y la ropa sucia. Era un desastre, pero lo único en lo que podía pensar era en Rider herido, en Lois muerta y en que Rider me había salvado. Había saltado delante de mí y me había salvado. Me había salvado la vida y ahora podía morir...

Alguien dio un puñetazo en la puerta de madera, y yo me sobresalté y me

golpeé el codo contra el lavamanos.

—¿Q-qué coño e-estás haciendo a-ahí? No oigo el a-agua.

Rápidamente, me limpié los ojos y abrí el grifo. Giré la palanca de la ducha. Me reí sin gracia. Era exactamente igual que la que usaba en la Orden, la situación parecía demasiado similar.

—Voy a entrar ahora —grité con voz temblorosa y empecé a desvestirme.

Me duché a toda prisa y me envolví con la toalla para secarme. No tenía más ropa aparte del montón mugriento que había en el suelo, así que respiré hondo, abrí la puerta y salí de puntillas tal y como estaba.

Styx estaba en la cama, un cigarrillo le colgaba perezosamente del labio inferior mientras rasgaba una melodía taciturna con la guitarra, seguida de la letra.

*You can run on for a long time,
but sooner or later, God'll cut you down.*

Parecía tan oscuro y poderoso, sentado en la cama mientras cantaba en voz baja entre el humo blanco que salía de su boca. La imagen me dejó sin aliento. El pelo negro le caía sobre los ojos y los musculosos brazos se flexionaban con cada roce de las cuerdas. Era el pecado personificado, un pecado que ansiaba, pero ahora mismo me asustaba muchísimo.

Tosí ligeramente para llamar su atención mientras me movía inquieta en el sitio y Styx levantó la vista. Las manos se le quedaron congeladas sobre las cuerdas cuando elevó un poco la cabeza. Siguió la silueta de mi cuerpo desde los dedos de los pies hasta la punta de la cabeza.

Le salía humo blanco de la nariz. Sin apartar la mirada ni un segundo, se levantó, dejó la guitarra sobre la silla que había tras la cama y, despacio, se acercó a mí.

Se apartó el pelo de los ojos y, a continuación, me pasó un dedo por el brazo. Mi piel reaccionó al tacto y un escalofrío me recorrió la columna.

—Joder, Mae, no lo soporto —farfulló con brusquedad mientras tiraba de la toalla. Los ojos avellana adquirieron un tono verde jade—. Tengo muchas ganas de follarte, muchísimas...

Después, se metió en el baño y cerró la puerta de un portazo.

No tartamudeó. Ni una sola vez.

Mantuve los dedos apretados alrededor de la toalla y temblé por los nervios. Sabía lo que quería y el estómago me pesaba como una roca. Quería lo mismo que todos los hombres querían de mí, quería aquello que una mujer está obligada a ofrecerle a un hombre, para lo que fue creada. Quería lo que había hecho por los hombres desde que era una niña.

Suspiré profundamente, me acerqué a la cama, dejé caer la toalla y me coloqué en la posición necesaria para darle placer. Al poco tiempo, escuché cómo el agua dejaba de correr. El grifo se cerró y me incliné para prepararme, con la frente contra la cama, las piernas abiertas y las manos en la espalda, y envié la mente a aquel lugar donde no podía sentir nada.

Capítulo 12

Styx

Habían intentado matar a Mae. Algún cabrón había intentado matarla. ¡Joder! Habían matado a Lois.

Lois. Muerta. Conocía a esa zorra desde que era un crío. Lois, un puto encanto, preciosa por dentro y por fuera, y le había roto el corazón justo antes de que se la cargasen en la emboscada.

¡Mierda!

Tenía la mente nublada y me estaba volviendo loco. Tenía muchas ganas de hacerle daño a alguien, pegar a alguien, matar a alguien...

Los hermanos me habían mirado en busca de una explicación cuando entré en el bar. Vikingo, Llama y AK se largaron como el puto Motorista Fantasma a perseguir a los hijos de puta que se atrevieron a atacar a sus hermanos. Pero no tenía respuestas. Sabía que todos me guardaban las espaldas, pero lo único en lo que podía pensar era en Mae, no podía borrarle de la cabeza la imagen de Rider salvándole la vida. La cagué y, si no fuera porque Rider se llevó una bala en el hombro, podría haberla perdido.

No me había sentado nada bien.

Una cosa estaba clara, nunca más se iba a separar de mi lado. A la mierda lo de hacer lo mejor para ella. Se iba a quedar a mi lado, donde pudiera vigilarla, protegerla. En el complejo estaba a salvo.

Me moría de ganas por arrastrarla de nuevo a la habitación y, cuando vi cómo se sujetaba el brazo herido, otra vez pálida y diminuta sobre la cama, me volví loco. Le ordené que se metiera en la ducha como un puto nazi

porque era incapaz de seguir viendo su piel perfecta cubierta de sangre, de enfrentarme a la realidad de lo que podía haber pasado. Lo que le había pasado a Lois, joder, tan leal y desastrosa.

Ahora estaba aquí, en el baño, recién duchado y vestido solo con unos vaqueros, y tenía que enfrentarme a las consecuencias de actuar como un capullo con la única zorra que había querido. La había acojonado, vi el terror en sus ojos de lobo.

Me tenía miedo y era todo culpa mía.

Maldije por dentro, tiré la toalla mojada al suelo, salí del baño y me quedé de piedra.

¿Mae?

¡Joder, Mae!

Estaba totalmente desnuda, con el coño rosado al aire, el culo redondo apretado, la frente contra la almohada y los brazos enlazados en la espalda con sumisión. La puñetera zorra estaba preparada en la cama para que la follasen, ¡una pura mierda!

Estaba equivocado. Lo que estaba sintiendo hasta ahora no era rabia, sino una ligera chispa de molestia. Tenía que serlo, porque ver a la tía que me estaba volviendo loco en esa postura de mierda, como si fuera una víctima de abusos, me llenó de una furia asesina incontrolable.

Aunque intenté evitarlo con todas mis fuerzas, la polla se me puso dura hasta dolerme, la visión de ese coño apretado fue demasiado. Quería follármela desde el momento en que despertó en mi cama. Había querido arrancarle la ropa durante todo el día y hundirme en ella hasta el fondo. Sin embargo, nada de lo que había imaginado se acercaba a la visión real de ella desnuda. Pero verla así, lista para que la violase, me sacó de mis casillas.

¿De dónde coño venía? ¿Qué cojones le habían hecho en esa comuna? ¿Y por qué mierda creía que tenía que seguir haciéndolo?

Entonces las vi, las cicatrices de su espalda. Montones de ellas. ¿De qué eran? ¿Arañazos, marcas de cadenas, latigazos? No tenía ni puta idea.

Incapaz de seguir viéndola así, solté con brusquedad:

—¡M-Mae! ¿Qué c-cojones...?

No se movió.

Ni un centímetro.

Ni un pestañeo.

Avancé hasta el cabecero de la cama y me golpeé la mano con el puño. Estaba completamente ida. En su puto mundo de yupi o alguna mierda parecida.

Apreté la mandíbula con rabia, la ira me invadió por dentro y me hizo gritar:

—¡Despierta de una puta vez!

Mae salió del trance y rodó hacia un lado, se abrazó a sí misma y me miró a través de unas preciosas y larguísimas pestañas mientras se colocaba en posición fetal.

—¿Q-qué ha s-sido eso? —pregunté con los dientes apretados.

Tenía los ojos como platos y abrió los rosados labios para soltar un jadeo. No habló, solo me miró.

Me incliné sobre la cama, los músculos se me tensaron y volví a preguntar:

—Responde la p-puta pregunta, Mae. ¿Qué c-cojones ha sido eso?

Tragó saliva con tanta fuerza que juro que la debieron de oír hasta en México.

—¿T-te, te he contrariado?

Su cara de devastación me rompió por dentro.

Estaba muerta de miedo. Miedo de mí, joder.

Me dejé caer sobre la cama mientras gruñía por lo bajo ante la visión de sus pechos perfectamente redondos, suaves, con unos pezones gruesos y oscuros, unas tetas lo bastante grandes como para que no me entrasen en las manos cuando las cogiera entre los dedos y un estómago plano y suave de piel lechosa. Bajé la mano para colocarme la polla que estaba a punto de atravesarme los vaqueros de un momento a otro. Cerré los ojos y respiré profundamente para calmarme. Volví a abrirlos, agarré el cuero que estaba sobre la silla y se lo pasé a Mae.

—T-tápate.

Mae me lo arrancó de las manos y se cubrió el cuerpo, escondiendo las piernas y los brazos tras la tela de cuero. Hades se estaba riendo de mí, no, me estaba tentando. Parecía tan pequeña... tan inmóvil y pequeña. No pude evitar fijarme en que el cuero le quedaba de puta madre. Como le quedaría a

una dama.

Mierda.

¡Ahora no!

Moví ligeramente las piernas y la miré.

—N-nena, ¿p-por q-qué has hecho e-eso?

Bajó la mirada y susurró:

—Te he hecho enfadar. Quería intentar hacerte feliz. ¿Las mujeres del exterior no hacen eso?

Apreté los puños.

—Mae, estaba c-cabreado por l-lo que ha p-pasado, ¡no contigo! N-nena, no debería haberte gritado, p-pero e-era incapaz de c-calmarme. T-tengo p-poca paciencia. Hoy t-te han d-disparado, joder, L-Lois ha muerto y es mi p-puta culpa. ¡P-podrías haber muerto si no f-fuera por Rider!

—¿Por qué es culpa tuya? —preguntó con voz queda.

—¡P-por mantenerte aquí! El club e-está de m-mierda hasta el c-cuello, alguna otra o-organización está i-intentando acabar con nosotros. T-tengo que averiguar q-quié y cargarme a esos c-cabrones primero. N-no ha sido el p-primer intento y no será el último. —Respiré profundamente para relajar la garganta. Cada vez me resultaba más fácil hablar con Mae.

Otra razón más para que me gustase.

—¿Qué va a pasar ahora? —susurró. Noté el miedo en su temblorosa voz.

—Te q-quedarás conmigo. T-tengo que protegerte, así q-que te quedarás a mi lado.

La observé cerrar los ojos y suspirar aliviada y, joder, que me maten si no me corrí un poco. ¡Con un suspiro! Joder, necesitaba echar un polvo. Estaba demasiado alterado, necesitaba relajarme.

Me pasé una mano por el pelo y le dije:

—T-tienes que c-contarme p-por qué me estabas p-poniendo ese c-coñito tuyo en la c-cara, n-nena.

Enrojeció y se hundió aún más entre los pliegues del cuero.

—Estabas disgustado. Te estaba ofreciendo placer. Como mujer, es lo que se espera de mí. Es egoísta y un pecado negarte el placer.

Aguanté el gruñido que estaba a punto de escalarme por la garganta.

—¿T-te hacían e-eso a menudo d-donde vivías? ¿F-follarte cómo a una esclava sexual de m-mierda?

Dudó por un segundo, tensó las cejas y, después, asintió a regañadientes.

No hizo falta más. Me puse de pie y tuve que sacudir los hombros. Necesitaba dar un puñetazo. Hacer daño a alguien.

—¿A-así es c-cómo follabas, n-nena? ¿T-te obligaban a e-esa mierda?

La oí aguantar la respiración y me giré para escuchar la respuesta.

—Es esencial para compartir el amor de Dios, para el sacrificio del intercambio divino. Para los líderes de mi gente, los hombres de la comuna. No tenía elección, ninguna de las hermanas la tenía.

—¿C-compartir el amor de D-dios? ¿Intercambio d-divino? ¿Q-qué cojones es esa m-mierda?

—El momento en que los discípulos están más cerca de Dios es cuando se produce el desahogo sexual, a través de nuestros cuerpos, del cuerpo de las hermanas.

Dudé. A veces no me enteraba de una mierda de las cosas que contaba. ¿Quién coño eran los discípulos? ¿Y por qué cojones se la follaban como a un animal?

—¿Y t-tú q-qué? ¿Q-qué sacabas t-tú de t-todo eso? —pregunté mientras hacía girar el anillo del labio con la lengua para tranquilizarme y no ponerme en plan psicópata al nivel de Llama.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y le tembló el labio inferior.

—Nada. No sacaba nada. De hecho... —Se detuvo y las lágrimas le rodaron por las mejillas—. Lo odiaba. Señor, lo odiaba. Todas y cada una de las veces. Ninguna de las hermanas sentía placer, estaba prohibido. Las mujeres no deben sentir placer. El intercambio es un deber, no un acto de amor. —Respiró, dubitativo—. Si no lo hacíamos, nos castigaban. Debíamos adoptar la postura hasta que el hermano o, en mi caso, el anciano terminase.

Un rubor rosado le cubrió las pálidas mejillas y sacudió las pestañas, me atrapó con el azul de sus ojos.

—Nunca he sentido... satisfacción durante una unión. No conozco ese tipo de placer y ni siquiera estoy segura de ser capaz de sentirlo.

Se me partió el corazón, justo por la mitad. Me acerqué a Mae como un cachorrito.

—N-nena.

La acuné entre los brazos y rompió a llorar, lloró sin descanso sobre mi hombro.

No podía soportarlo, no aguantaba verla tan destrozada. ¿Qué mierdas había tenido que pasar?

—N-no llores, ya n-no e-estás en ese i-infierno. T-tranquila, n-no tendrás q-que volver a p-pasar por e-eso n-nunca.

—Me estarán buscando. No pararán hasta llevarme de vuelta a la comuna —gimió.

Le agarré el pelo y respondí:

—P-por lo q-que a ti r-respecta, e-están muertos. N-nunca te encontrarán. Esos c-cabrones no son n-nadie para l-los Verdugos.

Se incorporó y sacudió la cabeza.

—El mejor truco del diablo fue convencer al mundo de que no existía — explicó con dulzura—. Conozco a los guardias, Styx. Existen, y vendrán a por mí. Solo es cuestión de tiempo.

—S-si vienen, m-morirán —contesté con los dientes apretados. Los ojos le brillaron a causa de mis palabras y me pasó la mano por el brazo.

Me estremecí cuando la sentí presionar los labios contra mi pecho y acariciarme el estómago con su diminuta mano. La sensación me bajó directa a la polla.

—¿Cómo debería ser, Styx? ¿Qué es lo que hay que sentir al intimar con alguien, ya sabes, en circunstancias normales?

Levantó la cabeza y dejó de acariciarme el cuerpo, en busca de una respuesta. Pasó la mirada de mis labios a mis ojos una y otra vez.

—N-no p-puedes mirarme a-así, n-nena —le dije con voz áspera mientras intentaba frenarme.

—¿P-por qué?

—P-porque me miras c-como si quisieras m-meterte en mi c-cama, c-como si me p-pidieras que t-te enseñase lo q-que se s-siente si te m-meto la p-polla. C-como si me p-pidieras que te f-follase hasta no p-poder andar.

Entonces movió la nariz y dejó caer el cuero al suelo, quedando desnuda ante mí, como una ofrenda en bandeja de plata. Totalmente desnuda, con las curvas a la vista, las tetas turgentes, el cuerpo apretado. Me miró con los ojos

de lobo entrecerrados y los labios húmedos, preparada para que la hiciese sentir placer por primera vez en su mierda de vida. Con los ojos me suplicaba que la hiciera correrse una y otra vez.

—River...

Una súplica. Una súplica desesperada y entrecortada se le escapó de entre los labios, como si estuviese canalizando a su Marilyn Monroe interior o algo así. La mierda de locura posesiva volvió a tomar el control. Me había llamado River. Hacía más de una década que nadie me llamaba así. Joder, se acordaba de mi verdadero nombre.

—Mae, n-necesitas a un hombre m-mejor que yo. No soy yo, nena, no importa lo mucho q-que lo creas, o lo q-quieras —solté con voz ronca, la polla me dolía de lo dura que estaba. No podía creer que de verdad me lo estuviera pensando, pero no estaba seguro de que hacer mía a Mae fuese una buena idea. Siempre he cogido lo que quería, sin importarme nada ni nadie más. Joder, Lois estaba muerta porque me había querido, pero tirarme a Mae después de lo que había pasado las últimas semanas, de lo que había pasado ese día, no estaba bien, nada bien.

—Styx —susurró mientras dejaba salir un pequeño y suplicante gemido. Tenía los pezones tiesos como balas y mecía suavemente las caderas, como si lo necesitara—. Eres tú, siempre has sido tú.

Un segundo después estaba encima de mí. Presionó los labios sobre los míos y me agarró el pelo con la mano para empujarme hacia ella. Acepté lo que me ofrecía, intenté pelear, casi lo conseguí, pero cuando acercó la lengua a la mía, perdí el control.

En apenas un segundo, tumbé a Mae sobre la cama sin dejar de besarla y la agarré por la cintura de avispa para colocarla debajo de mí. Gimió cuando enredé la lengua con la suya, le ardía la piel. Estaba fuera de mí, desesperado por tocar cada centímetro de su cuerpo, por hacerla mía. Bajé las manos hasta sus muslos apretados y se los separé con un solo movimiento. Mi polla quedó justo encima de su coño.

Joder. Estaba lista. Vaya si lo estaba.

Iba a pasar. Iba a tirarme a Mae. Tenía que hacerlo. No me quedaba otra opción al verla retorcerse debajo de mí mientras se restregaba contra mi polla.

Paré de besarla y siseé cuando me rodeó la cintura con las piernas.

—J-joder, nena. ¿Estás l-lista, v-verdad? ¿L-lista p-para c-correrte?

Abrió los ojos de lobo de par en par cuando le presioné el clítoris con la polla, que seguía encerrada dentro de los vaqueros, y dejó escapar un gemido.

—¡Styx! ¿Qué? ¿Cómo? ¡Ah!

Entreabrió la boca y me agaché para pasarle la lengua por la comisura de los labios, antes de incorporarme para disfrutar de la vista más maravillosa que nunca había contemplado.

Mae, preciosa, despampanante, tumbada ante mí esperando a que la hiciera mía.

Abrió los ojos de pronto cuando dejó de sentir mi peso y una sonrisilla juguetona le apareció en los labios. Se empapó de mí, cada músculo, cada brazo destrozado, cada vena abultada, cada centímetro de tinta. Le gustaba, se humedecía solo con mirarme. Sabía que era guapo, no es arrogancia, entrenaba duro y conocía mi cuerpo.

Bajé la mirada a sus tetas. Necesitaba probarlas. Antes de que se diera cuenta de lo que pasaba, me metí en la boca uno de los pezones y empecé a succionar y a estirar la endurecida piel.

—Sí, Styx... Eso es... ¡Ah!

Sonreí contra su piel mientras movía la lengua adelante y atrás, deleitándome con el delicioso sabor.

Cuando acabé con una, empecé a lamer la otra teta y así aumentar su placer. De repente, me enredó los dedos en el pelo y tiró de él, como una mujer desatada.

Me encantó, estuve a punto de explotar a cada tirón.

Lo necesitaba.

Mae arqueó la espalda y apretó el puño con fuerza alrededor de la sábana de seda negra.

—Styx, necesito... necesito... ¡Ah! No sé lo que necesito. Siento que ardo, no puedo más.

Dibujé una sonrisa de satisfacción al verla retorcerse por mí. Sí, lo necesitaba, joder, me necesitaba.

Cambié de posición y bajé la mirada por su estómago hasta llegar a su coño, húmedo y depilado.

—Joder, n-nena. Eres p-perfecta.

Le acaricié el interior del muslo sin dejar de mordisquearle el pezón.

—Voy a p-prepararte con los d-dedos. L-luego te voy a c-comer ese c-coñito hasta q-que te corras en mi b-boca. Después, c-cuando no p-puedas más, te la v-vooy a meter hasta hacerte g-gritar.

—Styx, por favor...

Pasé el dedo corazón por la abertura de su coño y abrió las piernas para darme acceso. Luego lo introduje y observé como echaba la cabeza hacia atrás con un largo gemido, con las manos agarradas al cabezal de la cama.

Aumenté la velocidad y bordeé ese punto que sabía que la volvería loca. Dobló los dedos de los pies y chilló mientras me miraba con los ojos brillantes.

—¿Qué ha sido eso?

—E-eso, n-nena, es lo que hay q-que sentir al f-follar de v-verdad.

—Otra vez, por favor —pidió, casi sin aliento.

Introduje un segundo dedo y empezó a mover las caderas más deprisa. Moví los dedos que tenía dentro de ella para hacer que se corriese.

—Styx, necesito... ¡Ah!

Sabía lo que necesitaba, lo que suplicaba, así que con el pulgar le presioné el clítoris, lo froté formando círculos y, joder, estalló como la pólvora. Giró la cabeza y presionó la cara contra la almohada para amortiguar un grito.

La arrastré hacia abajo y, despacio, saqué los dedos de su interior para después asegurarme que veía como los lamía uno a uno. La agarré por las rodillas y bajé la cabeza. Necesitaba probarla tanto como respirar. Pero en cuanto me moví y localicé mi objetivo, me detuve.

Cicatrices. Montones de cicatrices.

Despacio, mientras intentaba mantener la calma, me retiré hacia atrás, me senté sobre los tobillos y me quedé mirando.

—¿Qué sucede? ¿He hecho algo mal?

Apreté los puños y respiré profundamente por la nariz. Probablemente, parecía el demonio reencarnado, pero estaba furioso. ¡Putas cicatrices! Preciosa ya me lo había dicho. Debían de haber torturado y violado a Mae durante años, y yo me había lanzado sobre ella a la primera oportunidad.

Joder. No era mejor que los violadores de su secta.

Sentí náuseas, una sensación de pesadumbre me aplastó el estómago.

—Styx, por favor, ¿qué he hecho?

Sacudí la cabeza cuando me di cuenta de que había estado mirándole los muslos fijamente y levanté la vista para encontrarme con su mirada preocupada. Era preciosa. Incluso cuando estaba confusa, era despampanante. Tenía la piel enrojecida después de haberse corrido, pero los ojos... tenía los ojos de lobo llenos de lágrimas, cada vez más cuando vio lo que había llamado mi atención.

Con un grito, cerró los muslos de golpe y retrocedió hasta el cabecero mientras se abrazaba las piernas con los brazos.

—¿Q-q-q-q-qué?

«¡Mierda! Respira, relájate».

—¿Q-qué es eso, Mae?

Asustada, miró a todos lados menos a mí.

—Nada, ya no importa.

—¡A mí me i-importa! —estallé, y ella retrocedió aún más por mi tono.

—Por favor, Styx... —suplicó.

—¡M-mierda!

Me bajé de la cama de un salto, agarré la camiseta y me la puse.

—¿Adónde vas? —me preguntó, desesperada.

—F-fuera.

—¿Estás enfadado conmigo?

Me giré hacia ella y gruñí. Volvía a mover la nariz y le temblaban las piernas mientras tiraba de la sábana para cubrirse el cuerpo desnudo.

—T-tengo la p-polla a punto de r-reventar, así q-que s-sí, estoy c-cabreado, p-pero conmigo mismo p-por lo q-que acabamos de hacer, lo q-que te acabo de hacer. ¡J-joder!

—¿Qué? ¿Enseñarme lo que es el placer?

Tragó saliva y se encogió sobre sí misma para protegerse. ¿De qué? ¿De mí? ¿De mi reacción? Joder, ojalá lo supiera.

—¿Te arrepientes? —preguntó mientras el pelo le ocultaba la cara como un escudo.

Eché un solo vistazo a su expresión de dolor y casi me mata. No era por

ella, pero no conseguía reunir las palabras para decírselo. Nunca se me había dado muy bien expresar mis sentimientos. Ser físicamente incapaz de hablar la mayor parte de tu vida te vuelve bastante cerrado. Usaba el lenguaje de signos para evitar tartamudear, el ahogamiento sofocante y la sensación de estrangulamiento en la garganta mientras pensaba algo que decir. La sangre me bombeaba con fuerza, el pulso me palpitaba y la cabeza me daba vueltas, tenía que salir de esa habitación y alejarme de la puta cara de tristeza de Mae. Quería explicarle que no debería haber tocado a alguien que había sufrido abusos durante toda la vida, alguien que tenía un montón de cicatrices en el interior de los muslos, claramente hechas con alguna mierda de aparato retorcido, que se merecía algo mejor. ¡Joder! Pero las puñeteras palabras no me salían. Así que solté una respuesta cortante y sin pensar, e inmediatamente supe que la había cagado al hacerlo.

—N-no debería haber p-pasado.

Con esa perfecta explicación, salí de la habitación, sintiéndome como un grandísimo hijo de puta, pero daba igual cuánto me castigara, no podía sacarme de la cabeza la imagen de Mae mientras se corría.

Estaba muy empalmado, pero ardía de rabia.

Entré en el bar echando humo, la mayoría de los hermanos se habían largado a sacarle información a la poli y a hacer quién sabe qué mierda. Y, joder, no, la puñetera Dyson estaba sirviendo copas.

Fui directamente hacia ella, su pelo teñido rosa y sus tetas falsas y pegué un puñetazo sobre la barra.

Se tambaleó hacia atrás al notar mi cabreo.

—He venido a ver a Tiff y a Jules —explicó mientras bajaba la mirada con sumisión—. He oído lo que ha pasado hoy y he venido a ayudar. Supuse que los hombres necesitarían echar un polvo para despejarse. Pensé que les gustaría estar con alguien al que ya estén acostumbrados.

Eso contestó a la pregunta de dónde estaban todos, follando en las habitaciones.

La caballería del coño había llegado y Dios sabe que nada les gustaba más a los hermanos que calentar la polla después de sobrevivir a una puta tormenta de balas como la de hoy.

Maldita puta manipuladora. Dyson, la zorra que se había llevado mi virginidad a los trece años. Joder, si lo pienso, ella tampoco debía tener más

de dieciséis en aquella época. Una adolescente fugada que encontró un hogar en la guarida de unos forajidos. La yonqui de pelo rosa se follaba a los hermanos a cambio de hielo, hasta que le dio esa mierda a una perra recién llegada que tenía mucho potencial. La tía tuvo una sobredosis en el suelo del complejo. Mi viejo expulsó a Dyson después de eso y le advirtió que nunca volviera. Por supuesto, los hermanos echaban de menos sus espectáculos porno en el salón, pero nadie la quería para nada más que una mamada. De ahí su nombre, Dyson, como la marca de aspiradoras.

Levanté el brazo, agarré a Dyson por la muñeca y tiré de ella mientras le señalaba la salida. El labio inferior le empezó a temblar y las lágrimas le descendieron por las mejillas maquilladas en exceso.

El maquillaje escondía las marcas de años de acné.

—¿Qué coño haces tú aquí?

Al oír el agudo grito, me di la vuelta y me encontré con Preciosa que se acercaba a Dyson como un toro que ataca a un payaso de rodeo. Dyson palideció, como es lógico. Preciosa podía parecerse a Ricitos de Oro, pero era un puto rottweiler en el cuerpo de un terrier. Dyson había intentado tontear con Tanque una primera y única vez, a Preciosa no le hizo gracia que invadieran su territorio. Dyson tuvo que llevar maquillaje durante dos semanas para ocultar los ojos morados que Preciosa le había regalado.

La mirada de Dyson iba de Preciosa a mí mientras jugueteaba con las manos y sacudía la cabeza, esperando que la rescatara. Ajá. De pronto, el motivo por el que había vuelto cobró sentido. Estaba desesperada por un chute y esperaba que algún hermano le diera dinero para meta.

—He venido a ver a Tiff y a Jules —respondió Dyson con convencimiento mientras nos evitaba la mirada.

—¡Me importa una mierda! ¡Lárgate de aquí! ¡A nadie le interesa ver tu espectáculo de porno barato! —Preciosa se acercó hasta quedar a milímetros de Dyson. Había demasiada tensión para mi gusto.

«Preciosa», gesticulé para intentar calmarla. Me apartó con una mano y, con la otra, me agarró los dedos para silenciarme.

—¡No, Styx! ¡No dejes que la tentación de follarte ese coño rancio te haga cambiar de opinión! Piensa en Mae. ¡Deshazte de esta puta asquerosa!

«¿Sabes qué, Preciosa?», gesticulé. «Me estoy hartando de que intentes decirme cómo tengo que vivir mi puta vida».

Preciosa soltó un grito ahogado. Era la única dama con la que nunca había tenido problemas, la única zorra que toleraba más de dos minutos, nos llevábamos bien. Joder, incluso había aprendido la lengua de signos para comunicarse conmigo. Pero seguía siendo el presidente y más le valía cerrar la boca antes de que se me hinchasen demasiado las pelotas.

Vi a Dyson sonreír. Siendo sincero, me apetecía borrarle la sonrisa burlona de la cara yo mismo, pero en ese momento lo único que quería era beberme un *whisky* y sacarme de la cabeza a Lois muerta en el suelo, rodeada de sangre, y a Mae acurrucada en mi cama, llorando y cubierta de cicatrices de violaciones. Pit, como si me leyera la mente, deslizó un vaso hasta mí desde detrás de la barra.

Me bebí la mitad y sentí cómo me adormilaba. En mi estado de embriaguez, noté cómo Preciosa se iba a la parte de atrás del bar sin dejar de observar a Dyson.

Diez minutos después, ya no notaba nada.

Estaba seguro de que los cinco ríos del inframundo que había pintados en la pared del bar se movían. Parecía que se arremolinaban, pero, entonces, la habitación entera también empezó a dar vueltas. Me esforcé por bajarme del taburete, tropecé y alguien me sujetó por el brazo: Dyson. Hizo una caída de ojos, tenía una sonrisa juguetona en los labios y me agarró la polla con la mano.

Borracho como una cuba, me tambaleaba al andar y Dyson me agarró por la camiseta para arrastrarme hacia el pasillo. La mirada que me dedicó mi rubia favorita desde su posición en el bar habría incinerado a cualquiera en el acto.

Dyson me llevó hasta el rincón más oscuro del pasillo. Se le había ensanchado la sonrisa y se pasaba la lengua experta por los dientes. Necesitaba esto, necesitaba follar para dejar salir la rabia, fuerte y sucio. Tenía que sacarme a Mae y a esas putas cicatrices de la cabeza antes de que me volviera loco y saliera a buscar a alguien a quien despedazar por pura diversión. Necesitaba olvidar la cara devastada de Lois antes de que la culpa me consumiera.

Dyson se incorporó y se bajó la camiseta a la cintura, dejando a la vista sus enormes tetas operadas, no llevaba sujetador. Le brillaron los ojos con

excitación mientras se apretaba y estiraba los enormes pezones rojizos, sin dejar de gemir en voz alta, poniéndose a tono.

Putas asquerosas.

Bajó una mano, se levantó la falda y se acarició el clítoris con el dedo corazón. Por esto los hermanos se volvían locos por ella, el puto espectáculo prepolvo.

El infame especial de Dyson.

La observé masturbarse y apretarse las tetas, casi se corrió ante mis ojos, pero no sentí nada. Ni una sacudida. Seguía duro como una piedra, pero era por Mae, lo único que me ocupaba la cabeza eran sus ojos de lobo y la sensación de tenerla debajo de mí, su diminuto cuerpo, su cara perfecta... Mierda, no podía hacerlo. Por primera vez en mi mierda de vida desear a una zorra me impedía follarme a otra puta.

—¡Styx!

Dyson soltó un gemido largo y satisfecho al correrse como una profesional. Tenía una expresión de suficiencia en la cara que indicaba que creía que me gustaba lo que hacía. Se dejó caer de rodillas y embistió hacia adelante mientras me abría la bragueta con agresividad. Bajé las manos y la agarré de las muñecas para alejarla de mí. Entonces lo oí, un quejido, un grito lleno de dolor a mi derecha.

Incluso con el cerebro inundado de *whisky*, supe quién era sin siquiera mirar.

Me giré despacio y me encontré con Mae que me miraba estupefacta. Estaba devastada. Llevaba un top apretado de los Verdugos, unos vaqueros ajustados y mi cuero, que se veía enorme en su diminuto cuerpo. Joder. Estaba buenísima.

Dyson echó la cabeza hacia atrás y rio, lo que me hizo dejar de mirar a Mae embobado y darme cuenta de la imagen que estaba viendo.

—¿Qué pasa, cielo? ¿Quieres una foto? ¿Quieres vernos follar?

La zorra de pelo rosa se burló de Mae arrodillada y se volvió para mirar mi polla que, por suerte, seguía dentro de los pantalones.

Empujé a Dyson con el pie y su culo de drogadicta se estampó contra el suelo. Di unos cuantos pasos vacilantes y culpables hacia Mae. Grandes lágrimas le brotaban de los ojos y se cubría la boca con la mano para intentar ahogar el grito de dolor que no pudo evitar soltar. Intenté hablar, pero antes

de tener la oportunidad de explicarme, Preciosa y Letti irrumpieron por la puerta de dónde para averiguar de dónde provenía el lamento.

Se quedaron paralizadas al ver la escena: Dyson y yo estábamos en un pasillo oscuro, ella de rodillas y con las tetas fuera, y, a un lado, Mae vestida con ropa del club y mi cuero mientras lloraba y se tapaba la cara con las manos.

¡Joder! ¿Podía haber ido peor?

—¡Mae! No, cielo, no llores. Ven conmigo —la tranquilizó Preciosa mientras le pasaba el brazo por los hombros con amabilidad.

Preciosa se llevó a Mae fuera de mi vista y, cuando giraron la esquina, vi el cuero caer al suelo a su paso. Mierda. Mae había tirado el puto cuero.

Empezó la persecución. Tropecé, la habitación se inclinó a un lado y me encontré con la conocida mirada asesina de Letti. Dio un paso adelante hacia la perra del suelo, mientras se restallaba los nudillos. Dyson se arrastró hacia atrás con las manos mientras la enorme samoana se le acercaba.

—Escucha, perra. Tienes diez segundos para salir de aquí. Si te vuelvo a ver, te mataré yo misma, y me tomaré mi tiempo. *Capisci?*

Dyson me buscó con la mirada en busca de ayuda. ¡Y una mierda! Sacudí la barbilla en dirección a la salida. Se recolocó la ropa mientras se iba. La perra más popular de los Verdugos se largaba del club.

Letti me miró con el ceño fruncido y sacudió la cabeza con decepción.

«No me mires así, joder. Había terminado antes de que aparecierais y lo complicaseis todo aún más. Sí, pinta mal, pero no la he tocado. Ni siquiera se ha acercado a mi polla».

Letti me observó como si no le interesasen las excusas. Me enseñó el dedo corazón, se dio la vuelta y siguió a Preciosa por el pasillo.

¡Menudo desastre de mierda!

Ky eligió ese momento para aparecer por la esquina y contempló a Letti marcharse, como si fuera una repipi.

—¡Styx, tío! ¡Te he buscado por todas partes! El trío psicópata ha vuelto y han traído el premio gordo.

Levantó las cejas con entusiasmo mientras se frotaba las manos y sonreía. La sonrisa triunfante de su cara se convirtió rápidamente en un ceño fruncido cuando me vio pasarme la mano por el pelo apoyado contra la pared

y cerrarme la bragueta.

—¿Qué has hecho ahora? —preguntó con una sonrisilla de gilipollas.

«No preguntes. En fin, ¿dónde está ese hijo de puta? ¿Ha dicho algo?», dije por gestos.

—Nada. Ni una palabra.

Esboqué una sonrisa hambrienta y gesticulé: «Perfecto, justo lo que necesitaba. Vamos».

Capítulo 13

Mae

Una hora antes

No era más que una niña cuando ocurrió. Una niña pequeña e inocente.

—*Salome, acompáñame.*

—*¿Adónde vamos, hermana? —pregunté cuando la hermana Eve me cogió de la mano y me arrastró por el pasillo lejos de la seguridad de mi habitación. Me apretó la mano con tanta fuerza que recuerdo haber sentido un intenso dolor. Por razones que en aquel momento no comprendí, no me miró a los ojos.*

—*Debes ir al gran salón.*

El gran salón. Recuerdo que el estómago se me estremeció al oír aquellas palabras. Intenté resistirme y obligarla a detenerse. Me miró y sus ojos claros parecían haberse suavizado un poco. Aquello fue algo tan extraño que me puso nerviosa. A la hermana Eve no le gustaba, nunca le había gustado. Era una Maldita. Una de las hermanas separadas. Éramos cuatro y nos odiaba a todas. Decía que estábamos hechas de puro mal, que habíamos nacido marcadas por el pecado original de Eva.

—*¿Por qué te detienes, niña? —preguntó con voz calmada, una voz fría y desprovista de todo rastro de afecto.*

—*¿P-por qué t-tengo que ir al g-gran salón? —pregunté con una voz temblorosa que no pude controlar.*

Recordaba que Jezebel, Bella, había ido al gran salón por primera vez

tres años antes. No había vuelto a ser la misma desde aquel día. Había cambiado, se había vuelto más huraña, fría y retraída. Nunca hablaba de lo que había pasado. Incluso recordaba haberle preguntado cinco veces sobre el tema, pero siempre rechazó contarme nada. Se negó en redondo a decir una palabra sobre el tema, ni a mí ni a nadie. No obstante, siguió yendo al gran salón cada vez que Gabriel la convocaba. No tenía elección. A Lilah le había pasado lo mismo algunos meses antes cuando la llamaron por primera vez. Maddie y yo nunca habíamos comprendido qué era lo que las hacía cambiar así, pero sabía que estaba a punto de descubrirlo.

—Ya eres lo bastante mayor, Salome. Debes cumplir tu deber como hermana. —La hermana Eve suspiró en voz alta y se agachó para quedar a mi altura—. No voy a mentirte, lo de hoy será una experiencia extraña y desagradable, pero debe tener lugar. Has alcanzado la edad adecuada. Es inevitable.

—¿Qué va a pasar? ¿Para qué soy bastante mayor? —le había preguntado.

Sin responder, se puso en pie y tiró de mí hasta que empecé a caminar de nuevo. Traté de hacerle más preguntas, pero se negó a contestar. No me escuchaba. Tras varios intentos inútiles de obtener información, me callé de mala gana y la seguí diligentemente hasta el gran salón.

Lo que vi me paralizó de miedo. Recuerdo que un humo denso con olor a tierra espesaba el aire. Por todas partes había unas enormes botellas con tubos que salían de ellas. El suelo estaba cubierto por cojines blancos y colchones, todos ellos ocupados. Los hermanos, los discípulos, estaban todos desnudos, colocados detrás de hermanas de todas las edades, jóvenes y mayores, y les estaban haciendo algo. Las hermanas también estaban desnudas. Estaban inclinadas con la cabeza en el suelo y las manos entrelazadas en la espalda. El profeta David estaba sentado en una plataforma elevada con tres hermanas más mayores. Les tocaba los cuerpos desnudos para después tocarse a sí mismo, allí, mientras observaba a las parejas que llenaban la habitación.

La hermana Eve sintió mi reticencia al analizar la habitación. Entonces se agachó y me susurró:

—Si te niegas, solo será peor para ti. Créeme, niña, el castigo por no cooperar será mucho, muchísimo peor.

Recuerdo asentir despacio llena de terror. No podía enfrentarme a más latigazos.

El miedo me atenazó mientras seguía a la hermana Eve a un lado de la habitación y el hermano Gabriel me observó pasar. Me había sonreído mientras se movía hacia adelante y hacia atrás de una hermana de pelo negro que estaba en el suelo. En aquel momento no entendí lo que le estaba haciendo. La hermana permanecía en silencio mientras él gruñía y gemía en voz alta a la vez que recorría con las manos cada centímetro de la piel desnuda de la joven.

Recuerdo quedarme mirando horrorizada. Entonces, la hermana Eve me arrancó el vestido y me empujó al suelo, donde me colocó con la cabeza hacia abajo y las manos en la espalda, igual que las demás hermanas de la habitación. Entré en pánico e intenté levantarme, pero la hermana Eve me impidió moverme con su peso, lo que hizo que me resistiera todavía más.

La hermana Eve suspiró con resignación. De pronto, la presión que ejercía sobre mí desapareció y me senté despacio. Recuerdo perfectamente el momento en que me di cuenta de lo que la hermana estaba a punto de hacer.

Volvió rápidamente hasta mí con un artefacto en las manos. Parecía una trampa para osos: tenía dos garras metálicas que parecían manos unidas por una bisagra y cada garra estaba cubierta por púas largas y puntiagudas. Recuerdo haber dejado de respirar cuando se arrodillo detrás de mí.

—Voy a ponerte esto entre las piernas. Si te mueves, las garras te cortarán la piel. Lo usamos para alentar a las hermanas a quedarse quietas. Un consejo, piensa en un lugar feliz y refúgiate allí, aprende a bloquear el dolor.

«¿Dolor?», pensé. «¿A qué se refiere?»

La hermana Eve me tumbó con la cara hacia el suelo y volvió a colocarme como antes. Cuando se me abrieron las piernas, me colocó el aparato entre los muslos. El afilado metal me atravesó la piel en cuanto intenté liberarme. Recuerdo gritar de dolor cuando las púas metálicas se me clavaron en la piel, luego se hundieron más profundamente cuando me retorcí una última vez.

Después de un rato, comprendí que resistirse era inútil. No podía

moverme. Estaba atrapada en aquella posición que poco después se volvería tan familiar para mí.

Respiré con dificultad, recuerdo que intenté con todas mis fuerzas mantener la calma. Eché una mirada rápida a mi alrededor. Entonces, la chica que estaba junto a mí giró la cara y me miró a los ojos.

Era Bella, mi hermana.

Al tiempo, se dio cuenta de que era yo quien estaba junto a ella. Le brotaron lágrimas de los ojos y articuló con los labios:

—Todo irá bien. Te quiero.

Otra oleada de pánico me atravesó cuando unas manos ásperas y enormes me agarraron de las caderas. A Bella se le dilataron las pupilas. Grité y me retorcí para intentar escapar. Bajé las manos un centímetro, pero la trampa me desgarró los muslos. Tras unos segundos de lucha, tal y como la hermana Eve había dicho, me dolía demasiado como para moverme.

Entonces, fue cuando pasó...

Había perdido mi inocencia para siempre y me había convertido en una hermana. No interrumpí el contacto visual con Bella ni una sola vez. Estábamos unidas por lazos de sangre. Nos apoyamos la una a la otra y nos ayudamos a seguir el consejo de la hermana Eve: buscar un lugar feliz donde bloquear el dolor. Bella me decía una y otra vez que me quería durante todo el tiempo que duró el horrible acto.

Luego, en cuanto terminó, corrí por la habitación llena de humo. Recuerdo haber mirado atrás y ver que el hermano Gabriel volvía a mancillar a Bella. Salté por encima de los hermanos que hacían lo mismo. Nunca olvidaré la imagen de las hermanas, adormiladas e insensibles.

Parecíamos fantasmas.

Después de esto, corrí hacia el bosque y no me detuve hasta que alcancé la verja. Cinco minutos después, oí un crujido y un chico apareció al otro lado del metal. Recuerdo haber pensado que no sería mucho mayor que yo, tal vez un par de años. Era moreno y alto y tenía los ojos más bonitos que había visto nunca, eran de color avellana. Era hermoso.

Cuando me vio tirada en el suelo del bosque, se acercó mientras movía las manos, pero no dijo nada. Me hizo sentir segura. Me distrajo del dolor. Había sido un rayo de luz en un momento de oscuridad. Me había dado un beso dulce y amable. Luego se había marchado y nunca lo volví a ver, no

hasta quince años después, cuando me entregó otro preciado regalo: una nueva esperanza.

No pude evitar recordar aquello mientras estaba sentada sin moverme sobre el suave colchón de la habitación de Styx. Las sábanas olían a él. Era muy joven cuando me obligaron a unirme a un hombre. Odié cada segundo de aquel momento. Lo que Styx acababa de hacerme no se parecía a nada que hubiera sentido antes. Era como fuego, como si algo me ardiera al final de la columna vertebral. Después escaló en espiral con frenesí, fuera de control.

Me había agarrado al cabecero para intentar huir de aquella sensación al mismo tiempo que quería acercarme más a ella. Entonces me había tocado... ahí, y exploté. Me rompí en mil pedazos y el alma me ardía. Tanto y a la vez tan poco. Me volví adicta al instante.

Ansiosa y con ganas de más, me apreté más contra la mano de Styx. El profeta David tenía que estar equivocado, nada tan bueno podía ser pecado. Las mujeres también deberían sentir placer.

Entonces, se terminó. Styx se negó a tocarme. Retrocedió horrorizado en el momento en que vio las cicatrices, una conexión inevitable y permanente con el pasado. Se había marchado a toda velocidad y me había dejado allí sola y desnuda sobre la fría cama.

Me había dejado.

Allí, confusa, caliente, llena de anhelo y de deseo... por él.

Me negué a dejar salir las lágrimas. No permitiría que el rechazo me destruyera. No dejaría que ningún otro hombre volviera a quebrar mi espíritu. Incluso aunque fuera probable que Styx fuese el único capaz de hacerlo de forma irreparable.

Recuperé la compostura, salí de la cama y me estremecí cuando posé los pies sobre la madera fría. Me metí en el baño, abrí el agua caliente de la ducha al máximo y dejé que el flujo de agua ardiente me golpeará la piel.

Desde que llegué, Styx me había visto como alguien débil, alguien que necesitaba protección constante. No tenía ni idea de la vida que había llevado, ni de mi tenacidad ni de los diversos horrores que había soportado a diario. Era una superviviente. Las cicatrices que le habían resultado tan repulsivas eran una prueba de mi fuerza. No me avergonzaría de todo por lo que había pasado.

Dios había sido testigo... ¡solo era una niña!

Lo que más me molestaba es que sabía que las inquietudes de Styx tenían buenas intenciones. Sabía que su reacción y el hecho de que se largase eran causa de la rabia. No poder hablar, la discapacidad que le impedía pronunciar las palabras que con desesperación quería decirme, era su carga. Sin duda estaría en el bar, ahogando las penas con el líquido ambarino que tantas veces le había visto beber. Decidí ir a buscarle, demostrarle que no pasaba nada y decirle que me había encantado lo que habíamos hecho y que, si el también quería más.

Me sequé y me pasé el peine de Styx por la larga melena para desenredar los nudos que se me habían formado en la coronilla. Antes, Styx había traído la bolsa con ropa de la habitación de Rider, así que la abrí y saqué un par de pantalones oscuros y una camiseta de tirantes con el emblema de los Verdugos en el pecho.

Una vez vestida, cogí el chaleco de Styx, no, el cuero, e inhalé el familiar aroma, a tabaco y a cuero, a él. La piel me cosquilleó y se me puso la carne de gallina. Esta sensación desconocida me asustó y me estimuló al mismo tiempo, sentí que una necesidad cada vez más familiar aparecía entre mis piernas. Con un suspiro, deslicé los brazos entre la cálida tela del cuero, salí por la puerta y atravesé el pasillo.

En cuanto abandoné la habitación, un gemido agudo y un gruñido grave me llamaron la atención. El sonido provenía del final del oscuro pasillo y dejaba claro lo que estaba pasando, exactamente lo que yo misma había estado haciendo no hace mucho.

Sin querer interrumpir, me giré hacia la salida del lado contrario del pasillo, pero me detuve al escuchar un grito de repente...

—¡Styx!

Un escalofrío me recorrió la columna cuando reconocí el inconfundible sonido del placer sexual. ¿Styx estaba con otra mujer? ¿Me había cambiado por alguien más? Después de todo lo que había ocurrido entre nosotros...

Caminé arrastrando los pies hasta el rincón aislado, los sonidos de respiraciones agitadas y los gemidos aumentaban a cada paso. Me armé de valor y, temiendo lo peor, me obligué a dar una rápida ojeada al otro lado de la pared. Al instante me arrepentí y deseé haberlo dejado estar y haberme marchado.

El corazón se me paró cuando lo vi con una extraña mujer de pelo rosa. Estaba claro lo que estaba haciendo, de rodillas, mientras se acercaba a las partes más íntimas de Styx, quien se apoyaba contra la pared, con los ojos cerrados y el ceño fruncido.

No pude evitarlo, no importa cuánto lo intenté, se me escapó un grito. Me cubrí la boca con la mano, pero no conseguí ahogar el sollozo. Estaba devastada por lo que Styx estaba haciendo, justo delante de mí. Me entraron ganas de gritar de rabia y decepción. Era la prueba de que lo que no había querido creer de él era cierto: todos los hombres son iguales. Cogen lo que quieren, cuando quieren y de quien quieren.

Styx me había rechazado y había ido directamente a ella para «solucionar» su problema, menos de una hora después de dejar la habitación. Seguramente, me veía dañada, defectuosa, como si estuviera perdida en este mundo, hecho del que era muy consciente. Para él, no era digna de la tarea de darle placer.

Styx se detuvo de golpe, cogió a la mujer de pelo rosa por las muñecas y me miró aturdido. El pánico invadió los duros rasgos de su hermoso rostro y noté un zumbido dentro de la cabeza. Tan solo oía ruido blanco. Era incapaz de hacer otra cosa que quedarme allí de pie y mirarlo fijamente a los ojos, esos ojos de color avellana que me fascinaban, y de contemplar la traición que tenía lugar ante mis ojos. De verdad que creía que Styx era diferente. Estaba harta de equivocarme.

Tenía la sensación de que llevaba allí de pie una eternidad y, cuando sentí que un brazo me rodeaba los hombros, me sobresalté. Esto me obligó a salir de mi estupor. Preciosa me estaba abrazando con fuerza mientras observaba a Styx y a aquella mujer que seguía de rodillas. Esta rio con malicia y me dijo algo, aunque no pude oír qué, no en el estado de *shock* en que me encontraba. Letti, que estaba detrás de Preciosa, sí que la había oído. Cuando mi preciosa protectora rubia me sacó de allí, la enorme samoana se acercó con paso amenazante a la mujer del pelo rosa.

Preciosa y yo aceleramos el ritmo, atravesamos el pasillo y subimos por unas escaleras, pero antes de hacerlo, me quité el cuero de Styx de los hombros y, con desagrado, lo arrojé al suelo.

—¿Adónde vamos? —pregunté finalmente. Solo entonces, cuando estuvimos lo bastante lejos para no oír nada, recuperé los sentidos y la

claridad de pensamiento, para mi desgracia, pues trajeron consigo un intenso dolor.

—Tengo que ir a ver cómo está Rider, Tanque sigue fuera. Me ha mandado un mensaje para pedirme que compruebe que está bien. No me apetece llevarte de vuelta al apartamento de Styx, se merece sufrir un poco por lo que ha hecho, a lo mejor así deja de comportarse como un imbécil. ¡Borracho gilipollas!

En tensión, tragué saliva con dificultad, imaginando lo peor. Entonces, pregunté lenta y pausadamente:

—¿Styx y esa mujer... se han unido?

—¿Qué? —Preciosa arqueó las cejas, confundida.

—Quiero decir si han tenido relaciones íntimas.

Abrió de par en par los ojos azul zafiro y después se relajó.

—No, cielo. Dudo que la haya tocado. Se estaba apañando ella solita. No puede evitar ofrecer ese espectáculo porno de mierda suyo.

Los hombros se me relajaron y la tensión que me atenazaba la garganta desapareció. Suspiré aliviada. Preciosa me dio un golpecito en el brazo.

—Oye, sigue siendo un capullo. Estaba a punto de hacerlo con esa puta. ¡Dios sabe por qué cuando te tiene a ti! Estaba como una cuba, cabreado después de todo lo que ha pasado y de luto por Lois. Sé que, por encima de todo, está preocupado por el estado del club. Pero sigue sin ser excusa para comportarse como un gilipollas —dijo mientras apuntaba con el pulgar en su dirección.

Sabía por qué había estado en ese pasillo. La mera visión de mis cicatrices lo había hecho huir, había apagado su afecto por mí. ¿Estaba asustado de que su reacción hubiese estado equivocada, de haberme hecho algo malo? Sin embargo, que hubiese ido directamente con esa mujer era algo que me iba a costar olvidar.

Preciosa me puso las manos sobre los hombros.

—Déjalo solo durante un tiempo. Espera y verás. Volverá. Luego, es cosa tuya, chica. Pero entre nosotras, está loco por ti. Lo que pasa es que no sabe qué coño hacer con esos sentimientos. Nunca ha estado con nadie como contigo. Hasta te habla, todos lo hemos visto. Te cuida, te protege. Normalmente, no actúa así. En cierto modo, es muy dulce, a su manera.

Me masajé los brazos para tranquilizarme. Me recordaba a Lilah, amable, rubia, protectora. Por primera vez desde que había escapado, eché de menos la Orden, mi hogar. Echaba de menos a mi mejor amiga, a mi hermana pequeña, Maddie. Echaba de menos la sensación de encajar.

—¿Estás bien?

Asentí ante la cara de preocupación de Preciosa. Se giró para llamar a la puerta que teníamos detrás, una puerta que me era muy familiar.

—¿Sí? —gritó una voz lejana.

—Rider, somos Mae y Preciosa. ¿Podemos pasar?

Hubo unos segundos de silencio.

—Sí, claro.

Preciosa abrió la puerta. En el centro de la gran cama metálica que había al fondo de la habitación estaba Rider tumbado sobre la espalda, vestido solo con unos vaqueros, sin camiseta. Un vendaje de color claro le cubría el hombro herido.

—¿Cómo te sientes, cielo? —preguntó Preciosa con dulzura y se acercó al lateral de la cama.

—Entumecido en algunos sitios y dolorido en otros, pero estoy vivo —respondió. Intentaba aparentar fortaleza, pero tenía la voz cansada.

Me dolió verlo así, tan desecho, con el brazo vendado y sufriendo. Se me llenaron los ojos de lágrimas. El sacrificio que Rider había hecho de forma voluntaria para salvar mi vida me golpeó de pronto. Siempre había sido perfecto para mí.

Las lágrimas me rodaron por la mejilla ante su muestra de fuerza y me quedé de pie como si esperase una invitación mientras jugueteaba con las manos nerviosa. Rider, con aspereza, me llamó:

—Mae, ven aquí.

Levanté ligeramente la cabeza, hice lo que me pedía y me acerqué. Con torpeza, me coloqué junto a Preciosa.

—¿Estás bien? No tienes buena cara —preguntó con amabilidad y frunció el ceño. Se le veía preocupado de verdad, preocupado por mí. Le habían disparado, una herida casi mortal y, aun así, seguía protegiéndome.

Preciosa dejó salir un gruñido y sacudió la cabeza.

—Hemos pillado a Styx con la puta de Dyson.

Rider levantó las cejas y me dedicó una mirada de simpatía.

—¿Por qué ha vuelto?

—¡Para chuparle la polla al presi, por lo que parece! —exclamó Preciosa con desaprobación.

Me estremecí y me entraron náuseas. Me sentía estúpida, ingenua.

—¡Preciosa! —la reprendió Rider con dureza. Esta se giró hacia mí e hizo una mueca.

—Lo siento, Mae. ¡Es que me ha puesto como una fiera! ¡A veces los moteros de este club son unos auténticos gilipollas!

—¡Oye! —se quejó Rider.

Preciosa volvió a poner una mueca.

—¡Mierda! No acierto ni una, ¿eh?

—No pasa nada —susurré con una risita.

Rider volvió a fijar la atención en mí, de mejor humor.

—Es un completo imbécil por elegir a esa zorra en vez de a ti.

Ladeé la cabeza y lo observé. Siempre me sentía confusa cuando intentaba entender a Rider. Esta vez una sensación de paz me invadió poco a poco, como un copo de nieve, al escuchar sus palabras y empaparme de su amabilidad. Sin querer, le dediqué una sonrisa. Separó los labios y dejó escapar un audible jadeo, luego me devolvió la sonrisa.

El corazón me dio un vuelco. Era un gran hombre.

Preciosa tosió, alternaba la mirada entre Rider y yo mientras palidecía a cada segundo. Por suerte, un golpe fuerte en la puerta rompió la tensión que se había instalado en la habitación.

—¿Rider? ¿Están Mae y Preciosa ahí contigo? —bramó Letti desde el otro lado de la puerta.

Rider cambió de postura e hizo un gesto de dolor por el esfuerzo. Se sujetó el hombro con la mano buena mientras se incorporaba en la cama. Me fijé en su torso y no pude evitar admirar lo atractivo que era.

—¡Sí, entra! —Sacudió la cabeza mientras murmuraba por lo bajo—. Cuantos más mejor.

Letti entró, cerró la puerta y me puso una mano en el hombro con amabilidad.

—Esa puta ya se ha largado, Mae. Y si aprecia su vida, no volverá.

—¿Y Styx? —preguntó Preciosa.

—Ni puta idea. Dejé solo a ese gilipollas. —Con cariño, me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Gesticulaba como si estuviera delirando. El muy borracho dijo que no había hecho nada con esa puta, que no pudo. Si sirve de algo, creo que decía la verdad. Styx no suele mentir.

Asentí agradecida por sus palabras y el último resquicio de tensión que seguía teniendo en el estómago se relajó. Todos me observaban para ver mi reacción. Me froté los brazos, de pronto sentía mucho frío en aquella habitación oscura y sin ventanas.

—¿Tienes frío? —me preguntó Rider. Asentí—. Preciosa, ve a mi armario y saca un jersey para Mae.

Preciosa lo miró con el ceño fruncido, pero se giró hacia el armario e hizo lo que le pedía. Sacó una sudadera negra con capucha y una imagen de una moto Chopper en la parte delantera y me la pasó. En cuanto me la puse, Rider comentó:

—Te queda bien.

—Gracias —respondí mientras sentía el rubor en las mejillas.

Vi que Preciosa y Letti intercambiaban una mirada de preocupación, pero decidí ignorarlas. El día ya había sido lo bastante traumático sin necesidad de intentar averiguar lo que las inquietaba.

—¿Necesitas alguna cosa antes de que nos vayamos, Rider? —preguntó Preciosa mientras le apretaba la mano.

—No, estoy bien.

Preciosa se giró hacia mí.

—¿Quieres ir a beber algo al bar? Tengo algunos refrescos guardados.

Negué firmemente con la cabeza. No podía lidiar con todo ahora.

—Bueno, no puedo llevarte a mi casa. Styx se pondría como una fiera si te saco del club, sobre todo con esos tíos controlando el lugar.

Por segunda vez desde que había llegado, me sentí fuera de lugar, una intrusa que no pertenecía a ninguna parte.

—Puedes quedarte aquí. —Letti, Preciosa y yo giramos la cabeza a la vez para mirar a Rider. Con gran esfuerzo, se encogió de hombros—. ¿Qué pasa? Estoy aquí tumbado, muerto de aburrimiento. Quédate.

—Bueno... está bien —tanteó Preciosa, y, luego, me dedicó una ligera

sonrisa—. ¿Alguna vez has visto una película, cielo?

¿Una película? Sin duda, la confusión de mi rostro fue suficiente como respuesta.

—Quédate aquí, voy a buscar una.

—Ni se te ocurra traer esa mierda de *El diario de Noa* —gruñó Letti—. No puedo volver a ver esa gilipollez. ¡Trae algo donde haya sangre!

—¡Apoyo la moción! —gritó Rider cuando Preciosa ya se iba.

Preciosa se colocó una mano en la cadera y sacudió la otra delante de la cara con rechazo.

—Callaos. Quiero enseñarle a Mae cómo debería ser el amor de verdad entre dos personas, ¿queda claro? ¡Joder, vamos a ver! Le hace falta.

—Lo que tú digas, Barbie Malibú. Voy a echarme una siesta. —Letti se acercó al sofá, se sentó y cerró los ojos.

Preciosa, después de enseñarle el dedo corazón a la espalda de su amiga, salió de la habitación para ir a por la película.

—¿Cómo tienes el brazo?

La pregunta de Rider me sobresaltó. Me acerqué más a la cama y pasé un dedo sobre el lino desgastado de las sábanas.

—Está bien, solo es un rasguño. —Bajé la mirada al sonrojarme de nuevo, las emociones me sobrepasaban. Luego, la levanté para mirarle a los ojos—. Gracias por salvarme. No sabes lo que significa para mí.

Sonrió y el marrón claro de los ojos le brilló. Sentí que el corazón me daba un vuelco.

—Cuando quieras. Encontraremos a los que han hecho esto y lo pagaran. Styx no descansará hasta que estén muertos.

No respondí. No quería saber lo que les pasaría a esos hombres cuando los encontrarán. No me interesaba conocer los detalles de su final. Sentí un ligero toque en la mano y miré hacia abajo para encontrarme con los dedos de Rider presionados contra los míos. Volví a mirarlo a la cara y me di cuenta de que no llevaba el pelo atado ni sujeto con la bandana, sino que estaba suelto, libre, y le caía por los hombros. Por primera vez, vi a Rider de una forma completamente diferente.

Era hermoso...

Preciosa entró a toda prisa por la puerta con una caja de plástico en la

mano, lo que hizo que Rider apartase la mano de golpe.

—¡La tengo! Ven aquí, Mae. ¡Tienes que ver esto!

—Diviértete —animó Rider.

Diversión...

Incliné la barbilla en agradecimiento y caminé hasta el sofá. Eché un vistazo por encima del hombro y vi que Rider seguía cada uno de mis movimientos. Los ojos le brillaban. Hundí la nariz en el amplio cuello del jersey e inhalé. Olía a él, a libertad y aire fresco.

—¿Lista? —preguntó Preciosa mientras se dejaba caer en el asiento a mi lado, con la mirada fija en la enorme caja negra.

A regañadientes, dejé de mirar a Rider para concentrarme en la pantalla oscura que estaba frente a mí, una televisión, como me había dicho Preciosa que se llamaba.

Alcanzó un largo aparato negro y apretó un botón. La pantalla se llenó de luces y empezó a emitir sonidos. Me sobresalté. Preciosa y Letti se rieron por mi reacción.

—¿Sigues sin acostumbrarte a la tele, Mae?

Cuando sacudí la cabeza, Letti me dio una palmadita en la espalda.

—Es el puto mejor invento del mundo. ¡Te acabará encantando!

Las imágenes inundaron la pantalla y me recosté más sobre el mullido cojín.

—¿Os importa si me uno a vosotras, señoritas? —preguntó Rider mientras caminaba hacia el sofá al tiempo que se protegía el brazo herido.

Se quedó de pie frente a nosotras, sin camiseta, lo que provocó que me sudasen las manos. Era mucho menos rudo que Styx. No tenía cicatrices y tenía la sonrisa más amable del mundo. Por el contrario, Styx era todo rasgos duros y afilados. Era inquietante, oscuro y descuidado, y tenía los ojos más bonitos que había visto jamás.

Styx representaba el pecado, Rider la paz.

Me recorrió una ola de nerviosismo cuando me encontré comparándolos a los dos. Preciosa me sacó del estado de ensimismamiento al responder a la pregunta de Rider.

—Pues claro que no, cielo. —Me dio un codazo y guiñó un ojo divertida—. No te había tomado por un romántico.

Rider resopló y le hizo un corte de manga.

—No lo soy. Me aburro y si tengo que pasar otra hora tumbado en esa cama voy a acabar matando a alguien.

Rider se sentó en el suelo frente a mí, con el hombro apoyado sobre mi pierna encogida. Me puse rígida y miré a Preciosa, que fulminaba a Rider con la mirada. Observé divertida mientras fruncía las cejas y cruzaba los brazos sobre el pecho.

Fue un acto inocente. Le habían disparado y seguramente buscarse algo de afecto. Que le ordenasen quedarse en el club en lugar de permitirle irse a casa debió de ser duro para él. Si Preciosa, Letti y yo no hubiésemos aparecido, seguiría solo, dolorido y enfermo.

Me sentí menos turbada por la cercanía, me acomodé y me puse a ver la película.

Fue impresionante e increíblemente conmovedora. Agarré el desgastado tejido del sofá entre los puños y se me formó un nudo en la garganta cuando unos pájaros blancos volaron por encima del lago en la escena final.

Preciosa sollozaba a mi lado. Incluso la dura fachada de Letti se había visto algo turbada mientras se removía incómoda en el asiento. En vano, intentaba fingir indiferencia ante la profundamente emotiva historia.

Rider alcanzó el aparato negro con el brazo bueno, me dijeron que se llamaba mando a distancia, y apagó la tele. Los cuatro nos quedamos sentados en completo silencio.

Preciosa se limpió la última lágrima y se le encendieron las mejillas. Se giró hacia mí despacio y me preguntó:

—Bueno ¿qué te ha parecido, cielo?

—No... no sabía que podía ser así entre dos personas. —Tragué saliva y me tapé más el cuerpo con el jersey—. ¿Eso es amor verdadero?

—Es el tipo de amor que todo el mundo quiere, Mae. Por desgracia, solo unos pocos lo consiguen.

—¿Tú lo tienes con Tanque?

Se le iluminó la cara y formó una sonrisa tan amplia que me hizo sentir envidia.

—Sí, cariño, lo tengo. Nos ha costado mucho llegar hasta aquí. Él tiene un pasado. Joder, y yo también, pero encontramos la manera. Hemos pasado

muchas cosas juntos, pero no cambiaría nada. Es todo mi mundo y sé que yo soy el suyo.

Alargué el brazo para cogerle la mano y se la apreté con fuerza.

—Eres muy afortunada, Preciosa. Te envidio.

Ella apretó también mi mano y se inclinó para besarme en la mejilla.

—¿Y tú qué, Rider? —preguntó Letti mientras bajaba la vista hacia él.

Giró la cabeza hacia atrás y le brillaban los ojos.

—¿Yo qué?

—Si has estado enamorado. En todos los años que llevas con los Verdugos, nunca te hemos visto acercarte a ninguna perra. ¿Es que hay por ahí alguna zorra que te haga suspirar?

Rider agachó la cabeza y refunfuñó entre dientes.

—No, no hay ninguna zorra.

—Quieres estar con alguien a quien ames —susurré con seguridad.

Se giró para mirarme, se encogió de hombros y agachó la vista.

—Así es como me crie. No puedo evitarlo. Había algo que mi madre recitaba todo el tiempo: «El amor es comprensivo y servicial...»

—«... el amor nada sabe de envidias, de jactancias, ni de orgullos» —susurré.

Rider levantó la mirada, la suavizó y me observó cada rincón de la cara.

—«No es grosero, no es egoísta, no pierde los estribos, no es rencoroso».

—«Lejos de alegrarse de la injusticia, encuentra su gozo en la verdad.

Disculpa sin límites, confía sin límites, espera sin límites, soporta sin límites».

Recitamos las escrituras hasta la última línea: «Tres cosas hay que ahora permanecen: la fe, la esperanza, el amor. De todas ellas, la más grande es el amor».

Nos seguimos mirando fijamente, inmóviles, mientras las palabras se afianzaban. Era como yo.

Dios, era como yo, no lo sabía...

Letti habló y rompió el momento.

—¿Qué cojones era eso?

Rider tosió y dirigió la mirada hacia ella.

—Es de la Biblia, Letti. Estábamos recitando las escrituras. La Carta a

los Corintios.

—Joder, ya sabíamos que Mae venía de una secta de pirados, ¡pero no que tú también!

Me estremecí al oír sus palabras. ¿Una secta de pirados? ¿Eso es lo que pensaban de mí?

Rider no dijo nada. Nunca hablaba del lugar de donde venía ni de dónde se había criado. Me moría por saberlo. El hecho de que Rider fuese como yo me hizo sentir que tenía un amigo, alguien que me entendía de verdad. Lo que no comprendía es qué hacía aquí, en un lugar como este, por qué formaba parte de los Verdugos. El propio Styx me había contado que los hermanos del club mataban, traficaban con armas y practicaban la violencia a diario. No veía cómo ese tipo de vida podía compaginarse con la fe. Pero, de nuevo, llegué a la conclusión de que era como yo. No quería seguir viviendo bajo los estrictos límites que mi fe me imponía. Quería probar cosas nuevas, escapar de una existencia asfixiante. Una parte de mí ni siquiera estaba segura de seguir creyendo en Dios. Pero escuchar a Rider recitar ese verso conmigo me hizo sentir segura y completa otra vez. ¡Ah! El problema es que no sabía quién era sin la Orden, sin mis deberes de hermana.

Preciosa se puso en pie de pronto, me miró y sonrió, aunque pude notar que era una sonrisa forzada. Tenía los ojos azules tensos y seguía mirando a Rider de reojo.

—Bueno, Mae. Vámonos.

—¿Adónde?

—Deberíamos dejar descansar a Rider. ¡Vámonos ya! —Levantó un poco la voz para enfatizar lo que quería que hiciera.

—Sí, claro. Perdona, Rider. Seguramente hemos abusado de tu hospitalidad. Deberíamos...

—No tenéis por qué iros —interrumpió.

Me detuve, aliviada, y volví a sentarme.

—Gracias.

—Gracias por la oferta, pero tenemos que ir a ver a Styx.

Preciosa me agarró del brazo, pero me resistí a ir con ella.

—No quiero verlo.

—Pero...

—¡No, Preciosa! —contesté con la mano levantada—. Letti y tú podéis ir. Estaré bien. No estoy lista para irme. Prefiero quedarme aquí y mantenerme alejada de Styx. No estoy preparada para enfrentarme a él, todavía no.

Preciosa se quedó con la boca abierta ante la firmeza de mis palabras, luego señaló a Rider.

—Ten cuidado. Cuando se entere de que estáis aquí juntos, se va a volver loco.

Rider echaba humo. En ese momento fui capaz de ver al motero que llevaba dentro, el forajido que luchaba por salir a la superficie.

—No estamos haciendo nada malo. Solo se va a quedar un rato. Joder, pero si ha estado viviendo aquí durante semanas. ¿Y ahora os da por decidir que va a ser un problema?

Preciosa arqueó una ceja y se rio.

—Ya. Sigue diciéndote eso.

Entonces, salió de la habitación. Letti me dio una palmadita afectuosa en el hombro y siguió a Preciosa por el pasillo.

Dejaron la puerta abierta y, una vez abandonaron el pasillo para entrar al bar, Rider se levantó y se sentó junto a mí en el sofá. Olía a jabón y a aire fresco. Me encontré a mí misma acercándome más a él.

—¿Sigues molesta por lo de Styx y Dyson? ¿Por eso no quieres irte?

—Sí, y... —respondí sin ser capaz de mirarlo a los ojos—. Sé que no conozco bien a Styx, pero me ha dolido verlo con ella. Pensé que era mejor que eso. Estamos conectados de algún modo, pero siento que siempre intenta alejarme.

—Es un motero. Hace sus propias reglas y vive como quiere. Igual que yo y que todos los hermanos del club. No es como esos imbéciles que aparecen en las películas ñoñas, Mae. Esta vida no es fácil. Aquí no vas a encontrar un final feliz. Si te quedas es por amor al club. Styx nació para estar al mando, pero no es fácil para él, sobre todo... —Se detuvo. Claramente se refería al trastorno del habla de Styx.

—Lo sé, pero ahora mismo no puedo estar cerca de él. —Suspiré—. Además...

—Además, ¿qué?

—Me gusta estar contigo. —Me encogí de hombros—. Me gusta pasar tiempo contigo.

Rider puso la mano con delicadeza sobre la mía. Levanté el brazo y le pasé los dedos por el pelo. Agarré un mechón que le caía sobre los ojos. Era muy suave. El estómago desnudo de Rider se tensó como respuesta y se le cortó la respiración. Aparté la mano y dije:

—Pareces diferente con el pelo así.

—Ah, ¿sí? —preguntó con una pequeña sonrisa.

—Ajá. Me gusta. Es salvaje. Te pega.

Lo observé fruncir los labios. El pecho se le movía de manera irregular. Me empezaron a temblar las manos al mirarlo y sentía que me temblaba la nariz por los nervios. Rider se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Qué te parece si vemos otra película?

Suspiré, agradecida por la distracción y respondí:

—Me encantaría.

Se levantó y caminó hasta la televisión, lo que me permitió recostarme y relajarme, aunque solo fuera por un segundo.

Capítulo 14

Styx

Abrí la puerta del cobertizo de par en par y entré en el espacio abierto. Un cabeza rapada enorme estaba atado a una silla en el centro. El cabrón levantó la cabeza y vi las siglas «SS», «KKK» y esvásticas que tenía tatuadas por todas partes.

Cabezas rapadas.

¡Putos neonazis!

Ky entró detrás de mí mientras Vikingo, AK y Llama se quedaban en un lateral sin dejar de mirar al hijo de puta. Alternaba la mirada desesperado entre los cinco. Me quité la camiseta mientras me acercaba al armario de los cuchillos. En ese momento, el racista de mierda abrió la boca.

—¡No diré nada! —Siguió mis movimientos y abrió los ojos de golpe al verme coger un cuchillo de arranque—. ¡Eh, tú! No importa lo que me hagas, no diré ni una palabra.

Cogí el suavizador y empecé a afilar el cuchillo de caza Bowie. El duro metal raspaba el grueso cuero.

—¡Tú, el del cuchillo! ¡Te estoy hablando!

Llama perdió la paciencia, le pegó un puñetazo al cabeza rapada de mierda y luego le agarró la cara entre las manos.

—No habla. ¿Es que no has oído los rumores en Hicksville?

Dejé el suavizador en su sitio y caminé hasta quedar delante del hijo de puta dopado que se había cargado a Lois. Tragó saliva y una gota de sudor le

calló por la frente.

—¿El Verdugo mudo? —susurró al reconocirme.

Como respuesta, sonreí. Sí, soy el puto Verdugo mudo.

La silla empezó a tambalearse mientras el nazi luchaba por liberarse. Sacudí la cabeza y chasqueé la lengua. Se quedó petrificado cuando me acerqué y noté el hedor del charco de orina del suelo.

—Joder, presi, ¡tu reputación te precede! —Vikingo aplaudió mientras se reía a carcajadas junto con AK.

Sacudí la barbilla para indicarle a Ky que se uniera a mí.

Hice girar el cuchillo entre las manos y lo agarré por el mango. Para acelerar las cosas, apreté la punta sobre el pecho desnudo del nazi y empecé a gravarle una «V» que le cubriese todo el pecho, la primera parte de mi firma. Rajé lo bastante profundo para causar un dolor intenso, pero no lo suficiente como para pinchar algún órgano principal. Hacía falta habilidad para hacerlo.

Se me puso dura al oír el grito de agonía del cabeza rapada y di un paso atrás para admirar mi estupendo trabajo. AK se colocó a mi lado y silbó.

—Joder, presi, ¡menuda obra de arte!

El nazi se retorció en la silla, delirante por el dolor. Las gruesas y ásperas cuerdas le rozaban las muñecas constantemente y se las dejaban en carne viva.

—No diré nada —escupió con un fuerte acento texano—. Si hablo, estoy muerto, ya sea por vuestra mano o la de mi banda. Tal y como yo lo veo, voy a morir de todas formas.

El calor del verano era insoportable dentro del cobertizo y, tres horas después, la resistencia del cabrón neonazi empezaba a flaquear. Hasta entonces habíamos conseguido averiguar que el individuo que hizo la oferta por atacar a los Verdugos era alguien nuevo. No miembro de ninguna banda, mafia o club de moteros. Un tipo trajeado. Un tipo rico que les prometió sacar a su Gran Mago de la cárcel, el desgraciado cumplía una condena de veinte años por haber matado a un judío que se había negado a hacerle la declaración de la renta.

La pregunta era cómo un trajeado cualquiera había descubierto dónde cojones íbamos a estar ese día. Necesitaba que el nazi me dijera quién estaba filtrando información del club.

Ky me trajo una toalla, me limpié el sudor del pecho con ella y la tiré al suelo. Tenía los vaqueros cubiertos de la sangre del cabeza rapada, ya no tenían arreglo. Me aparté el pelo de la cara, di un paso adelante y sonreí, el cabrón tragó saliva.

Segunda parte de mi firma.

—¿Sabes lo que es una sonrisa de Chelsea? —le preguntó Ky al neonazi.

Este abrió los ojos como platos y asintió despacio mientras nos miraba a Llama y a mí. El psicópata estaba detrás de mí aplaudiéndole y palmeándose la cabeza con entusiasmo.

El nazi hinchó los agujeros de la nariz cuando me aproximé a la silla mientras jugueteaba con el cuchillo. Me agaché frente a él y gesticulé: «Última oportunidad para decirnos el nombre del que te contrató para la emboscada de hoy, o te pasarás el resto de tu vida con una sonrisa en la cara». Acto seguido, Ky tradujo.

—¡Os he dicho que no lo sé! Pero...

—Pero ¿qué? —susurró Ky.

—Nos ordenaron que no parásemos hasta que estuvieras muerto. Y las zorras también. —Me miró a los ojos.

¿Algún gilipollas me quería ver muerto? No era una novedad. Pero habían querido matar a Lois, a las mujeres. Nadie se metía con nuestras zorras y vivía para contarlo.

Llama rugió y se lanzó hacia delante para clavarle las uñas en el cuello.

—¿Dónde cojones está la base de la banda?

El nazi sacudió la cabeza, el sudor le goteaba por la frente.

—Dímelo o te arranco la polla y te la meto por el culo.

—En un... un garaje abandonado cerca del aeropuerto.

Llama se levantó y me dedicó una sonrisa divertida. Me di la vuelta, me masajé el cuello y volví a girarme, tenía el cuchillo en el ángulo perfecto para rebanar a mi objetivo.

El cabeza rapada gritó. Gritó un montón. La silla chirrió sobre el cemento y, al inclinarla, el cabrón se golpeó la cabeza con fuerza contra la pared. Llama empezó a dar puñetazos a la pared mientras se reía como un loco. Estaba como una puta cabra.

Los gritos continuaron, pero Ky dio un paso adelante y vociferó:

—No sirve de nada, nadie puede oírte aquí, ¡racista de mierda!

Palideció. Mientras la cabeza le oscilaba de un lado a otro, susurró algo y me acerqué para escuchar mejor.

«¿Qué?», gesticulé y Ky articuló la pregunta en voz alta.

Levantó la mirada aturdida, se le abrieron las mejillas y con dificultad, dijo:

—El trajeado tenía algo que ver con el senador Collins.

Giré la cabeza para mirar a Ky, que salió de la habitación con el móvil pegado a la oreja. Seguramente, estaría llamando a Tanque para que consiguiera información.

Dejé caer el cuchillo al suelo, le pedí a Llama por señas que se encargase él del resto y me marché para dejarle hacer lo que mejor se le daba. Vikingo y AK se quedaron a ver el retorcido espectáculo. Salí a toda prisa por la puerta, al aire caliente del verano y respiré profundamente, entonces me encontré a Pit junto al cobertizo, con la oreja pegada a la madera. Dio un salto cuando me vio y entrecerré los ojos.

«¿Qué haces aquí?», gesticulé.

Pit tragó saliva, no me miraba a los ojos.

—Eh, estaba sacando la basura.

Lo miré fijamente y salió corriendo a toda pastilla hacia las puertas del bar. ¿Qué cojones acababa de pasar?

Me pasé las manos por la cara y me apoyé contra la pared de madera del cobertizo.

Mierda. Necesito ver a Mae.

La había cagado. A lo grande. Era lo único en lo que pensaba mientras le clavaba el cuchillo a ese nazi, le estaba cortando la piel y no podía concentrarme. Quería de verdad ver muerto al hijo de puta que se había cargado a Lois y que había intentado cargarse a Mae, mandarlos con el barquero y directos a conocer a Hades. Quería venganza por la muerte de Lois. No le había dado mucho cuando estaba viva, la zorra se merecía al menos eso ahora que ya no estaba. Había llegado el momento. Ese hijo de puta no iba a salir vivo del cobertizo. Ahora había que encontrar al resto de la banda.

Con un último suspiro, me dirigí al bar. Cuando entré, la mayoría de los

hombres había vuelto a las habitaciones y Pit estaba detrás de la barra, seguía sin mirarme a los ojos. Rechiné los dientes con sospecha, pero decidí dejarlo pasar por ahora. Demasiadas mierdas habían pasado ya esa noche y los hermanos necesitaban un descanso. Escudriñé a la multitud en busca de Mae, cuando el cabello rubio de Preciosa y la enorme figura de Letti me llamaron la atención.

Mientras caminaba hacia ellas, Ky me cortó el paso.

—Tanque sigue en la carretera. Va a contactar con el tipo que tenemos comprado en la oficina de Collins, a ver si se entera de algo.

Asentí secamente y Ky se dirigió a la barra. Su perra favorita, Tiff, casi se corrió al verlo acercarse. No pude evitar esbozar una sonrisa divertida. Estaba claro que no tenía problemas para echar un polvo.

Letti le dio un codazo a Preciosa cuando me acerqué a la mesa y esta sonrió. Pasaba algo raro.

«¿No estabas enfadada conmigo?», gesticulé.

—Lo estoy. —Se deshizo de la sonrisa falsa.

«¿Sí? ¿Y por qué sonríes?» Despacio, recorrí la habitación con la mirada. «¿Dónde está Mae?»

Otra vez esa extraña sonrisa.

«¿Qué pasa?», le pregunté a Preciosa mediante signos. Me empezaba a temblar la mandíbula.

Ky me pasó el brazo por el cuello desde detrás, estampó una jarra de cerveza contra la mesa y preguntó:

—¿A qué vienen esas caras tan enfadadas?

Agarré a Preciosa por el brazo y volví a gesticular: «¿Por qué actúas de forma extraña? ¿Dónde está Mae?».

—Está con Rider —susurró nerviosa.

Fue como una de esas escenas de las películas en las que se para la música y todo se detiene. ¿Rider? ¡Mierda!

—Fuimos a ver cómo estaba y nos dejó quedarnos un rato. Luego, empezaron a recitar no sé qué mierda cristiana y Mae se negó a marcharse. Se los veía muy cercanos.

Apreté los párpados. ¿Cómo que cercanos?

Abrí los ojos de nuevo y pregunté: «¿Por qué se negó a irse?».

—¡Porque no quería verte!

—Joder, macho, ¡qué bien se te da cagarla! —dijo Ky entre risas.

Aparté a mi amigo y atravesé el bar en dirección a la habitación de Rider. Preciosa intentó detenerme.

—Styx, espera. ¡Solo empeorarás las cosas si irrumpes allí como un loco!

Eché el brazo atrás y entré en la habitación. Estaban sentados en el sofá, uno junto al otro, mientras se reían de alguna estúpida película. Joder, Rider estaba medio desnudo.

Entré a trompicones, y Mae y Rider se incorporaron de golpe y me observaron incrédulos. «¿Qué coño es esto?», gesticulé mientras los señalaba. Rider tradujo para Mae, lo que me sacó de mis casillas.

—No es lo que crees, hermano —contestó Rider rápidamente. Demasiado rápido.

Los ojos azules de Mae ardían. En ese momento, estaba tan guapa que el pecho me dolía. Pero cuando vi que llevaba puesta ropa de él, la furia me poseyó. «¿Y qué cojones hace ella aquí con tu ropa? ¿Solos en tu puta habitación?» Rider volvió a traducir y yo me contuve para no asesinarlo.

Mae se puso en pie de un salto y gritó:

—¡Porque yo no quiero verte!

Sorprendido, me pasé los dedos por el pelo un par de veces. «¿Y qué? ¿Ahora eres la zorra de Rider?» Mae miró a Preciosa y esta, de mala gana, le transmitió lo que había dicho.

—No es eso —dijo con brusquedad—, es que ahora mismo no puedo estar contigo. Me has hecho daño, Styx. Necesito espacio.

«Muy bien. Pero en mi habitación. Si vas a quedarte en el puto club, lo harás en mi habitación. Y punto. ¡Vamos!».

Escuché a Preciosa articular la orden en voz alta y le ofrecí la mano a Mae, pero no la cogió. La observé mirar a Rider con indignación, lo que me cabreó todavía más.

«¡Ahora, Mae!», ordené de nuevo, esta vez no hizo falta traducción. Sabía que me estaba comportando como un capullo posesivo, pero no me gustaba la forma en que Rider y ella se miraban.

«¿Tenemos un problema, hermano?», pregunté a Rider por gestos.

—Ninguno —contestó.

—Quiero quedarme aquí —anunció Mae despacio.

«Y una mierda». Rider volvió a traducir, a cada segundo me entraban más ganas de matarlo.

—¡Entonces me marcharé!

Me paralicé. Desgraciadamente, Rider también. Por primera vez en mucho tiempo, no sabía qué coño hacer. Le veía en los ojos que hablaba en serio. Claramente, no quería que se fuera.

Un puto clásico. ¡Tablas mexicanas!

—Puede quedarse en la cama. Yo dormiré en el sofá hasta que pueda volver a casa —ofreció Rider.

«Ni de coña». Estaba echando humo.

—¿Qué es lo que ha dicho, Rider? —preguntó Mae, con una amenaza velada en la voz. Tenía más agallas de las que había creído.

—No quiere que te quedes conmigo —respondió Rider en un tono neutro.

Mae me miró con los ojos entrecerrados.

—Deja que me quede, o me marcharé. Lo digo en serio, Styx. No puedo quedarme contigo ahora. ¡Tienes que responsabilizarte de tus actos!

Me reí por lo bajo. El karma es un hijo de puta, ¿eh?

«¿Sabes qué, Mae? Haz lo que te dé la gana», gesticulé. Luego señalé a Rider. «Si la tocas, te mato».

Después, me di la vuelta para irme.

—¡Me has hecho daño! —espetó Mae, le temblaba la voz. Me paralicé—. Has hecho que me avergüence de mí misma, por cosas que no puedo controlar.

Me di la vuelta despacio y vi el dolor en su cara, en su postura. Joder. Mae cruzó los brazos sobre el pecho, me apartó la mirada y se sentó junto a Rider en el sofá... justo a su lado.

Apreté la mandíbula cuando la vi apoyarle la cabeza en el hombro. El hermano parecía sorprendido, pero observé cómo la sorpresa se iba convirtiendo en otra cosa. Caminé hacia delante y le puse a Mae la mano en el hombro. Se tensó y me la apartó.

—Vete, Styx... —susurró y se me hundió el corazón.

Era un completo gilipollas.

Después, me marché con la intención de ahogar las penas en mi habitación con mi amigo Jim Beam. Lejos, muy lejos de putas llamadas Dyson que quisieran chuparme la polla.

Capítulo 15

Styx

Enterramos a Lois cinco días después, en un ataúd negro y cromado, con dos centavos sobre los ojos. La pusimos a descansar junto a sus viejos en el cementerio del complejo, últimamente llegaban demasiados cuerpos para llenar el espacio.

Todos los hermanos y sus damas vinieron, y también Mae. Agarraba a Rider por el brazo para servirle de apoyo y se preocupaba por él como si fuera una jodida enfermera. Tuve que hacer un esfuerzo titánico para no saltar por encima de la tumba abierta y vaciar el cargador de una nueve milímetros al hermano en la cabeza. Pero incluso un pecador como yo es capaz de respetar el funeral de una hermana. Mae se mantuvo estoica durante todo el acto. Rider no dejó de mirarla en ningún momento y yo no dejé de mirarlo a él.

Me estaba resultando muy difícil lidiar con verlo prestar tantas atenciones a mi zorra. Exacto, recordé. Mae era mía. Solo necesitaba convencerla de ello, porque si elegía a Rider en vez de a mí, iba a correr la sangre, y no precisamente la mía.

Dos horas después, anocheció. Nos reunimos todos en el patio del complejo para el velatorio, la parrilla encendida, *Heaven and Hell* de Black Sabbath retumbaba en los altavoces y el alcohol corría por todas partes.

Mae se quedó con Preciosa y Letti en el único trozo de hierba que había en el patio. Las tres eran como hermanas. Me alegraba. Necesitaba amigos aparte de Rider, cualquiera que no fuera Rider.

De vez en cuando, Mae me miraba de reojo. Clavaba los ojos en los míos, pero el calor que siempre le aparecía en la mirada al cruzarla con la mía ya no estaba. La lujuria seguía ahí mientras me observaba, pero la felicidad y la dulzura habían desaparecido.

Sin embargo, con Rider era todo sonrisas. El hermano tenía un aspecto diferente ahora que el pelo le caía suelto por la espalda y no lo sujetaba con su bandana característica. A saber qué cojones había inspirado ese cambio de apariencia, pero todos nos dimos cuenta de cómo cambiaba ante nuestros ojos. Hablaba más, se socializaba más, y centraba la atención en mi propiedad.

Cinco días. Cinco putos días de ver a Mae acercarse cada vez más al médico del club mientras se recuperaba de su herida. Cinco días que me había sentado en el pasillo como un acosador de mierda e intentado contener las náuseas cuando la oía reír. Y cinco días con las pelotas azules, muchas resacas y sin follar. Joder, ni siquiera me la había pelado. Pero había bebido muchísimo *bourbon*.

La noche anterior la había observado en la habitación de Rider mientras los dos jugaban a algún estúpido juego de mesa sentados en el suelo el uno junto al otro. Un motero jugando a un juego de mesa. El propio Hades se partiría de risa solo de pensarlo, pero yo no. Rider le enseñaba las reglas y le indicaba cómo jugar, y la expresión de Mae era cada vez más animada cuando consiguió seguir por su cuenta, la victoria se le reflejaba en la cara. Una cosa estaba clara: se la veía feliz.

Por mi parte, a mí me apetecía pegarme un tiro cada vez que la veía sonreír. Antes esa sonrisa me la dedicaba a mí, pero la había ahuyentado por intentar ser noble. La había ahuyentado por emborracharme como un gilipollas y joder las cosas con Dyson, la aspiradora de semen.

Para mejorar las cosas, los nazis habían desaparecido. Sabían que habíamos atrapado a uno de los suyos y que, sin duda, había cantado y nos había dicho dónde se escondían. Los Verdugos habían atacado la nave, armados hasta los dientes, para cargarse a esos hijos de puta, pero era un pueblo fantasma: mesas volcadas, cajones vacíos y marcas de neumáticos en el asfalto. Una cosa era segura, no había ninguna duda: teníamos que encontrar la base de los cabezas rapadas antes de que volvieran a atacar. Estaban pasando demasiadas cosas ahora mismo, todavía no estaba listo para

arder en el infierno.

La cerveza corría.

Hicimos los tributos a Lois.

El velatorio siguió su curso. Los hermanos pasaron de rendir homenaje a una hermana caída a realizar los actos habituales de libertinaje de un proscrito. Ky y el trío psicópata dirigían la fiesta con el alcohol y las zorras.

Agarré una cerveza, caminé hasta el otro lado del patio y me agaché en el suelo, con la espalda apoyada contra un fardo de heno junto al fuego del barril. Me puse la guitarra en el regazo, me encendí un cigarrillo y empecé a pasear los dedos por las cuerdas. *Blue Eyes Cryin' in the Rain* de Willi Nelson empezó a sonar. Perdido en la música, con los ojos vidriosos por el reflejo naranja de las llamas, las palabras empezaron a salir de mi boca.

Someday when we meet up yonder

We'll stroll hand in hand again

In land that knows no parting

Blue eyes cryin' in the rain...

Tras un último rasgueo, la canción se fue apagando. Lancé un vistazo rápido a mi alrededor para comprobar que no tenía público y me relajé. Los hermanos habían formado pequeños grupos por el patio, algunos se habían marchado a casa con sus familias, otros a follar hasta perder el sentido y el trío de psicópatas practicaba tiro disparando a una lata que habían colocado sobre la cabeza de Pit.

El puto caos.

Mientras recorría el patio con la mirada me di cuenta de que Mae no estaba por ninguna parte. Rider estaba con Sonrisas, menuda imagen, todo pelo largo y expresiones hurañas. Pero la atención de Rider estaba centrada en algún punto detrás de mí, con el ceño fruncido mientras se mordía el labio inferior. Solo una cosa podía hacerle actuar así o, más bien, una persona.

Giré la cabeza y me quedé de piedra cuando vi desaparecer una corriente de pelo negro detrás de la pared del garaje. Un segundo después, los ojos de Mae se asomaron por la esquina con esa dulce sonrisa suya en los labios.

Me había escuchado tocar, otra vez.

Pero no quería que supiera que estaba ahí.

Me incliné hacia delante para ver la cara de Mae al completo. Se le congeló la sonrisa cuando se dio cuenta de que la había pillado.

Mientras se preparaba para correr, le hice un gesto con la barbilla para pedirle que se acercase. El pecho se le levantaba en la parte de arriba del vestido negro y de la chaqueta de cuero que se le ajustaba a la perfección. Preciosa la había equipado bien. Con una profunda respiración, Mae, a regañadientes y con cautela, se me acercó.

Se colocó a mi lado con torpeza mientras jugueteaba con las manos y bajaba la mirada nerviosa. Joder, era impresionante, diminuta en altura, figura perfecta, pelo negro largo, esos labios rojos enormes y esos ojos azules cristalinos...

Ni un puto defecto.

Me aseguré de que no había nadie escuchando y palmeé el fardo. Mae lanzó una mirada en dirección a Rider, dejó caer los hombros y se sentó a mi lado, con un suspiro de derrota.

Nos sentamos en silencio durante un rato, Mae miraba hacia los árboles y yo la miraba a ella. Intentaba planear la forma de compensarla por haber sido tan capullo con lo de Dyson. Se me paralizó la mandíbula y se me tensó la garganta. Traté de calmarme, pero, joder, era un manojo de nervios.

Tras un largo suspiro, Mae me miró durante un segundo y después volvió a fijar la vista en el fuego. Entonces, rompió el incómodo silencio.

—Ha sido una ceremonia preciosa, Styx. Nunca había visto un funeral así. Las palabras del pastor han sido muy bonitas. Le informaste bien sobre todas sus cualidades. Creo que me habría gustado conocerla mejor.

No pude más que asentir. Por muy frío que parezca, en ese momento no pensaba en Lois. Solo en Mae, sentada a mi lado, *sexy* a rabiar.

—Cuando alguien moría en la comuna, se le cubría con aceite y se le enterraba, sin ceremonia. Creíamos que estaba con el Señor, así que no había por qué llorarle. Pero estoy segura de que a Lois le habría gustado la ceremonia si la hubiera visto. Se la ha honrado como se merece, como cualquier ser humano merece.

Cerré los ojos un momento y disfruté del hecho de que ya no me hiciera el vacío. Asentí, levanté la mano y le pasé un dedo por el dorso de la suya. Se quedó quieta y me observó, luego levantó los ojos para encontrarse con

los míos.

—La c-cagué, Mae, m-mucho.

Levante la vista al oírla respirar profundamente. Los ojos azules le brillaban, fijos en el fuego, y tenía los labios blancos y apretados.

—Mae, m-mírame.

Se limpió las lágrimas que tenía bajo los ojos con disimulo e hizo lo que le pedía.

—La cagué.

Mae volvió a coger aire con fuerza y presionó los dedos contra mis labios.

—Hablas mejor.

Me incorporé sorprendido y pregunté:

—Ah, ¿sí?

—Sí. Pareces menos tenso. Los ojos te tiemblan menos y las palabras salen más deprisa.

Me recogí el pelo hacia atrás, mientras con la otra mano seguía acariciando la suya y sonreí.

—E-echaba de menos hablar contigo. Echaba de menos q-que me mirases. T-tal vez es por e-eso.

El rubor le cubrió las pálidas mejillas y susurró:

—Yo también te he echado de menos. —Suspiró—. Mucho. Parece que es lo único que hago. Después de nuestro primer encuentro de niños, cuando estuviste fuera todo el mes, cuando elegiste estar con otra mujer en vez de conmigo...

—L-la cagué, Mae. La f-fastidié a l-lo grande —repetí.

Me apretó la mano y susurró:

—Me hiciste daño. Estoy tan cansada de que los hombres me hagan daño...

Me acerqué más a ella, le acaricié el pelo y atraje su mano a mis labios. Le besé el dorso con cuidado.

—¿Me p-perdonas, nena?

Cerró los ojos y me apoyó la cabeza en el hombro. Joder, era una sensación maravillosa.

—Te perdono. Siempre te perdonaré.

—Nena —susurré. El corazón me golpeaba las costillas—. N-nunca t-toqué a Dyson. Hizo su espectáculo, p-pero no pude t-tocarla. Estaba c-como una c-cuba y...

—Lo sé. Letti y Preciosa me lo explicaron —me interrumpió.

—Mae, esa n-noche... —Cerré los ojos y respiré hondo—. Las c-cicatrices... —Tenía los ojos enormes e increíblemente azules. Me ponían nervioso—. N-no supe r-reaccionar. Me sentí c-como un v-violador al a-abalanzarme así s-sobre ti. Lois murió. A ti c-casi te matan. N-no actué c-como debería hacerlo el p-presi de los V-verdugos. —Me froté la garganta con la mano—. E-eres todo lo que t-tengo. He i-intentado mantenerme alejado, hacer lo correcto, p-porque no soy bueno para ti, pero te deseo t-tanto que casi n-no puedo r-respirar. N-no puedo s-seguir alejándote. Te n-necesito.

El silencio fue eterno hasta que Mae habló mientras me apretaba la mano con fuerza.

—Tenía ocho años el día que nos conocimos, ¿sabes?

Me sobresalté sorprendido. No habíamos hablado mucho del pasado. Joder, no habíamos hablado mucho de nada. La culpa era mía por alejarla de mí. Sabía que se había escapado de una secta, que había atravesado aquella verja. No sabía cómo ni por qué, pero me imaginaba que era algo bastante malo por el hecho de que siempre evitara hablar de ello... y por las putas cicatrices.

Mae contemplaba el fuego con la mirada perdida, luego, se fue hundiendo en el suelo junto a mí. Se apoyó contra el fardo. La atraje hacia mí y la coloqué entre mis piernas, con la espalda apoyada contra mi pecho. Tenía la sensación de que iba a necesitar la cercanía.

Respiraba con dificultad, así que le aparté la melena hacia un lado y la besé en el cuello. Temblaba entre mis brazos, luego pareció calmarse tras una larga exhalación.

—S-supuse que t-tendrías esa e-edad. Yo t-tenía once —contesté por fin.

Se recostó contra mi pecho y suspiró.

—Acababa de participar en mi primer intercambio con un hermano. Fue estúpido por mi parte resistirme, pero era muy joven y estaba aterrorizada. Intenté pelear cuando me tiraron sobre el colchón y me arrancaron el vestido. Me pusieron un aparato con cuchillas entre las piernas para... —Levantó la

mirada con timidez y vergüenza para mirarme a los ojos un momento antes de volver a mirar al suelo—... para mantenerlas abiertas para el discípulo elegido. Se llamaba Jacob. Desde ese día, casi siempre era él quien me seleccionaba. Tenía unos treinta años en aquella época. Ese día, el día de mi «despertar», como lo llamaban, me resistí hasta que ya no pude más. Luego, al crecer, simplemente me insensibilicé al dolor.

La rodeé con los brazos y temblé de rabia. Un hombre de treinta años se había follado a una niña de ocho con una especie de trampa para osos para mantenerle el coño abierto. Cabrón enfermo. ¿Qué clase de perverso le hace algo así a una niña? Eran un montón de hijos de putas depravados.

—N-nena, ¿me e-estás diciendo q-que te v-violaron c-cuando tenías o-ocho años?

—Sí —susurró—. Y luego corrí hacia el bosque. Tenía que salir de allí. No entendía lo que había pasado. Hasta ese día nunca había sabido nada del sexo. Nos mantenían separadas de los niños y de los hombres. Vivíamos en un edificio alejado de los demás. Fue toda una forma de conocer la vida con el sexo opuesto. Quería morirme, Styx. Estaba tan dolorida, tan avergonzada.

Se giró de golpe y me pasó una mano temblorosa por la mejilla.

—Entonces te conocí. Hiciste que me olvidase de todo durante un rato. Me fascinaste, me quedé embelesada al ver tu rostro, bueno, al verte a ti, entero, tu ropa y, sobre todo, tus preciosos ojos. Nunca antes había visto a nadie del exterior. Nos habían enseñado a creer que todos eran malvados, pero cuando te vi intentar comunicarte conmigo, intentar ayudarme, parecías más bien mi salvador. Me salvaste aquel día. Nunca se lo conté a nadie, pero pensaba en ti todo el tiempo. A menudo soñaba contigo. Eras mi seguro, mi garantía de que más allá de aquella celda de metal en la que estaba atrapada, había esperanza. Te observé cuando intentaste hablar, lo mucho que te costaba. Me dejaste muy confundida.

Tosí una risa seca.

—M-me lo imagino. Por a-aquel entonces c-casi no hablaba u-una mierda. S-solo había dos p-personas ante las que p-podía soltar a-alguna p-palabra: Ky y mi v-viejo. Pero cuando te vi, encogida c-con aquel v-vestido de p-peregrina y llorando, me o-obligué a hablar. Me c-cautivaste con tus p-preciosos ojos. —Mae formó una tímida sonrisa con los labios—. Aún lo haces. Ha sido una t-tortura que me i-ignorases todos estos d-días.

Tenía que hacerle la pregunta que me taladraba la mente. Necesitaba saberlo.

—¿T-te g-gusta Rider, Mae? ¿L-lo deseas?

Se incorporó, sorprendida y se quedó con la boca abierta.

—¡No es eso! Rider es un buen amigo. Siempre se ha portado bien conmigo. Arriesgó su vida para salvarme en el parque, por el amor de Dios. Me salvó, recibió una bala por mí. Entiende la forma en que me he criado, Styx. Me gusta. Es amable y honesto.

—¿Le has hablado d-de tu p-pasado?

—No, no se lo he contado. Tú sabes más cosas de mí, Styx, pero él entiende las escrituras con las que he... con las que *hemos vivido* toda la vida. Rider también, creo. Me ayuda a entender el mundo exterior, el club, incluso a ti, tu papel como presidente, las cosas que tienes que hacer para proteger a tus hermanos.

Mientras me acariciaba la mandíbula, mi barba la arañaba.

—Tienes que entenderlo, Styx. La vida aquí, fuera de la comuna, me resulta muy confusa. La mitad del tiempo no entiendo las cosas que me dice la gente. Sonrío y asiento esperando que no se den cuenta de lo confusa que estoy. No conozco ninguno de los aparatos modernos que usáis a diario. Y, desde luego, no entiendo las normas y el comportamiento de los hombres del club. La forma en que habláis entre vosotros, con las mujeres, me resulta horrible. A veces me asusta. Rider comprende mi fe, mi antigua fe, más bien. Ya no sé en qué creo ni en qué debo creer. Rider no intenta que sea nada que no soy. Se preocupó de verdad por mí cuando no estabas, cuando me dejaste a su cargo. Admito que me gusta. Es el amigo más cercano que tengo aquí, en vuestro mundo. No lo abandonaré por las buenas, Styx. Lo necesito.

Se me formó un nudo en el estómago. En realidad, no sabía una mierda sobre ella. No estaba seguro de poder soportar que siguiese pasando tiempo con Rider, aunque durmiera en mi cama. Era posesivo y se me daba mal compartir. Pero, joder, era yo quien los había juntado. Me apetecía pegarme un tiro en el culo por imbécil. Pues claro que el hermano se había encaprichado con Mae. Era perfecta. Estaba claro que le había dado fuerte y, joder, era mejor para ella que yo, eso sin duda. Sin embargo, no quería rendirme. Ni de coña.

Mae se aclaró la garganta y levantó los ojos para mirarme.

—Solo me ha gustado un chico en toda mi vida. Solo he deseado a un hombre. Solo he tenido un sueño desde los ocho años. Tú eres ese sueño, Styx. Me robaste el corazón hace quince años y nunca me lo has devuelto.

—N-nena —murmuré, el corazón me iba a mil por hora.

Le coloqué las manos sobre el estómago y le recorrí el torso. Sonreí al sentir que le costaba respirar cuando le pasé la nariz por el cuello y le rocé la piel con los dientes. Coloqué la boca sobre su oído y susurré:

—Yo t-también te deseo. J-joder, quiero t-tenerte en mi c-ama, a mi lado, en m-mi moto. Quiero q-que seas mi d-dama. Q-que me c-cuides, que t-te preocupes por mí, q-que me dejes e-entrar d-dentro de ti.

Dejó de respirar, pero luego soltó un largo suspiro de alivio que era todo lo que necesitaba oír. Ella deseaba lo mismo.

Apoyó la cabeza en el hueco entre mi hombro y mi pelo, me pasó la mano por encima de la cabeza y se puso a jugar con el pelo de mi nuca. Joder. Me sentía feliz de verdad. A pesar de toda la mierda que amenazaba al club, el trato con los rusos, el tiroteo, la muerte de Lois y los nazis que iban tras de mí, estaba feliz. Por primera vez desde que a mi viejo se lo había llevado el barquero el año anterior, me sentía bien.

Mae era mía. Quince años esperando y aquí estaba, sentada entre mis piernas, acurrucada entre mis brazos, un puto ángel en el infierno.

—¿Styx? —preguntó cuando la acerqué más contra mí.

—¿Sí? —murmuré mientras le lamía el lóbulo de la oreja y disfrutaba de cómo se le tensaba el estómago por ello.

—Me ha encantado lo que estabas tocando. Cuando tocas la guitarra y cantas... creo que es lo que más me gusta del mundo. En la comuna teníamos prohibido escuchar música. Cuando era más joven, mis hermanas y yo encontramos una vieja radio en el bosque. Conseguimos escucharla durante media hora antes de que un guardia nos encontrara y se la llevase. Nunca he olvidado aquel momento, escuchar las melodías y adorar la poesía de las letras. Poco después el profeta David prohibió la música.

Soltó una risa de incredulidad.

—Predicó que el diablo nos hablaba a través de las letras. Lo creí con toda el alma. Después de todo, era el mensajero de Dios en la Tierra. Durante años, me preocupó que haber disfrutado con la música me convirtiera en una mala persona y que el diablo intentase hacerme caer. Ahora sé que no eran

más que mentiras. Me pregunto incluso si de verdad existe un Dios, o si la religión no es más que una forma de controlar a la gente, para que un grupo reducido de personas consigan lo que quieren.

Me levantó la mano para observarme los dedos.

—Pero oírte tocar, es algo tan puro, tan sincero... resulta liberador. Es cuando más segura estoy de que la vida es mucho más de lo que he conocido hasta ahora. No me puedo imaginar que algo tan hermoso pueda ser malvado. Me haces recuperar la fe.

—E-es el u-único momento en que n-no t-tartamudeo. Cuando canto, n-no me p-pongo nervioso. Es mi l-lugar feliz. —Ella sonrió y le rocé los labios con los míos—. La m-música y tú. Algo en mi cerebro se p-paraliza c-cuando intento hablar c-con la gente. P-pero contigo, la g-garganta se me r-relaja y las p-apalabras fluyen.

—Tienes una voz preciosa. —Me apretó la mano—. Ojalá pudiese tocar y cantar como tú.

Estiré el brazo hacia la izquierda, agarré mi adorada Fender y la deposité sobre el regazo de Mae.

—Hecho.

Giró la cabeza despacio para mirar y frunció el ceño. —¿Qué?

—Tú. La g-guitarra. T-te voy a e-enseñar.

—¿Lo harás? —preguntó, y toda la puta cara se le iluminó de entusiasmo.

—Ajá.

Coloqué el mástil de la guitarra hacia la izquierda y los dedos de Mae sobre la primera posición en las cuerdas.

—Esto e-es un a-acorde.

Le agarré la mano derecha, la puse bajo la mía y la ayudé a rasguear las cuerdas. Sonó una nota: sol mayor. Me miró a los ojos y sonrió, impaciente.

—Vale, vamos, sigue.

Cambié los dedos a la siguiente posición y volvimos a rasguear las cuerdas.

—Re mayor.

Movía los hombros de emoción y el corazón se me derretía.

—Enséñame una canción.

—¿C-cuál?

—Pues... —Se le desvaneció la sonrisa—. No conozco ninguna que sugerir. —De pronto, elevó los labios con una sonrisilla adictiva—. La que estabas tocando la primera vez que te oí cantar. Quiero aprender esa.

Me esforcé por recordar y, un segundo después, sonreí divertido.

—¿T-te gusta T-tom Waits?

La excitación de su rostro me indicó que sí. Le di un beso en el hombro y le dije:

—E-eres de l-las m-mías.

—Toca tú primero. Enséñame cómo.

Coloqué los dedos sobre los acordes correctos y, cuando estaba a punto de empezar, me interrumpió.

—Y asegúrate de cantar. Quiero oír tu voz.

Asentí con la cabeza, clavé los ojos en los suyos y empecé a tocar el principio mientras le cantaba la primera línea muy cerca del oído.

*And I hope that I don't fall in love with you,
'cause falling in love just makes me blue...*

Cambié sus manos por las mías y la ayudé a hacer bien los acordes. Cuando estaba a punto de empezar a tocar, le dije:

—Asegúrate de c-cantar. Quiero oír t-tu voz.

Levantó las cejas de golpe.

—¡Yo no sé cantar!

No pude evitar reírme.

—Seguro que sí.

—Pero...

Le clave una mirada severa. Sacudió la cabeza y sonrió.

—¡Está bien!

—T-toca.

Dejé las manos sobre las de Mae y empezó a rozar las cuerdas con sus pequeños dedos. La introducción sonó algo forzada e irregular, pero la ayudé a tocar con más fluidez y, cuando llegó a la letra, me miró con nerviosismo.

*Well I hope that I don't fall in love with you,
'cause falling in love just makes me blue...*

Joder. Era preciosa, toda ella, por dentro y por fuera, incluida esa voz dulce y entrecortada. Se me cortó la respiración y dejé caer las manos de las suyas, lo que hizo que Mae se detuviera y esbozara una mueca.

—¿Tan mal he estado? —preguntó.

Tragué saliva con dificultad y negué con la cabeza.

—N-nena, ha s-sido perfecto.

Agarré la guitarra por el mástil y se la quité del regazo. Le sujeté la barbilla entre los dedos y acerqué su cara a la mía.

—¿Styx? —susurró con los ojos brillantes y fijos en mis labios.

Le cogí el pelo entre las manos y la atraje hacia mí. Necesitaba volver a sentir esos labios sobre los míos.

—¿Mae?

Me quedé paralizado al oír que alguien la llamaba junto a mí. Mae abrió los ojos de par en par avergonzada. Se liberó de mí, levantó la vista y vio a Rider a un par de metros de nosotros. Se sujetaba el hombro como si le doliera y nos miraba fijamente. Cuando Mae se separó de mí unos centímetros, me puse de pie y cargué en dirección a Rider.

—¡Styx, no! —gritó Mae desde detrás de mí cuando llegué hasta Rider, frente a frente, con los dientes apretados y a cada segundo más cabreado.

No me miró ni una sola vez, estaba demasiado concentrado en Mae, no parecía temer lo que estaba a punto de pasar.

«¡Mírame!», gesticulé con las manos justo ante su cara.

—¿Nos vamos ya, Mae? Estoy cansado, tengo ganas de marcharme —soltó Rider con convicción, como si yo no existiera.

Antes de que me diera cuenta, le estampé las manos contra el pecho y le hice retroceder varios metros.

—¡Mierda! —susurró cuando tropezó. Se sujetó el brazo herido.

«¡Ahora me ves, gilipollas!», pensé.

—¡He dicho que basta!

Mae apareció delante de mí y me colocó las palmas de las manos sobre el

pecho. Me miró con ojos suplicantes.

—Por favor, está herido. No le hagas daño.

Le aparte las manos de mi pecho y corrió hacia Rider para ayudarlo a incorporarse. Le pasó las manos por todo el cuerpo y le susurró algo. La tensión que tenía en los ojos se relajó y le acarició el brazo con la mano buena.

Caminé hacia ellos mientras consideraba seriamente si arrancarle el brazo. Apenas me di cuenta de que los hermanos habían levantado el culo del suelo y, borrachos como cubas, nos observaban tambaleantes.

—¿Qué pasa, Mae? —le preguntó Rider en voz baja. La observaba como si debiese ser suya, como si debiese tenerla en su cama.

Ya le gustaría.

—Yo... —Me lanzó una mirada de preocupación—. Yo...

«Está conmigo. Me pertenece», gesticulé, esta vez el hermano sí que observó cada palabra.

Algo se le iluminó en el rostro, una emoción tan severa que nunca creí que fuera capaz de sentir.

—¿Es verdad, Mae?

Ella frunció el ceño, ignorante de lo que había dicho. Traté de hablar delante de Rider, pero la garganta se me bloqueó y fui incapaz. En ese momento, odié profundamente mi habla de retrasado. Intenté forzar las palabras a salir, apreté los ojos con fuerza, pero no conseguí emitir más que unos gruñidos silbantes.

—Dice que eres suya. Que eres de su propiedad. ¿Es eso cierto? —explicó Rider, visiblemente tenso.

Mae me miró por encima del hombro y levantó el labio superior para esbozar una sonrisa.

—¿Es verdad? —volvió a preguntar, esta vez en un tono más áspero.

«¿Me estás cuestionando, hermano?», gesticulé a toda velocidad. Como respuesta, Rider tensó los labios.

Mae bajó la mano y agarró la de Rider con la suya, evitándole la mirada.

—Hemos estado hablando, arreglando las cosas.

—Ah, ¿sí? —contraatacó.

—Rider, mírame.

Observé cómo elevaba el pecho y clavaba los ojos en mí. Nunca antes había tenido problemas con Rider, pero, por Mae, adelante. Avancé, haciendo presión contra la espalda de Mae, a solo unos pasos de él, y ella estampó una mano en cada uno de nuestros pechos.

—¡Rider, mírame!

Con un exagerado suspiro, le dedicó toda su atención.

—Eres mi mejor amigo. Por favor, no hagas esto, alégrate por mí.

Volvió a suspirar y bajó la cara.

—¿Es lo que quieres?

—Es lo que siempre he querido. —La mano de Mae aflojó la presión sobre mi pecho—. Siempre ha sido él y solo él, Styx. —Se giró para agarrar a Rider por los brazos—. Pero también te necesito, significas mucho para mí.

Me pareció que la estuvo mirando una eternidad antes de asentir con rigidez y empezar a retroceder. Mae gritó tras de él.

—¡Rider, por favor!

Le dio la espalda del todo a mi mujer, entró con rapidez dentro del club y desapareció de nuestra vista. Dejó a Mae sola allí de pie.

Los hermanos se agruparon a nuestro alrededor. Vikingo señaló con la barbilla a Mae y soltó una carcajada.

—Joder, tía. ¿Te saben los pezones a cerveza o algo? ¿Cómo es que tienes a esos dos peleándose como locos por tu culo blancuzco?

Ky pasó junto a Vikingo, le golpeó en la nuca y ordenó:

—Cállate, idiota.

Desde detrás, le pasé el brazo a Mae alrededor del cuello y susurré.

—V-vamos. E-estás conmigo.

A regañadientes, Mae apartó la mirada de la puerta por donde se había ido Rider. La arropé bajo el brazo y eché a andar entre los hermanos. Cuando pasamos, Ky sacudió la cabeza con una sonrisa burlona en la cara que me era familiar. Supongo que era su forma de decir que lo aprobaba.

—¿Es tuya, Styx? —preguntó Preciosa junto a Tanque, que me guiñó un ojo.

«Mae es mi mujer, mi propiedad. Que corra la voz», gesticulé. Preciosa esbozó una sonrisa radiante y transmitió mis palabras en voz alta.

—Ya era hora, joder —gritó AK a nuestras espaldas mientras nos

íbamos. Los gritos de burla y el ruido de botellas de cerveza estampándose contra el suelo lo siguieron.

Entramos al garaje, subimos las escaleras que llevaban al apartamento y entramos. Una vez dentro, Mae dijo:

—Otra vez aquí.

Le pasé un brazo por el cuello y respondí:

—N-nunca deberías haberte ido, p-para empezar, j-joder.

Se quitó la chaqueta de cuero, la dejó sobre la silla y se sentó sobre el desgastado cojín. Me acerqué para agacharme ante ella y le agarré la cara entre las manos. Las lágrimas le brotaban de los ojos y le rodaban por las mejillas.

—¿E-estás bien? —Intenté no sonar demasiado preocupado.

—Parecía tan dolido. —Sollozó mientras se limpiaba los ojos con las manos.

Apreté la mandíbula. Me cabreaba un poco que estuviese tan disgustada por Rider. Me puse de pie, extendí una mano para que la cogiera y dije:

—P-ponte las pieles.

Necesitaba salir de allí durante un rato. Frunció el ceño confundida.

—¿Por qué?

—V-vienes conmigo.

—¿Adónde vamos? —Se le escapó una risita.

—Afuera.

De pronto, la felicidad abandonó su rostro. Levanté una ceja interrogante.

—Mis pieles, mi ropa... siguen en la habitación de Rider.

Cuando me giré hacia la puerta, Mae me agarró del brazo con cuidado.

—Iré yo.

—¡Y una m-mierda!

—Styx...

—Y-ya voy y-yo. N-no hay m-más que hablar.

Me incliné para darle un beso rápido en los labios. Con un gemido, me enredó las manos en el pelo y presionó el pecho contra el mío, sus tetas respingonas se apretaron contra mí.

Coloqué las manos en su espalda y recorrí la fina tela del vestido hasta llegar a sus redondeadas nalgas. Gruñí contra su boca cuando se me

endureció la polla dentro de los vaqueros y la apreté contra su estómago.

Recuperé la razón justo antes de follármela sobre la cama deshecha, dejé de besarla y apoyé la frente sobre la suya. Sonrojada y agitada, Mae dio un paso atrás y yo me marché a toda prisa escaleras abajo y atravesé el club hasta la habitación de Rider, al tiempo que me tapaba la erección con el pantalón.

Llamé a la puerta y, cuando no hubo respuesta, intenté abrir. No me di cuenta de que estaba sentado en el sofá a oscuras, con una botella de tequila Patrón en la mano.

Me dirigió una mirada asesina cuando me acerqué al armario y empecé a sacar la ropa de Mae de las perchas a tirones y a guardarla en la bolsa que estaba en el suelo. Cerré la bolsa, después de asegurarme de que las prendas más pequeñas estuvieran en la parte superior y me volví. Rider bebía un trago de tequila y me taladraba con los ojos apagados.

Me colgué la bolsa del hombro y me dispuse a salir de la habitación cuando murmuró:

—No eres bueno para ella y lo sabes.

Me hizo pararme de golpe. Retrocedí varios pasos y gesticulé: «¿Y quién lo es? ¿Tú?».

Vislumbré un atisbo de sus dientes blancos bajo la barba oscura cuando hizo una mueca y se encogió de hombros.

—No, joder, claro que no. Ningún gilipollas lo es. Es demasiado buena para cualquiera de este club de mierda. Pero yo la entiendo, presi. La conozco. Y te conozco a ti. Te la tirarás y le romperás el corazón cuando te deshagas de ella. Mira a Lois, una miserable toda su vida y ahora se ha marchado con Hades, todo por tu culpa. Le hiciste creer que un día se convertiría en tu dama. Se quedó y te dedicó todo su tiempo. Luego, Mae apareció y pasaste de ella, y después le hiciste lo mismo a Mae con Dyson, ¡con la puta de Dyson, joder! Se merece a alguien mejor que tú. Mejor que todos nosotros.

Me lancé hacia adelante y le agarré por el cuello del cuero mientras intentaba con todas mis fuerzas no apuñalarle en el pecho y mearle en la herida abierta. Lo estampé otra vez contra el sofá y el imbécil no se molestó ni en protegerse el brazo herido.

«Mae es mía. No tiene nada que ver contigo. Ni cómo la trate ni lo que

hagamos es asunto tuyo. Y en cuanto a Lois, si vuelves a mencionarla te arrancaré la lengua. Si quieres conservar ese parche, más te vale aprender a respetarme», gesticulé y le di un puñetazo suave sobre el parche de capitán de ruta que tenía en el cuero.

En cuanto dejó las botas de motero en el suelo, se levantó de un salto. Lanzó la botella contra la pared, el licor y el cristal saltaron por la habitación. Era la primera vez que lo veía estallar así.

—¡Lo hiciste asunto mío cuando la dejaste a mi cargo! ¡Cuando era una putada para ti! Ahora, después de semanas de tratarla como una mierda, se ha ido directa a tu cama. Menuda broma de mierda. ¡Debería estar conmigo!

«¿Por qué? ¿Por qué a ti también te criaron unos pirados religiosos? No creas que porque puedes recitar esas mierdas que está empezando a odiar, que le jodieron la vida, estás destinado a estar con ella».

Me incliné hacia delante para quedar cara a cara con Rider. El aliento le apestaba a alcohol. «Hermano, no tendremos ningún problema mientras te mantengas alejado de Mae. Te quiere como un amigo, yo no. Cúrate, haz tu trabajo, pero si te interpones entre mi zorra y yo, no me lo pensaré dos veces antes de rajarte la garganta».

Borracho como una cuba, se rio en mi cara y sonrió.

—Vaya, menudo príncipe encantador que se ha llevado contigo. La zorra es despampanante, pero empiezo a creer que está mal de la cabeza.

Me volví loco.

Eché el brazo atrás y le di un puñetazo en la cara que le hizo crujir la mandíbula. Cuando cayó sobre el sofá, cogí la bolsa y me largué de allí. La dejé caer sobre la cama cuando llegué al apartamento. Mae se levantó de la silla sobresaltada.

—E-estaré fuera. V-vuelvo en c-cinco minutos.

Después de verla asentir, salí al patio y me encaramé a la Harley. Necesitaba rodar a toca costa.

Capítulo 16

Styx

Exactamente cuatro minutos después, Mae salió del edificio a la cálida noche, vestida de cuero ceñido de los pies a la cabeza. Las manos se me tensaron sobre el manillar y los guantes de cuero chirriaron por el agarre demasiado apretado. Llevaba el pelo negro recogido en una trenza y unas botas de vaquero negras de punta redonda en los diminutos pies.

Caminó hacia mí y levantó los brazos interrogante.

—¿Qué te parece?

Me mordí el aro del labio, sonreí y le dirigí un asentimiento de admiración. Quité el pie de apoyo de la moto y planté los dos pies en el suelo mientras Mae se sentaba detrás de mí y me rodeaba la cintura con los brazos. Cerré los ojos un momento y exhalé. Sentaba genial. Este era su sitio, mi moto. Me había matado verla ir con Rider.

Nunca más. O conmigo, o con nadie.

Al apretar un botón, el portón de metal se abrió y salimos del complejo. La cálida brisa me golpeó en la cara al instante y Mae enterró la cara en mi cuero. Sabía exactamente dónde llevarla.

Pasamos delante de los dos agentes de la ATF que siempre vigilaban el club y les hice un corte de manga. Mae soltó una risita contra el parche de Hades de mi espalda. Mientras volábamos por la carretera, por fin respiré y me relajé. Siempre me había encantado rodar: sin presiones, sin expectativas y sin que ningún imbécil me pidiera que hablase.

Vislumbré el desvío y giré a la derecha para descender por un estrecho

sendero junto al río Colorado. Al reducir la velocidad, oí a Mae soltar un jadeo. Sabía que le encantaría esta ruta. Estábamos en propiedad privada, claro, pero nadie iba a pararnos. Era el Verdugo mudo, joder. Saldrían corriendo en la otra dirección.

Las manos de Mae se soltaron de mi cintura y levantó los brazos al aire. La observé por el espejo retrovisor y la vi con la cabeza echada hacia atrás, las manos alzadas hacia el cielo, los ojos cerrados mientras la cara se deleitaba con el dulce sabor de la libertad.

Joder, la deseaba. Ya.

Reduje la velocidad hasta detenernos, saqué el pie de apoyo y aparqué la Harley detrás de un enorme roble. Me di la vuelta sin bajarme, agarré a Mae por los muslos y la atraje hacia mí para sentarla en mi regazo, justo encima de mi erección. Abrió los ojos de par en par y la luna se reflejó en el azul de sus pupilas. En un instante, la agarré por la nuca y estampé los labios contra los suyos. Mae estaba entregada y me devolvió el beso con fuerza.

Le coloqué las manos bajo las nalgas y gruñí cuando se restregó contra mi bragueta abultada. Dejé de besarla y eché la cabeza hacia atrás mientras una sonrisa de complicidad se dibujaba en los labios de Mae.

Me enredó las manos en el cuello y se movió hacia delante, deslizando el coño por todo el largo de mi polla.

—Ah.

Mae se agarró a mi cuello para usarlo como apoyo y empezó a frotarse contra mí. Se le dilataron las pupilas cuando se fue dejando llevar poco a poco.

Levanté una mano mientras con la otra aceleraba el ritmo de sus caderas y le bajé la cremallera de la chaqueta para dejar a la vista el fino top de los Verdugos que llevaba debajo. Le coloqué una mano sobre el pecho y empecé a masajear la piel. Puse los ojos en blanco al notar que no llevaba sujetador.

Joder. Esta zorra me iba a matar.

Le bajé el cuello de la camiseta para descubrir su piel suave y lechosa, y un pezón hinchado y oscuro me apuntó como un arma. Agaché la cabeza y me lo metí en la boca, lo que la hizo soltar un gemido y mover las caderas todavía más deprisa.

Dios, era demasiado. Me iba a correr, con solo una zorra restregándose encima de mis vaqueros, sobre la Harley. ¡Joder! La respiración de Mae

aceleró y se volvió áspera y me clavó las uñas en el cuello. Me recosté y apoyé la espalda contra el manillar de la moto. Dejó de sujetarme con tanta fuerza y colocó las palmas de las manos sobre mi pecho.

Me mordí el aro del labio, sacudí las caderas a la vez que ella seguía restregándose contra mí y me clavaba la mirada mientras su respiración se acompasaba. Se le escapó un largo y gutural gemido de entre los labios. Ver cómo echaba la cabeza hacia atrás al correrse, con las tetas firmes y redondas a la vista, hizo que yo también me dejase llevar. Tenía la polla tan dura con su coño caliente encima que creía que iba a atravesar la cremallera.

Cuando ralentizó las caderas con movimientos entrecortados hizo que me temblase la entrepierna. La agarré por la cintura mientras terminaba y, después, cayó sobre mí, apoyando el pecho sobre el mío. Respiraba contra mi cuello y enredó las manos en mi cintura.

Observé el manto de estrellas sobre nosotros y nos quedamos allí en silencio. Enredé su trenza entre mis dedos. Cuando levantó la cabeza, un ligero rubor se le había extendido por las mejillas. Se inclinó hacia mí para juntar los labios con los míos, pero se detuvo un segundo para susurrar:

—Pecar nunca me había sentado tan bien.

—¿Te e-estoy corrompiendo, n-nena? —respondí, sin poder evitar esbozar una sonrisa de complicidad.

Mae me trazaba círculos en el pecho con las yemas de los dedos.

—Eres mi mayor tentación, Styx, mi fruto prohibido. Pero te deseo, a pesar de que sea algo condenable o inmoral. Quiero que... —Alzó las cejas mientras buscaba las palabras—. ¿Qué es lo que dicen las mujeres del club? —Arrugó la nariz al pensar, luego sonrió excitada y me miró con esos maravillosos ojos lobunos—. Quiero que me poseas. —Se apoyó sobre los codos mientras sacudía las caderas con ansia—. Quiero que...

Enrojeció y agachó la cabeza. Con un dedo, le levanté la barbilla y la obligué a mirarme.

—Q-quieres que t-te folle, Mae.

Sacó la lengua y se la pasó por el labio inferior mientras asentía.

—Esta noche, Styx, las cicatrices no importan. Quiero que me enseñes cómo es estar con un hombre de verdad. Quiero entregarme a ti en cuerpo y alma.

A la mierda.

Me incorporé, la besé en el cuello y anuncié:

—N-nos largamos a c-casa ya.

Cuarenta minutos después y tras haber escuchado hasta la saciedad *Closer* de Nine Ich Nails, llegamos al camino de complejo del club. Mae me lamía y mordía el cuello mientras deslizaba la mano una y otra vez sobre mi erección, incapaz de dejar de tocarme.

Fue la peor tortura del mundo y, por primera vez en la vida, casi me estampo con la moto.

Cuando nos acercábamos a la entrada de atrás del club, vi una camioneta con los cristales tintados aparcada a un lado del camino. Apagué las luces para camuflarnos en la oscuridad y le pedí a Mae mediante signos que se quedase en silencio mientras giraba despacio hacia la carretera lateral de gravilla. Sin hacer ruido, conduje hasta una zona más alta para ver quién estaba acechando el complejo.

Cuando llegamos a lo alto de la colina de hierba, vislumbré una camioneta Chevrolet negra aparcada a menos de cincuenta metros de la entrada principal. Había una gran cantidad de munición en la parte trasera, parecían explosivos improvisados y una puta pegatina de una esvástica enorme en la puerta de atrás.

—¡M-mierda! —bufé en voz baja.

—¿Qué pasa? —preguntó Mae con la voz llena de preocupación.

—¡Mierda! —volví a escupir.

Mae se puso rígida.

—¿Qué pasa, Styx? Me estás asustando.

—T-tengo que llevarte de v-vuelta.

—¿Qué? ¡No! ¿Y qué pasa contigo? Quiero quedarme a tu lado...

—¡Mae! T-tienes que volver adentro. T-tienes que estar a salvo.

Bajé por la colina con el motor apagado, intentando hacer el menor ruido posible, luego, apreté el mando del portón. El metal chirrió cuando empezó a abrirse y llamó la atención de esos hijos de puta nazis. Encendieron el motor y salieron volando por la carretera.

Nenazas. No tenían cojones para enfrentarse a los Verdugos en igualdad de condiciones.

El motor de la Harley rugió cuando la arranqué y salí disparado hasta la

entrada. Una vez dentro, derrapé hasta frenar.

—M-Mae, abajo. Dile a Ky que me llame. T-tengo que ir tras ellos.

Teníamos que averiguar dónde se escondían. Era la única oportunidad. Los cabrones se estaban acercando demasiado.

Mae negó con la cabeza mientras los ojos se le llenaban de lágrimas y me agarró con fuerza por la cintura para no dejarme marchar.

Me bajé de la moto, la levanté y la deposité de pie sobre el asfalto mientras le explicaba las palabras exactas que debía decirle a Ky.

—¿Lo t-tienes t-todo? —pregunté cuando terminé.

Asintió y volví a subirme a la moto. Seguía sin moverse.

—¡Mae, v-vete!

—Styx —lloriqueó mientras retrocedía.

—¡N-nena, ahora!

Perdió el equilibrio y me suplicó:

—Por favor, vuelve conmigo.

Luego, salió corriendo hacia el interior del club.

¡Joder!

El motor soltó un rugido cuando me incorporé a la carretera para perseguir la camioneta. Los encontré unos kilómetros más adelante, reduje la velocidad, apagué las luces y esboqué una sonrisa burlona cuando vi que los cabrones aminoraban la marcha, convencidos de que habían escapado sanos y salvos. No tenían ni puta idea de la que se les venía encima.

Cuarenta y cinco minutos después, la camioneta giró por un camino de tierra que llevaba hasta un rancho venido a menos.

Los cabezas rapadas con pasamontañas se bajaron del vehículo y entraron en el viejo granero. Estaban todos juntos, eran un objetivo fácil, pero Ky todavía no me había llamado para darle la ubicación.

Aparqué la Harley en un lateral de la carretera y comprobé el móvil. Se había quedado sin batería.

¡Mierda!

Sabía que debería haber esperado a los hermanos. Por mucho que pudiera arreglármelas solo, no estaba seguro de salir con vida de esta. Pero no tenía otra opción. Esos hijos de puta podían irse en cualquier momento y volveríamos a la casilla de salida.

Tenía que proteger a Mae, no permitiría que ella también se llevara un tiro en la cabeza por mi culpa.

Decidido, saqué la pistola de la cintura de los vaqueros, comprobé que estaba cargada y saqué dos metralletas Uzi del maletero de la Harley. Una vez armado, corrí por el campo hasta un lateral del granero y me agaché junto a un viejo y oxidado Dodge Coronet. Eché un vistazo a través de unos paneles de madera sueltos. Los nazis estaban sentados alrededor de unas mesas, absortos en la conversación, seguramente dando parte de la misión y planeando el próximo paso. No había armas a la vista, pero sin duda los hijos de puta debían de llevar alguna encima. Había nueve nazis en total, más o menos el número normal para un grupo pequeño del KKK aquí en Austin, pero eran ocho más que yo.

Agarré una metralleta en cada mano, respiré hondo y corrí hacia la parte delantera. Abrí la puerta de mierda de una patada y los cabezas rapadas quedaron justo en mi línea de fuego, la sorpresa apareció en sus feas caras.

Cuando empecé a disparar, una lluvia de balas los atravesó como si fueran de mantequilla, trozos de cerebro salieron disparados contra las paredes de madera del granero y la sangre brotaba de las heridas como géiseres. En ese momento, solo tenía un pensamiento en la cabeza...

¡Heil Hitler, hijos de puta!

Capítulo 17

Mae

Los latidos del corazón me retumbaban en los oídos cuando atravesé corriendo la puerta del club. Fui directa hasta el bar donde una música atronadora salía de los enormes altavoces. Abrí la puerta de un empujón y repasé la habitación con la mirada.

Ni rastro de Ky.

Llama estaba en una silla, se hacía cortes en el brazo izquierdo con una navaja afilada y sonreía al ver correr la sangre. Caminé en su dirección y me detuve delante de él, pero estaba demasiado extasiado para darse cuenta de mi presencia. Asqueada por lo que estaba haciendo, aguanté la respiración para intentar ignorar el olor cobrizo de la sangre.

—¡Llama!

Un chorro de sangre le salió disparado de la muñeca y aterrizó en su chaqueta. Echó la cabeza hacia atrás y susurró, eufórico:

—¡Llama!

Abrió los ojos negros como el carbón, me agarró por las muñecas y tiró de mí hacia delante, con los dientes apretados y cubiertos de una capa acuosa de sangre. Me soltó al reconocerme.

—¿Mae? —preguntó dubitativo, y su mirada se suavizó ligeramente.

Me froté las muñecas doloridas y grité:

—¿Dónde está Ky?

Llama se puso en pie, no llevaba camiseta para cubrirse el pecho tatuado.

Al instante, aparté la mirada de su torso desnudo lleno de cicatrices, marcas largas, rojas, inflamadas y quemadas; tenía cientos de ellas sobre más tejido cicatrizado.

Dios santo. ¿Qué le había pasado?

—Su habitación es la tercera a la derecha.

Asentí, mientras seguía evitando mirar cómo se autolesionaba y me marché en dirección a la habitación. Golpeé la puerta desesperadamente, pero la música que salía de dentro de la estancia estaba demasiado alta.

Tenía demasiada prisa como para ser educada y esperar una respuesta, así que empujé la puerta con el hombro y me quedé paralizada cuando entré a trompicones en la habitación. Ky estaba tumbado sobre la espalda, desnudo, y con Tiffany montada sobre su erección. Jules, con todo el cuerpo a la vista, estaba sentada sobre la boca de Ky mientras succionaba los pezones de Tiffany. Era un antro de pecado hedonista y ninguno de ellos pareció darse cuenta de que estaba allí de pie sin dar crédito a lo que veía. La música, los gemidos, el ruido de cuerpos chocando y de bocas succionando habían ahogado el crujido de la puerta.

—¡Ky! —Intenté hacerme oír por encima de la algarabía, pero no se detuvo.

Vi el estereo junto a la cama y corrí hacia él, tropezando con una serie de juguetes de plástico peculiares. Algunos vibraban o giraban mientras se retorcían por el suelo de madera.

Me aseguré de no mirar a la masa de cuerpos enredados sobre la cama y empecé a golpear el aparato hasta que, después de varios intentos, conseguí que dejase de sonar. Aturdida, Tiffany fue la primera en levantar la vista, aunque no cesó el acto de unión.

—¿Mae? —preguntó entre jadeos.

Al escuchar mi nombre, Ky se apartó las piernas abiertas de Jules de la boca y la empujó hacia un lado. Con un grito, la rubia estuvo a punto de caerse de la cama. Ky se apoyó sobre los codos y se limpió los fluidos de los labios con el brazo. Al momento, la preocupación le nubló el rostro y preguntó:

—Mae, ¿qué pasa?

Empujó a Tiffany por los hombros para quitársela de encima. Ella dejó de gemir y se golpeó la espalda contra el pie de metal de la cama. La

virilidad de Ky quedó a la vista en todo su esplendor, así que me di la vuelta y hablé por encima del hombro.

—Es Styx. Ha ido tras ellos él solo. Ky, estoy muerta de miedo. ¡Son demasiados! —escupí a toda velocidad.

La sangre le abandonó la cara. Salió de la cama de un salto y se vistió a toda prisa con unos vaqueros, una camiseta negra y el cuero.

—¿A quién persigue, Mae? ¡Explícate!

Fue dando brincos mientras se ponía las botas. Le seguí al pasillo. Se movía acelerado mientras golpeaba los puños contra las puertas de las habitaciones privadas de los hermanos.

—¡Tenemos trabajo! ¡En marcha! ¡Ahora! —gritó. Luego se giró de nuevo hacia mí—. Mae, ¡habla!

Vikingo, AK y Sonrisas salieron de sus habitaciones mientras se frotaban los ojos inyectados en sangre.

—Styx y yo salimos a rodar un rato. Cuando volvimos al complejo, había una gran camioneta negra aparcada a un lado del portón. Una... —Apreté los ojos y me esforcé por recordar lo que Styx me había dicho. Abrí los párpados y espeté—: Una Chevrolet. Una camioneta Chevrolet negra. Me pidió que te dijera que estaba llena de munición y que eran... ¿los nazis? —Miré a Ky a los ojos. Tenía los labios apretados en una fina línea—. ¿Es así, Ky? ¿Nazis?

Asintió y dio un puñetazo a la pared.

—¡Joder! Ha ido él solo. ¡Cabrón gilipollas!

Todos los hermanos entraron corriendo en el bar como uno solo. Llama seguía sentado en la silla, tenía la punta de la navaja clavada en el muslo y se hacía cortes profundos. Tensó el cuello enrojecido y lleno de tatuajes y una abultada masa le apareció en los pantalones.

«Dios mío», pensé. «Autolesionarse lo excita sexualmente».

Al ver el revuelo, se puso en pie y los ojos le vibraron ante la posibilidad del peligro, de la muerte. Era la única forma de describirlo. La muerte merodeaba bajo la superficie. Los demonios le atormentaban el alma.

—¿Qué pasa? —preguntó en un tono gutural.

—Nazis. Styx. El muy gilipollas ha ido solo a por ellos —explicó Ky con severidad.

Llama apretó los dientes y tensó el cuello, las venas se le marcaban como

gruesas cuerdas. Soltó un rugido y empezó a golpearse el pecho con las palmas, la cuchilla que aún tenía agarrada en la mano le desgarró la ya destrozada piel. Quería acercarme a él para pedirle que se detuviera, que dejase de hacerse daño, pero era como si un aura impenetrable lo rodease y mantuviese a todo el mundo alejado.

—Dijo que lo llamas para que te diera la ubicación —recordé y volví a centrarme en el asunto en cuestión. Ky buscó dentro de su bolsillo mientras Tanque, Preciosa, Letti y Toro aparecieron por la puerta principal. Debían de haber estado en el patio. Tanque y Toro se abrieron paso entre los hermanos y Vikingo los puso al día.

—¡Mierda! —escupió Tanque—. Esa sección del KKK es muy jodida. Están mal de la cabeza de verdad. El gran mago es Johnny Landry, de la peor calaña que he conocido, un cabrón fascista hasta decir basta. Ahora está en la sombra, pero ha entrenado bien a los suyos. No son fieles a nadie que no sea de los suyos. Si tienen a Styx, está muerto. Le arrancarán la piel a tiras solo por diversión. Eso o lo lincharán, es su firma. Son de la vieja escuela. —Se frotó una larga cicatriz prominente que le iba desde la parte posterior del cráneo afeitado hasta el lado izquierdo de la frente—. Que me lo digan a mí. Cuando dejé esa vida, este fue su regalo de despedida.

Abrí la boca de par en par. ¿Tanque antes era un nazi?

Preciosa escuchaba a su hombre con ojos brillantes mientras este informaba a los demás hermanos de las preferencias de los nazis en cuanto a asesinatos. De pronto, se me formó un pequeño nudo en la garganta al intentar contener la ola de náuseas que se me removía en el estómago. Al momento, Preciosa corrió hacia mí y me pasó los brazos por los hombros.

—Tranquila, Mae. Seguro que está bien. Es Styx. Nadie va a mandar a ese cabezota con Hades sin pelear primero. Es el Verdugo mudo. Es invencible.

—¡Mierda! —gritó Ky.

Me quedé paralizada entre los brazos de Preciosa con la atención fija en Ky. Me miró a los ojos, la preocupación le enturbiaba la vista.

—Tiene el móvil apagado. —Caminó directo hacia mí y me puso las manos sobre los hombros con una mirada implorante—. ¿Hacia dónde fue? Piensa Mae, piensa. Cualquier cosa que recuerdes.

Sacudí la cabeza y las lágrimas me corrían por las mejillas.

—Cogió la moto y se fue. Hacia el norte, creo, detrás de la camioneta. Tenía una pegatina en la parte trasera, una es... una esvás... ¡no recuerdo el nombre!

—¿Una esvástica? —completó Ky con una expresión desesperada en la cara.

—Sí, eso es lo que dijo Styx, una esvástica. Dijo que tenía que seguirlos para encontrar su base. Me pidió que lo llamasen inmediatamente para darte la ubicación y que era la única oportunidad para pillarlos.

Ky agachó la cabeza decepcionado y Tanque dio un paso al frente.

—¿Órdenes? ¿Un plan? Ahora estás al mando.

Ky se hundió los dedos en los ojos y soltó un gruñido. Sacudió la cabeza para aclararse y señaló a los hermanos.

—Vikingo, AK, Llama, Sonrisas, a la carretera. Buscad huellas, pistas de Styx, lo que sea. Llamadme si lo encontráis. Si no, volved en dos horas.

Los cuatro hombres asintieron e inmediatamente se dirigieron a la puerta.

—Tanque, Toro, movilizad a los hermanos, los que se han ido a casa. Id a ver a los polis comprados, cara a cara. Que esos cabrones hablen. Descubrid si alguno sabe dónde se esconden los cabezas rapadas. Voy a salir yo también. Nos encontraremos aquí en dos horas. Espero que encontremos a Styx antes que a ellos, luego le voy a partir la cara yo mismo.

Ky miró a Letti y a Preciosa.

—Quedaos con Mae. Styx os lo agradecería. Seguramente os necesite.

Se me hundió el estómago al oír sus palabras, que no auguraban nada bueno. Después, salió corriendo sin mirar atrás.

Ky creía que Styx iba a morir.

Las rodillas me temblaron y estuve a punto de desplomarme sobre el sofá. Me cubrí la boca con la mano.

—Si alguien puede cargarse a esos hijos de puta es Styx —dijo Letti para intentar consolarme. Lo consiguió ligeramente. Siempre decía lo que sentía de verdad.

Preciosa me apartó el pelo de la cara.

—¿Estás bien, cielo?

Un pensamiento inquietante me atravesó de pronto.

—Va a matar a alguien esta noche —afirmé.

Preciosa le dirigió a Letti una mirada preocupada y esta se encogió de hombros. Me cogió la mano.

—Mae, es la vida que llevan. O los mata o le matan.

Me senté y me sentí abatida. La dura realidad de la vida que Styx llevaba me golpeó con fuerza. Mataba. Mataba a menudo y a muchos. Me habían enseñado que matar a otra persona era un pecado mortal, los asesinos iban directos al infierno. Pero conocía a Styx, su lado bueno. Incluso siendo consciente de que quitaba vidas, no era capaz de ver mal en él. Señor, lo deseaba, solo a él.

Un fugaz recuerdo de su hermoso rostro hizo que el cuerpo me ardiera y me esforcé por no retorcerme en el asiento. Era tan fuerte, tan salvaje. Tenía que volver conmigo. Me había hecho suya, de todas las formas posibles. Estábamos destinados a estar juntos.

La puerta que teníamos detrás se abrió de golpe, la madera se estampó contra la pared con un gran estallido. Rider entró sorprendido al salón y verme hizo salir del aturdimiento. Se lo veía claramente desaliñado, con la camisa blanca y los vaqueros arrugados. Se frotó la mandíbula magullada e hinchada. Nunca antes lo había visto así.

Jamás.

Había bebido.

Rider no bebía. Nunca.

Me levanté de un salto, corrí hacia él y le aparté las manos de la cara. Le levanté la barbilla con cuidado y pregunté:

—¿Rider? ¡Dios santo! ¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado?

Rider se me quedó mirando fijamente durante un largo rato, luego me apartó la mano con delicadeza. La sombría mirada de sus cansados ojos marrones me partió en dos.

—Pregúntale a tu hombre.

—¿Qué? —susurré, el estómago se me revolvió—. ¿Styx te ha hecho esto?

—Sí, cariño. Me dejó KO. después de intercambiar unas palabras cuando vino a por tus cosas.

—¿Por qué os peleáis por mí? —pregunté angustiada. Me abracé el pecho, sintiendo frío de repente—. Los dos sois importantes para mí, así que

¿por qué...?

Rider recuperó la compostura, se recogió el pelo con la mano y, con una sonrisa de incredulidad respondió:

—Ya sabes por qué, Mae. No puedes estar tan ciega.

Abrí los ojos como platos al vislumbrar la verdad.

—¡Rider, no! —Le agarré la mano—. Por favor, no digas más. No puedo oírlo. —Contuve las lágrimas—. Rider, estoy con Styx. Tú eres mi amigo más cercano. No... —Me detuve, no quería hacerle daño.

Rider apartó la mano de la mía y no movió ni un músculo.

—¿Sabes qué, Mae? Tal vez Lois tuviera razón. Tal vez hubiera sido mejor que nunca hubieses venido aquí. Ahora mismo, tal y como me siento, desearía no haberte conocido nunca.

Retrocedí horrorizada, incapaz de creer lo que acababa de decirme. No creí que fuese capaz de ser tan cruel ni mezquino, fue como una puñalada en el corazón. Las palabras de Rider me hirieron como un puñal.

—¡Rider! —advirtió Letti—. Presi te va a dejar más que una mandíbula magullada si te oye tratar así a su zorra. De hecho, como sigas molestándola, yo misma se lo diré.

Rider pasó a mi lado, ignoró a Letti y se dirigió al bar. Pit retrocedió, sin intención de interponerse en su camino. Fruncí el ceño. En todo este tiempo no me había fijado en que el aspirante estaba ahí. ¿Por qué no había salido a buscar a Styx?

Rider cogió un trapo, lo llenó de hielo y lo presionó contra la mandíbula. Repasó la sala con la mirada. Frunció el ceño y preguntó, a nadie en particular:

—¿Dónde está todo el mundo?

Letti se acercó al bar y se enfrentó a él.

—Styx se ha ido tras los nazis él solo. Han salido a buscarlo.

La cara de Rider enrojeció de rabia.

—¿Por qué cojones no me han avisado? Deberían haberlo hecho. No puedo creerlo. ¡Soy el puto capitán de ruta, joder!

Letti le estampó el puño en el hombro herido. Rider rechinó los dientes y rugió de dolor.

—¡Tal vez tenga algo que ver con eso! —replicó Letti con tono

sarcástico. Sonrió para sí mientras volvía a sentarse en el sofá.

Rider miró a Letti, luego a Preciosa y, finalmente, a mí. Un destello de culpa seguido de dolor le cruzó los ojos marrones. Se giró hacia las estanterías llenas de licor de la parte trasera de la bien abastecida barra y eligió una botella verde con un alce en la parte delantera. Luego se fue tambaleándose hasta su habitación sin pronunciar otra palabra.

Miré fijamente su espalda abultada y lo observé irse mientras se sujetaba el hombro herido con la mano buena.

Preciosa me agarró del brazo.

—Déjalo estar, Mae. Está sufriendo mucho. Rider normalmente pasa el noventa por ciento del tiempo en la carretera con su Chopper. La herida del hombro lo mantiene aquí encerrado y eso lo está matando. Verte con Styx parece que también le hace daño, pero ahora mismo tienes que centrarte en presi. Ahora eres su dama. Rider se las apañará. Mae, compórtate como una chica mayor y vive la vida que has elegido. Styx es el presidente de la base madre de los Verdugos, tienes que ser la dama perfecta para estar con él.

¿Base madre? Una vez más no tenía ni idea de a qué se refería, pero entendí que pensaba que debía actuar con más fortaleza que hasta ahora.

Podía hacerlo.

Cogí aire despacio y pregunté:

—¿Qué hacemos ahora?

Preciosa me recostó de nuevo en el sofá. Estaba encajada entre Letti y ella.

—Ahora esperamos —respondió—. Nos sentamos a esperar y rezamos para que nuestros hombres vuelvan de una pieza. —Se detuvo un momento y añadió—. Y con el corazón aún latiendo en el pecho.

Pasaron más de dos horas y los hermanos regresaron uno por uno. Ni rastro de Styx. Cada vez que la puerta se abría, el estómago se me tensaba hasta la agonía. Parecía que los pulmones me iban a dejar de funcionar, una decepción tras otra me aplastaba el corazón al ver las caras de todos, menos la de mi hombre.

El único que todavía no había vuelto era Ky. Estaba segura de que si alguien podía encontrar a Styx, era él. Pero diez minutos después, regresó

con las manos vacías.

Ni rastro de Styx.

En ese momento, se me rompió el corazón.

Ky entró por puerta como si lo persiguiera el mismísimo diablo. Al instante, comprobó el bar con la mirada, buscando a Styx desesperado con sus ojos azules. Cuando se dio cuenta de que su mejor amigo no estaba, una expresión de angustia le contrajo el semblante.

Era obvio. Ky creía que Styx, mi River, su mejor amigo, su hermano, estaba muerto.

Nadie habló, nadie se movió. Un manto de silencio se cernió sobre la habitación mientras cada uno de los hermanos consideraba la realidad. Las agujas del enorme reloj con forma de Harley Davidson que había sobre el bar sonaban como estallidos, nos recordaba que el tiempo corría para Styx. Los Verdugos se sentaron en los sofás y las sillas que había en la habitación con la mirada fija en el suelo, a esperar. Era lo único que quedaba por hacer, esperar.

Ky caminó hacia mí y Preciosa le cedió el asiento. Cruzó la estancia, se sentó en el regazo de Tanque y le besó en la mejilla mientras compartían un ligero abrazo. La envidié profundamente en ese momento. La observé acariciar con cariño las mejillas de Tanque y darle un beso en la cabeza mientras él la sujetaba como si fuese la única mujer de la Tierra. Me di cuenta entonces de que así es como una pareja enamorada debería ser. ¿Llegaría a tener algo así con Styx? Tal vez, tal vez no.

El cuero marrón del sofá se hundió cuando Ky se sentó a mi lado. Levanté la mano atenazada por la preocupación y agarré la suya, tan tensa como la mía. Alcé la mirada. Ky me miró directamente a los ojos y espetó:

—Te alejé de él.

Sorprendida por su confesión, no pude más que fruncir levemente el ceño. Ky se revolvió en el sitio, miró a los demás hermanos para comprobar que nadie nos escuchaba y luego volvió a centrarse en mí.

—Cuando llegaste, le dije que no eras buena para él. Que era egoísta por desearte y que no estabas hecha para esta vida. Le dije que debería quedarse con Lois y dejarte ir. —Sacudió la cabeza despacio, como si se arrepintiese—. Me porté como un capullo.

—¿Por qué? —Tragué saliva mientras el dolor de la traición me revolvía

el estómago—. ¿Por qué le dijiste esas cosas?

—Es mi familia, mi hermano y aparté de él su única oportunidad de ser feliz por el bien del club. Joder. Lo manipulé. Bastante mierda tiene que aguantar ya por no hablar. Creía que tener junto a él a una zorra salida de una secta lavacerebros no iba a ayudar a su reputación. Hace falta un tipo de mujer para estar con un motero, no hablemos del presidente. Estaba convencido de que no eras lo que necesitaba. Styx le pidió a Rider que cuidara de ti a regañadientes.

Ky agachó la cabeza, apoyó la barbilla sobre el pecho y miró fijamente el suelo.

—Veía cómo lo destrozaba dejarte marchar. —Ky levantó nuestras manos entrelazadas y las presionó contra la frente—. Te habría reconocido como suya desde el principio si no hubiese sido por mí. Lo único en lo que puedo pensar es en qué pasará si no lo consigue. ¿Qué pasa si no vuelve? Entonces, joder.

Soltó un profundo suspiro y me miró con los ojos llenos de pena.

—Acaba de recuperarte, después de años esperándote. Hablaba de ti todo el tiempo, la zorra de los ojos de lobo. Incluso estuvo buscando la verja de mierda durante años. Me arrastraba con él. Registrábamos todos los bosques de las afueras de Austin durante horas. Solo dejó de buscarte cuando entramos en guerra con los mexicanos. Estaba a punto de perder la esperanza. Su viejo nunca le dio la ubicación del lugar, por mucho que preguntó. En realidad, cambiábamos a menudo el sitio donde librarnos de los fiambres, seguramente el viejo ni siquiera se acordaba. Luego se fue con Hades y eso fue todo. Ya no había forma de encontrarte.

El corazón se me aceleró. ¿Styx me había buscado durante años? Había estado decidido a verme de nuevo, a volver a encontrarse con la niña rota que había conocido durante un instante en una noche de verano. Dios mío, tal vez nunca volviese a verlo ni a sentir su piel. No me veía capaz de lidiar con tanto dolor.

—¿Mae? —me apremió Ky en voz baja.

Respiré hondo antes de responder.

—Tenías tus motivos para mantenernos alejados. Eres un buen amigo. Es obvio que te quiere muchísimo.

Los ojos azules de Ky se abrieron como platos.

—¡Mierda, zorra! Párteme la cara, arráncame las pelotas. No me perdones como si nada. Habríais estado juntos todo este tiempo si no hubiera sido por mí. ¡Joder! Puede que incluso Lois siguiera viva.

No respondí. No podía. Estaba entumecida, aterrada por la posibilidad de la muerte de Styx, de que alguien más que me importaba muriese.

Las largas tablas de madera del suelo crujieron detrás de nosotros. Entonces, miré por encima del hombro y vi que Rider entraba en la habitación. Su rostro cansado se llenó de confusión cuando nos vio a todos sentados inmóviles y en silencio total. Entonces, al darse cuenta del significado de ese silencio, perdió todo el color de la cara. Lo único que fue capaz de hacer fue dejarse caer en un taburete. A pesar de sus diferencias con Styx, Rider parecía muy devastado por la aparente noticia.

Cuando nuestros ojos se encontraron, su expresión pasó despacio del desconcierto a la simpatía y articuló:

—Lo siento.

Esto solo sirvió para que el corazón me doliese todavía más. Los dos eran muy buenos. A ambos los quería mucho.

El tiempo seguía pasando despacio, muy despacio.

De mala gana, Ky me soltó la mano, tenía los dedos entumecidos por la fuerza de su agarre. Se puso en pie y los Verdugos, Preciosa, Letti y yo lo observamos sin atrevernos a respirar. Tiff y Jules rondaban cerca del hueco de la puerta, espionando a su amante.

—Hermanos. —Tenía la voz tensa y tranquila—. Creo...

Dejó de hablar cuando el rugido lejano de un motor sonó afuera. Los ojos de Ky buscaron los míos antes de echar a correr hacia la salida. Una gran cantidad de cuerpos se pusieron en pie de un salto. Los hermanos se dirigieron a la puerta como una manada de búfalos.

Frustrada, no pude mover las piernas por mucho que lo intenté. Preciosa me agarró de la mano y me levantó del asiento. No hizo falta nada más, los músculos se me despertaron y salí corriendo por la puerta y a través del patio hasta el portón metálico del complejo.

Un único faro se acercaba y el corazón me dio un vuelco. Cerré los ojos y recé: «Por favor, Señor, que sea Styx. Por favor que sea Styx».

El ruido del motor era cada vez más fuerte y abrí los ojos de par en par. Una moto apareció dentro de mi campo de visión bajo el resplandor de las

luces del complejo. ¿El motero? Estaba demasiado oscuro para saber...

¡No! No podía creer lo que veía.

¡Styx!

Me agarré al portón y sentí el frío metal bajo las palmas. El corazón me latió todavía más rápido cuando la moto redujo la velocidad. Pasaba algo malo. Los movimientos de Styx no estaban bien. ¡Equilibrio! Poco a poco iba perdiendo el control del vehículo.

—¡Abre la puta puerta! —le gritó Ky a Pit.

El aspirante corrió hasta la palanca y la giró de un golpe. El enorme portón empezó a moverse mientras chirriaba de forma atronadora, luego se detuvo de golpe.

—¡Me cago en la puta! —bramó Ky.

Se escurrió a través de la pequeña abertura entre la verja y el portón. Pit arrancó el panel eléctrico y empezó a toquetear los cables para intentar arreglar el problema. Ky agarró a Styx justo a tiempo cuando este caía de la moto, incapaz de seguir manteniendo el equilibrio sobre el pesado vehículo.

Parecía estar gravemente herido.

Antes de que Styx se desplomase del todo, Ky le rodeó el pecho con los brazos. Styx tenía la mirada perdida y desenfocada. Inclinado sobre su mejor amigo, le susurró algo. No pude oír lo que dijo, pero Ky asintió en mi dirección. Styx levantó la cabeza para mirarme y clavó sus preciosos ojos avellana en mí.

Se liberó de la ayuda de Ky y empezó a cojear hacia mí. Tenía la ropa y el pelo empapados de sangre y la cara llena de cortes. Parecía que lo hubiera atacado una manada de leones. Cada centímetro de su cuerpo estaba cubierto de sangre, sucio o herido.

En silencio, los hermanos observaron a su presidente tambalearse. Llama gruñó literalmente detrás de mí mientras AK y Vikingo lo sujetaban por los brazos para impedir que se moviera. Qué pensaba hacer, lo ignoro.

Corrí por los barrotes del portón en dirección a la pequeña apertura, pero Styx se lanzó hacia donde había estado hace un momento y se dejó caer al suelo. Con gran dificultad, intentó mantenerse erguido. Se agarró a los barrotes para retener la poca fuerza que le quedaba. Arrodillada en el asfalto frente a él, apreté el pecho contra el metal mientras le sujetaba la cara entre las palmas de mis manos. Styx, mi Styx, estaba muy herido, pero aun así

seguía siendo hermoso: los ojos color avellana, la nariz, los rasgos afilados, y las mejillas ásperas y sin afeitar. Era tan perfecto, tan fuerte. Y me necesitaba de forma desesperada.

—Styx —susurré con la frente pegada a la suya.

Un suspiro de alivio se le escapó de entre los labios. Retrocedió un poco para acariciarme la mejilla con los dedos cubiertos de sangre. Me dio igual que la sangre húmeda, que ahora me corría por la mejilla, no fuese suya. En ese preciso momento, me dio igual lo que le hubiera hecho a aquellos hombres, incluso que los hubiera matado. Perdí una parte de mi alma cuando esos pensamientos oscuros me cruzaron la mente. Si Styx estaba condenado al infierno, yo también. Le seguiría entre las llamas.

Abrió los hinchados labios para intentar hablar. De pronto, las pupilas se le dilataron al darse cuenta de que todos los hermanos estaban detrás de mí. Los ojos le temblaron y parpadeó con furia, la nuez se le movía arriba y abajo. Tragó saliva con rapidez, desesperado por relajar la garganta, vi cómo tensaba la mandíbula angustiado.

Estaba perdido, confuso y sufría.

Intentaba hablar con todas sus fuerzas y los ojos le temblaban de forma frenética, pero no lo conseguía y le estaba destrozando.

—Chsss —le susurré al oído—. No intentes hablar. Estoy aquí, te tengo.

Apoyó la mejilla en mi mano en busca de consuelo. Poco a poco, me abría su corazón.

De pronto, el mecanismo del portón empezó a funcionar y Ky, que estaba detrás de nosotros, le hizo un gesto a Tanque para que se acercase. Entre los dos levantaron a Styx y lo metieron en el patio, mientras él levantaba la mano en mi busca. Corrí hacia él y se la estreché. En ese momento, me juré que nunca más lo abandonaría.

—¡Llévadlo al apartamento! —ordenó Ky.

Corrimos a través del club. Entre tanto, los ojos llenos de dolor de Styx no se apartaron de mí ni un segundo.

«Seré fuerte por mi hombre. Seré la dama perfecta».

Mientras atravesábamos el bar a toda velocidad, Rider se levantó del taburete de un salto y se puso firme. Ky lo llamó con un movimiento de cabeza.

—Te toca, doctor.

Me tensé un poco, no estaba segura de cómo reaccionaría Rider, pero asintió y corrió a por su maletín. Iba a ayudar a Styx y no podría estar más agradecida.

Cuando entramos en el apartamento, encendí las luces. Tanque y Ky tumbaron a Styx sobre la cama con cuidado. Corrí al baño, cogí la primera toalla que vi y volví junto a la cama.

—Tanque, fuera —ordenó Ky.

Sin vacilar, Tanque salió de la habitación. Levanté la vista hacia Ky y él me indicó con un gesto que empezase a limpiar a Styx. Sabía que su amigo no quería que Tanque estuviera presente.

Me coloqué de rodillas encima de las sábanas negras y me agaché sobre Styx, que apretaba los ojos con fuerza y combatía el dolor estoicamente.

Le aparté un mechón de pelo de la cara y me incliné.

—Styx, háblame. ¿Estás bien?

—N-nena. M-Mae.

—¿Estás herido?

Le pedí a Ky con la mano que me ayudase a quitarle la chaqueta de cuero a Styx.

—A s-salvo —susurró.

—¿Qué? ¿Qué dices? —pregunté.

Ky tiró de una de las mangas de la chaqueta y yo de la otra.

—A-ahora e-estás a s-salvo —articuló, y las líneas de preocupación de la frente le desaparecieron.

Me quedé paralizada al oírle y el estómago me dio un vuelvo.

Los había matado a todos.

—¡Hijos de puta! —escupió Ky al ver la extensión de las heridas de Styx.

Tenía ambos brazos cubiertos de cortes enormes y sangrantes. La sangre le empapaba la camisa y, cuando se la retiré despacio por encima de la cabeza, apretó los dientes de dolor.

Me paralicé.

—¿Qué es eso? —susurré a Ky y señalé.

Ky no respondió. Cuando le miré, creía que iba a explotar. Enrollé la

toalla y la presioné sobre la herida abierta que le cubría el lado derecho del pecho.

Styx entrecerró los ojos cuando apliqué más presión y entonces me di cuenta de que Ky no se había movido.

—¿Qué es ese símbolo? ¿Qué es lo que le han grabado en el pecho?

Ky inspiró por la nariz, con la mandíbula apretada.

—Una esvástica. ¡Los hijos de puta le han grabado una puta esvástica en el pecho! —gritó.

La incredulidad dio paso a la ira irracional.

Una esvástica. El símbolo tan querido por los nazis.

—Si no están muertos ya, los mataré esta misma noche.

Rider entró en ese momento. Se había quitado el cabestrillo del hombro herido. Apretó la mandíbula cuando me vio sobre la cama cuidando de Styx, pero se recompuso rápidamente y se acercó. Abrió el maletín de cuero negro y preguntó:

—¿Cómo está?

Me incliné hacia atrás y aparté la toalla.

—¡Cabrones chupapollas! —rugió y las mejillas se le encendieron de rabia.

—Por favor, ayúdale —supliqué.

Styx gruñó y estiró la mano para golpear el colchón. Bajé la mirada preocupada de que le doliera demasiado. Ky interpretó el gesto.

—Te está buscando, Mae. Te quiere a su lado. Ve con él.

Se relajó en cuando le cogí la mano. Me incliné para susurrarle que se calmara. Los labios de Styx se contrajeron y dibujó una sonrisa en la cara ensangrentada, un rayo de luz entre tanto dolor.

—Necesita puntos —dijo Rider. Estaba tenso.

Le miré. Tenía la mirada pétrea mientras me veía consolar a Styx.

—¡Pues pónselos, joder! —ordenó Ky, y Rider empezó a trabajar.

Styx tenía quince cortes pequeños, además de la esvástica de casi ocho centímetros de diámetro. Rider también encontró marcas de ligaduras en tobillos y muñecas y supuso que lo habían atado a una silla para torturarlo.

Lo habían torturado, y aun así había salido de allí con vida.

Después de una hora de cuidados, Styx se recuperaba del impacto de las

heridas.

Enfocaba mejor la mirada y Rider le dio calmantes para el dolor. Seguía cubierto de suciedad y algunos de los desechos que Rider le quitó de encima casi me hicieron vomitar.

Carne. Tenía trozos de carne y fragmentos de hueso por toda la ropa. ¿Qué había hecho con los otros hombres? Intenté con todas mis fuerzas no pensar en ello.

—Tenemos que quitarle toda esta porquería de encima —expuso Rider—. No quiero arriesgarme a que se le infecten los puntos. Los he tapado con vendas impermeables. No sabemos las mierdas que esos cabrones podían tener en la sangre.

—Yo lo haré —se ofreció Ky—. No le va a hacer ni puta gracia, pero lo haré. Ese imbécil cabezota odia que lo ayuden.

Ky se acercó a Styx y este se retorció para sentarse como protesta.

—Lo haré yo —susurré, las palabras se me escaparon de entre los labios. Ky me miró sorprendido—. Es mi deber cuidar de él. Es mi responsabilidad —afirmé cada vez más segura de lo que decía.

Styx me apretó la mano, no sé si a modo de agradecimiento o como señal de adoración. No me importaba, pero me di cuenta de que no podía mirarlo directamente. El corazón se me aceleraba ante el mero pensamiento de lo que estaba a punto de hacer. Iba a ver a Styx desnudo, a lavarlo. En la comuna, esto se consideraba un acto sensual entre un hombre y una mujer. El baño era un rito sagrado para los amantes.

Aunque nos habíamos convertido en amantes de algún modo, al menos íbamos a serlo. Pronto. Nuestros cuerpos y nuestros deseos estaban en perfecto equilibrio. Necesitaba a Styx y él me necesitaba a mí. Lo deseaba, y él a mí también.

—¡Y una mierda! Que lo haga Ky —exigió Rider de pronto con la voz fría como el hielo.

El pecho de Styx se tensó y luego arrastró el cuerpo para incorporarse en el colchón. Un gruñido de dolor acompañó al movimiento. Al estudiar su rostro, supe que las cosas iban a acelerarse muy deprisa si no intervenía. Aparté la mano de la suya y me levanté. Los ojos avellana de Styx se estrecharon y supe que era su manera de advertirme de que no me fuera con Rider, pero era mi mejor amigo y, en ese momento, estaba sufriendo.

Caminé hacia él, le agarré por el brazo y lo saqué de la habitación hacia el pasillo. Rápidamente, cerré la puerta del apartamento tras nosotros.

El cálido aliento de Rider todavía tenía un aroma a licor cuando me acerqué a su cara.

—Rider, Styx me necesita...

—¡No puedo soportar verte con él! —me interrumpió.

Sus rasgos reflejaban sufrimiento. Tenía los ojos marrones inyectados en sangre y el pelo negro, desaliñado y salvaje.

Se me partió el corazón. ¿Qué le había hecho?

Cuando levanté la mano para tocarle el brazo, se apartó de mí y sacudió la cabeza.

—Rider, por favor —supliqué.

—¿Te ríes de mí, Mae? ¿Ahora eres su puta? ¿Eso no va en contra de tu religión o alguna mierda de esas?

Di un trapiés de la impresión y choqué contra la pared de granito con un ruido sordo.

—¿Cómo te atreves? —susurré.

Miré al hombre que tenía ante mí, un hombre que se parecía a Rider, pero se había transformado en una versión más cruel de mi mejor amigo.

Rider se inclinó hacia delante y pegó la cara contra la mía. La ira se iba desvaneciendo y un destello de tristeza le cruzó el rostro. Tragué saliva nerviosa y me agarró la cara entre las manos.

—¿Te lo has follado, Mae? ¿Te has entregado a él? Me estoy volviendo loco. No puedo imaginarte con él así. Me está matando, joder, me está matando.

Traté de apartarlo de mí, pero no pude moverlo.

—Rider, lo que hago en la intimidad no es asunto tuyo.

—¿Me tomas el pelo? —susurró—. ¡Claro que es asunto mío! —Eché la cabeza hacia atrás para respirar hondo,. Luego, volvió a mirarme y confesó —: Eres mía, Mae. Te quiero en mi cama, no en la suya. Estaríamos bien juntos, muy bien. Nunca jugaría contigo, nunca me tiraría a nadie a tus espaldas.

—Tampoco Styx —interrumpí.

Rider me miró como si fuera idiota.

—¿Estás segura de eso, cariño? No es quien tú crees. Se folla a perras en el club. Bebe. Mata. No se ha ganado la reputación que tiene siendo un santo.

—Es diferente conmigo. Y, de todas formas, tú también matas. ¡No hay que ver la paja en el ojo ajeno!

—Tal vez eso sea cierto, cariño, pero dejaría toda esta mierda por ti. Dejaría el club por ti. Cambiaría. Seguiría el buen camino si me lo pidieras.

La respiración de Rider se volvió irregular mientras me miraba los labios. Se acercó más y casi presionó la boca contra la mía, pero en el último segundo giré la cabeza. Gruñó exasperado.

—¿Qué es lo que ves en él? —Lo contemplé en silencio. No lo entendería, no podía—. ¡Respóndeme! —exigió saber. Luego, apoyó la frente sobre la mía—. Por favor.

—Todo —respondí en voz baja y Rider dejó de respirar—. Lo es todo para mí, todo lo que quiero. Compartimos algo que nadie más puede entender.

Rider retrocedió dos pasos mientras se reía con incredulidad y se pasó las manos por la cara. Podría jurar haber visto el brillo de lágrimas en sus ojos.

—¿Pues sabes qué, Mae? Ve a por tu «todo» de mierda. Si no puedes ver la verdad con tus propios ojos, sigue estando ciega.

Después, bajó las escaleras a zancadas.

El dolor me sobrepasó, las piernas me fallaron y me deslicé por la pared despacio hasta quedar tirada en el suelo como una muñeca de trapo.

Me abracé las piernas, enterré la cara en las rodillas y dejé que las lágrimas salieran. ¿Cómo habían empeorado tanto las cosas tan rápido entre Rider y yo? ¡Era mi mejor amigo!

Sin embargo, al pensar en las últimas semanas, el pecho se me contrajo. Los signos de que empezaba a gustarle estaban ahí: los roces, las sonrisas secretas, las conversaciones cada vez más íntimas, al menos por su parte. ¿Cómo podía haber estado tan ciega? Había estado demasiado pendiente de Styx como para notarlo. ¿A quién quería engañar? Styx era el único en quien pensaba desde los ocho años.

Desde siempre, solo tenía ojos para él.

Era mi mundo, mi todo. El haber estado a punto de perderle aquella noche no sirvió más que para multiplicar mi deseo por él.

Me necesitaba. Y yo a él.

Quería tener la oportunidad de conocerlo. Quería que nuestro camino juntos empezase de verdad.

—¿Mae?

Parpadeé sorprendida, levanté la cabeza y vi a Ky que me miraba desde el hueco de la puerta del apartamento con el ceño fruncido.

—¿Estás bien?

Me limpié las lágrimas de los ojos y me puse en pie.

—Sí.

—¿Y Rider? —preguntó mientras estiraba el cuello para observar el pasillo.

—Se ha ido.

Me miró fijamente con un destello suspicaz en la mirada. Esperaba que dijera algo, pero simplemente abrió la puerta y me indicó que entrase con la barbilla.

La cama estaba vacía.

—¿Dónde está? —pregunté cuando oí que la puerta se cerraba.

—En el baño. Se ha enjabonado en la ducha él solo, pero el gilipollas cabezota apenas se tiene en pie. No me deja ayudarlo. Ahora se está dando un baño. Supongo que es más seguro que caerse de morros.

Asentí y me dirigí hacia allí, pero Ky me puso la mano sobre el brazo para detenerme.

—¿Te tiene de verdad? ¿Eres suya?

Quería una confirmación de que no iba a hacerle daño a su mejor amigo. Coloqué la mano sobre la suya y le di un pequeño apretón. Asentí.

—Siempre he sido suya. Nunca estaré con nadie más. Soy suya y de nadie más, para siempre.

Suspiró aliviado y se dirigió a la puerta.

—Eres buena para él. Ahora me doy cuenta.

No se giró mientras me dijo aquellas palabras. Entonces, de pronto, Styx y yo estábamos solos en el apartamento. Tan solo se escuchaba el agua de la ducha.

Me apoyé contra la puerta del baño, giré la manilla y entré. Al instante, me

quedé paralizada. Styx estaba en el centro de la habitación, con su musculoso cuerpo de espaldas a mí, desnudo. Tenía la cabeza inclinada, el cuerpo hundido por el agotamiento y la piel repleta de tatuajes llena de largos cortes.

El calor creció entre mis piernas mientras recorría cada centímetro de su cuerpo desnudo y empecé a respirar con dificultad. La visión de su cuerpo al descubierto era algo para lo que no estaba preparada. Todo él estaba formado por músculos duros y prominentes. Desde la parte baja de la espalda hasta las pantorrillas, parecía haber sido esculpido por un artista puro, masculino... perfecto.

Sentí el impulso de extender la mano y acariciarle la espalda, comprobar que era real. Cuando bajé más la mirada, estuve a punto de gemir en voz alta con lujuria. Su trasero era como dos duros globos de piedra bronceados coronando unos gruesos muslos, ambos espolvoreados con una ligera capa de pelo oscuro.

El estómago me daba vueltas sin parar al imaginar que me arrodillaba ante él para besar cada tatuaje, cada cicatriz, para tenerlo en la boca. Nunca antes había llevado a cabo ese acto, el placer oral, pero había visto a las mujeres de club hacérselo a los hermanos. Al principio, reconozco que me horrorizó. Pero ahora, al observar la perfección casi imposible de Styx, lo único que deseaba era probar su sabor con la lengua. Por un segundo, sentí vergüenza de esos pensamientos impuros, pero alejé la sensación de mi mente. No había lugar para la culpa en el amor.

Al avanzar, me estremecí, Me sentía culpable. Estaba húmeda. Húmeda entre los muslos, en mi sexo. Era la misma sensación que había tenido cuando Styx me había tocado. Cuando llegué hasta él, el calor de su piel me hizo poner los ojos en blanco e inhalar el aroma masculino, a cuero, a jabón y a él.

Levanté la mano, le puse un dedo en la nuca y, despacio, lo deslicé por su espalda. Observé cómo se le ponía la piel de gallina y, con un sonoro siseo, levantó la cabeza para mirarme por encima del hombro.

La tensión que sus ojos reflejaban desapareció y algo primario la sustituyó. Me rodeó la muñeca con los dedos de forma suave y, con un seco tirón, me atrajo delante de él. Seguía con la mano sobre su espalda y la deslicé a lo largo de su cintura hasta detenerme para acariciar su duro estómago. Tensó y relajó los brazos como respuesta a mis atenciones.

Styx tragó saliva con dificultad y yo levanté la vista para mirarlo. Me estiré hacia delante y le besé la terrible marca que ahora llevaba grabada en la piel. Echó la cabeza hacia atrás y me agarró la trenza para acercarme contra su piel reluciente.

Con un grave gemido, Styx me apartó de él y levantó las manos con vacilación para quitarme la chaqueta de cuero.

Se mordió el labio inferior y se pasó la lengua por el aro. Ya no tenía sangre en la cara, solo quedaban arañazos y un largo corte en la mejilla.

A continuación, retiró los tirantes de mi camiseta y, sin apartar la vista de mí, la deslizó hacia abajo. Los pezones se me endurecieron cuando el aire frío me rozó la piel desnuda.

Bajó la mirada y ensanchó los agujeros de la nariz mientras me palpaba los senos con las manos ásperas y callosas. Sentí una punzada de placer entre las piernas.

—Styx... —susurré mientras colocaba las manos sobre su pecho.

Con un rápido tirón, me arrancó la camiseta y calló al suelo. Antes de darme cuenta, los *shorts* de cuero se me deslizaban por las rodillas. La diminuta ropa interior negra era la única barrera que quedaba antes de quedarnos totalmente expuestos uno frente al otro.

Con dedos hábiles, deshizo los lazos a ambos lados de mis caderas y, un segundo después, la fina tela se unió al resto de mi ropa ya amontonada sobre las baldosas negras y blancas.

Ya no había nada entre nosotros.

Styx me enredó la mano en la nuca. Sin decir ni una palabra, me atrajo hacia él, me levantó la barbilla y apretó los labios contra los míos. La piel herida era áspera, pero para mí era perfecta.

Cuando nos separamos, le deslicé las manos por el pecho sobre los valles de la firmeza de su torso hasta su rígida erección.

Styx se paralizó cuando agarré su virilidad con la mano y abrí los ojos de par en par al intentar rodear su contorno con los dedos. Bajé la vista con descaro y tragué saliva. Nunca había visto un tamaño así. Los discípulos estaban muy lejos de las medidas de Styx. Mientras le acariciaba lentamente con la mano arriba y abajo, me estremecí al verlo tan salvaje, tan entregado a mí. Quería tenerlo dentro de mí, sentir su movimiento en mi interior, hacer el amor por primera vez en la vida.

Quería sentir placer.

Lo solté y retrocedí para admirar la sensual visión de su cuerpo. La boca se me hizo agua, los pezones me dolían y el corazón me latía con fuerza. Era la perfección masculina en sí misma, peligroso solo con tocarlo.

Para distraerme, me di la vuelta para aclarar las ideas y me agaché para cerrar el grifo. Me sobresalté cuando sentí el cuerpo de Styx detrás de mí y cómo la rigidez de su erección encajaba entre el vértice de mis muslos. Su virilidad se deslizaba a la perfección entre mis piernas, la sensación era abrumadora.

Me enderecé y mi espalda quedó a la altura de su pecho. Levanté los brazos y le rodeé la nuca con ellos. Me pasó la lengua por el cuello mientras con las manos me estiraba y pellizcaba los pezones para después bajarlas hasta mi sexo y deslizarse despacio dentro de mis pliegues.

—Styx —gemí.

Me acarició con los dedos en ese punto que me hacía sentir corrientes eléctricas bajo la piel. Las puntas de los dedos de las manos y de los pies me hormigueaban de éxtasis.

Styx guardó silencio y la ausencia de palabras no hizo más que aumentar la intensidad del momento. Aceleró el movimiento de los dedos hasta que me retorció entre sus brazos y empujó las caderas más cerca de mi espalda. Ese mismo fuego que había sentido solo un par de veces antes empezó a bajarme desde la columna vertebral hasta el centro de mi sexo, donde estalló. Cerré los ojos mientras explotaba contra la mano de Styx, ahora su rigidez se balanceaba entre la abertura de mis muslos.

Un rastro de humedad se deslizó por mi pierna y empecé a respirar con dificultad.

—Mae.

Styx se calló y, despacio, casi regodeándose, retiró la mano de mi interior. Me hizo girar entre sus brazos y estuve a punto de caer al suelo cuando Styx se metió los dedos en la boca. Recorrió cada yema con la lengua, lamiendo y degustando, antes de arrastrarlos por el labio inferior. Los sacó y, suavemente, los llevó hacia mi boca.

—Chupa —ordenó.

Temblé, en parte de miedo y en parte excitada, bajé la cabeza y le envolví los dedos extendidos con los labios. Le brillaron los ojos y su

erección chocó contra mi estómago. Cuando me retiró los dedos de la boca, di un paso atrás y lo atraje hasta la gran bañera blanca, ahora llena de agua caliente.

—Déjame lavarte.

La mirada de Styx se suavizó ligeramente y le ayudé a entrar en la bañera. Cuando se sumergió, se recostó sin dejar de mirarme ni un segundo, como siempre.

Vi jabón y una esponja en el otro lado de la bañera y los sumergí en el agua caliente y jabonosa mientras me arrodillaba junto a la cabeza de Styx. Al pasarle la esponja por el pelo, gruñó, luego extendió el brazo y me agarró por la muñeca.

—M-métete —pidió, expectante.

Los nervios me atravesaron y Styx volvió a gruñir. Antes de darme cuenta, estaba a centímetros de mi cara y me dio un beso en la nariz mientras me rodeaba la nuca con la mano. Confusa, me retiré un poco y fruncí el ceño.

Le temblaron los labios.

—E-esa p-puta nariz me va a m-matar —confesó con voz ronca—. Ahora, métete.

El dolor parecía haberse evaporado.

Styx me empujó hacia delante, mientras, con pies temblorosos, me encaramé por el borde de la bañera y me hundí en el agua caliente.

Estábamos frente a frente. Desnudos. En la bañera. Me costaba creer que fuera verdad, era un sueño.

Se me quedó mirando, nada más, hasta que volví a coger la esponja y seguí enjabonándolo. Relajó la tensión de los músculos y cerró los ojos. Me acarició las pantorrillas y, de pronto, tensó los dedos y tiró de mí para tumbarme sobre él. Su cuerpo era increíblemente grande y duro comparado con mi diminuta figura, y su piel morena contrastaba con mi palidez.

Sin dudarle, presioné la boca contra la suya y, al instante, nuestras lenguas se enredaron. Styx presionó las manos contra mi espalda desnuda y me masajé la piel con sus ásperos dedos. Me apretó contra su cuerpo y guio mi sexo hacia su erección.

Lo deseaba. Quería unirme a él de forma desesperada.

El temor se apoderó de mí cuando la dura carne de Styx me hizo

retorcerme de placer y, agobiada, le agarré el pelo hasta que se separó.

—F-fóllame —suplicó con impaciencia en la mirada—. Fóllame, n-nena. Despacio, d-duro, como q-quieras, p-pero hazlo.

Me invadió el miedo. Intenté escapar lejos de su alcance, me sentí sobrepasada, pero Styx me tenía sujeta con fuerza.

—¿Q-qué pasa? —preguntó preocupado.

El estómago me dio un vuelco y agaché la cabeza.

—No sé... No sé cómo complacerte. —Evité mirarlo a los ojos—. Tengo miedo de hacerlo mal.

—¿Nena?

Con los dedos, me hizo un gesto para que me acercara. Las heridas le palpitaban y, aun así, era tan dulce conmigo.

No tenía nada que temer, no de Styx.

Cambié de postura con cuidado y me senté a horcajadas sobre sus muslos. Luego, confesé:

—No sé cómo unirme a ti. No sé cómo hacerlo si no es en la postura del intercambio divino.

Styx se quedó extrañamente quieto antes de incorporarse y acariciarme la cara.

—Déjame e-enseñarte.

Hundió las manos en el agua, me agarró los muslos y los abrió hasta que mi sexo quedó frente a su erección.

—D-déjame entrar e-en ti, nena. D-déjame llenarte.

—Pero estás herido, estás sufriendo —protesté.

—P-por eso t-tendrás que m-montarme tú. Tú me f-follarás, nena. No estoy t-tan herido como para no q-querer q-que ese c-coñito se corra sobre mi p-polla. Tú m-mandas.

«Yo mando».

—Styx —gemí cuando, de pronto, dos de sus dedos entraron dentro de mí.

—Estás empapada, húmeda... lista —susurró antes de retirarse y tumbarse contra la bañera, pero sin apartar las manos de mí—. F-fóllame, Mae.

Me arrodillé sobre los muslos, bajé la mano y coloqué su erección frente

a mi entrada sin dejar de temblar inquieta. Me preocupaba hacerlo mal, hacerle más daño, pero cuando le miré a los ojos, aquellos ojos que me habían consolado durante toda la vida, todas mis preocupaciones desaparecieron. Con un rápido movimiento, empujé el cuerpo hacia abajo y Styx me llenó por dentro.

Apretó los dientes y se le aceleró el pulso. El placer me recorrió el cuerpo y le apoyé las manos en el pecho, con cuidado de no tocar ninguna cicatriz abierta.

—Styx, Dios, Styx —murmuré una y otra vez mientras se clavaba cada vez más en mí.

A cada centímetro el placer se incrementaba, hasta que incorporé la espalda y saboreé la sensación.

—¡Nena! ¡Fóllame, nena! —susurró Styx.

Me agarró de las muñecas, me inclinó hacia él y presionó la frente contra la mía.

—¿Qué hago ahora? —pregunté, un poco avergonzada por mi inexperiencia, pero Styx me hacía sentir segura.

—M-mueve las c-caderas. M-muévelas arriba y a-abajo.

Hice lo que me pidió y empecé a elevar las caderas mientras el agua formaba pequeñas olas y amenazaba con desbordarse.

—¡J-joder, Mae!

Instintivamente, el placer tomó el control y, con cada embestida, provocaba chispas de gozo tras mis párpados cerrados.

Le acaricié los músculos con las manos, que se tensaban y temblaban con cada acometida. Las caderas de Styx se elevaron en busca de las mías, haciéndome gritar de placer. La sensación de plenitud era más de lo que podía soportar. Los minutos pasaron y nuestros movimientos se volvieron más frenéticos. El agua rebosaba por el borde de la bañera y chocaba ruidosamente contra el suelo.

—¡Styx, Styx, Styx! —gemí.

Abrí los ojos para clavarlos en los suyos, que me observaban, como siempre. Sin esfuerzo, deslizó la mano entre mis piernas y con el pulgar empezó a acariciarme en ese punto que me hacía perder el control de los sentidos.

El placer fue casi insoportable cuando oleadas de deseo me atravesaron por todo el cuerpo, como si tuviera fuego en las venas. Aceleré el choque de nuestras caderas, alentada por sus movimientos receptivos y sus gruñidos llenos de erotismo. Movié el pulgar más deprisa y su erección pareció crecer hasta límites insospechados dentro de mí.

El pecho me palpitó cuando se mordió el labio sin dejar de mirarme. Entonces, como un relámpago, un sentimiento indescriptible me recorrió todo el cuerpo y grité extasiada. Styx separó los labios sin dejar de empujar las caderas con fuerza, una, dos veces, y luego se detuvo. Las pupilas se le dilataron y contrajo la cara un momento como con dolor. Entonces, un torrente de semen se derramó dentro de mí, llenando mi interior. Cuando el calor del agua nos envolvió, fue como flotar en el aire en una cálida tarde de verano. Me dejé caer sobre su pecho, agotada pero increíblemente feliz.

Al escuchar los furiosos latidos de su corazón, sonreí. Me acarició el pelo mojado que me caía por la espalda con las manos, mientras recuperábamos el aliento después del éxtasis.

Así que eso era hacer el amor.

Acababa de hacer el amor con Styx.

Todo este tiempo había estado en lo cierto.

Estábamos destinados a estar juntos. Lo era todo para mí, era todo mi mundo.

Era mi salvación.

Capítulo 18

Styx

Joder.

Mae.

Toda ella.

Toda mía.

Estar dentro de ella, llenarla con mi semen.

La puta perfección.

La sentía respirar con regularidad sobre mi pecho húmedo, se había dormido.

—Mae —la llamé en voz baja para despertarla.

Deslicé dos dedos por la estrecha raja de su culo hasta introducirlos en su coño recién follado. Mae movió las caderas de forma instintiva y soltó un gemido. De pronto, abrió los ojos azules y se reincorporó ligeramente mientras se retorció sobre mi mano.

—Styx —gimió, con la voz agarrotada por el sueño.

Extendió las manos y se agarró a los bordes de la bañera para sujetarse. Tuve que morderme el aro del labio para mantener la calma, estaba preciosa montada en mi mano.

Tenía los pezones cubiertos de gotas de agua y las enormes tetas se movían arriba y abajo. Abrió levemente los labios y, con cada acometida, dejaba escapar un siseo. Incapaz de seguir soportando la rigidez de mi erección, retiré los dedos y me sumergí dentro de ella.

¡Joder!

Los ojos sorprendidos de Mae se clavaron en los míos y sonreí. Esta vez tomé el control, a la mierda los puntos. La sujeté por las caderas y nos hice girar dentro de la bañera hasta que quedó tumbada bocarriba. Aulló cuando estuve sobre ella, con los brazos entrelazados en su espalda, y me rodeó con las piernas. Me dedicó una tímida sonrisa y la penetré sin descanso. Le arranqué un gemido tras otro y me clavó las uñas en la piel mientras nuestros pechos se movían acompasados.

Apenas tardó unos minutos en correrse y, al instante, la seguí.

Jadeamos mientras Mae me apartaba el pelo de la cara.

—Menuda forma de despertar —comentó con voz áspera.

—Así s-será cada d-día a p-partir de ahora. —Sonreí.

—¿Lo prometes?

Asentí despacio de manera significativa. Me acarició el pecho con sus pequeñas manos, recorriendo los puntos con cuidado.

—¿Cómo estás?

Dolorido, cabreado con los hijos de puta de los nazis, pero genial. Me incliné para besarla en los labios.

—B-bien.

Saqué la polla todavía dura del interior de Mae, me arrodillé y enderecé la espalda. Hice una mueca de dolor al sentir el escozor de los puntos que me dejarían aún más cicatrices en el cuerpo, incluida la puta esvástica que tendría para siempre en el pecho.

—Fuera. El agua e-está fría.

Bajé la mirada hacia Mae y, literalmente, dejé de respirar. Era mía. Nadie se la llevaría de mi lado.

Al tenderle la mano, frunció el ceño con dureza en su rostro normalmente suave. Levanté una ceja interrogante.

Mae me ignoró, se puso en pie y salió de la bañera sin mi ayuda. Tensé la mandíbula. No era un inútil necesitado, pero cuando se acercó y me agarró la mano, insistió:

—Deja que yo cuide de ti. Es mi trabajo, mi deber como dama.

Cerré los ojos y saboreé lo que acababa de decir. Mi «dama». El viejo cabrón tenía razón, solo necesitaba tres cosas en la vida: la Harley, la

guitarra y el amor de una dama, de Mae, solo de ella.

Mae sonrió y me envolvió con una toalla, luego caminamos hacia la cama a paso de tortuga.

Nos detuvimos junto a la silla e hizo que me sentara.

—Tengo que cambiar las sábanas. Están empapadas de sangre. —Me posó las manos sobre las mejillas, con cuidado de no tocar las heridas recientes—. Luego, a dormir. Necesitas descansar.

—C-contigo a mi l-lado, ¿v-verdad?

—Sí, conmigo a tu lado —respondió con una radiante sonrisa.

Mae me dio un beso en la frente con suavidad y me recliné en la silla para observarla mientras sacaba un juego de sábanas negras limpio.

Levanté la guitarra, me la puse sobre el regazo y empecé a rasguear las cuerdas. Mae dibujó una sonrisa de felicidad en los labios cuando escuchó la vibración de la primera nota. Mientras cantaba *Gospel* de The National, agradecí a Hades haber vuelto con vida aquella noche al club, junto a mis hermanos y junto a mi dama.

Hubo un momento en que no estuve seguro de sobrevivir. Me cargué a siete nazis con las metralletas antes de que los otros dos me derribasen. Me ataron a una silla, me cortaron, me golpearon y me hicieron sangrar, pero los cabrones se olvidaron de quitarme el cuchillo. Irónicamente, era un cuchillo alemán, mi favorito y siempre lo llevaba en el cuero. Le rajé el cuello a uno y le hundí la hoja en el cráneo al otro, no sin haberme divertido un poco antes. Volví a la realidad y me encontré con dos lobunos ojos azules que me miraban.

Darlin', can you tie my string? Killers are callin' on me.

Cuando terminé la última estrofa, levanté la cabeza para mirar a Mae, que se había arrodillado ante mí y me escuchaba tocar.

—¿A la cama? —me preguntó con ojos brillantes.

Volví a dejar la guitarra en su sitio. Mae me dio la mano y me ayudó a tumbarme sobre el colchón. Nerviosa, se tumbó a mi lado y dejé caer la toalla mientras le indicaba con un gesto de barbilla que hiciera lo mismo. Estábamos tumbados cara a cara cada uno sobre una almohada. Extendí la

mano para coger la suya.

—¿P-por qué huiste de l-la s-secta?

Tensó cada músculo del cuerpo y enseguida se le llenaron los ojos de lágrimas.

No dije nada, me limité a esperar a que se abriera. Varios minutos después, susurró:

—Mataron a mi hermana. No podía quedarme. Me pidió que huyera y lo hice.

Curvé los labios con rabia y el estómago se me tensó de asco. Mae intentaba cubrirse el cuerpo desnudo con el brazo libre, como si tuviera frío. Alcancé el edredón y nos tapé a los dos con él. Sonrió agradecida y se acercó más a mí.

Apoyó la cabeza junto a la mía en la almohada y movió la dichosa nariz. Los nervios empezaban a dominarla, pero necesitaba empezar a hablar de una puñetera vez.

—Somos... —Respiró hondo y cerró los ojos. La abracé con fuerza—. Éramos hermanas de sangre. No es algo común entre los míos. Los padres tienen a los hijos y luego a estos los crían entre todos. Nunca conocí a mis padres. Mi madre murió por una enfermedad y mi padre nos dejó, el profeta David lo mandó a una misión y nunca volvió.

»Tengo otra hermana, Magdalene, pero no tenemos la misma madre. Es muy callada. No se parece en nada a Bella y a mí. A Maddie la aterrorizan los hombres, todo le da miedo en realidad. Pero Bella era mi mejor amiga, siempre estuvimos muy unidas.

Cuando levantó la vista, sonrió.

—Era preciosa, Styx. Tendrías que haberla visto. Dejaba sin respiración, era perfecta. E increíblemente buena. Pero esa fue su perdición, el atractivo y la belleza fue lo que arruinó su vida.

Le sostuve la mirada mientras intentaba imaginar a alguien más despampanante que Mae. No podía, pero seguro que ella creía que era así.

—Los hermanos trataban a las mujeres hermosas peor que a las demás. El profeta David y el líder de los ancianos, Gabriel, solían decir que el diablo había participado en su creación, que estaban diseñadas, que habían sido creadas para tentar a los hombres. No podían ser tratadas de igual manera que las mujeres normales, había que domarlas como a una yegua. Las veían

como malditas.

Mae se removió incómoda y una lágrima se le deslizó por la mejilla, así que me acerqué y se la besé. Se le cortó el aliento antes de respirar hondo entre los labios.

—A Bella y a mí nos consideraban «malditas». Por el amor de Dios... si incluso nos llamaban así. Mi amiga Lilah y mi hermana Maddie también lo eran. Las cuatro vivíamos en una zona privada de la comuna. Nos mantenían separadas para satisfacer las necesidades personales de los ancianos. El hermano Gabriel usaba a Bella. El hermano Jacob a mí. Noah a Lilah, y el más depravado de todos los hermanos, Moses, a Maddie, Magdalene. Decía de ella que estaba invadida por demonios porque no hablaba a menudo y casi nunca salía de su cuarto. Pero Maddie solo era tímida, reservada, apenas hablaba ni revelaba sus sentimientos. —Apretó los párpados con dolor—. Las cosas que le hacía...

Dejó de hablar y un grito le subió por la garganta.

—T-tranquila, nena.

Intenté consolarla, pero, joder, ¿qué podía decir de una historia tan retorcida?

—Gabriel se obsesionó con Bella cada vez más cuando se hizo mayor, incluso después de casarse con otra hermana, y luego con otra más. Se unía a Bella cada noche, dormía junto a ella cada noche. Comía con él y la obligaba a lavarlo. Se volvió loco y posesivo con ella, pero Bella lo odiaba, Styx. Lo odiaba con cada fibra de su ser.

Mae cogió una bocanada de aire y continuó.

—Cuando tenía trece años, el profeta David declaró que me convertiría en su séptima esposa. La esposa que marcaría el regreso de Cristo, el fin del mundo. Cuando cumpliera los veintitrés, me casaría con el profeta. No sabía por qué había sido elegida. Nunca jamás había hablado con él. Siempre se mantenía alejado de su gente. Solo lo veíamos durante las ceremonias, los intercambios y las oraciones. Pero hacía que los ancianos grabasen en vídeo a las hermanas jóvenes de la comuna, para elegir con quien quería vincularse. Tal vez me vio en uno de esos vídeos.

Me dio un beso en el pecho como si ese acto le diera fuerzas para seguir. Le enredé la mano en el pelo y rechiné los dientes hasta que me dolieron. ¿Las grababan en vídeo? ¡Mierda! No tenía ninguna duda de por qué la había

elegido para ser su esposa. Joder, estaría claro para cualquiera que tuviera ojos en la cara.

—Escapé el día de mi boda. Aquel fue el día que me encontraste —explicó.

De pronto, todo cobró sentido.

—El v-vestido b-blanco —solté.

No era capaz de articular una frase completa. La rabia que estaba creciendo en mi interior me hacía perder el control del habla. Mae asintió.

—Unas semanas antes de la boda, Bella desapareció sin más. Nadie nos contaba a las Malditas lo que le había pasado, pero Gabriel dejó de venir a nuestro sector después de ese día. Sin duda, estaba con ella. Entonces... —Sollozó con tristeza—. Entonces el día de la boda, Lilah la encontró. Estaba en una celda sucia y oscura, golpeada, muerta de hambre, muriendo. Me quedé con ella hasta el final. Luego, eché a correr.

De repente, rompió a llorar. La agarré por la nuca y la acurruqué contra mi pecho.

—¡Las dejé allí, Styx! Dejé a Maddie y a Lilah.

—J-joder, Mae —dije mientras intentaba relajar la garganta.

Se incorporó sobre los codos de golpe con la cara roja e hinchada y dijo:

—Me buscarán. No se rendirán nunca. Creen que soy quien salvará sus almas mortales.

Miré de reojo el tatuaje de su muñeca y pasé el pulgar por la escritura, luego volví a mirar a Mae.

—El fin del mundo se acerca. Mi matrimonio es el acto que llevará a mi gente, a la Orden, al paraíso.

Otra vez se ponía a soltar esa mierda como si fuera un robot. Hasta le brillaban los ojos.

—N-n-no. —Paré, respiré hondo, me calmé y volví a intentarlo—. N-no vas a d-dejarme. Si v-vienen a por t-ti, t-tendrán que e-enfrentarse a mí, a l-los Verdugos.

Suavizó el gesto.

—Styx, jamás te dejaría, pero...

—Te p-protegeré —interrumpí.

—Sé que lo harás —afirmó y se acurrucó a mi lado.

Una sensación incómoda se me instaló en el estómago. Siempre sentía cuándo algo no iba bien. Había tenido esa sensación desde que Mae apareció y ahora era todavía más fuerte.

—¿Qué hay de ti? —susurró Mae mientras me acariciaba el bíceps con los dedos.

—Q-qué?

—Tu madre. ¿Qué le pasó? ¿Quién era?

Solté una risa seca.

—Una perra del club. Dejó a mi viejo por un cerdo de los Diablos.

—¿Diablos? —preguntó confusa.

—Un club de moteros mexicano. Nuestros rivales. Hemos estado en guerra desde entonces. Mi viejo mató a mi madre cuando yo tenía diez años. Sánchez, su presidente, mató al viejo el año pasado. Maté a Sánchez dos días después.

Mae me apoyó la mano en el hombro con expresión de tristeza.

—Has tenido una vida complicada. Rodeado de demasiada muerte. Siempre me he preguntado por qué lleváis a Hades como emblema, al demonio. Vi el mural cuando llegué. Es una figura extraña a la que adorar.

—N-no en esta v-vida.

Levantó una ceja y me temblaron los labios. La aparté a un lado, rodé hasta el borde de la cama y apoyé las piernas en el suelo.

—¿Adónde vas? Necesitas descansar. ¡Recuerda que todavía estás herido! —protestó.

Hice un gesto de indiferencia con la mano. Fui a por la bata negra y se la lancé.

—P-póntela.

Me miró con curiosidad mientras me ponía los vaqueros. Me levanté y le tendí la mano para guiarla por la escalera de atrás hasta el patio.

Cruzamos la puerta y salimos a la brisa de la noche de verano, lo único que se oía era el canto de los grillos. Parecía un cervatillo asustado mientras salía del edificio. Habían pasado demasiadas mierdas en los últimos días como para que se sintiera segura en el club. Una gran verja rodeaba el complejo, coronada por púas de alambre y con cámaras de vigilancia en cada esquina por protección. La tienda de motos estaba en la esquina y, delante, se

alineaban las Harley y las Chopper de los hermanos.

Con delicadeza, tiré del brazo de Mae.

—P-por aquí.

Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y me dejó guiarla hasta el ala oeste del patio. Sentí cómo se tambaleó al volver a ver el mural.

La atraje contra mi pecho, le apoyé las manos en los hombros y me incliné hacia su oreja.

—Q-quiero que c-conozcas a Hades y a Perséfone, su e-esposa.

Dejó escapar un corto suspiro entre los labios y caminó hacia delante con cautela mientras observaba la pintura asombrada, parecía una diosa. Retrocedí para darle espacio y crucé los brazos sobre el pecho sin poder apartar la vista de ella.

Mae levantó la mano y pasó los dedos sobre el pálido rostro de Perséfone.

—No nos permitían tener fotos ni cuadros en la comuna. Se consideraban falsos ídolos, y aun así nunca había visto nada tan hermoso como este retrato. Perséfone es hermosa.

Mae se giró para mirarme y dibujó una amplia sonrisa que dejó a la vista sus dientes perfectos. Volvió a darse la vuelta hacia la pared y deslizó los dedos por la silueta del pelo negro de la diosa.

Joder. Me había vuelto una nenaza.

Mae se giró de nuevo y me miró bajo la sombra de sus pestañas. Tenía una expresión confusa en la cara.

—Se parece a mí. Tiene mis ojos.

Di un paso adelante para quedar frente a ella.

—Aquel día, cuando te vi, me recordaste a ella. No he podido olvidarlo desde entonces.

El silencio de Mae lo dijo todo. Arrastré los pies. De repente, me sentía nervioso.

—¿C-conoces a los d-demás q-que aparecen en la p-pintura?

Apuntó a la figura central, de ojos sin vida y vestido de negro, y le tembló la voz.

—Hades. Sé que es Satán.

Apretó los labios y volvió a poner ese adorable ceño fruncido.

—Es exactamente igual a como lo describen las Escrituras.

Señalé el banco que había al otro lado del patio.

—Sentémonos.

Mae hizo lo que le pedí y nos dirigimos a mi lugar favorito, el banco frente al mural, donde me gustaba sentarme, fumar y pensar. Por supuesto, era ella en lo que solía pensar. Aunque no le dije eso, ni lo raro que era que ahora estuviese sentada a mi lado.

Cansada, se sentó, comprobó que la bata estaba donde debía, dobló las piernas y apoyó las manos en las rodillas antes de inclinarse hacia mí.

—¿Has o-oído hablar de los g-griegos?

—Un poco. Seguramente no mucho. Ya me he dado cuenta de que lo poco que nos enseñaron en la comuna del mundo exterior es falso.

Sonreí y respondí.

—L-los antiguos griegos no c-creían en un solo dios, sino en varios.

Soltó un grito ahogado y se llevó la mano al corazón.

—¡Blasfemia! Solo hay un único Dios verdadero.

Me revolví, saqué un cigarrillo del bolsillo de atrás de los vaqueros y lo encendí.

La religión no formaba parte de mi vida y no podía importarme menos a quién ofendiera. Los moteros no éramos precisamente de los que nos conformábamos con lo que la sociedad quería. De echo, éramos justo lo contrario.

—¿Por qué respiras esas cosas? —Tosió.

—M-me... —Me detuve y aclaré la garganta—. Me calman —añadí con voz tensa.

Observé cómo arrugaba la nariz y no pude evitar sonreír.

—Apestan —exclamó.

Reí.

—¿E-eso crees, n-nena?

Asintió con seguridad. La expresión de su hermoso rostro era cómica. Tiré la colilla al suelo, me giré y le di un golpecito con el dedo en la nariz.

—Y por eso n-nunca vas a empezar a fumar esta mierda. ¿A que no?

Estaba siendo amable, juguetón. ¡Joder! Ky me daría una patada en los huevos si me viera.

—No —coincidió.

Me observó varios segundos antes de recostarse en el banco para acercarse más a mi brazo extendido.

—¿Me estabas hablando de los griegos?

Respiré hondo y empecé a hablar.

—S-según la mitología g-griega, había t-tres hermanos d-dioses: Zeus, Poseidón y Hades. J-juntos derrotaron a su p-padre, el dios reinante, Cronos, en b-batalla. Les llevó mucho tiempo establecer de qué reino se encargaría cada uno ahora que Cronos había sido exiliado.

—¿Qué pasó después? —Mae se acercó más a mí.

—Zeus se q-queció con el c-cielo, Poseidón, c-con el m-mar y Hades, c-con el i-inframundo, el t-trabajo que n-ninguno de los tres q-quería.

Señalé el mural que teníamos enfrente: ríos negros, colinas de fuego y demonios grotescos de cojones.

—Entonces, ¿el inframundo es como el infierno? Qué desventura.

Me reí por su forma de hablar. Era como si estuviera en una novela antigua ambientada en Texas.

—S-sí y no.

—¿En qué se diferencian?

—En el i-inframundo se encuentran las p-puertas a t-todo, todas las r-rutas que un a-alma puede s-seguir después de la m-muerte. Cuando una p-persona muere v-va al inframundo, donde se la j-juzga por l-las acciones de su v-vida. Entonces, se l-la enviará bien a l-los C-campos Elíseos, que es c-como el c-cielo; bien al río del o-olvido, Lete, d-donde si b-bebía de sus a-aguas olvidaría su v-vida p-para así p-poder renacer; o b-bien al Tártaro, que e-equivale a lo que tú c-consideras el i-infierno, el p-peor lugar posible. Hades gobierna sobre todo y se asegura de que todo funcione como debe.

Mae no dijo nada. Me pregunté si eran demasiadas cosas para que las entendiera. Entonces, preguntó:

—Ese río del mural es el río Estix, ¿verdad? Como tu nombre dentro del club.

—Exacto.

Se incorporó para observar el ancho río, luego dirigió los ojos de lobo hacia mí.

—Si Lete es el río del olvido, ¿qué representa el río Estix?

Solté un suspiro contenido.

—El odio.

Mae me pasó el dedo por la mejilla herida con una expresión de pesar en la cara.

—Representan cosas muy tristes.

Coloqué la mano sobre la suya y las acuné contra mi mejilla.

—Sí, n-nena, es v-verdad. La v-vida es dura. La m-muerte es aún p-peor. No v-vale la pena s-suavizar las c-cosas.

—¿Por qué el club decidió llamarse como el hermano desgraciado, la parte triste de la historia? ¿Por qué no eligieron al dios del cielo o al del agua?

Estaba emocionada, incluso esperanzada. Creía haber encontrado un camino mejor para nosotros, la redención, hacía mucho que no escuchaba nada parecido. Sin embargo, era en vano.

—La b-base madre del p-primer club de los V-verdugos de Hades se fundó aquí en Austin. Mi a-abuelo fue un m-miembro fundador. E-estuvo en Vietnam. La g-guerra le j-jodió la vida. C-cuando volvió, n-no podía l-lidiar con e-ello. Lo único que s-sabía hacer era m-matar y m-montar en moto. No te dan un t-trabajo por e-eso. Fundó e-este club con o-otros veteranos c-como él. Así ha v-vivido mi f-familia desde e-entonces. N-no conozco n-nada más.

Pude ver por su cara que seguía sin comprenderlo.

—N-nena, los veteranos vieron c-cosas horribles en la g-guerra que no les d-dejaban dormir p-por las noches. Hicieron c-cosas que les hicieron t-temer a la muerte. Ningún dios del c-cielo, del a-agua ni de n-ningún tipo podía r-rescatarlos de a-aquel infierno en la T-tierra. C-cuando volvieron a Estados Unidos, la g-gente los c-consideraba criminales, v-violadores, a-asesinos de niños. Cuando o-oían las c-cosas que tuvieron q-que hacer d-durante la g-guerra, los marginaban, los r-rechazaban. I-igual que le p-pasó a Hades. Nena, si p-pasas el t-tiempo suficiente en el infierno, te c-conviertes en p-pecador. ¿P-para qué vas a intentar s-ser bueno c-cuando los d-demás ya han d-decidió que no t-tienes salvación?

Suspiró y posó la mano sobre mi pecho desnudo.

—No eres tan malo como crees, Styx. Eres un buen hombre.

Quería creerlo, estar de acuerdo con ella, pero merecía saber la verdad.

—Sí, n-nena, sí q-que lo soy. He p-pecado más de lo q-que crees. —Me pasé las manos por la cara—. Es hora de la v-verdad. Soy m-malo, estoy p-podrido hasta el a-alma.

Mae se puso pálida y se apartó de mi brazo. De pronto, se puso en pie y creí que iba a echar a correr. Tensé la mandíbula y me preparé para ello, pero en vez de eso miró fijamente el mural y luego a mí, mientras la brisa le mecía el pelo negro.

Era preciosa, joder.

Mae se dio la vuelta, se colocó entre mis piernas y bajó la mirada. Le temblaban los dedos mientras se mordía el labio inferior, luego levantó la mano y me la pasó por el pelo con suavidad.

Me incliné sobre sus dedos. Veintiséis años y con un solo roce iba a correrme en los pantalones.

—N-nena.

—No deberías tener un nombre que represente el odio, Styx.

—He hecho c-cosas horribles. Y la v-verdad, no v-voy a cambiar. Estoy c-condenado. Lo he a-aceptado.

Mae me miró sin dejar de acariciarme el pelo.

—Siempre has sido bueno conmigo.

Tragué saliva y, con voz rasgada, respondí:

—Solo contigo.

—¿Por qué solo conmigo? —preguntó con el ceño fruncido.

Me encogí de hombros, le agarré la mano y la enredé con la mía. Cuando levanté la mirada, movió la nariz y le di un beso en la palma.

—N-no puedes p-preguntar e-esas mierdas.

—¿Por qué no? —preguntó mientras me observaba acariciarle la mano.

—P-porque no sé la r-respuesta, joder. N-nunca he sido así c-con nadie, p-pero contigo sí.

Con un suspiro, apoyé la cabeza sobre su estómago. Le solté la mano y le rodeé la cintura con el brazo. La apreté con fuerza. Las sensaciones me sobrepasaban, me noqueaban. Sentí cómo se relajaba entre mis brazos y me acarició la cabeza.

—T-te lo dejaré c-claro, Mae. M-mato a personas. —El golpe final—.

Incluso me g-gusta hacerlo y lo v-volveré a hacer u-una y otra vez. No me queda otra en e-esta vida.

Se le aceleró la respiración y me apretó la muñeca con fuerza. Con piernas temblorosas, Mae se levantó y dejó caer las manos de sus mejillas. Volvió a acercarse al mural y acarició el rostro de Perséfone.

—Ya conozco muchas cosas de ti, Styx. No estoy sorda ni ciega, veo lo que pasa aquí. Pero no me alejarás de tu lado.

Caminó de vuelta al banco y sentó a horcajadas sobre mis muslos. Presioné la frente sobre la suya y le agarré el culo.

—Perséfone, la diosa, vivía con Hades, ¿no es así? ¿Lo apoyaba incluso aunque los demás creían que se equivocaba al hacerlo?

Asentí despacio.

Acercó la cara a la mía y me hizo cosquillas en las mejillas con las pestañas.

—Se enamoró del señor oscuro, a pesar de que no fuera lo correcto, ¿verdad?

Asentí de nuevo. ¿Qué pretendía con todo esto?

Suspiró feliz y se sonrojó.

—Igual que yo.

Me relajé, la empujé hacia atrás y le agarré la cara entre las manos mientras el rubor le aparecía en las mejillas. ¿Acababa de decir que me quería? Joder. Acababa de decir que me quería. Presioné los labios contra los suyos y la moví para colocarla sobre mi creciente erección.

Dejó de besarme y jadeó. Entonces, preguntó:

—¿Hades amaba a Perséfone? A pesar de las quejas de los demás, ¿quería que se quedara a su lado?

Suspiré hondo y respondí:

—Sí, sí la quería. Muchísimo.

La deslumbrante sonrisa que esbozó me dejó sin aire en los pulmones y, esta vez, fue ella quien me besó a mí, luego se separó para lamirme la oreja y susurrar:

—Te deseo de nuevo.

Continué agarrándola por las nalgas y, sin importarme una mierda si se me saltaban los puntos, me puse de pie con sus piernas rodeándome la

cintura. Animado por su grito de sorpresa, me dirigí a las escaleras que subían al apartamento mientras Mae me bajaba la cremallera para sacarme la polla.

Me paralicé. No iba a aguantar hasta llegar a la habitación.

La tumbé de espaldas contra los escalones de madera, le desanudé la bata y coloqué la polla en su entrada. Entonces, las puertas a lo alto de la escalera se abrieron de golpe.

—¡Joder! ¡Styx! Te...

Ky.

Mae chilló avergonzada. Enseguida, me rodeó la espalda con los brazos, con las tetas pegadas a mi pecho desnudo, y la protegí con el cuerpo. Levanté la vista para fulminar a mi VP y dejarle claro que lo mataría.

—¡L-lárgate de aquí! —ordené.

Ky cerró la puerta, pero la dejó abierta un centímetro para gritar a través de ella:

—Presi, tenemos asuntos de los que ocuparnos.

—¡Luego! ¡E-estoy ocupado, j-joder!

—¡Styx! Tenemos que actuar ahora.

Noté cómo se le endurecía la voz. La seriedad de su tono indicaba que había ocurrido algo.

Gruñí exasperado. La polla me palpitaba y sentía dolor. La tenía medio metida en el coño de Mae cuando apoyé la cabeza sobre su pecho.

—Mae, v-vete a dormir. A-asuntos del c-club —farfullé entre sus grandes tetas, y le chupé un pezón una última vez.

Mae gimió y me levantó la cabeza. Vi la decepción en su mirada, y me dio un largo beso. Luego subió las escaleras. Me subí la cremallera de los vaqueros y le cerré a Ky la puerta de los cojones en las narices.

Tropezó hacia atrás mientras se sujetaba la nariz.

—¡Mierda, Styx! ¿Qué coño haces?

—¡Como v-vuelvas a i-interrumpirme c-cuando e-estoy c-con mi m-mujer, te a-abro en c-canal!

Se limpió unas gotas de sangre de la barbilla y endureció el gesto. Conocía esa mirada demasiado bien.

—Conserva esa sed de sangre —me advirtió Ky con los dientes

apretados—. Porque hemos encontrado al topo.

Capítulo 19

Styx

—¿Q-qué? —gruñí.

La mandíbula se me tensó cuando la pitón de mi garganta empezó a ahogarme la voz. Hablaría por gestos a partir de ese momento, era incapaz de soltar una palabra cuando la rabia me ardía en las venas de ese modo.

Ky terminó de limpiarse la sangre de las mejillas con la manga.

—Algo no me acababa de encajar con esos cabrones nazis. No podía dejarlo correr.

«¿Por qué? Hemos tenido enemigos en la puerta otras veces».

Sacudió la cabeza con energía hasta que su espalda chocó contra la pared del hueco de la escalera.

—Tú te fuiste solo a por los nazis. —Me señaló y me miró a los ojos—. Por lo que todavía te tengo que romper los dientes, por cierto. La cosa es que cuando Mae vino a mi habitación como una apisonadora y me dijo lo que habías hecho, comprobé las cámaras de seguridad.

«Ajá. ¿Y bien?»

Ky se pasó las manos por el cuello con un movimiento cortante.

—Nada. Ninguna cinta. Algún cabrón las había borrado. No pude conseguir una imagen clara de la camioneta, ni de los hombres. Nada.

«¡Mierda!»

—Las grabaciones se cortaron una hora antes de que te fueras. —Volvió a sacudir la cabeza—. Fue un trabajo desde dentro. Y he descubierto quién lo

ha hecho.

Las manos me temblaban y empecé a girar el aro del labio con la lengua. Las cicatrices recientes me dolían por la tensión que, de pronto, me atenazaba el cuerpo.

Un topo. Un todo de mierda. Lo sabía.

«No te quedes ahí como un imbécil. ¿Quién coño es?»

Ky suspiró antes de mirarme con ojos entrecerrados.

—Pit.

Mierda.

—Yo mismo lo aprobé como aspirante, Styx. A los hermanos les gusta. Algo delgado, algo bajito, pero los tiene bien puestos cuando salimos a la carretera y unas manos de oro con las herramientas. Mi niña nunca había rodado tan bien hasta que le echó un vistazo. Sin duda, le habríamos dado los parches en las próximas semanas. Y de paso, seguramente, un curro en la tienda de motos.

Ky se sacó algo del bolsillo.

—Pero cuando empecé a sospechar, fui a investigar, ya sabes. Las habitaciones de todos estaban limpias, todas menos la suya.

Me pasó un pequeño disco y un móvil negro.

—El disco es la grabación desaparecida y en el teléfono hay mensajes a un número desconocido en los que cuenta la hora y el lugar del trato con los rusos, la salida y cuándo estarías en el complejo. No contaba con que salieses a rodar con Mae y vieses a los nazis primero. El hijo de puta incluso informó de que nos cargamos al que mató a Lois.

Apreté los puños y partí el disco plateado que tenía en la mano. Ky me quitó el teléfono antes de que también lo hiciera pedazos.

«¿Dónde está?», gesticulé deprisa.

—Acabo de llamarlo. Llegará en unos diez minutos. Todos los demás están en el bar, todavía no saben nada.

Eché a andar y le di a Ky una palmada en la espalda a modo de agradecimiento. Me agarró por los hombros y me hizo retroceder.

—¿Estás bien?

Asentí. Todo esto explicaba por qué había pillado a Pit aquella noche actuando de forma sospechosa fuera del cobertizo. Además, siempre estaba

detrás de la barra y escuchaba todo lo que hablábamos allí. ¡Mierda!

—¿Qué coño pasó con los cabezas rapadas?

«Me cargué a siete con metralletas. Luego me atraparon, me rajaron. Conseguí sacar el cuchillo del cuero, les saqué los ojos a los dos hijos de puta que quedaban y se los hice tragar. Para asegurarme, les reventé la cabeza, les corté la garganta y los apuñalé en el corazón».

—Joder, Styx —dijo Ky con un hilo de voz y tragó bilis—. Eres un cabrón enfermo. Efectivo, pero enfermo.

Lo sabía.

—Entonces, Mae y tú... —Me dio un codazo y levantó las cejas—. ¿Cuida bien de ti? ¿Por fin has conseguido hacerle una visita a ese coño peregrino?

Le agarré por el cuello de la camiseta de Led Zeppelin y lo estampé contra la pared con las manos sobre su cara. «Nunca vuelvas a hablar así de ella si quieres conservar la lengua. ¿Está claro, hermano?»

Intentó borrar la sonrisa, pero fue incapaz.

—Ya era hora, Styx. Ya era hora, joder.

Observé la cara sonriente de Ky y sacudí la cabeza. «Vamos», gesticulé. El muy capullo era como un grano en el culo.

Cuando entramos en el bar, el trío psicópata se puso en pie de un salto.

—¡Puto presi! —gritó Vikingo mientras caminaba hacia mí con los brazos abiertos—. Se ha cargado a los nazis él solito y ha vivido para contarlo.

Intentó levantarme, pero le di un puñetazo en el estómago.

AK me pasó un brazo por los hombros mientras Llama se paró frente a mí, le temblaban los músculos.

—¿Los mataste a todos? —preguntó con apremio.

Asentí y los tatuajes de llamas de su cuello bailaron cuando se le hincharon las venas.

—¿Sufrieron? —preguntó con voz fría y los ojos negros abiertos de emoción.

Parecía un demonio, con el iris tan negro que se confundía con las pupilas, era como si sus ojos fueran dos puntos negros sobre blanco.

«Mucho», gesticulé.

Esbozó una amplia sonrisa, echó la cabeza hacia atrás y se clavó las largas uñas en los brazos.

—Sí, joder...—susurró mientras la sangre empezaba a brotar.

Uno por uno, todos los hermanos vinieron a felicitarme, hasta que solo quedaba Rider al fondo del bar. Lo miré a los ojos. Me devolvió la mirada, luego se levantó y se acercó.

—Me alegro de verte con vida, presi.

Me ofreció la mano para que se la estrechase. Le miré el brazo extendido y me acordé de cómo en mi habitación le prohibió a Mae que me lavase. Hice una mueca de asco. «Es mi puta mujer», gesticulé.

—Presi, vamos, hermano. Estaba equivocado. Ahora lo entiendo. Es tuya —dijo para que solo nosotros lo oyéramos.

De mala gana, le di la mano. Con la mirada lo decía todo. «Aléjate de Mae o tendremos problemas. ¿Está claro?»

Rider asintió con la cabeza. Sabía que no hablaba en vano.

—¿Has estado follando con tu zorra? —preguntó Vikingo a mi espalda mientras olfateaba el aire. Me miró y sonrió—. Sé cuándo huele a coño nuevo, ¡y tú apestas, hermano! —Rio en voz alta para que todos lo oyeran.

Rider retiró la mano, volvió a su sitio y se sentó con la mirada fija en el suelo. Estaba sufriendo mucho.

Ky apareció a mi lado y, un par de segundos después, Vikingo estaba tirado en el suelo.

—¡Mierda, Ky! —gritó desde abajo mientras se frotaba la barbilla—. ¡Vale ya con los puñetazos, joder!

—¡Pues cierra la puta boca! —contestó Ky también a gritos.

Por gestos, ordené a los hermanos que entraran en la iglesia. Ky se puso a mi lado, preparado para empezar a traducir mientras todos nos miraban alertas.

«Pit es un topo», gesticulé y Ky transmitió la información a los demás.

Silencio sepulcral.

«Hacía tiempo que sospechaba que teníamos uno. Ky ha encontrado pruebas hoy. Un huevo. Detalles sobre el trato con los rusos, información del día del tiroteo y del intento de los nazis de atacar el complejo esta noche».

—¿Para quién trabaja? ¿Los federales, otro club, los mexicanos? —

preguntó Vikingo. Se acabó hacer el tonto, el asesino a sangre fría había tomado el mando.

Sacudí la cabeza. «No lo sé. Ky le ha mandado que venga. Debería estar a punto de llegar», el ruido de una moto derrapando sobre el patio me interrumpió. «Justo a tiempo, parece».

Llama gruñó y golpeó el puño contra la palma de la otra mano.

—¿Es mío? Por favor, dime que es mío. Lo quiero para mí.

La puerta se abrió y Llama salió disparado hacia Pit. El aspirante no vio llegar el primer puñetazo, ni el segundo, ni el tercero. Llama lo levantó del suelo, le colgaban los pies cuando lo estampó contra la pared.

—¡Pedazo de mierda! —gruñó Llama entre dientes—. ¿Pensabas que nos la podías jugar sin que nos diéramos cuenta? ¿Sin que te arrancásemos la piel a tiras y después echarte a la barbacoa?

Pit enrojeció y la sorpresa le invadió los rasgos.

—No sé de lo que estás hablando, de verdad, ¡no lo sé!

«Llévalo al cobertizo, ahora». Ky anunció la orden en voz alta.

A los pocos minutos, todos estábamos en la parte de atrás del cobertizo mientras Llama y AK ataban al aspirante a la silla del centro de la habitación. Pit me miró.

—Presi, de verdad, créeme. No sé qué crees que he hecho, pero no soy un topo. El club es mi vida, estoy aquí al cien por cien. Es todo lo que tengo.

Ky se acercó a Pit y apoyó las manos sobre los brazos de la silla de torturas.

—Encontré toda esta mierda en tu habitación, hermano. Las cintas de seguridad y un móvil con información sobre las fechas de los tratos, la localización de la salida, todo. Tanque, Sonrisas y Toro están localizando el número que recibió los mensajes, pero imagino que serán o los federales o el senador Collins. ¿Me equivoco?

Pit palideció.

—¡No sé de qué hablas! —gritó—. ¿Qué cintas? ¿Qué móvil? ¡Eso no estaba en mi habitación!

Me acerqué al armario de los cuchillos, sentía los ojos de Pit clavados en mi espalda. El cabrón mentía, no dejaba de mirar a todos lados.

—Styx, por favor, tienes que creerme —suplicó.

Agarré el KM 2000 del ejército alemán y me acerqué a él mientras Llama le desgarraba la camisa por la mitad. Iba a ser interesante cortar en un cuerpo tan delgado. Menos grasa, más difícil esquivar los órganos. De todas formas, no iba a salir con vida de allí, así que, ¿qué coño importaba?

Hice girar el mango entre las manos, le presioné la punta de la hoja contra el esternón y empecé a deslizarla. El hedor a cobre inundó la habitación y los gritos de Pit rebotaban en las altas paredes.

Un par de minutos después, retrocedí para admirar la «V» de los Verdugos que ahora tenía grabada en el pecho para siempre, para que todos supieran a quién había jodido. Llama me arrancó el cuchillo de la mano y secó la sangre contra su torso desnudo lleno de cicatrices mientras se reía como un loco.

Acercó la cara a la de Pit.

—¿Para quién trabajas?

Pit giró la cabeza a un lado y vomitó en el suelo. Llama le agarró las mejillas para obligarlo a mirarle.

—¿Para quién trabajas, hijo de puta?

—Para nadie, lo juro. ¡Lo juro!

Las puertas del cobertizo se abrieron y Toro, Tanque y Sonrisas entraron.

—Adivinad de quién es el número —dijo Tanque mientras miraba a Pit de reojo.

Furioso, escupí a los pies del aspirante.

—¡El gran senador Collins! El informador que tenemos en su oficina me ha dicho que durante el último mes varios tipos con traje han estado yendo por ahí una vez por semana «por negocios». Cree que son de la ATF o tal vez de la mafia —informó Tanque.

«¿Mafia?», gesticulé.

Tanque se encogió de hombros.

—Explicaría la nueva actividad. Sangre fresca. Nuevas tácticas. Desde luego, no se parece a nada que haya visto antes.

Caminé hacia Pit, recuperé el cuchillo de las manos de Llama y se lo acerqué al aspirante a la garganta.

—Presi, no es cierto —graznó.

Apreté los puños, me giré y lancé el cuchillo contra la pared.

Miré por encima del hombro a los hermanos y, con un asentimiento de cabeza, les ordené que se encargasen del topo. Uno por uno, todos los hermanos se fueron divirtiendo con él hasta que Pit no era más que un despojo ensangrentado sobre la silla.

Miré a Rider, que estaba apoyado contra la pared mientras miraba a Pit con rabia. Levanté la mano para detener a los hermanos.

Ky silbó y la habitación quedó en silencio. Volví a acercarme a Pit con un cuchillo nuevo para deshuesar. Sus dientes estaban esparcidos por el suelo, tenía los párpados pegados por la sangre y los brazos y las costillas destrozados.

Rodeé la silla y me coloqué detrás de él sin apartar la vista de Rider, que se revolvía nervioso mientras me observaba. Levanté el cuchillo y se lo clavé en el hombro derecho. ¿Por qué? Una mierda rara que había leído que hacían los romanos.

Con las manos libres, gesticulé: «Esto es lo que pasa cuando un hermano nos traiciona. Nadie trabaja en secreto para los federales ni para otro club, ni se acerca a la propiedad de otro hermano».

Rider abrió los ojos de par en par, pero no se movió, captó el mensaje. Le pedí a Llama por gestos que me pasase otro cuchillo y se lo clavé a Pit en el hombro izquierdo. Dejó de moverse, solo se oían los silbidos erráticos que se le escapaban de entre los labios.

Recuperé mi cuchillo, mi preciado acero alemán. Me alejé cuatro pasos de Pit y, al darme la vuelta, lancé el cuchillo a cinco metros de distancia. La hoja voló recta y acabó exactamente donde quería, entre los ojos del topo de mierda.

Pit se fue con el barquero sin monedas en los ojos.

Los hermanos me observaron salir del cobertizo con la boca abierta. Nadie se atrevió a seguirme. Tenía el estómago revuelto por la traición del aspirante. Me daban náuseas al pensar que habíamos tenido a un topo entre nosotros durante casi un año. Se había infiltrado en mi club y había informado de nuestros negocios.

Entré en la habitación como un rayo y fui directo a la cama. Me paralicé. Mae estaba dormida boca abajo, desnuda, con el largo pelo negro desparramado sobre la almohada.

Joder, era perfecta. Y era mía. Ese pensamiento consiguió relajarme.

Mae se movió en sueños, una pierna larga y delgada se escapó de debajo de la sábana y dejó el coño al descubierto. Me quité los vaqueros y me arrastré junto a ella. Le acaricié el muslo y le abrí las piernas. Aún inconsciente gimió en voz baja.

Sonreí por lo que estaba a punto de hacer y la llené de besos desde la rodilla hasta el muslo, por encima de las cicatrices que una vez me hicieron huir. De pronto, Mae me enredó la mano en el pelo mientras bajaba la mirada y clavaba los ojos lobunos en mis labios hambrientos de ella.

—Styx —gimió con la voz adormecida.

No perdí más tiempo y le lamí su abertura. El gruñido de Mae me indicó que le había gustado. Con las manos, le sujeté los muslos y me enfrasqué en lo que hacía. Mientras le chupaba el clitoris sin descanso, le introduje un dedo en el coño. Con cada lengüetazo, cada beso y cada embestida, movía las manos entre mi pelo cada vez de forma más frenética. Le encantaba lo que le hacía.

La respiración de Mae se volvió jadeante y tensó los muslos alrededor de mi cabeza. Durante un momento, dejó de moverse y después gritó. Ralentiqué el movimiento de la lengua y Mae se quedó sin aliento. Retrocedí y sonreí al ver su cuerpo enrojecido.

—Styx, ¿qué ha...? —Se calló, cerró los muslos y puso los ojos en blanco de placer—. Dios.

Apoyé las manos junto a su cabeza sobre el colchón y me mantuve en el aire sobre ella.

—¿Te ha g-gustado, n-nena? ¿Te ha g-gustado que te c-comiera el c-coño?

—¡Sí! ¡Sí, Styx! Pero...

Bajó la mirada mientras se cubría las cicatrices de los muslos con las manos. Le di un beso en los labios, me incorporé y afirmé:

—Las c-cicatrices me i-importan una m-mierda.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y tiró de mí para tumbarme a su lado en la cama. Luego, se acurrucó entre mis brazos. Nos quedamos en silencio durante un rato.

—¿Has solucionado tus «asuntos»? —preguntó con vacilación.

—S-sí —respondí con brusquedad.

Mae se apoyó sobre los codos y me miró.

—¿Puedo preguntar qué eran esos asuntos?

Sacudí la cabeza y negué categóricamente:

—No.

Mae suspiró en voz alta decepcionada.

—Así es esta v-vida, n-nena. Las d-damas no se i-involucran en la mierda del club. T-tú tampoco.

Se dejó caer sobre el colchón, ahora abatida.

—Vale.

Le acaricié la espalda con la mirada perdida en el techo marrón mientras pensaba. De repente, Mae dijo:

—Tócame una canción. Canta para mí, Styx.

Sonreí, salí de la cama y cogí la guitarra. Se la pasé a mi mujer. Frunció el ceño y movió la nariz. Ahogué un gruñido y le puse la guitarra en las manos.

—T-toca.

—¿Seguirás enseñándome? —preguntó con una sonrisa que me cortó la respiración.

Me senté junto a ella en el colchón y asentí.

Le enseñaría todo lo que quisiera.

Capítulo 20

Mae

Un mes después

—Una más, cielo —dijo Preciosa mientras me acercaba una gran caja marrón llena de ropa de cuero de hombre.

—Claro, sin problema —respondí.

Preciosa se puso a mi lado vestida con unos pitillos rojos de cuero y un top negro de los Verdugos. También llevaba el chaleco con la inscripción «Propiedad de Tanque» en la espalda. Lo cierto es que rara vez se lo quitaba.

Habían pasado cuatro semanas. Cuatro semanas con Styx en las que habíamos explorado el cuerpo del otro, en las que había rodado en la parte de atrás de su moto y saboreado la embriagadora libertad. Cuatro semanas que había pasado enseñándome a tocar la guitarra. Me encantaba de verdad. La música se había convertido en una obsesión. Era mi pasión. Cada acorde me movía algo por dentro. Cuando tocaba, sentía que era yo misma, encontraba a la persona que siempre estuve destinada a ser. Compartir esa pasión con Styx hacía que fuese aún más intensa.

Había empezado a aprender lengua de signos. Odiaba no poder comunicarme con Styx cuando estábamos con otras personas, así que le recordaba que me enseñase algo a cada oportunidad. Preciosa también me había ayudado.

Además, había encontrado un trabajo. Convencí a Styx para que me dejase ayudar a Preciosa ahora que se habían librado de Pit y que el club ya no estaba en peligro. Me esforzaba mucho por no pensar demasiado en ello.

No quería imaginarme a Styx en una actitud tan agresiva, tan brutal. Sabía que me comportaba como una idiota, pero quería pensar en positivo y que todo estuviese estable durante una temporada. Aparte, conmigo Styx siempre era maravilloso.

Se había resistido a dejarme trabajar, ya que la tienda de Preciosa estaba lejos de él y del complejo. Le preocupaba que el mundo exterior fuese demasiado para mí, pero, al final, cedió y lo adoré por ello. Entendía que necesitaba experimentar la vida a parte de él, más allá del club. Preciosa me había tomado bajo su protección y llevaba dos semanas trabajando en su tienda, Ride. Cada mañana, Styx me llevaba al trabajo con la Harley y me recogía al final del día para llevarme a casa.

Todo era tan normal. Me regocijaba en la normalidad. Cuando te has pasado toda la vida aislada del mundo, lo habitual se vuelve extraordinario.

El uniforme que tenía que llevar en la tienda era diferente: pillitos de cuero negro y un top de los Verdugos de tela muy fina del mismo color, pero la verdad es que también me gustaba. Poco a poco me estaba construyendo una vida con un hombre al que adoraba y con amigos con los que me gustaba pasar el rato. Casi todos los días, Letti se pasaba por la tienda para «darle a la sinhueso», como solía decir. Letti trabajaba en el garaje de al lado con Toro, Tanque y otros hermanos que todavía no conocía muy bien.

En definitiva, la vida me iba bien. A excepción de Rider. Después de que hiriesen a Styx, Rider se había marchado a encargarse de unos asuntos del club en Luisiana y en otros estados. No había sabido nada de él desde entonces y lo echaba mucho de menos. Echaba de menos hablar con él, reír con él. Ni siquiera se había despedido.

Preciosa dejó una taza de café humeante a mi lado y se dispuso a ayudarme a colocar el resto de la ropa.

—¿Styx te recogerá hoy? —preguntó para empezar una conversación.

—Sí. —Comprobé el reloj de la pared de detrás del mostrador y sonreí —. Debería estar al caer.

—¿Te importa trabajar también mañana, cielo? Últimamente estamos a tope.

Le dediqué una radiante sonrisa.

—¡Pues claro que no! Me encanta estar aquí. No hay nada que se me dé muy bien a parte de doblar camisetas, pero me gusta estar ocupada.

—Oye, chica, eres la mejor empleada que tengo. Esa secta en la que creciste habrá sido una experiencia de mierda, pero has sacado una habilidad para las tareas domésticas de la hostia. —Preciosa dejó lo que estaba haciendo y me miró—. ¡Joder! Perdona, Mae, a veces soy una bocazas.

No pude evitar reírme.

—No pasa nada. Tienes razón. Teníamos que hacer correctamente las tareas si queríamos evitar ser castigadas. Créeme, todas aprendíamos deprisa.

Los ojos de Preciosa me miraron con simpatía.

—Mae, sé que no sueles hablar de lo que pasó allí, pero si alguna vez quieres hacerlo aquí me tienes. No le diré nada a nadie.

Se me formó un nudo en la garganta mientras sujetaba un par de pantalones de cuero contra el pecho.

—Gracias, significa mucho para mí.

Preciosa me rodeó con el brazo y me estrujó un poco antes de soltarme. Volvimos a trabajar en silencio.

—Me recuerdas a una amiga mía —dije en voz baja al cabo de un rato.

—¿En serio? —Dejó lo que tenía entre manos y me sonrió.

—Sí. Se llama Delilah, Lilah. Es preciosa, con el pelo rubio y los ojos azules. Preciosa, igual que tú.

Sentí que me observaba, pero seguí doblando ropa. Me sentía expuesta e incapaz de mirarla.

—¿La echas de menos? —me preguntó con dulzura.

Cerré los ojos y sentí una punzada de dolor en el pecho.

—Muchísimo. —Le lancé una mirada rápida a Preciosa y la aparté—. Mi hermana mayor, Bella, murió. Por eso dejé la comuna. Quería... Le pedí a Lilah que viniera conmigo, pero se negó a marcharse. Tenía miedo. Mi hermana pequeña, Maddie, también sigue allí. A veces las echo tanto de menos que no puedo respirar. Aquí estoy, libre, viviendo la vida y enamorada de un hombre maravilloso mientras ellas siguen en esa prisión, solas.

—Mae —susurró Preciosa con tristeza mientras me frotaba la espalda con la mano.

—Necesito pensar que volveremos a vernos algún día. Rezo cada noche por ello. Son mi familia, pero no querían irse conmigo. Creen en la Orden y

tienen demasiado miedo del mundo exterior.

—¿Alguna vez has pensado en intentar encontrar la comuna? El club te ayudaría a recuperarlas.

Me sobresalté y el corazón se me aceleró.

—¡No! No sabría ni por dónde empezar. No quiero volver a ver ese lugar, nunca. Son malvados, Preciosa. Si volviese, jamás me dejarían marchar de nuevo. No pienso volver a poner un pie en esa tierra en mi vida.

—¡Joder, chica! Styx te mantendría a salvo. ¡Ese hombre está loco por ti!

Preciosa se sonrojó ligeramente y se mordió el labio. No conseguí interpretar su expresión, pero entonces me llamó.

—¿Mae?

—¿Sí?

—Habla contigo, ¿no es así?

—Sí —respondí con recelo—. Hablamos. Es muy bueno conmigo.

—¿Sabes qué? No he oído su voz en todo el tiempo que he estado vinculada al club. Nadie lo ha hecho, excepto Ky. Sé que gritó tu nombre aquella vez en el tiroteo. Aquello dejó a todos los hermanos alucinados, pero estaban pasando demasiadas cosas como para tenerlo en cuenta. ¿Cómo es su voz?

Me ruboricé.

—Profunda, áspera, con un fuerte acento texano, casi parece que haga gárgaras con cristales rotos. Es perfecta. Me encanta cómo suena y podría pasarme todo el día escuchándolo.

Me sonrojé más aún.

A Preciosa se le iluminó la cara y esbozó una amplia sonrisa.

—Estoy muy feliz por vosotros. Solía preocuparme por Styx. Me alegro de que le hayas dado una voz, un lugar seguro para ser él mismo. Tiene un trabajo duro tan joven... Pero, joder, es un presidente de puta madre. Incluso los miembros más antiguos como Humos o Hueso, que ya han pasado por tres presidentes diferentes, dicen que Styx es el más fuerte, el mejor. Nació para llevar el parche.

Terminé de doblar el último par de pantalones a toda velocidad y la abracé. Se sorprendió, lo noté al oírla soltar un grito ahogado. No mostraba afecto a menudo, no era algo natural en mí, pero apreciaba de verdad la

amistad de Preciosa, sobre todo ahora.

—Ejem.

Alguien se aclaró la garganta detrás de nosotras. Solté a Preciosa y miré por encima del hombro.

—Hola, Llama —saludé al verlo de pie en la puerta principal, claramente incómodo.

Recorrió la estancia con los ojos, del suelo hasta el techo y detrás de él. Siempre estaba inquieto, siempre alerta.

—Mae, Preciosa —saludó con un asentimiento.

Llevaba unos vaqueros oscuros, camiseta blanca y el cuero.

El cabello oscuro, cortado de forma extraña, estaba desordenado y alborotado por el viento al ir en moto, pero los enormes ojos negros, almendrados, le brillaban con el usual resplandor de misterio.

Se dirigió a mí con rostro inexpresivo.

—Styx tiene asuntos de los que ocuparse. Me ha enviado para recogerte y llevarte a casa. Directa al apartamento. ¿De acuerdo?

—Vaya, está bien —respondí—. ¿Cuándo volverá?

—Cuando vuelva. —Se encogió de hombros.

Sabía que eso era todo lo que podía esperar. Al fin y al cabo, eran asuntos del club.

Fui corriendo a la parte de atrás de la tienda para recoger el bolso y me despedí de Preciosa con la mano.

—¡Hasta mañana!

—¡Adiós, cielo! —gritó mientras se dirigía a atender a un cliente canoso en la sección de cascos.

Llama ya me estaba esperando fuera junto a su Harley, con la espalda recta, mirando a todas partes y moviendo la cabeza. Solo había rodado con Rider y con Styx. Era extraño, pero me sentía como si los estuviese traicionando al ir con Llama en la moto. La verdad es que me hacía sentir incómoda, como mínimo, sobre todo, al tenerlo tan cerca.

Con torpeza, me encaramé al asiento trasero y me dispuse a agarrarme a su cintura, pero saltó hacia delante con un gruñido.

—¡No me pongas las putas manos en la cintura!

Aparté los brazos y le mostré que estaban lejos de su cuerpo.

—Lo siento mucho —dije en voz baja.

Después de un rato, pareció relajarse.

—No me gusta que me toquen en el pecho, ni el estómago, ni más abajo, ¿vale?

El corazón me latía deprisa por los nervios y fruncí el ceño sin entender.

— Vale —accedí. Luego, pregunté—: ¿Puedo agarrarme a los lados de tu cuero? Te prometo que solo tocaré la tela, no a ti, ¿te parece bien?

Nervioso, miró atrás de reojo, con los ojos negros abiertos de par en par. Sorprendentemente, las manos le temblaron sobre el manillar. Luego, no muy seguro, respondió:

—Está bien. Pero no toques, no me toques.

Asentí de acuerdo, le agarré el cuero con los puños y arrancó con brusquedad. Quince minutos después, llegamos al complejo. Mientras aparcábamos, se me aceleró el pulso. Había una Chopper negra y plateada aparcada en la puerta, la Chopper de Rider.

¡Había vuelto!

Me bajé de la moto, le di las gracias a Llama y me dirigí a las escaleras que llevaban al apartamento de Styx. Llama salió rodando del complejo con un rugido del motor y me detuve a unos centímetros de la puerta. Si Styx no estaba, tal vez podría hablar con Rider a solas para intentar recuperar a mi amigo, intentar salvar la poca relación que quedase entre nosotros.

Durante las últimas cuatro semanas me habían mandado utilizar siempre la entrada trasera del apartamento, a no ser que el club estuviese abierto para las esposas y las damas. No era viernes ni sábado, ni el día familiar de los Verdugos, así que sabía que estaba rompiendo las normas si entraba en el bar sin Styx. No quería enfadarlo, pero...

Necesitaba ver a Rider, así que me vi a mí misma cruzando las puertas del bar. Lo primero que me encontré fue la densa nube de humo del tabaco, seguida de un fuerte aroma a licor. Música rock retumbaba en los altavoces y vi a Sonrisas en el bar con una cerveza en la mano.

—Buenas tardes, Sonrisas —saludé.

Los ojos se le saltaron de las órbitas al verme sola en el bar de los hermanos. Nunca sonreía, su apodo era una ironía, y raramente hablaba. Me saludó con la barbilla.

—¿Has estado en la carretera con Rider?

Asintió con la cabeza despacio y me miró con ojos inquisitivos. Bajé la mirada mientras jugueteaba con las manos.

—¿Dónde está?

—En su habitación. —Me dispuse a irme, cuando Sonrisas añadió—: Aunque tal vez prefieras no poner un pie cerca de allí.

—¿Por qué? —pregunté aparentando tranquilidad, aunque se me había formado un nudo en la garganta.

—Solo es un consejo. No creo que al presi le haga mucha gracia, tú ya me entiendes.

Sonrisas se giró hacia la barra y encendió la tele. Estaban echando un partido de algún deporte. Una cortina de pelo castaño le calló sobre los ojos y le impedía verme.

Crucé con cuidado el pasillo donde estaban las habitaciones privadas de los hermanos y llamé a la puerta de Rider. Música muy alta salía de dentro de la estancia y, tras esperar varios minutos sin obtener respuesta, estaba claro que no me había oído llamar.

Sin embargo, ya que había llegado hasta allí no pensaba irme sin verle. Aguanté la respiración, comprobé que no había nadie en el pasillo, agarré el picaporte y lo abrí la puerta. El aire se detuvo en mi garganta.

Cielo santo. Rider.

Estaba desnudo, con los músculos al descubierto, las venas hinchadas y el cuerpo en tensión. Estaba sobre la cama y tenía a una joven delgada de pelo negro arrodillada frente a su entrepierna que lo succionaba con entusiasmo.

Estaba tumbado sobre la espalda en el colchón, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Y la chica... ¡ah! Estaba desnuda y su diminuto cuerpo encajado entre las piernas de Rider. Lo miraba con unos ojos azules hambrientos mientras lo devoraba con la atención siempre puesta en su cara.

Me acordé de conversaciones pasadas.

—*¿Es que hay por ahí alguna zorra que te haga suspirar?*

—*No, no hay ninguna zorra.*

—*Quieres estar con alguien a quien ames —susurré con seguridad.*

Rider se encogió de hombros.

—Así es como me crie. No puedo evitarlo.

¡Esto no estaba bien! Toda aquello estaba mal. Rider buscaba algo más en la vida que esto, me lo había dicho. Se merecía algo más que este acto de desesperación. Quería esperar a estar con alguien a quien amase. «Esa eres tú. Te quiere a ti». Los pensamientos encontrados me atormentaban.

Solo podía hacer una cosa.

Atravesé rápidamente el dormitorio que antes siempre estaba ordenado y ahora estaba lleno de ropa sucia y botellas vacías y desenchufé el estéreo.

Todavía tenía el cable en la mano cuando Rider levantó la cabeza del colchón. Me miró directamente a los ojos y las pupilas se le ensancharon de sorpresa durante un momento, antes de volver a su estado aturdido original.

La joven de rodillas intentó incorporarse también, pero Rider le empujó la cabeza para que no se sacase de la boca su virilidad.

Gimoteó y luchó por liberarse. Rider sonrió y a mí me entraron arcadas.

Este no era el Rider que había conocido.

Solté el cable y me acerqué a la cama mientras recogía el pequeño vestido rosa y los zapatos de tacón de la joven por el camino. Agarré a Rider por la muñeca y lo obligué a soltar la cabeza de la chica, que se separó con un jadeo. Me miró con ojos llorosos.

—Márchate —ordené.

No lo dudó. Dios mío, debía de tener unos dieciocho años, diecinueve como mucho. ¿Qué hacía en un lugar como este? Con hermanos demasiado mayores y demasiado duros para alguien de su tamaño y edad.

Rider se puso en pie de un salto, con el pene aún erecto sobre el estómago. Aparté la mirada. La imagen de un hombre desnudo no era algo nuevo para mí. Los discípulos siempre se paseaban sin ropa durante los intercambios y estaba acostumbrada a ignorar la visión de sus carnes, solo tenía que hacer lo mismo con Rider.

Centré la mirada en la cicatriz de la herida de bala del hombro. Agarré a la joven por el brazo, pero Rider tiró de ella.

—Vete a la mierda, Mae. Blancanieves me estaba haciendo una mamada. La zorra no se va a ninguna parte.

Blancanieves, ¿en serio? Estuve a punto de vomitar.

El estómago me dio un vuelco cuando observé a la chica. Era igual que yo en todo: apariencia, peso y estructura.

Pobre Rider.

Le di un empujón en el pecho y cayó sobre la cama con un gruñido. Se volvió a levantar rápidamente mientras me dirigía una mirada asesina.

Volví a girarme hacia la chica.

—Márchate. Ahora. Vete y no vuelvas. No te lo pediré otra vez.

El sonido de pies descalzos sobre el suelo de madera llegó a mis oídos y, segundos después, la puerta se cerró. Me giré con brusquedad para enfrentarme a Rider, que me observaba.

—¿Qué cojones haces?

Lo miré a los ojos y vi el conflicto en su interior. Me deseaba. Ahora conocía esa mirada, sabía lo que significaba. Ardía de lujuria, podía verlo en la forma en que tensaba los labios y en cómo me observaba. Aún más, en la forma como apretaba los dedos, resistiendo el deseo de tocarme, y la forma en que su erección estaba más firme ahora que cuando la pobre chica estaba de rodillas entregada a complacerlo con la boca.

—Rider, no te hagas esto —supliqué con un hilo de voz.

—¿Qué? ¿Follar? Me la estaba chupando de puta madre hasta que has venido a joderlo todo.

—¡Tú no crees en estas cosas! El sexo sin sentido, no es lo tuyo. Una vez me dijiste que querías estar con alguien a quien quisieras, que te habían educado así. Igual que a mí, ¿recuerdas?

—Sí —dijo jadeante. Hundió los hombros y suavizó un poco la mirada—. Pero la persona que quiero está con otro. ¿Así que qué coño esperas que haga?

—Rider...

Sin saber qué responder, me callé. Levantó la mano y me acarició el pelo mientras enredaba los negros mechones entre los dedos.

—No lo soporto, Mae. No puedo soportar que estés con él.

Tenía la voz rota y angustiada. Sentí una punzada de dolor en el pecho. Cogí su mano y se la apreté.

—Rider, le quiero.

Levantó la mirada al techo, tensó los labios bajo la corta barba castaña y me soltó la mano.

—Y yo te quiero a ti, Mae —confesó con voz ronca. Bajó la barbilla y me sujetó la cara entre las manos—. Te quiero, joder. No dejo de pensar en ti. Bebo para olvidarme de que estás con él, en su habitación, foll... —Hizo un gesto de dolor—. ¡Mierda! No puedo ni pensarlo. Encontré a esa zorrilla con Vikingo y quería olvidarme de todo durante un rato. No duermo ni como.

—Rider, por favor, eres mi mejor amigo.

—¡No quiero ser tu puto mejor amigo, Mae!

—Rider...

Agaché la cabeza y las lágrimas empezaron a rodarme por las mejillas.

—¡No! Estaríamos tan bien juntos. Queremos las mismas cosas, tenemos las mismas creencias. Podríamos tener un futuro juntos.

—¡Estoy con Styx!

—¡A la mierda Styx!

—¡No! —Me separé de él—. ¡No te permito que hables así de él! Le quiero, Rider. A ti también, pero de un modo muy distinto. ¡Deja de ponerme las cosas tan difíciles! Me siento como si me hubieran partido en dos.

—¿Difíciles? ¡Difíciles! ¡No sabes lo que significa esa palabra! Estuviste a mi lado durante semanas. Solos tú y yo. Me lo contabas todo, tu fe, tus preocupaciones, tus esperanzas. Nos reíamos juntos, dormíamos juntos, joder, ¡si hasta ibas conmigo en la moto! Fuiste mía antes que suya, Mae. ¡Mía!

—Ahí es donde te equivocas —susurré con aspereza.

—¿Cómo? ¿En qué me equivoco? —Levantó las cejas.

—Conocí a Styx hace años. Fue un encuentro breve, pero fue suficiente. Nuestro destino quedó sellado aquel día.

—¿Encontró la comuna? —Exhaló de sorpresa—. ¿Cómo? ¿Cuándo?

Negué con la cabeza.

—Nos descubrió por casualidad, pero creo que estaba escrito que nos encontrásemos aquel día.

Rider sacudió la cabeza como si quisiera protegerse de la verdad. Dio un paso adelante y retrocedí hasta que choqué contra la pared.

No tenía adónde ir.

Se inclinó hacia mí, aún desnudo y con los ojos encendidos.

—Me da igual lo que pasase hace años. Me da igual que hable contigo o que pienses que tenéis alguna especie de conexión infantil. Te deseo ahora. ¡Olvida el pasado! Quiero estar contigo, Mae.

Presioné las palmas de las manos contra su duro torso desnudo, pero no se movió. Rider me había confesado sus sentimientos y, a cambio, no pude ofrecerle más que una dolorosa confesión que le partió el corazón. Se inclinó sobre mí y me lamió los labios. El pulso se me aceleró. Si no fuera por Styx, sin duda me habría sentido atraída por Rider. Si no fuera por Styx, me habría enamorado de él. Pero Styx era mi vida, lo era todo para mí.

—Lo siento, pero no puedo...

Antes de terminar de hablar Rider estrelló los labios con los míos. Me agarró la cara entre las manos y luché por escapar. Me rozaba la piel con la barba e, incapaz de liberarme, decidí dejarle tener este momento. Dejé que me tuviese un momento.

Solo una vez.

Me separó los labios con la lengua y percibí el sabor del licor en su boca. Las lágrimas me rodaban libres por las mejillas cuando su tacto se intensificó y le empaparon la barba. No le devolví el beso, pero aun así no se detuvo.

Apretó las caderas contra las mías, en busca de una respuesta por mi parte y sentí su dura erección sobre el estómago. No podía darle nada. Simplemente no me moví y dejé que tuviese su momento. Finalmente, se separó y me miró con un dolor indescriptible en la mirada.

—Mae, ya no puedo ni respirar —confesó con voz tensa—. Veo la cara que pones cuando lo miras. La mirada que le dedicas solo a él. —Me miró con gesto triste, parecía un niño perdido—. ¿Por qué no puedes mirarme así?

Dios, el dolor que escondían esas palabras era demasiado...

El pecho se me elevaba con cada sollozo y sentía que iba a desgarrarme.

—No lo sé, Rider. Por favor, no intento hacerte daño, pero no puedo verte de ese modo, me parte el corazón.

Se quedó de piedra.

—¡Ya me estás haciendo daño, Mae, y no puedo más! Si me tengo que sentar en otra reunión con Styx, sabiendo que te ha estado follando solo unos

minutos antes, me voy a volver loco. Si tengo que volver a rodar con él, mientras quema rueda para volver pronto contigo, ¡voy a reventar! Esta es mi puta casa, no tengo adónde ir.

Se acercó con cuidado y empezó a limpiarme las lágrimas.

—Pero no puedo seguir aquí si estás con él. —Tragó saliva y se le movió la nuez. Una extraña expresión le cruzó el semblante—. Styx no tiene futuro. Si te quedas con él, no tendrás más que problemas.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté con recelo.

Sus barreras emocionales volvieron a levantarse.

—Mucha gente lo quiere muerto. Tiene los días contados, Mae. No tiene futuro. Tú sí, y yo también.

—¡Rider, basta! —grité.

Tropezó hacia atrás.

—No puedo quedarme mientras estéis juntos. Si ya te has decidido, desapareceré.

Lo agarré por la muñeca y le hice posar las manos sobre mis mejillas. Aguantó la respiración.

—No quiero que te vayas.

—¿Por qué? —preguntó mientras avanzaba y apoyaba la frente en la mía.

Percibí el olor salvaje de su piel, me hacía sentir segura. Rider siempre hacía que me sintiera así. Pero todo lo que había pasado había reducido nuestra relación a pedazos.

—Porque te echaría de menos —respondí con honestidad.

Dejó escapar un largo y pesado suspiro.

—No es suficiente. Ni por asomo.

—Lo sé, pero tenía que intentarlo —dije entre sollozos.

Le tembló la mano mientras me daba un dulce beso en la cabeza.

—Te quiero. ¿Cómo no hacerlo? Eres perfecta —susurró con voz grave, casi inaudible. Sentí en la oreja el calor de su aliento—. «Tres cosas hay que ahora permanecen: la fe, la esperanza, el amor. De todas ellas, la más grande es el amor».

Se me derritió el corazón cuando citó mi verso favorito de la Biblia. Luego, se me partió en dos al darme cuenta de que se estaba despidiendo.

—Por favor, prométeme que estarás a salvo, que serás feliz —insté con

un hilo de voz.

Me pasó la nariz por la mandíbula y la hundió en mi pelo. Inspiró y murmuró:

—Nunca seré feliz sin ti. Joder. ¿Por qué él? Te llevará directa al infierno.

—¿Tú crees, hijo de puta?

El chasquido de un arma al cargarse nos paralizó.

Rider me miró a los ojos y empecé a temblar de miedo. Cerró los ojos, se apartó de la pared en la que estábamos apoyados y la cabeza le chocó contra el cañón de una pistola. Eché un vistazo por encima del hombro y vi a Styx detrás y a Ky a su lado. Nunca había visto a Styx tan enfadado. Miraba a Rider con los ojos apagados, sin vida. Rider estaba desnudo. Me había olvidado de que no llevaba ropa. Esto no tenía nada que ver con el sexo. Con Rider, nunca había sido así. Se trataba de ayudar a mi mejor amigo a pasar página, de dejarlo marchar.

—Styx, no metas a Mae en esto —dijo con firmeza.

Este me miró con los ojos entrecerrados. El dolor en su mirada era evidente.

—Styx, por favor, no es lo que piensas —supliqué.

La sangre me abandonó la cara cuando vi que Ky apuntaba a la cabeza de Rider con la pistola.

—Pues será mejor que te expliques, muñeca. Y que sea rápido.

Levanté la vista hacia Ky, estaba tan enfadado como su amigo. Rider había importunado a un hermano, un pecado mortal en el mundo de los Verdugos.

—Styx, cariño —supliqué.

Rider se estremeció al oír la dulzura de mi voz cuando me dirigí a Styx y este le dio un puñetazo en la nuca por ello.

—Styx, vine a ayudar a Rider. Está pasando por un mal momento. Estaba preocupada por él —expliqué presa del pánico.

—El cabrón está acechando la propiedad del presidente, eso es lo que está haciendo —dijo Ky mientras movía el cuello a un lado y al otro para hacerlo crujir. Iban a hacerle daño, todo por mi culpa.

«¿Por qué cojones está desnudo?», gesticuló Styx furioso, lo que llamó

mi atención. Ahora entendía un poco la lengua de signos gracias a las clases intensivas con él, y, desde luego, no necesitaba que me tradujeran la pregunta. Lo que sentía era evidente, ardía de rabia por la escena que tenía delante.

—No estábamos follando, si es lo que crees —susurró Rider con un tono amenazador.

Obviamente, esa respuesta lo cabreó aún más y grité cuando empotró a Rider contra la pared mientras lo sujetaba por la garganta, le arrancó a Ky la pistola de las manos y le metió el cañón en la boca.

Rider era hombre muerto.

Corrí hacia Styx para intentar que se tranquilizase. Intenté cogerle del brazo, pero se libró de mí. Le froté la espalda, pero se puso rígido y me volvió a apartar. Estaba concentrado en Rider. Tenía que llegar hasta él para ayudar a mi amigo, así que hice lo único que se me ocurrió. Me acerqué a él por la izquierda, le hice soltar la garganta de Rider, enredé los dedos con los suyos, le levanté la mano y se la besé con suavidad.

Dio un largo suspiro y, por fin, me miró con esos ojos avellana que tanto adoraba.

—Lo interrumpí. Estaba con una chica. Es culpa mía que no lleve ropa. La culpa es mía.

—¿Y entonces qué cojones hacía encima de ti, manoseándote la cara e intentando metértela en el coño, que le pertenece a Styx? —preguntó Ky desde atrás.

Styx volvió a ponerse rígido y le metió a Rider la pistola más dentro de la boca. Rider no mostraba rastro de miedo. De hecho, parecía resignado cuando cerró los ojos y mordió el cañón con los dientes. Palidecí.

—¡Styx! ¡Detente!

Styx movió los labios y articuló algo que no entendí, apartó la pistola y me rodeó con el brazo. Me agarró con intensidad y Rider nos observó acalorado, hasta que se le endureció la expresión. Se pasó las manos por la cara.

—¿Sabes qué, Styx? ¡A la mierda todo! Quiero a Mae y necesitaba hacérselo saber. Así que la he besado y habría hecho mucho más si ella hubiese estado de acuerdo. Quiero ser yo quien esté a su lado, y no tú.

Styx soltó un gruñido salvaje.

La cabeza me dio vueltas. Rider acababa de firmar su sentencia de muerte.

Todo pasó muy deprisa. El arma salió por los aires y los puños volaron. Los dos se convirtieron en un revoltijo de cuerpos que se peleaban.

—¡No! —grité, pero Ky tiró de mí por el brazo y me sacó de la habitación. Me retorcí para liberarme mientras Rider y Styx caían al suelo, pero Ky me empujó hacia el pasillo y cerró la puerta cuando los dos estuvimos fuera.

—¡Ky, déjame entrar! —chillé mientras me estrellaba contra su pecho, era como un muro de granito que me cortaba el paso.

—Déjalo, Mae. Hace mucho que esto se veía venir y al final ha reventado.

—¡Styx lo va a matar!

—Probablemente. —Se encogió de hombros con tranquilidad.

—¡Ky!

Puso los ojos en blanco y me agarró por los brazos.

—Mira, zorra. No mola nada que estuvieses en la habitación de Rider. Que él estuviera desnudo, ya ha sido la gota que colma el vaso. Styx necesita hacer esto. ¡Tal vez si te preocupases más por él que por el Rider de los cojones, no estaríamos así!

—¡Que te jodan, Ky! —escupí y yo misma me sorprendí por la elección de palabras.

Me miró con los ojos abiertos de par en par por mi arrebató y, luego, nos quedamos en silencio.

De pronto la puerta de la habitación se abrió y Styx sacó a cuestras a Rider, apaleado y lleno de sangre, mientras que él apenas tenía una marca. Tiró a Rider al suelo, justo a mis pies.

Me llevé la mano a la boca y ahogué un grito.

«Lárgate de mi puto club. Se acabó. Deja el cuero y el parche en la puerta», gesticuló Styx.

—Styx...

—¡Cierra la boca, Mae! —ordenó Rider desde el suelo.

Se levantó con dificultad. La sangre le goteaba por la nariz y la boca y caía hasta el suelo. Le miré a los ojos y lo único que vi en su mirada fue

decepción. Styx le lanzó unos vaqueros y unas botas a la cara y se los puso. Allí parado, me miró con ojos vacíos y me ofreció la mano.

—Mae —susurró.

Destrozado, me imploraba que lo eligiera a él. Observé su amplia estructura, sus ojos marrones y su barba suave y rugosa. El pelo castaño le caía salvaje sobre los hombros y los tatuajes de Hades destacaban orgullosos sobre la piel bronceada. Se acabó. Sabía que no volvería a verlo. Otra vez perdía a un amigo y me mataba por dentro.

—Rider —sollocé mientras me giraba hacia Styx, que me observaba atentamente con un ápice de miedo en la mirada.

—¿Mae? —insistió Rider.

Lo miré una vez más y repetí:

—Lo siento, lo siento mucho.

Sonrió con incredulidad y sacudió la cabeza.

—Has elegido mal. Has elegido jodidamente mal.

Rider se marchó como un rayo y salió por la puerta del club. El rugido del motor de una Chopper se desvaneció en la distancia.

Styx se paró frente a mí, jadeando, con el ceño fruncido y los músculos palpitantes bajo la camiseta negra. Levantó la mano y se limpió la sangre del labio.

—Styx.

Se lanzó contra mí y me empujó contra la pared mientras juntaba los labios con los míos. Me separé y le presioné las manos contra el pecho.

—¿Cómo has podido hacer algo así? ¿Cómo has podido hacerle tanto daño? ¡Tiene el corazón roto! ¡No hacía falta que le pegaras!

Los ojos le ardían.

—El c-cabrón se lo m-merecía. Estoy harto d-de que e-ese hijo de p-puta intente estar c-contigo. Eres mía. —Me pasó los dedos por la boca y puse los ojos en blanco por su delicadeza—. Estos l-labios p-perfectos son m-míos. —Me acarició la mejilla—. Estos o-ojos de lobo. —Luego me acunó la cara entre las manos y me besó la nariz—. ¡Y e-esta puñetera n-nariz revoltosa! —Se inclinó y me pasó la lengua por el lóbulo de la oreja—. T-tienes que d-dejar que se vaya de una p-puta vez. Así es c-como soy, Mae. ¡Este s-soy yo! S-i q-quieres que e-estemos juntos, me a-aceptarás por c-como soy.

—Styx —sollocé cuando me agarró del pelo con el puño. Las lágrimas me caían por las mejillas por sus palabras y me atrapó en su abrazo. No podía moverme ni un centímetro.

El aro del labio de Styx arañó los míos mientras me invadía la boca con la lengua. Se encontró con la mía y la dominó, tenía el control absoluto. Era tan salvaje, tan desenfrenado cuando estaba conmigo... Apreté los muslos de deseo. Dios, lo deseaba muchísimo, tal y como era.

Un largo gemido me subió por la garganta y me olvidé de la rabia en cuanto me metió una mano bajo el top y, con apremio, me palpó un pecho. Hizo girar los dedos sobre mi piel y me pellizcó los pezones. Me dejé llevar con un siseo mientras Styx me miraba con ojos salvajes e indómitos. Recorrí su espalda con las manos y sentí cómo los músculos se tensaban y temblaban bajo mis dedos mientras me mordía el cuello.

—¡Styx! —grité cuando con los dedos me abrió los pantalones, que me cayeron por las piernas. Mis bragas los siguieron segundos después. Pisó el montón de ropa que tenía entre los tobillos.

—Sal.

La hendidura entre mis piernas se humedeció por su orden y saqué los pies de los pantalones.

Estaba expuesta, desnuda y más que preparada.

Styx hinchó los agujeros de la nariz e introdujo los dedos en mi interior. Le enredé las manos en el pelo y tiré de los enredados mechones oscuros mientras sentía mariposas en el estómago. Entonces, de pronto, retiró la mano y, de una embestida, me llenó con su erección.

Le rodeé la cintura con las piernas y me estampó la espalda contra la pared. Nunca me había hecho el amor de una forma tan salvaje, tan ruda, tan desesperada.

—Mía —gruñó con voz profunda, gutural y posesiva contra mi cuello.

Con la boca me mordisqueaba el pecho, succionaba y tiraba de mis pezones.

—¡Ah, Styx!

—¡Mía! —gruñó.

Bombeó aún más fuerte mientras con los dedos dibujaba círculos sobre mi clítoris. Los hombros me quemaban al rozarse contra la pared. Nunca me

había sentido tan llena.

Me sujeté a sus hombros con las manos y le arañé la piel. Era demasiado, el fuego, la presión, demasiado y, con un último empujón, estallé y el placer me recorrió todo el cuerpo, invasivo y abrasador.

Styx me agarraba con tanta fuerza del muslo que casi me dolía. Se quedó quieto.

—¡Mía! —rugió.

Se corrió dentro de mí mientras jadeaba contra mi cuello. Los muslos me temblaban por el exceso de esfuerzo y nuestros cuerpos estaban resbaladizos por el sudor.

Sin decir ni una palabra, recuperamos el aliento.

Styx enterró la cara en mi pecho desnudo mientras me besaba y me pasaba la lengua por los senos. Tenía la piel pálida cubierta de marcas de dientes. Le enredé los dedos en el pelo mientras Styx dejaba escapar gemidos sordos de placer.

—Mía, mía, mía —murmuró una y otra vez antes de besarme la clavícula, la garganta y, finalmente, la boca.

El beso fue profundo y significativo, pero corto. Se separó sin dejar de mirarme a los ojos y su erección tembló dentro de mí.

—Te quiero —susurré sin dejar de mirarle.

—M-Mae —gimió—. No t-te vas a n-ninguna p-parte, ¿verdad?

—Claro que no, cariño —aseguré mientras le acariciaba la mejilla con un dedo.

—Mía —suspiró aliviado.

—Tuya.

Le acuné las mejillas sin afeitar entre las manos.

—No le devolví el beso.

Styx se paralizó. Su rostro volvió a reflejar ira y tensó los hombros.

—Styx, no lo hice. Estaba borracho y deprimido y reaccionó mal, fue impulsivo. Es mi amigo, pero él no eres tú.

—Nunca va a volver —afirmó con autoridad—. N-nadie toca lo q-que es mío. Si no hubieses estado aquí, me habría cargado a ese hijo de puta.

—Lo entiendo —respondí, aliviada de que no hubiese llegado a tanto.

Los ojos se me encharcaron y el corazón se me partió. Iba a echar de

menos a mi amigo, pero él mismo me había dicho que no podía vivir conmigo y con Styx, no lo haría. Y no iba a dejar a Styx. Por muy duro que fuera, Rider necesitaba espacio y Styx me necesitaba a mí.

Recé a Dios para que Rider encontrase su camino.

Capítulo 21

Mae

—¿No vais a venir? Por favor —suplicó Preciosa.

Styx me rodeó los hombros con el brazo y así liberó las manos para gesticular: «Nos vamos a encerrar, solos. Sin interrupciones de los cojones, sin más dramas de mierda. Voy a estar con mi mujer».

—¡Preciosa, déjalos en paz! —gritó Tanque mientras la agarraba por el brazo para acercarla a él.

—¡Está bien! —Preciosa cruzó los brazos y fulminó a Styx con la mirada —. Pero se supone que el presidente debería venir a las salidas, ¡solo lo digo!

Tanque puso los ojos en blanco y le tapó la boca a Preciosa con la mano para hacerla callar, con éxito.

Styx me rozó la mejilla con la suya sin afeitado y se acercó a mi oído.

—V-vuelvo en c-cinco minutos.

Lo miré mientras iba a reunirse con Ky y el trío de psicópatas, tarareaba al caminar. Era todo un líder, cruzó la habitación con aire dominante, vestido con unos pantalones vaqueros, camisa blanca y el cuero. Los músculos se le marcaban bajo la ajustada tela de la camisa y aún tenía el pelo desordenado después de haber hecho el amor esa misma mañana.

—Te tiene loca, chica.

A mi lado, Preciosa observaba a Tanque unirse a Styx y al grupo de hombres que discutían en profundidad. Esbozó una amplia sonrisa y me dio un codazo. Me sonrojé.

—Me tiene loca, no te haces una idea de cuánto. Lo quiero más que a mi vida —confesé.

—¿De verdad? ¡Nunca lo habría adivinado!

Sonreí ante su tono burlón mientras Styx me miraba de reojo. Los ojos le ardían al ver que yo también lo miraba. Era pura fiera y masculinidad, y era todo mío.

Preciosa se colocó delante de mí y me bloqueó la vista de Styx. Me miró con ojos preocupados.

—¿Qué ocurre? —pregunté mientras el frío se me metía en los huesos.

—Tanque me contó algo anoche —susurró con voz grave.

—¿Qué?

Comprobó con la mirada que nadie nos observaba. Satisfecha, explicó:

—Me dijo que un grupo de hermanos fueron a casa de Rider a verlo. Ya sabes, solo para ver cómo le va.

Estiré la mano y la agarré del brazo.

—¿Y?

Preciosa levantó las cejas ante mi gesto. La solté inmediatamente.

—Lo siento.

—No pasa nada. —Cogió aire y se acercó más—. No estaba allí.

—¿Adónde creen que se ha ido?

—Ese es el tema. Tanque dice que es como si se hubiera esfumado. Sus cosas siguen allí, y la Chopper sigue aparcada en la puerta. Incluso había un vaso de licor a medio beber junto al sillón. Ha desaparecido sin más, como un fantasma. Le han pedido al nuevo aspirante, Slam, que vigile la casa las veinticuatro horas, pero todavía nada.

Me invadió un mal presentimiento. Algo iba muy, pero que muy mal.

—¡Preciosa! —Las dos dimos un brinco cuando Tanque la llamó desde el otro lado de la habitación—. Nos vamos. ¡En marcha!

Preciosa me apretó la mano.

—No le digas a Styx lo que te he contado. Me meterías en un buen lío, se supone que no puedo saber nada de los asuntos del club.

—Te lo prometo.

Styx caminó hacia mí y falsifiqué una sonrisa. Preciosa se despidió con la mano y fue a reunirse con Tanque. Todos juntos, los hermanos y sus

mujeres, abandonaron el complejo.

Estábamos solos.

Styx se inclinó sobre mí, me atrapó la cara entre las manos y me dio un largo y prometedor beso en los labios. Cuando se separó, me costaba respirar.

—¿Lista p-para pasar el d-día en la c-cama? —me preguntó con seguridad mientras levantaba una ceja con picardía.

Le rodeé el cuello con los brazos y la cintura con las piernas.

—Llevo toda la vida esperando este día.

Respondió a mis palabras con una gran sonrisa.

Perfecto.

—Nunca me canso de esto —dijo Styx sin respiración mientras me besaba la cara interna del muslo.

Me había hecho suya tres veces. Tres ardientes veces, sudorosas e increíblemente intensas.

Le acaricié el pelo con los dedos mientras se colocaba encima de mí.

—Te quiero —susurré.

Sonrió y se le marcaron los hoyuelos.

—Nena. Te quiero, joder.

—Hablas mejor.

Pasó los dientes por el aro del labio inferior.

—Es p-por ti. Es mucho más f-fácil y ninguna p-pitón me estrangula cuando estoy contigo. Me siento libre.

Posé las palmas de las manos sobre su pecho y lo empujé a un lado. Luego, me senté a horcajadas sobre su cintura. Me deleité con su desnudez: músculos, piel morena, tatuajes de colores... era la imagen de la perfección masculina. Con un dedo, empecé a recorrer su piel, comenzando por el rostro maravillosamente áspero, siguiendo por las mejillas, el cuello y la cicatriz en forma de esvástica del pecho.

Me aplastó la mano contra sus pectorales.

—N-no me molesta.

Lo miré sorprendida, luego fruncí el ceño interrogante.

—¿No? Esos hombres te grabaron la piel.

Sacudió la cabeza.

—M-me da fuerzas, nena. Me hace más f-fuerte.

Me incliné y lo besé. Al separarme, me bajé de su cintura y salí de la cama. Lo miré de reojo y me dedicó una sonrisa divertida como respuesta.

Me acerqué a la silla de cuero negro que había en la esquina, cogí la guitarra de Styx y volví a la cama.

Se puso de lado y se apoyó sobre el brazo.

—¿Quieres que te enseñe más?

Negué con la cabeza y bajé la mirada mientras me colocaba la guitarra en el regazo.

—Quiero tocarte algo. —Levanté los ojos para mirarlo.

Abrió la boca de par en par y la volvió a cerrar.

—¿V-vas a tocar p-para mí?

—He estado practicando. Preciosa me ha ayudado a conseguir algo de música y, bueno, mientras estabas fuera, he aprendido una canción para ti.

Tenía las mejillas incandescentes y sentía que me ardía la piel.

—Nena —susurró.

Cuando volví a mirarlo, hizo un gesto con la barbilla para animarme a empezar.

Respiré hondo, coloqué bien la guitarra y, con torpeza, rasgué las primeras cuerdas. Styx dibujó una sonrisa orgullosa en la cara, lo que me animó, era el momento de cantar.

I hope you're the end of my story. I hope you're as far as it goes.

I hope you're the last words I ever utter. It's never your time to go...

Recité cada línea tal y como había ensayado. A Styx se le iluminó el rostro y me miraba con orgullo y absoluta adoración. Le dediqué cada palabra de la letra, quería que fuera el final de mi historia.

Mientras los últimos acordes de la canción *I Hope You're the End of My Story* de Pistol Annies se apagaban, Styx me arrancó la guitarra de las manos y la tiró al suelo.

—¡Styx! —chillé cuando me atrapó bajo su cuerpo y su erección me golpeó el interior de los muslos.

—Joder, Mae.

—¿Te ha gustado? —pregunté mientras me retorció bajo su pecho y con las manos le rodeaba la espalda.

—Uf, nena. T-tu voz es p-perfecta.

Styx levantó las caderas y, con un rápido empellón, me penetró. Dejé salir un largo gemido al sentir la presión, el ardor, la perfección. Enredó los dedos con los míos al tiempo que me embestía de forma enérgica. No dejé de mirarme en ningún momento mientras se clavaba cada vez más dentro de mí, mientras me llenaba por dentro.

—Styx —gemí cuando sus movimientos se volvieron frenéticos.

—Córrete —ordenó con un gruñido grave—. Córrete. ¡Ahora!

Excitada por lo que me pedía, sentí una presión irresistible que me subía por la columna vertebral y, entonces, exploté de placer.

—Mae —susurró.

Estaba encima de mí. Tenía el cuerpo rígido y el cuello en tensión, y su erección se expandía dentro de mí. Casi resultaba doloroso.

Con unas últimas embestidas suaves, se relajó encima de mí y se apartó a un lado para liberarme del peso de su cuerpo. Su cálida semilla se deslizó por mis muslos.

Me presionó la mejilla con la mano y me atrajo hacia él para compartir la almohada.

—No me c-creo que hayas v-vuelto después de t-tantos años.

El corazón me dio un vuelco en el pecho.

—Estaba escrito.

Styx se revolvió, incómodo, en la cama antes de acercarse más a mí.

—¿Mae?

—¿Sí? —susurré mientras contenía el aliento.

—Te...

Unas fuertes pisadas al otro lado de la puerta lo interrumpieron.

—¡Presi! ¡Mae! ¡Cuidado! —gritó una voz ahogada desde el pasillo.

La puerta de la habitación se abrió con un estruendo y grité cuando alguien empujó dentro el cuerpo ensangrentado de un hombre, que cayó al suelo con un golpe seco. Cuatro hombres con pasamontañas entraron apuntándonos a la cabeza con sus armas.

Styx saltó de la cama y se lanzó contra los invasores, pero lo derribaron de un golpe en la sien con el cañón de una enorme pistola. Volví a gritar al darme cuenta de que Styx corría peligro, luego, me tapé el cuerpo desnudo con la sábana y me fijé en el hombre abatido en el suelo.

No, no, no, no... ¡Rider!

Rider, medio desnudo y herido.

Abrió los ojos hinchados durante una fracción de segundo y me miró. La tristeza me atravesó y me hundió el estómago.

«Por eso había desaparecido de su casa, lo habían secuestrado», pensé sin apartar la mirada de su cuerpo ensangrentado y maltrecho.

—¡De rodillas! —gritó el líder del grupo con una voz profunda y rígida. Un segundo hombre saltó sobre la cama y, con agresividad, me agarró del brazo.

—¡Tú también, puta!

Enterró la mano en mi pelo, cerró el puño y me arrastró hasta el suelo. Sentí un dolor insoportable en el cuero cabelludo cuando me tiraron de forma violenta entre Rider y Styx, que estaban de rodillas con las cabezas gachas.

Al golpear el suelo, la sábana que me cubría el cuerpo se deslizó y Styx dejó escapar un gemido afligido entre dientes. Me arriesgué a mirarlo de reojo y vi que me observaba con furia. Los ojos le ardían de rabia y fulminaba con la mirada a los hombres que estaban sobre nosotros y que contemplaban mi cuerpo expuesto. Estaba desnuda a la vista de todos. La habitación quedó en silencio y oí a Rider respirar con dificultad. Cuando miré en su dirección, me clavaba los ojos con lujuria.

El hombre que estaba al mando se acercó a la puerta, descolgó la bata negra del colgador y me la tiró a la cara.

—Cúbrete, puta —ordenó.

Con manos temblorosas, me envolví el cuerpo con ella y até el cinturón con un doble nudo.

—Las manos a la espalda.

Hice lo que ordenaba, pero Styx se negó y el líder le dio un golpe en la mandíbula con la culata de la pistola.

—¡Todos, ahora!

Las lágrimas me rodaron por las mejillas mientras Styx obedecía de mala

gana. Vi cómo tensaba la garganta, el pecho se le hinchaba y apretaba los labios. Estaba intentando hablar, pero no podía. Se me partió el corazón.

Me encontré con su mirada furiosa e intenté asegurarle que estaba bien, pero no funcionó. Las venas del cuello le palpitaban de ira y tenía la cara enrojecida.

Tres de los hombres se sacaron unas ligaduras de los bolsillos y nos ataron las muñecas con brusquedad. Las tiras de plástico eran demasiado duras para romperlas.

Éramos sus prisioneros.

Rider se balanceó y se inclinó sobre mí con el cuerpo cubierto de sangre y barro. Estaba tan cansado que apenas podía mantener la cabeza erguida.

Los hombres con pasamontañas se quedaron ante nosotros. Todos iban vestidos de negro, y nos apuntaban a la cabeza con las armas, pero Styx se arrodilló derecho, desafiante, y sus ojos prometían venganza y represalias. Aunque lo superasen en número, el valor y la fuerza brillaban en él.

El líder vio el desafío en la mirada de Styx y soltó una carcajada desgarradora que me heló la sangre. Esa risa... Reconocería esa risa en cualquier parte.

Se me escapó un gemido y el líder del grupo de encapuchados se giró en mi dirección. Caminó hacia mí lentamente y se agachó. Sentí que tanto Rider como Styx se ponían rígidos. Estaba rodeada por las dos personas que más quería, pero no podían protegerme de este hombre. Creía que... no... *sabía* que al final me encontraría.

El hombre levantó la mano despacio y se quitó el pasamontañas. Me quedé sin aire en los pulmones.

—Hermano Gabriel —susurré con la mandíbula apretada.

Styx rechinó los dientes a mi lado de rabia cuando Gabriel sonrió con superioridad mientras se pasaba una mano por el pelo largo y castaño.

—Salome —dijo muy despacio. Cuando pronunciaba mi nombre, sonaba como un insulto—. Has sido una mujer muy mala e insolente. —Chaqueó la lengua y agitó el dedo frente a mi cara como si estuviese regañando a un niño—. Te hemos buscado durante mucho tiempo. —Se giró hacia los otros y rio—. Y mira dónde te encontramos, manchada con la semilla de este pecador. —Señaló a Styx—. En el lugar que más despreciamos, con las personas que durante tanto tiempo hemos intentado destruir.

No entendía lo que decía. ¿Cómo es que la Orden conocía a los Verdugos? ¿Cómo es que estaban intentando destruirlos? Le dediqué a Styx una mirada rápida y vi que estaba tan confuso como yo. Me mantuve firme ante Gabriel y adopté la misma expresión neutra que había mantenido durante años. Era experta en el arte de ocultar las emociones.

—Esto es lo que pasará ahora —anunció Gabriel e interrumpió mis pensamientos—. Vas a venir con nosotros. Vas a cerrar esa boquita como una buena mujer y te arrepentirás de tus fornicios. Has mancillado tu pureza con este pecador —gruñó y curvó los labios—. Todavía tienes su semen arrojando por el muslo.

Uno de los hombres presionó la pistola contra la sien de Styx, que parecía a punto de explotar con furia asesina.

—Luego, completarás tu unión con el profeta David, como fue revelado por el Señor, y sellarás el futuro de nuestra gente en el paraíso.

Respiré temblorosa y cerré los ojos. Entonces, los abrí de golpe de nuevo y miré a Gabriel fijamente.

—Haré lo que me ordenas —concedí dócilmente.

Tuve que tragar el nudo que se me había formado en la garganta cuando Styx se revolvió en protesta. El guardia lo golpeó en el estómago con la pistola y recibió el impacto sin pestañear.

—Dejad que Rider y Styx se vayan, por favor —supliqué.

Gabriel rio.

—Verás, Salome, eso no es decisión tuya.

—¡Por favor! Son inocentes. ¡Dejad que se vayan!

Uno por uno, los hermanos se descubrieron las caras. Estaban todos: Gabriel, Noah, Moses y Jacob. Este último clavó sus ojos grises en los míos y se acercó a mí. Se detuvo detrás de Gabriel y esbozó una amplia sonrisa. Sentí como si cientos de arañas se arrastrasen sobre mi piel y me estremecí asqueada.

—Salome, nos volvemos a encontrar —susurró fríamente.

—Jacob —escupí mientras el asco me revolvía el estómago.

Los años de abusos me vinieron a la memoria. Apreté los ojos e intenté alejar los horribles recuerdos: los tocamientos, las violaciones, la vergüenza.

Con un rugido, Styx se lanzó contra Jacob. Grité cuando chocaron y,

como un nudo de piernas y brazos, cayeron al suelo. Styx se las arregló para darle una patada en la mandíbula. Se oyó un golpe sordo y, a continuación, Noah golpeó a Styx en la nuca con la pistola y lo hizo caer a un lado.

Jacob se levantó mientras se sujetaba la mandíbula herida y lo miré mientras la recolocaba. Jacob se abalanzó sobre Styx y Rider se inclinó sobre mí para bloquearme la vista.

—¡Ya basta! —ordenó Gabriel. Los hermanos se quedaron paralizados al instante—. Atadlo al poste de la cama.

El hermano Noah arrastró a Styx hasta el pie de la cama y lo dejó bien atado. Styx se retorció como un loco, pero el mueble no se movió. Lo miré a los ojos y, en silencio, articulé: «te quiero».

Styx se quedó quieto.

—¿Quieres salvar a estos hombres, Salome? ¿A estos salvajes?

Gabriel señaló a Rider, y el hermano Moses se agachó para obligarlo a levantarse.

Rider se balanceaba y se tambaleaba.

—¡No! ¡Por favor, no le hagáis daño! —grité.

Gabriel le dio la vuelta y Rider bajó la mirada hasta mí con una expresión extraña en la cara. Estaba atormentado, contrariado, ¿arrepentido?

Gabriel se sacó un enorme cuchillo del interior de la bota y lo sostuvo en el aire.

—Quieres que salve a este despojo, ¿eh?

Gabriel estaba disfrutando. Rider parecía aturdido. Tenía las mejillas empapadas por las lágrimas. Observé cómo Gabriel cortaba las ataduras de Rider con el cuchillo. No podía respirar. Iba a matarlo. Iba a ver a los dos hombres que más me importaban morir ante mis ojos.

Gabriel agarró a Rider por la muñeca y le dio la vuelta con el cuchillo preparado para clavárselo en la garganta. Oí cómo Styx contenía la respiración e hice lo mismo.

Gabriel se acercó más a Rider.

—¿Listo para morir?

Rider lo miró impasible. ¿Por qué no peleaba? Quería gritarle que se resistiera, pero no me salía la voz.

Gabriel no se movió mientras observaba la reacción de Rider, luego, de

pronto, dejó caer el cuchillo al suelo y abrió los brazos.

—¡Hermano Cain, me alegro de volver a verte!

Abrí los ojos de par en par cuando Rider se enderezó. Una enorme sonrisa le apareció en el rostro, y, repentinamente, parecía que las heridas ya no le dolían y que se le había olvidado el cansancio.

—¡Hermano Gabriel! —respondió mientras se abrazaban.

Los latidos de mi corazón eran cada vez más altos y más fuertes. Todo a mi alrededor se ralentizó mientras observaba cómo Rider y Gabriel disfrutaban de una alegre reunión.

Las palabras de Gabriel me retumbaron en los oídos. «Hermano Cain, me alegro de volver a verte».

¡No!

Me desplomé en el suelo, sin fuerzas. El cuerpo me había colapsado por la sorpresa. No quería creer lo que veía, Rider abrazaba a los ancianos como si fuera uno más. «Hermano Cain, me alegro de volver a verte».

Miré a Styx, y él a mí.

«Rider es el topo. ¡Rider es el topo de mierda!», me comunicó con la mirada.

«Rider es un discípulo», transmití.

¡Un momento!

¿Hermano Cain? ¡Hermano Cain!

—No —apenas susurré.

Los hermanos y Rider se giraron al oírme y lo miré a los ojos, ahora desconocidos para mí. Recuperé algo de energía y pregunté:

—¿Eres el hermano Cain? ¿El sobrino del profeta David? ¿El heredero de la Orden?

Rider me miró. Ahora era un extraño. Cain era el discípulo que tomaría el mando de la Orden cuando el profeta David falleciera. Rider era el hermano Cain. Rider no existía.

Los sollozos me desgarraron la garganta y rompí a llorar en el suelo. Oí a Styx retorcerse de nuevo, intentando en vano liberarse para llegar hasta mí. Ya no podía soportarlo. No podía soportar perder a nadie más.

—Cogedla. Tenemos que irnos —ordenó Rider... no... Cain, y me arrancó de mis pensamientos.

Me puse de rodillas y me arrastré hasta Styx. Me deslicé como pude y me lancé contra su cuerpo.

—Te quiero, Styx. Te quiero.

Gruñía y se retorció para liberarse, luchaba por rodearme la cintura con los brazos. Movía los labios como si intentara hablar, pero fue en vano, no hubo más que silencio. Las palabras no llegaron y vi la frustración en su rostro.

—Cariño, mírame. ¡Mírame! —grité y me miró con ojos desesperados. Le supliqué—: No intentes buscarme. —Sacudió la cabeza de forma frenética y volví a suplicar—. Por favor, no me busques. No me dejarán marchar nunca. Nunca me liberaré de esta vida. Deja que me vaya, déjame ir. Protégete, protege al club y a tus hermanos.

De pronto, unas grandes manos me agarraron los brazos. Luché por liberarme y besé a Styx en los labios, necesitaba esa conexión. Intenté saborear el gusto a humo, el olor a almizcle, pero nuestro encuentro fugaz se acabó demasiado pronto. Me levantaron y alguien me sujetó con mano firme: Cain.

—Noah, Moses, enviad un mensaje a los Verdugos —ordenó, los ancianos se acercaron a Styx.

—¡No! ¡No! —grité una y otra vez—. Styx, te quiero. ¡Te quiero!

Rider me sacó en brazos de la habitación de Styx y me bajó por las escaleras que daban al patio.

—Vete al infierno, Cain. ¡Vete al infierno! —grité mientras me retorció para soltarme.

Cain se paró y me estampó contra la pared mientras me miraba con los ojos encendidos.

—¡Ya estoy en el infierno! ¡Esto es un puto infierno! ¡Verte con él es el infierno! Te llevo de vuelta a casa, lejos de este antro de pecado, con tu gente, ¡y lejos de él!

La furia me atravesó. Antes de darme tiempo a pensar en lo que hacía, le escupí en la cara. Cain se paralizó cuando sintió mi saliva deslizarse por su mejilla y luego por su barba.

—¡Te odio! ¿Cómo puedes llevarme de vuelta a esa guarida del mal después de lo que me han hecho durante años? ¡Me dijiste que me querías! ¡Era mentira! Si me quisieras, no me llevarías de vuelta. Preferiría estar

muerta. ¡Mátame y ya está!

Cain se inclinó muy cerca de mí y volví a chocar la espalda contra la dura pared de cemento, lo que me cortó la respiración.

—Ese es el puto problema, Salome. Te quiero y no debería hacerlo. Está prohibido. Mi misión era liberarte y llevarte con mi tío. Entregarte al profeta David. Es lo que debo hacer. Es la voluntad de Dios. Pero te quiero, joder, y es una carga que tendré que llevar siempre.

Cada vez estaba más confusa.

—¿Qué? Si me quieres, déjame ir, por favor.

Por un momento, el Rider que conocía y quería, el que había sido mi mejor amigo, me miró, pero cuando Moses, Noah y Gabriel arrastraron a Styx fuera de la habitación, la fría mirada del hermano Cain volvió a tomar el control.

—¡Styx! —grité y el corazón me retumbaba en el pecho mientras alejaban de mí su cuerpo. A pesar de estar débil por los golpes que acababa de recibir, levantó la cabeza al oírme.

—¡Styx! —grité lo más alto que pude.

Me encogí contra la pared, no podía liberarme. El corazón se me partió en dos cuando los ancianos se lo llevaron al patio, y, en todo momento, peleó contra sus ataduras, luchando por volver a mi lado.

«Siempre intentaré protegerme», pensé.

Volví a centrarme en Cain y lo miré.

—Nunca te perdonaré esto, hermano Cain —susurré con voz firme y plana.

Por un segundo, una punzada de dolor le atravesó el rostro cuando el hermano Jacob se situó junto a nosotros. Cain me estiró el brazo izquierdo.

—¡Hazlo! —ordenó a Jacob con severidad.

Dirigí la atención a Jacob y, sin poder hacer nada, observé cómo me acercaba una larga jeringuilla y me la clavaba en la piel del brazo. Mientras perdía la consciencia, luché por liberarme de Cain.

—Nunca te perdonaré, nunca...

Capítulo 22

Styx

No podía hablar.

No conseguía pronunciar ni una puta palabra. Rider. ¡Rider de los cojones! Era uno de ellos. Todo este tiempo, todos estos años como capitán de ruta, cinco años con los Verdugos, cinco años en primera línea en las ventas de armas y los acuerdos, ¡y era uno de ellos!

¡Hijo de puta!

—Noah, Moses, enviad un mensaje a los Verdugos —susurró Rider mientras agarraba a Mae y la sacaba de la habitación. La rabia me nublaba la vista.

—Styx, te quiero. ¡Te quiero! —gritó Mae con los ojos llenos de lágrimas.

¡Se la llevaban de mi lado!

«¡Mae!», quería gritar, pero las palabras no me salían. Se me atascaban en la garganta, como un nudo que me ahogaba y me bloqueaba, sin intención de moverse.

La puerta que llevaba al pasillo se cerró y dos de los cabrones con barba se me acercaron. Apreté los dientes e intenté liberarme de mis ataduras, pero los hijos de puta estaban cada vez más cerca. Me prometí que, si se acercaban lo bastante, los reventaría a cabezazos, les partiría la nariz o les rompería la mandíbula, lo que fuera.

—¿Así que tú eres el famoso Verdugo mudo? —provocó el primero.

Me quedé observando, tratando de incitarlos a acercarse.

Se miraron el uno al otro y se rieron.

—Creo que su silencio lo deja claro. Qué gracioso, no parece tan duro ahí de rodillas, suplicando como una puta.

Un movimiento me llamó la atención y vi a Jacob dar vueltas por la habitación impaciente. No dejaba de mirarme y gruñía. «Así que este es el pedófilo», pensé. Ese era el hijo de puta enfermo que había violado Mae cuando tenía solo ocho años.

Elevó los labios con una sonrisa que me dio a entender que sabía en qué pensaba y apreté la mandíbula al momento. Se acercó, se agachó frente a mí y empezó a provocarme.

—Qué apretada estaba la primera vez.

Me puse tenso, sentía que los músculos se me iban a desgarrar.

—En un primer momento se resistió, se retorció para liberarse, pero la trampa la mantuvo en su sitio. Al principio chilló, ya sabes, cuando me llevé su virginidad. Pero pronto aprendió a disfrutar de mí. —Bajó la cabeza y también la voz—. Me la he follado por cada agujero del cuerpo, de cada forma posible y siempre estaba empapada y deseando más.

Me hervía la sangre. Me lancé hacia delante, le clavé los dientes en un lado del cuello, le arranqué un pedazo de carne y lo escupí en el suelo. El sabor a cobre me llenó la boca. Rugió de dolor y sonreí cuando las gotas de sangre se le deslizaron por la barbilla.

Los otros dos hermanos me atacaron, me llenaron de puñetazos y me patearon las costillas. No aparté la mirada de Jacob y sonreí mientras la lluvia de golpes de los hermanos caía sobre mí.

—Moses, Noah, llevadlo fuera —ordenó Gabriel cuando Jacob me agarró por el cuello, todavía en *shock*.

Moses y Noah me levantaron por los brazos y me arrastraron por la puerta.

Mae.

Rider la mantenía sujeta contra la pared. Tenía la cara demasiado cerca de la de ella. Se la veía muy asustada.

Nuestra entrada al pasillo le llamó la atención y clavó los ojos llorosos en los míos.

—¡Styx! —gritó—. ¡Styx!

«Habla. Vamos. Habla. Lo que sea. Una palabra. Un sonido. Algo. ¡Joder!». Tensé el pecho mientras intentaba obligar a las palabras a salir. Sentía cómo se reían de mí, se burlaban, pero no salieron.

Los dos capullos que me sujetaban pasaron junto a Mae tan deprisa que no me dio tiempo a hablar. No pude hablar con mi mujer. Consolarla. No podía ayudarla. Me ahogaba.

Mierda.

—¡Hazlo! —ordenó Rider.

Clavé los pies en el suelo y me las apañé para girarme justo a tiempo para ver cómo Jacob le clavaba a Mae una jeringuilla en el brazo.

—Nunca te perdonaré, nunca... —farfulló mientras caía inconsciente, el dolor de su voz se reflejó en el rostro de Rider.

A los pocos segundos, Mae se había ido. Me empujaron por las escaleras y salimos al patio, la noche de verano era pegajosa y demasiado húmeda para respirar.

—¡El portón! —ordenó Moses.

Noah asintió y nos detuvimos junto a la puerta principal. Uno de los cabrones se puso detrás de mí para soltarme las manos de las ataduras. Aprovechando el breve momento de libertad, les di un puñetazo en la cara, uno por uno, pero alguien me placó por detrás y me tiró al suelo.

—Quédate en el suelo —me amenazó una voz grave.

Rider.

—Atadlo —ordenó.

Me levantaron del suelo y me sujetaron contra las barras de metal del portón. Me ataron las muñecas a los lados y los músculos me ardían con el movimiento. Finalmente, también me unieron los pies por los tobillos con un cable.

Me reí por dentro al visualizar la retorcida postura en la que me habían dejado. Bonito detalle, capullos religiosos.

Podía estirar y encoger los dedos, pero no podía soltarme. Entonces, llegó Jacob, se apretaba una toalla contra el cuello, la sangre empañaba la tela. Sonreí hasta que Rider me miró.

—¿Está segura? —comprobó.

Mae.

—Segura —respondió Jacob mientras me fulminaba con la mirada.

Rider se quedó mirando a Jacob durante un largo segundo y, luego, cerró los ojos con fuerza.

Si el «hermano Cain» quería a Mae tanto como decía, le arrancaría la cabeza al hijo de puta sádico por violarla, por los años de crueles abusos. Si Rider no abría los ojos, me aseguraría de vengarme algún día. Esta vez, nada en el mundo me impediría encontrar a Mae. Lo era todo para mí, joder. Una secta de pirados no la apartaría de mi lado.

—Esperad en la furgoneta —pidió Rider.

Los hombres se pusieron los pasamontañas y nos dejaron solos. Estiré el cuello para mirar el patio a mi espalda y vi una furgoneta Ford negra, sin matrícula ni rasgos distintivos. Nada que me pudiera ayudar a localizarla.

Mae estaba en la parte de atrás, inconsciente y yo no podía moverme. No podía salvarla.

—Styx.

Al oír mi nombre, me volví para mirar a Rider, que se había colocado frente a mí. El cabrón parecía aliviado, como si por fin hubiera ganado.

—Todo esto ha pasado porque te eligió a ti, ¿sabes? —Apreté la mandíbula y noté el sabor de mi propia sangre que me brotaba de las encías a causa de la presión—. Vamos a ver, ¿qué cojones es lo que ve en ti? La forma en que te mira, la forma en que se obsesiona contigo... Me resulta incomprensible.

Apenas podía respirar mientras hablaba de mi mujer. Mierda. Sí que la deseaba. Joder, ella me quería y el gilipollas no lo soportaba.

Me dio un puñetazo en la cara y la cabeza se me salió disparada hacia un lado. Menudo gancho derecho tenía el cabrón.

—Ahora te toca escuchar a ti, hermano.

Entrecerré los ojos.

—Durante años he tenido que cometer cientos de pecados y actos de pura maldad por culpa de esta hermandad: los hermanos se follan a todo lo que se mueve, matan por diversión, beben, le dan la espalda a Dios. Me gané vuestra amistad, vuestra confianza. Todo este tiempo he despreciado a todos y cada uno de los pecadores del complejo. De lo que no te diste cuenta es de

que hace años la Orden firmó un contrato muy lucrativo. Un contrato por un gran número de armas que nos proporcionarían beneficios suficientes para expandir nuestra comuna. Llevaría algunos años sacarlo adelante, pero no era problema. Necesitábamos esos años para sondear el mercado y conocer a los competidores. Importamos las armas desde Gaza, una mierda de muy buena calidad. Sin embargo, ya había alguien en nuestro territorio: vosotros.

»El plan era muy fácil: infiltrarse en los Verdugos, ascender en las filas e informar al profeta David y a los ancianos. Y eso hice. De manera casi perfecta, joder. Fuimos nosotros los que interceptamos el trato con los rusos, yo les di los detalles, y así empezamos a sacar a los Verdugos del mercado de las armas. Las nuestras eran mejores, así que los rusos no se quejaron. La guinda del pastel fue cuando tu viejo se marchó con el barquero. Es decir, ¿su hijo, un crío, un imbécil mudo iba a tomar el mando? No podía ser mejor para nosotros.

»Nosotros pagamos a los nazis para que te quitaran de en medio. Al final, Pit asumió la culpa. No fue difícil haceros creer que el aspirante era un traidor, como robarle un caramelo a un niño. Pero entonces, Mae apareció, desangrándose. Todo cambió para mí. Absolutamente todo.

Se meció la barba castaña y esbozó una sonrisa burlona. Me prometí en silencio que le cortaría la cabeza al hijo de puta y la colgaría en la pared, un trofeo que me hiciera sonreír el resto de mi vida. Nunca había deseado tanto mutilar y matar a alguien. Quería causarle dolor, mucho dolor, tanto que me suplicase que lo matara.

—Al principio no sabía quién era Mae —continuó.

Me esforcé por concentrarme. Cualquier cosa que dijera podría ser útil. Necesitaba escuchar cada jodida palabra que saliera de la boca de aquel traidor descerebrado.

—Nunca la había visto antes. Me crié lejos de la comuna para estudiar el liderazgo de la Orden, nuestras enseñanzas y aprender medicina, aprender a sanar. Tenía que estar recluido hasta que me llegase el momento de ascender. Sin embargo, las cosas cambiaron y me asignaron una nueva misión: infiltrarme en los Verdugos. Había vivido fuera de la comuna y conocía el mundo exterior, era la decisión lógica, yo podría encajar en un club de moteros proscritos.

»Por supuesto, había oído hablar de las «hermanas Malditas» de la

comuna, las cuatro preciosidades de la Orden. Todos las conocíamos: Salome, sus dos hermanas y otra más, Delilah. A los hermanos se nos advertía que nos mantuviéramos alejados de ellas. Podrían tentar a cualquier hombre, hacerlo caer. Se rumoreaba que Salome era la más hermosa de todas, pero, joder, los rumores ni se acercaban a la verdad, ese pelo, esos ojos, ese cuerpo de pecado. No me di cuenta de que era una de los míos hasta que le vi el tatuaje de la muñeca y las marcas en la piel. Pero no entendía cómo había escapado. Entonces, Gabriel me informó de que Salome había huido el día de su boda y supe que quien había llegado hasta aquí era una de las Malditas, la profetizada séptima esposa del profeta David. La acogisteis y la hicisteis una de los vuestros. La convertiste en una puta. La alejasteis del camino recto de la Orden.

De repente gruñó, se lanzó contra mí y me dio un puñetazo en el estómago. El golpe estuvo a punto de hacerme vomitar. Me deshice del dolor. No iba a permitir que el imbécil me doblegara. El odio que sentía hacia él y hacia sus hermanos me mantenía ajeno al dolor.

—No quería tener nada que ver con Mae. Tenía que decir a la Orden dónde estaba, organizar la recuperación y evitar arriesgar todo el trabajo que había hecho. Pertenece al profeta David. Pero entonces tú me obligaste a cuidarla. ¡Tú me hiciste quererla, me hiciste desearla! —Me agarró las mejillas con las manos—. ¡Me has destruido! Y ahora tengo que llevarla con él. Ya no puedo seguir manteniéndola alejada, ¡tengo que devolverla!

Curvé los dedos. «Respira. Traga. Habla. ¡Habla, joder!», ordené a mi garganta. Pero, de nuevo, no salió ninguna palabra. ¡Joder!

Rider rio.

—¿Sigues sin tener nada que decir, presi? —Dio un paso atrás—. Eres patético. No has sido capaz de echarle huevos y hablarle a tu mujer cuando te llamaba, cuando gritaba tu nombre. Nunca la has merecido.

Me alejé tanto de las barras que las extremidades se me doblaron en exceso. Sentí un estallido en el hombro, seguramente lo habría dislocado, pero me dio igual, agradecí el dolor. Me ayudaría a concentrarme. Me daría fuerzas para vengarme.

Rider se inclinó hacia mí y susurró:

—No voy a matarte. No, sería demasiado fácil y no necesito más sangre en las manos. Ya he pecado demasiado por culpa de este club. —El gesto del

traidor se hundió un poco en ese momento, pero, rápidamente, volvió a endurecer la mirada—. Quiero que vivas, Styx, que sepas que Mae está ahí fuera y no vas a volver a verla. A ver qué te parece vivir en el infierno que yo he tenido que soportar los últimos meses. No te molestes en buscarnos. Nunca nos encontrarás. Nadie lo ha hecho nunca.

—¡Hermano Cain, debemos irnos! —gritó uno de los hombres desde el patio.

Rider se marchó sin mirar atrás. El corazón se me aceleró cuando el motor de la furgoneta arrancó y peleé con todas mis fuerzas contra las ataduras. Como un gilipollas mudo y crucificado, observé cómo el vehículo se marchaba en dirección sur, por mi carretera, y se llevaba a mi mujer.

Temblé con una rabia incontrolable, abrí la boca y solté un grito largo y silencioso.

—¡Styx! ¿Qué cojones...?

Abrí los pesados párpados y vi a Ky, Tanque y Toro bajar de las Harley y correr hacia mí. Varias filas de ojos que ardían de rabia me miraban. Decenas de hermanos sentados sobre sus motos a la entrada del complejo me observaban, colgado, desnudo y apaleado en alguna pose romana retorcida de ejecución. Los Verdugos habían regresado, por fin. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí, pero solo pensaba en una cosa: venganza.

Y en ver a Rider muerto.

Toro se sacó de la bota una navaja del ejército suizo y cortó las cuerdas que me sujetaban. Unos hermanos me sostuvieron cuando fui incapaz de tenerme en pie por mí mismo.

—¿Quién coño ha hecho esto? —susurró Ky, aunque sonó como un grito en el silencio de los hermanos que observaban.

Apagaron los motores y rápidamente me llevaron adentro. En cuanto cruzamos la puerta del bar, me dejaron en el sofá más cercano y alguien me lanzó una manta para cubrirme el cuerpo desnudo y magullado.

Preciosa.

El trío de psicópatas se colocó ante mí, sin dejar de moverse inquietos e hirviendo de rabia. Todos parecían palpitar de furia.

—He dicho que qué coño ha pasado —insistió Ky.

Letti entró corriendo al bar desde mi apartamento.

—No está allí —afirmó inexpresiva. Joder, nunca había visto a Letti alterarse, pero ahora tenía los ojos desorbitados al descubrir que Mae había desaparecido.

—¿Dónde está Mae? —preguntó Tanque con voz tensa. Ya sabían que se la habían llevado.

Me incorporé en el asiento y me pasé los dedos por el pelo. AK me puso un vaso de *bourbon* en la mano, me lo bebí de un trago y sentí cómo el calor me bajaba por la garganta.

—¿Quién ha sido, presi? ¿Los cabezas rapadas? ¿Los mexicanos? ¿Tenemos que cargarnos a más nazis? —gruñó Llama mientras caminaba sin parar de un lado a otro como un puto loco, estaba sediento de sangre. Perfecto. Iba a necesitarlo pronto. Había mucha sangre que derramar.

Miré a Ky, levanté las manos y, con torpeza, gesticulé: «R-I-D-E-R».

Todos los hermanos que entendían el lenguaje de signos se quedaron de piedra, incrédulos, hasta Llama se quedó quieto. Hay una primera vez para todo. El hermano nunca dejaba de moverse, demasiados demonios le consumían por dentro.

—¿R-I-D-E-R? —deletreó Ky en voz alta—. ¿Rider se ha llevado a Mae y te ha colgado ahí como si te hubiera crucificado? —confirmó para que todos lo oyeran.

La habitación se sumió en un silencio sepulcral.

«Ha sido un topo desde el principio. Le tendió una trampa a Ky. Ha estado filtrando información durante años. Buscaba quedarse con nuestro territorio para vender armas».

—¿Para quién trabajaba el hijo de puta? —preguntó Vikingo.

Exhalé y me tragué las náuseas que me provocaba el haber perdido a Mae. Me sentía como si me hubiesen triturado el estómago. ¿Qué infierno estaría soportando en ese mismo momento? ¿Y si la...? ¡Joder! No podía ni pensarlo. Necesitaba reventar cráneos, cráneos sectarios, y reducirlos a polvo.

—¡Presi! —escupió Ky.

Me centré de nuevo. «La secta de Mae. El hijo de puta es el heredero o alguna mierda así».

Preciosa se tapó la mano con la boca.

—¿Rider pertenece a la secta de Mae? ¡No!

Asentí con rigidez.

—¿Se ha llevado a Mae? —preguntó mientras las lágrimas se le acumulaban en los ojos.

La tensión que reinaba en la habitación mientras esperaban que respondiera podía cortarse con un cuchillo. Asentí de nuevo.

—¡No! —Preciosa dio un grito ahogado—. La castigarán por escapar. Ella misma me lo dijo.

Tanque agarró a Preciosa por el brazo y la acunó contra el pecho para que se callara.

Temblando impaciente, me giré hacia Ky y gesticulé: «Llama a todas las sedes del estado, joder, a todas las que estén a menos de ocho horas de viaje. Oklahoma, Luisiana, Florida, Nuevo México y Alabama. Que vengan. Voy a declararle la guerra a la comuna. Toro, Tanque, el trío, tú y yo vamos a hacerle una visita al senador. Ese cabrón tiene algo que ver con todo esto. Es la clave para recuperar a Mae. Reúne la munición y las armas. Necesitaremos todo lo que esté en nuestras manos».

—¿Y luego qué? —preguntó Toro, los demás se preparaban para ponerse en marcha.

Me levanté, me sujeté el hombro dislocado, lo re Coloqué en su sitio e hice crujir el cuello. «Luego vamos a ir a recuperar a mi dama. Pienso llevar la ira de Hades a todos los cabrones de esa secta de violadores y lava cerebros».

—¡El puto senador Collins! —gritó Vikingo cuando irrumpimos en el dormitorio principal de su mansión en la zona baja de Tarrytown, en la autopista de Mopac. Una comunidad cerrada para pijos ricos junto al lago Austin, donde la gente tenía más dinero que sentido común.

Nos quedamos todos paralizados.

El bueno del senador sacó la polla arrugada del culo de un gigoló tailandés y se metió en la cama para cubrirse el cuerpo.

Ky dio un paso adelante y sonrió anchamente.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí, senador?

—¿Cómo cojones habéis entrado aquí? —gritó Collins.

AK se acercó al armario, se puso a rebuscar dentro y se guardó varios puros cubanos de primera en el bolsillo.

—No tienes unos empleados demasiado fieles. Parece que valoran sus vidas más que la tuya. —Recorrió la cama con la mirada—. Y la de tu amiguito adolescente, por lo que parece.

El senador palideció. El prostituto levantó las manos, no debía tener más de dieciséis, diecisiete años como mucho. Justo lo que necesitábamos. Tal vez Hades nos estaba cuidando, después de todo.

Llama se acercó al chico con violencia y lo sacó de la cama por el pelo.

—Tienes diez segundos para desaparecer antes de que te corte la polla y se la dé de comer al perro.

Lo lanzó contra el suelo y, en menos de diez segundos, el chico se había esfumado y cerrado la puerta de un portazo.

Ky se sentó al final de la cama y se inclinó hacia Collins sin dejar de mirarlo. Me coloqué junto a la cómoda y me limité a observar al viejo gilipollas, que me miró a los ojos. Tragó saliva.

Sonreí.

Se estremeció.

Cobarde.

—Bueno Collins, parece que le has estado ocultando cierto secretito a la buena gente de Texas. ¿Qué crees que pensarían si se enterasen de que al perfecto hombre de familia le gusta chupar pollas?

—¿Qué es lo que queréis? —preguntó en voz baja, sin dejar de mirar a los hermanos que llenaban la habitación—. Tengo dinero. ¿Cuánto queréis?

Ky levantó una ceja y rio.

—Tenemos dinero de sobra.

Ky señaló a Llama con la barbilla. Este, como siempre sin estarse quieto, se deslizó hasta la cama, levantó a Collins por la garganta y lo sujetó en el aire contra la pared.

—¡No! ¡No me matéis! ¡Os contaré todo lo que queráis saber! —chilló Collins con un hilo de voz apenas audible debido al agarre de Llama. Cuando la cara hinchada del senador se volvió púrpura, lo dejó caer de culo contra el suelo de madera.

—¿Quién envió a los nazis a por nosotros?

La poca sangre que le quedaba al senador en la cara se esfumó al oír la pregunta de Ky.

—No, no puedo. —Llama se abalanzó otra vez sobre él, Collins se protegió con las manos, gritó y se retorció contra la pared—. Está bien, está bien, ¡no me hagáis daño!

Llama me miró en busca de instrucciones. Lo mandé parar con una ligera inclinación de cabeza.

—Vamos a hacer una cosa —dijo Ky mientras se situaba frente a Collins—. Voy a contar hasta cero desde sesenta. Si llego a cero, voy a dejar que Llama te haga una lobotomía. A ver si se te refresca la memoria.

El mencionado inclinó la cabeza hacia atrás y rio de forma histérica mientras abría de golpe dos navajas persas para prepararse.

—Cincuenta —contó Ky.

A Llama se le empezó a ir la olla, apretaba los nudillos, giraba el cuello y se hacía cortes en los brazos. La sangre goteaba sobre la alfombra de color crema.

Collins enrojeció de terror.

—Treinta. Veinte. Diez. Cinco, cuatro, tres, dos, uno, ce...

—¡Está bien! ¡Vale! Hagamos un trato.

Con la barbilla lo apremié a que hablara.

—Fue un tipo con traje. Entró e hizo la oferta. Los nazis aceptaron el trabajo. El tipo quería al mudo muerto y sacar a los Verdugos del negocio de las armas. —Levantó la vista hacia mí—. La orden llegó desde la mansión del gobernador en el centro. El tipo llevaba una carta con la firma del gobernador y me dijo que hiciera la vista gorda con las ventas de armas de una nueva organización con sede en Gaza o algo así y que reforzase las leyes de allanamiento y declarase zona de exclusión aérea un trozo de tierra abandonado al norte de la ciudad. No hice más preguntas. Cuanto menos supiera, mejor.

—¿Qué aspecto tenía el trajeado? —preguntó Tanque.

Collins se pellizcó la nariz.

—Alto, bien vestido, normal. Bueno, tenía una barba larga castaña y una cicatriz en la mejilla.

Gabriel.

Ky me miró esperando órdenes.

«Consigue la ubicación de ese lugar. Es la comuna, sin duda. El trajeado es uno de los cabrones que se llevó a Mae».

Ky asintió con frialdad. Estaba cabreado.

—Vamos a necesitar la ubicación —exigió.

Collins frunció el ceño.

—¡No puedo dároslo! —Llama se le acercó mientras lamía la navaja ensangrentada. Collins gritó—. ¡Esperad! ¡Esperad!

Levanté la mano y le pedí a Llama por gestos que se detuviera.

—El gobernador sabe mierda sobre mí. Cosas que podrían hundir mi carrera política, hacerme perder mi familia. Dijo que acabaría conmigo si alguna vez le daba la ubicación a alguien, especialmente a los Verdugos. Solo puede significar que se lleva una buena tajada del negocio.

—¿Quieres decir que sabe que te gusta follarte a niños? —preguntó Vikingo.

Collins tensó los labios molesto. Vikingo sonrió.

—A los únicos a los que podría importarles que encontremos ese lugar estarán muertos en menos de veinticuatro horas. Al gobernador lo único que le importa es que no le salpique. No quedará nadie que hable cuando acabemos. Ninguno te podrá hacer nada.

Collins suspiró. Lo teníamos entre la espada y la pared, y lo sabía.

—¿Y vosotros? ¿Qué vais a hacer con esta información personal sobre mí?

—Ignorarla, si la ubicación es correcta —aclaró Ky.

—¿Y tengo que fiarme de que no la usaréis en mi contra en el futuro?

—Para nada. Ayúdanos y podrás seguir follándote lo que te dé la gana. No nos des nada y mañana serás noticia en la televisión nacional. —Ky se inclinó sobre Collins—. Digamos que tengo un par de contactos a los que les encantaría difundir la historia.

—¡Mierda! —susurró Collins—. Supongo que no tengo elección, ¿no?

—Me temo que no.

Cinco minutos después, teníamos la dirección del objetivo.

Mientras nos montábamos en las Harleys, Ky recibió una llamada.

—Sí, ¿hora? Bien.

Cortó la llamada y me miró.

—Los Verdugos de siete estados están de camino. Llegarán en ocho horas.

Una sensación de alivio se me instaló en el estómago. Iba a recuperar a Mae. En menos de veinticuatro horas volvería a tener a mi dama junto a mí en la cama. Los cabrones que se la habían llevado estarían ya de camino al barquero, sin monedas en los ojos. Y el hijo de puta de Rider pagaría por lo que había hecho.

Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos. «Aguanta, nena. Voy a por ti».

Capítulo 23

Mae

—*Nena* —susurró Styx cuando lo besé en el duro estómago.

Pasé la lengua entre las colinas de apretados músculos y seguí el camino que marcaba el vello hasta la ropa interior. Le bajé los calzoncillos, su erección saltó ante mí y aterrizó en mi boca. Levanté la vista, tenía los ojos medio cerrados y se mordía el aro del labio.

—*Joder, Mae* —jadeó.

Sonreí al pensar en la forma en que lo dominaba. Me puse de rodillas y lamí la rígida carne de su virilidad. Se le escapó un gruñido grave.

—*Es genial, nena. Joder, es brutal* —murmuró con los brazos flexionados a los lados.

Puse las manos a ambos lados de sus caderas, me arrastré para colocarme entre sus muslos y rodeé su erección con los labios, mientras succionaba con ímpetu.

Levanté el brazo, dejé la mano sobre su pecho y le clavé las uñas en la piel. Aceleré el ritmo y la respiración de Styx se volvió cada vez más jadeante.

—*Mae, Mae, ¡joder! Te quiero.*

Lo dejé salir de mi boca y me incorporé. Animada por sus palabras, levanté las caderas, lo coloqué en mi entrada y lo introduje en mí hasta estar totalmente llena. Levantó el torso del colchón.

—*¡Mae!* —rugió.

Con las manos en mi espalda, me empujaba con furia para clavarme en él y me embestía en ese punto, Dios, ese punto exacto.

—River, ah, sí —gemí.

—Me vuelve loco que me llames River —susurró mientras me pasaba la lengua por el cuello y el pecho hasta llegar a succionarme los pezones.

—River, River —gimoteé.

Tenía el estómago en tensión y los muslos apretados. Cuando eché la cabeza atrás, estallé y el placer me recorrió por dentro.

—Mae. Nena, lo haces genial, tan estrecha, ¡uf!

Styx se quedó quieto y se le tensó cada músculo del cuerpo lleno de cicatrices. Se le marcaban las venas del cuello, abrió la boca y me llenó con su semilla.

Le aparté el pelo húmedo de la cara y apoyé la frente sobre la suya mientras recuperaba el aliento. Sonreí cuando me deslizó la mano por la espalda hasta agarrarme la nuca para que no me moviera.

—No has tartamudeado —comenté con tranquilidad y una radiante sonrisa.

Se apartó incrédulo y arqueó las cejas. Me acerqué y besé la arruga.

—¿No?

Sacudí la cabeza.

Exhaló y esbozó una sonrisa irónica.

—Cuando estoy contigo es como, como si fuera más fácil respirar. Cuando estamos solos me olvido de que no puedo hablar. Me siento normal.

Pronunció cada palabra a la perfección. Se iba deteniendo para respirar hondo y los ojos le temblaban todo el tiempo, pero no tartamudeó. Sonreí realmente orgullosa.

—Cuando era pequeño pasé por toda clase de tratamientos hasta que, cuando cumplí seis años, un especialista me recomendó que aprendiera la lengua de signos. Ya sabes, para darme una especie de voz. Los médicos nunca lo resolvieron. No tenía ni puta idea de qué me pasaba. Solo sabía que las palabras no me venían como a los demás. Nunca había dejado que nadie se acercase a mí tanto, aparte de mi viejo, de Ky y de la cría que conocí hace años a través de una verja, cuando era un niño. Años después, volvió a mi vida. —Me acunó las mejillas—. Nena, eres la mejor terapia que

podría tener.

Lo miré a los ojos e incliné la cabeza.

—No decías que «tú no eras un hombre hecho para mí»?

Rio. Rara vez se reía, pero cuando lo hacía, me regocijaba con el sonido: ronco, profundo, masculino.

—Soy yo, nena. No hay nadie más para ti, excepto yo.

Presioné la frente con la suya, le di un beso en los labios y pasé la lengua por el aro de plata.

—Ah —gruñó.

Empecé a mover las caderas y volvió a endurecerse. Se rio.

—¿Otra vez, nena?

Asentí y le tiré del pelo negro y enredado.

—Otra vez, y otra, y otra.

Un dedo me acarició el brazo, desperté y sonreí.

—¿Styx? He vuelto a soñar contigo.

La mano se detuvo sobre mi piel y fruncí el ceño. Incluso en el sueño, sentía que algo no iba bien.

—¿Styx?

Todavía adormecida, abrí los ojos despacio e intenté enfocar la mirada. Me incorporé, sentí que las náuseas me subían por el estómago y me froté los ojos para despejarme.

—¿Styx? —llamé.

Cuando se me aclaró la vista, dos figuras aparecieron entre la niebla, dos mujeres, una rubia y otra morena.

—¿Mae? —susurró una voz suave que me llamaba con amabilidad para traerme de vuelta a la realidad.

«¿Delilah? ¿Por qué oigo a Delilah?» Eché un rápido vistazo a mi alrededor: paredes de cemento gris, suelo de madera y una enorme cruz del mismo material en la parte norte de la habitación. También había un retrato de alguien de gran tamaño pintado a mano. ¡El profeta David!

«No, no, no, por favor, dejadme volver al sueño, Styx, Styx».

Empecé a temblar y salí de la estrecha cama de un salto para intentar correr, caminar, arrastrarme, no lo sabía. Tenía las piernas débiles, no fueron

capaces de sujetar mi peso y caí al suelo. Las lágrimas brotaron cuando asumí la realidad.

La comuna, estaba otra vez en la comuna.

No estaba en el complejo, ni con Styx.

Me habían secuestrado y llevado de vuelta al infierno.

—¿Mae?

Levanté la cabeza como respuesta. Lilah y Maddie estaban de pie frente a mí. Me observaban con ojos cautelosos, las dos con la misma expresión preocupada. Estaban vestidas con el largo vestido gris estándar de la Orden y llevaban el pelo recogido con un paño blanco, modestas y conservadoras.

Abrí los brazos y las dos se lanzaron a abrazarme.

—Mis hermanas —susurré mientras las lágrimas me rodaban por las mejillas—. Os he echado mucho de menos.

Era maravilloso volver a abrazarlas. Recordé la intensidad de nuestro vínculo en el segundo en que las tuve entre mis brazos.

Me estrecharon con fuerza y escuché cómo lloraban y sollozaban. Varios minutos después, me soltaron.

Lilah me apartó el pelo enmarañado de la cara.

—¿Estás bien, Mae? —preguntó con dulzura—. Has estado inconsciente durante varias horas. Hemos cuidado de ti.

Respiré hondo, probé a mover los músculos y estiré las extremidades entumecidas. Estaba débil y el brazo me dolía, pero llegué a la conclusión de que estaba bien. Al bajar la vista, me paralicé. Volví a llevar el vestido gris tradicional de las hermanas, un trozo de tela deforme hasta los pies. Me remangué y me encontré una marca roja en la piel. Intenté recordar de dónde había salido.

Seguía aturdida, pero poco a poco los recuerdos salían a la superficie. Estaba cantando con Styx, haciendo el amor con él, luego, unos hombres con pasamontañas irrumpieron en la habitación y Rider... ¡No! Di un respingo, abrí los ojos de golpe y miré directamente a mis hermanas.

—¡Rider! ¿Dónde está Rider? ¿Fue él quien me trajo de vuelta? ¿Está aquí en la comuna?

Maddie y Lilah se miraron sorprendidas. Lilah me apretó la mano.

—Mae, ¿quién es Rider? Lo que dices no tiene sentido.

Le estrujé los dedos con fuerza.

—Rider es...

Tragué bilis cuando lo recordé abrazando a Gabriel y a los ancianos.
«¡Hermano Cain, me alegro de volver a verte!»

¡No, imposible!

—Mae —susurró Maddie—. Me estás asustando, hermana. ¿Quién es Rider? ¿Dónde has estado todo este tiempo?

Sacudí la cabeza y espeté:

—¡El hermano Cain! Rider es el hermano Cain.

Por cómo se quedaron quietas de pronto, supuse que estaba allí.

—Mae. El hermano Cain te trajo esta mañana, junto con los ancianos. La comuna está celebrando una cena en su honor ahora mismo. Todos están felices. Te ha traído de vuelta con el profeta David. Es nuestro salvador. Nos han prohibido asistir. Nos han mantenido aisladas y recluidas desde que te fuiste.

Maddie me cogió la otra mano. El gesto me sorprendió. Mi hermana nunca había sido cariñosa, siempre estaba sola, lo prefería a la compañía de los demás. Nunca había sido tan cercana como Bella y yo.

Obviamente, algo en ella había cambiado.

No dejó de mirarme con sus brillantes ojos verdes. Cuando me fijé mejor, vi que había perdido peso desde la última vez que la vi. Tenía el pelo negro más lacio y la piel más pálida. Al acercarme su mano a los labios y darle un beso en el dorso, una única lágrima le rodó despacio por la mejilla.

—Te he echado de menos, hermana —dije en voz baja.

—Me dejaste —respondió de forma casi inaudible.

El corazón me dio un vuelco. La había dejado sola. Acababa de perder a Bella y, entonces, yo también la abandoné. Solo tenía veintiún años y era la más tímida de todas nosotras. Y yo, su única familia, la había dejado aquí sola, en la comuna, con el hermano Moses, el más cruel de los ancianos.

—Lo siento, lo siento mucho. —La atraje hacia mí—. Nunca volveré a dejarte. Te lo prometo. He sido una egoísta.

—¿Me lo prometes a mí también?

Miré de reojo a Lilah, de rodillas a nuestro lado, que nos observaba con sus enormes ojos azules. Con Maddie colgada de mi cuello y decidida a no

soltarme, me las arreglé para acercarme a Lilah y nos abrazó a las dos.

Les repetí la promesa.

—Nunca volveré a dejaros a ninguna, jamás. Os doy mi palabra.

—Mae, fue horrible cuando te marchaste. La gente creía que Dios nos estaba castigando. Estaban desesperados. Y los ancianos...

Lilah dejó de hablar y sentí cómo Maddie se tensaba y sollozaba contra mi cuello. Le mecí la cabeza y la acuné entre mis brazos. Lilah se recostó y miró a Maddie con comprensión.

—¿Qué pasa con los ancianos? —pregunté con los dientes apretados.

Lilah tragó saliva.

—Estaban muy enfadados contigo. Cuando volvieron después de buscarte durante horas, vinieron aquí, a nuestros cuartos.

Los sollozos de Maddie se convirtieron en gemidos desgarradores.

—Vinieron a por nosotras.

—¿Quiénes? —pregunté.

—¡Todos! Todos ellos: Gabriel, Jacob, Noah y Moses.

Maddie me clavó las uñas en la espalda para intentar pegarse aún más a mí. Parecía una niña asustada, así que la consolé, mientras me ponía más nerviosa a cada gemido. Lilah se secó los ojos.

—Maddie, tranquila. Ya estás a salvo. Estoy aquí.

Levanté la cabeza para mirar a Lilah y, en silencio, articulé: «¿Qué le pasa?».

Lilah tragó saliva de nuevo y apartó la mirada.

—Querían una compensación divina. Se obsesionaron con castigar a las hermanas por tu desobediencia. Estaban furiosos porque, de algún modo, habías conseguido salir de la comuna y estabas en el exterior viviendo en pecado. —Respiró hondo y sollozó—. Dijeron que las Malditas éramos una vergüenza, una maldición para la Orden. Bella, tú... Dijeron que vuestra línea de sangre estaba manchada por el mal, que Satán os había usado como herramienta para tentarlos.

Esta vez no me moví. Maddie. Ella formaba parte de mi línea de sangre. ¿Habían creído que también era una herramienta de tentación y pecado?

Apreté a mi hermana con más fuerza.

—Dijeron que debían asegurarse de que Maddie no siguiera el mismo

camino, doblegarla de una vez por todas. Exorcizar sus demonios.

Maddie ahora lloraba desconsolada. El corazón le latía contra el mío y los gemidos hacían que el pecho se le levantara frenético.

—La penetraron brutalmente durante horas hasta que se desmayó. Uno detrás de otro. Me obligaron a mirar, pero no podía hacer nada. Luego, vinieron a por mí.

—¿Cuántas veces? ¿Cuántas veces pasó? —pregunté mientras le apretaba la mano a Lilah para consolarla.

—Varias veces a la semana. —Bajó la vista al suelo un momento y volvió a levantarla—. Todas las semanas desde que te fuiste. Ha sido un verdadero infierno. Atrapadas en esta habitación, usadas hasta que sangrábamos, una y otra vez. Mae, no podemos soportarlo más, no podemos seguir viviendo así.

Estuvimos acurrucadas hasta que ya no nos quedaron lágrimas. Al final, Maddie me soltó y se sentó frente a mí, aunque sin dejar de sostenerme la mano. Estaba segura de que no tenía intención de soltarme nunca.

—¿Dónde has estado, Mae? —preguntó Lilah—. ¿Cómo es el mundo exterior?

¿Por dónde empezar?

—Hermanas, no se parece a nada de lo que hayáis imaginado. La tecnología, la forma en que vive la gente, es tan diferente... Cuando me marché, los ancianos me alcanzaron en la verja.

Maddie se sobresaltó y frunció el ceño. Le acaricié la espalda y se calmó.

—Acababa de cruzar al otro lado, pero uno de los perros de Gabriel me atacó. Tenía la pierna muy mal, pero conseguí escapar. Llegué hasta la linde del bosque y encontré una carretera. Al poco tiempo, me recogió una camioneta. La mujer que conducía, una señora muy amable, me llevó lejos, muy lejos de aquí.

—¿Qué es una camioneta? —preguntó Maddie en voz baja. Le dediqué una pequeña sonrisa.

—Es un vehículo parecido al coche del profeta, pero mucho más grande.

Abrió los ojos de par en par y Lilah también al intentar imaginar lo que les describía. Me pregunté qué les parecería una moto, qué pensarían de las Harley y las Chopper de los Verdugos. En ese momento, me di cuenta de lo

ilusa que debí de parecerles a ellos cuando me encontraron en el complejo y creí que estaba en el infierno.

—¿Qué pasó luego? —apremió Lilah, deseosa de oír más.

Imaginé que, para ella, era como una historia de ficción. Me encogí de hombros y continué:

—Perdía mucha sangre, creo que me estaba muriendo. —Maddie dio un grito ahogado y las manos le empezaron a temblar—. La conductora me dejó a un lado de la carretera y me refugié en una especie de complejo. Lo siguiente que recuerdo es despertarme en una extraña habitación, sola y confusa.

Me incliné hacia adelante y les estreché las manos.

—Hermanas, el mundo exterior no es malvado como nos habían contado. Está lleno de personas buenas y maravillosas. Sí, a veces es peligroso o pecaminoso, pero no más que aquí. Hice nuevos amigos, descubrí quién soy de verdad y me enamoré.

Esta vez las dos dieron un chillido.

—¿Amor? —inquirió Maddie, claramente sorprendida.

El amor no era algo que las mujeres de la comuna experimentasen.

—Sí, amor. Un amor profundo con un hombre increíble. Es fuerte, protector y se preocupa por mí. He estado con él todo este tiempo. Le quiero muchísimo, pero...

—Pero ¿qué? —me instó Lilah, olvidando sus modales y su comportamiento generalmente comedido.

—Había alguien más. Alguien que creí que era un amigo. —Reí lánguidamente—. Ingenua de mí... qué equivocada estaba.

—¿Es así?

Estiré el cuello en dirección a la puerta. Allí se encontraba Rider, no, el hermano Cain. Rider era un engaño, una treta para distraer a los Verdugos de su verdadero «propósito».

Rider estaba muerto para mí.

La fornida silueta de Cain parecía abarcar toda la habitación. Iba entero de negro y el pelo suelto le caía sobre los hombros, igual que los demás discípulos. Verlo sin el cuero y sin sus vaqueros me resultaba extraño, estaba mal.

—Saludos, hermano Cain.

Mis hermanas se postraron ante él, con las cabezas contra el suelo y los brazos estirados al frente, sumisión total y absoluta. Cain les dedicó una corta mirada desinteresada y, luego, se centró en mí. Me levanté con paso tembloroso para intentar enfrentarme a él cara a cara, en igualdad de condiciones.

Entrecerró los ojos.

—Dejadnos —ordenó.

Al instante, Maddie y Lilah se pusieron en pie, con los ojos llorosos interrogantes.

Lilah cogió a Maddie de la mano, pero mi hermana se negó a moverse. Cain se dirigió a ellas una vez más.

—¡He dicho que largo! —estalló con impaciencia.

—¡No te atrevas a gritarles! —amenacé y di un paso adelante para quedar frente a su pecho. Lilah aguantó la respiración conmocionada por lo que había hecho.

—Mae, silencio —gruñó Cain como advertencia mientras apretaba los puños a los lados.

—¡No pienso guardar silencio! ¡No volveré a obedecer a ninguno de vosotros!

Maddie corrió a mi lado y se colgó de mi brazo. Bajé la mirada hacia ella. Estaba petrificada. Le di un beso en la cabeza.

—Ve, Maddie. Estaré bien. Esperadme fuera.

Sacudió la cabeza y miró a Cain directamente a los ojos. El hermano suspiró.

—No le haré daño. A pesar de lo que puedas creer, nunca he hecho daño a una mujer y no pretendo empezar con Mae. Desde luego, no con ella.

Tosí ante una mentira tan obvia y me gané otra mirada envenenada de Cain. Me volví hacia Maddie y le dije:

—Vete, Maddie. Lilah cuidará de ti. Iré a buscaros en cuanto hayamos terminado.

Lilah cogió a Maddie de la mano y tiró de ella hacia la puerta. Se marcharon y cerraron la puerta.

—No tengo nada que decirte —le espeté con desprecio.

Le di la espalda al que había sido mi mejor amigo, eché a andar hasta la cama y me senté.

—Sé que crees que te he traicionado, pero todo era real, Mae. Nosotros, nuestra amistad, todo lo que te dije y sobre todo lo que siento por ti.

Empezó a acercarse a mí y levanté la mano para indicarle que parase. Lo hizo.

—¿En serio? Así que todo era real, Rider... ¡Ups! Quería decir Cain. Perdona si me he tomado como una pequeña ofensa que me hayas secuestrado y traído de vuelta al infierno.

Hizo caso omiso de mi sarcasmo y avanzó de todas formas.

—No perteneces al mundo exterior, Mae. Tu sitio está aquí, con tu gente, conmigo —dijo con voz dulce y persuasiva.

Se me hundió el corazón. Quería recuperar a Rider. La persona que tenía delante me confundía y, en ese momento, no sabía qué creer.

—Es imposible que sea eso lo que quieres —afirmó—. ¿Quieres ser la dama de un motero y pasar toda la vida rodeada de armas, drogas y violencia? Los Verdugos son venenosos, Mae. En el fondo lo sabes.

—No —discrepé.

Cain estaba relajado y curvaba los labios con una sonrisa alegre. Lo fulminé con la mirada.

—Lo que quiero es pasar el resto de mi vida con Styx. Donde quiera que vaya, iré. Es mi vida. Si sigue siendo el presidente de los Verdugos, estaré a su lado.

Cain se puso pálido, luego se abalanzó sobre mí. Me empujó contra la cama y se subió encima mientras me sujetaba ambos brazos contra el colchón.

—¿Qué estás haciendo? ¡Apártate de mí! —susurré mientras intentaba empujarlo.

—No volverás a ver a Styx, ¿está claro?

Dejé de pelear y cerré los ojos, volví a abrirlos y pregunté:

—¿Voy a casarme con el profeta David?

Algo muy similar al dolor le apareció en la mirada durante un instante, pero asintió y los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Por favor, vete —susurré. Lo único que quería era estar sola.

Cain bajó la cabeza y apoyó la frente sobre la mía.

—Te quiero, Mae. Te quiero mucho, tanto que me duele. Quiero que seas mía.

—Nunca ha sido mi destino estar contigo, ni con el profeta. Pertenezco a Styx.

De repente, dio un puñetazo a la cama junto a mí, y los brazos le temblaron de frustración.

—¡Styx no está aquí! Ya no está, joder. Y no va a volver. ¡Nadie te encontrará aquí! La comuna está protegida.

—Rider. —Suspiré. Maldición, me detuve para corregirme—. Es decir, Cain.

—No —me interrumpió mientras me acariciaba la mejilla con un dedo—. Me gusta que me llames Rider.

Fruncí el ceño en desacuerdo y me pasó los dedos por el pelo, la mirada se le suavizó.

—Cuando era Rider, una parte de ti me quería, ¿no es verdad? Ahora lo único que veo en ti es odio.

Por mucho que intentara odiarle, en ese momento no podía. Tenía razón. De alguna manera le quería y no podía simplemente apagar esos sentimientos, a pesar de mis intentos. Quería a la persona que era en el mundo exterior, pero no a quien era aquí, no a Cain. No a un hermano de la Orden, y mucho menos al sobrino del profeta.

—¿Mae? —susurró, esperando una respuesta.

Me removí debajo de él y le puse una mano en la mejilla. Se acurrucó contra ella.

—Todo sobre nosotros parece que nos grite que deberíamos estar juntos: nuestra fe, nuestra educación, nuestros intereses. Pero eso no lo es todo —susurré—. Hace falta deseo, ese deseo salvaje y primario. Una conexión indescriptible, la seguridad instintiva e incandescente de que alguien está hecho solo para ti. Eso es lo que tengo con Styx. Incluso si paso el resto de mis días aquí, en la comuna, lo que siento no cambiará, ni siquiera la propia muerte podría cambiarlo.

Los ojos marrones le brillaron.

—Nunca tuve oportunidad, ¿verdad?

Sacudí la cabeza.

—No podemos pelear contra el destino, Cain. El universo tiene la manera de poner a cada uno en su lugar, con quien debe estar.

Cain se quitó de encima y se arrodilló en la cama.

—Los ancianos vendrán pronto a buscarte. La boda será esta noche.

Me incorporé rápidamente.

—¿Vas a dejar que pase?

Agachó la cabeza.

—No si aceptas casarte conmigo —susurró.

Levantó la barbilla y me miró muy serio, esperanzado.

—Cain, no puedo casarme contigo. ¿Cómo puedes sugerir algo así? ¡Me has secuestrado!

Me cogió la mano y me acarició el dorso con el dedo.

—Nunca me casaré con otra, Mae. Es costumbre entre los nuestros, pero nunca podré amar a nadie como te amo a ti. Serás la última para mí. Lo eres. No me crie como el resto de hermanos de la comuna. Cuidaría de ti, te protegería, te trataría como a una reina.

—Cain —susurré.

Se me partió el corazón al verlo ante mí como un niño que confiesa sus sentimientos.

—Se te olvida, Mae, que yo también soy una víctima de las circunstancias. Me criaron para heredar la Orden. Tampoco tengo escapatoria. Podríamos ser el refugio del otro, podríamos salvarnos mutuamente. Quedaríamos unidos bajo los ojos de Dios. Sería algo puro, perfecto.

Las lágrimas me rodaron por las mejillas.

—No puedo quedarme aquí. Demasiadas pesadillas me atormentan sobre este lugar. Demasiados demonios disfrazados de «personas justas» que me han usado y marcado.

Exhaló con exasperación por la nariz y me coloqué de rodillas como él.

—Dime una cosa.

Me miró con curiosidad y esperó a que hiciera mi pregunta.

—¿Alguna vez has participado en un intercambio divino? ¿Alguna vez has visto cómo violaban a una niña de ocho años, con una trampa para osos

entre las piernas para que no se moviera porque estaba demasiado asustada como para entender lo que le pasaba? ¿Alguna vez has usado el cuerpo de una niña porque creíste que eso te acercaría más a Dios y porque el profeta así lo consideró? ¿Y bien?

No movió ni un músculo.

—¿Y bien? —lo apremié.

—¿Te pasó eso a ti? ¿Aquí? —preguntó con los dientes apretados y frunció el ceño, sin saber qué decir—. ¡Mae! ¡Respóndeme! ¿Te hicieron eso cuando eras una niña?

Asentí y se enfureció de verdad.

—¿Dices que nunca has participado en un intercambio entre hermano y hermana? —volví a preguntar, esta vez con incredulidad.

Cain bajó la cabeza, casi avergonzado.

—Soy el heredero. Me he mantenido puro.

Rememoré las semanas que pasamos juntos y recordé que nunca lo había visto compartir la cama con otra mujer. De hecho, la única vez que lo había visto con una fue cuando lo encontré con aquella muchacha que se parecía a mí. Lo miré a los ojos.

—¿Eres...?

—¡No me avergüenza, así que no te burles de mí! —me cortó.

—Entonces, la mujer con la que te encontré... —Me callé.

Se le hundieron los hombros.

—Fue un error de juicio. Un momento de debilidad. He expiado mis culpas por ello y rezado al Señor para que me perdone.

—¿Cómo las has expiado? —pregunté con curiosidad.

Se puso recto y se levantó la camisa para enseñarme la espalda. Me llevé las manos a la boca.

—Cain, no...

Latigazos. Se había arrancado el pecado de la piel. Se había azotado a sí mismo como castigo por ese momento de debilidad con la chica. Pasé los dedos por las cicatrices rojas e inflamadas que ahora le atravesaban la espalda. El tatuaje del parche de los Verdugos también seguía allí, Hades me devolvía la mirada con una sonrisa burlona. Retiré la mano y se bajó la camisa.

Le cogí la cara entre las manos y lo obligué a mirarme.

—Marchémonos los dos, Cain. Vayámonos de este lugar para no volver nunca. Hay más cosas para nosotros fuera de esta verja. Podemos llevarnos a Lilah y a Maddie con nosotros, escapar de nuestra prisión, escapar del destino que nos han obligado a asumir.

Levantó las manos, me agarró con suavidad por las muñecas y me dio un beso en la palma izquierda.

—¿Y adónde iríamos? —preguntó con ojos esperanzados.

—Con los verdugos. Podríamos explicarles lo que ha pasado. Podríamos...

—¡Joder, Mae! Me matarían. ¿No entiendes lo grave que es lo que he hecho? Los he traicionado. Le tendí una trampa a Pit para que creyeran que era el topo. Prácticamente he matado a Lois y, aún peor, te he separado de Styx.

Endureció los ojos con una expresión fría como el hielo, sacudí la cabeza en desacuerdo y me apartó las manos.

—¿Por qué cojones me esfuerzo tanto? —preguntó, exasperado y con dolor en la voz—. Le vendiste tu alma al diablo en el momento en que lo elegiste y le has dado la espalda a la causa. Estás cegada por la oscuridad.

—¡Espera! ¡Rider! —grité cuando se levantó de la cama y se dirigió a la puerta.

Se detuvo y tensó los músculos de la espalda, luego se dio la vuelta despacio, amenazador.

—Es hermano Cain, Salome. Ya va siendo hora de que aprendas cuál es tu lugar. Eres una tentación, una pecadora, la puta de Styx. Me desentiendo de ti. La hermana Eve vendrá de un momento a otro a prepararte para la ceremonia. Y esta vez, ni se te ocurra pensar en huir. Serás castigada severamente si lo haces.

Cruzó la puerta con furia y, con él, se llevó a mi mejor amigo.

Capítulo 24

Styx

Alguien llamó a la puerta. No contesté, tenía demasiadas cosas en las que pensar mientras estaba sentado al borde de la cama y me preparaba para lo que estaba a punto de pasar. Siempre me ponía igual cuando nos preparábamos para entrar en guerra, pero esta vez, tenía mucho más que perder.

Un segundo después, la puerta se abrió. Ky.

—Presi, están todos aquí. Te están esperando —dijo mientras entraba en la habitación.

—¿C-cuántos han v-venido?

Se paró ante mí, vestido entero de cuero y con el pelo rubio recogido, listo para la batalla.

—Unos cuatrocientos.

Levanté las cejas impresionado por la cantidad de hermanos que habían conseguido llegar a tiempo. Respiré hondo, me puse en pie y lancé una última mirada a la puerta del armario.

Ky siguió mi línea de visión.

—Podrá ponérselo, Styx —afirmó convencido.

Observé el chaleco de Mae, el que había encargado especialmente para ella, de su talla diminuta y con las palabras «Propiedad de Styx» grabadas en la espalda. Estaba a punto de dárselo cuando esos cabrones irrumpieron en la habitación y se la llevaron.

Esperaba que Ky tuviera razón.

—N-nos v-venemos en la e-entrada —informé.

Ky me dejó solo y empecé a vestirme. Ropa de cuero, cartucheras para las metralletas Uzi y la 9 milímetros, y fundas para el cuchillo Bowie de caza y mi apreciado KM 2000. Iba a rajar a más de un hijo de puta con ellos, a dejarles una sonrisa de por vida.

Me acerqué a la silla de cuero negro y pasé la mano por la ropa de Mae que colgaba del reposabrazos. El top de los Verdugos todavía olía a ella, a Mae, tan jodidamente dulce.

Levanté el trozo de algodón negro, me lo acerqué a la nariz y aspiré su aroma antes de atármelo en la cintura de los pantalones.

Sería mi amuleto.

Cuando entré al patio, me encontré con un mar de Verdugos sentados en sus motos que me miraban expectantes. Los miembros de mi sede estaban al frente en el centro, esperando mis órdenes, esperando que hablase.

Ky subió conmigo a lo alto de las escaleras y, en voz baja, me preguntó:

—¿Tú gesticulas y yo traduzco?

Asentí con sequedad y di un paso al frente mientras con la mano pedía silencio a los cientos de hermanos. Solo se oía el canto de los grillos. Lo único que se veía era cuero y cromo. Y lo único que sentía era la pitón que me apretaba la puta garganta.

Aparté las preocupaciones, levanté la mano y empecé a gesticular: «Hermanos, os hemos llamado a todos porque vamos a entrar en guerra. Una nueva organización, una secta religiosa de extremistas pirados, ha amenazado al club. Se han metido en nuestro territorio».

Cuando Ky expresó mis palabras en voz alta, los Verdugos empezaron a removerse sobre las motos. Rechinaban los dientes y apretaban los puños. Estaban cabreados. Perfecto.

«La comuna en la que vamos a entrar está muy bien protegida, como un puto campo de concentración. Hay varias hectáreas de terreno y una enorme verja que las rodea. El senador nos ha proporcionado fotos aéreas. No se parece a nada a lo que nos hayamos enfrentado antes. Entraremos en grupos. Nos dividiremos por sedes y nos las arreglaremos para llegar al centro, la

fortaleza. Ky os dará los puntos de acceso y los mapas».

Los hermanos asintieron para asegurarme que hasta ahora comprendían el plan.

«Creemos que allí viven unas dos mil personas. Más de la mitad son mujeres y niños. Dejadlos en paz, esto no es otra masacre como la de Waco, a no ser, claro, que os ataquen ellos primero. No sabremos quién estará armado hasta que estemos dentro. Entraremos a ciegas, eso sin duda».

«La Orden, así se llama, trafica con armas, mierda de muy buena calidad que importan desde Gaza: carabinas, jericos, fusiles de asalto, Uzis, rifles de francotirador. Y eso es solo lo que sabemos».

Esto último consiguió varios murmullos impresionados y Titus, el presidente de la sede de Nueva Orleans, de cincuenta años, levantó la barbilla.

—Cuando nos carguemos a esos cabrones religiosos, ¿qué pasará con las armas?

Observé a Ky, que avanzó para responder:

—Cargaremos los camiones con ellas y las llevaremos al hangar privado, luego las dividiremos a partes iguales entre las sedes. ¿De acuerdo?

Titus sonrió y las luces del complejo se reflejaron en su dentadura entera de dientes de oro.

«Habrán guardias, o discípulos, como los llaman, y estarán armados y preparados para luchar. También hay unos cabrones que se hacen llamar ancianos. Si podéis, dejadlos con vida. Esos hijos de puta pertenecen a esta sede».

Tanque, Toro, Sonrisas y el trío me sonrieron. Tenían sed de sangre.

«Recompensaré personalmente con veinte de los grandes a quien sea que se cargue a un viejo al que conocen como profeta David. Pero Rider, el topo que nos ha metido en este lío, es mío. Que nadie lo toque. En la secta lo llaman hermano Cain. Un cabrón grande, pelo castaño y con barba».

—¿Algo más? —preguntó Country, el sargento de armas del club de San Antonio.

Asentí y empecé a rechinar los dientes.

«Tres zorras. Tres zorras jodidamente despampanantes. Una rubia, Delilah, la llaman Lilah; Magdalene, Maddie, morena; y...».

Me detuve y cogí aire. Ky me miró, sin saber por qué había dejado de gesticular. Levanté la vista y miré a los hermanos a los ojos. Cada uno de ellos estaba dispuesto a morir esta noche para recuperar a Mae. Nadie se lleva a la dama de un Verdugo y vive para contarlo, nadie. Tenían que escucharlo de mí, tenía que ser yo mismo quien les hablase de Mae. Todos empezaron a removerse en el sitio, confusos por mi extraña actitud.

—¿Presi? ¿Estás bien? —me preguntó Ky con un hilo de voz desde detrás.

Avancé hasta el borde de los escalones, los miembros de mi sede fruncieron el ceño al no comprender qué hacía. Cerré los ojos y tragué saliva para intentar liberarme de la pitón. No funcionaba. El *bourbon* ayudaría, pero no sería bueno. No delante de tantos hermanos.

Recordé lo que Rider me dijo cuando estaba atado a la puerta, incapaz de responder, con las manos atadas, sin voz. «Eres patético. No has sido capaz de echarle huevos y hablarle a tu mujer cuando te llamaba, cuando gritaba tu nombre».

Apreté los puños y la respiración se me aceleró. Abrí la boca, inhalé la humedad del aire, pero no salió más que silencio. Cuanto más lo intentaba, más difícil era. El nudo que tenía en la garganta crecía y me ahogaba. Los ojos me temblaban y no dejaba de mover la cabeza. Me estaba volviendo loco.

Bajé la vista, metí la mano en el bolsillo y saqué un cigarrillo. Lo encendí y le di una larga calada. Pensé en Mae y en lo fácil que resultaba hablar cuando ella estaba cerca. Pensé en cuando cantaba, cuando tocaba la guitarra y las palabras me salían solas. Me imaginé los ojos de lobo de Mae observándome mientras tocaba y cómo me había sonreído orgullosa cuando hablé sin tartamudear. «No has tartamudeado. Ni una sola vez».

Ella era mi medicina.

Joder. Mae.

Me quedé de piedra al comprobar que respiraba. Imaginar sus ojos me había abierto la garganta. Mae había hecho más por mí en unos meses que ninguna terapia de mierda en años.

Abrí los ojos con sorpresa. Podía tragar saliva. Si pensaba en Mae, sentía que no me estrangulaban con tanta fuerza. Sí, la sensación continuaba, pero era soportable. Tal vez eso fuera bastante. Tal vez me diera tiempo suficiente

para hacer lo que necesitaba.

Me di cuenta de que todos los miembros del club me miraban, expectantes, con los ojos como platos, al ver que el infame Verdugo mudo iba a intentar hablar. Letti y Preciosa revoloteaban en un lateral y Letti sonreía con... ¿qué era eso? ¿Orgullo? Preciosa lloraba. Las zorras sufrían. También querían que Mae volviera.

Me aclaré la garganta y vi que a Ky se le dilataban las pupilas de la sorpresa.

—¡Styx!

Miré a mi mejor amigo y levanté la mano. Infló los agujeros de la nariz, no quería que hiciera el ridículo. Alzó las manos en señal de rendición y sacudió la cabeza mientras se quitaba de en medio. Creía que me iba a asfixiar.

Tal vez lo hiciera.

Me giré hacia los hermanos. Con los ojos temblorosos, abrí la boca y hablé.

—Hay o-otra z-zorra, se llama S-salome, la c-conocemos c-como Mae.

Cientos de bocas se abrieron al unísono. Observé a los miembros de mi club, mis hermanos. Las miradas de incredulidad de sus caras lo decían todo. El puto Verdugo mudo estaba hablando.

«Respira. Traga. Piensa en Mae. Imagina que estás hablando con Mae», me dije, necesitaba seguir solo un poco más, aunque fuera posible que no pudiera volver a hacerlo.

—E-e-es...

Me detuve. «Respira, Styx, cojones».

—E-es m-mi d-dama. —Oí los gruñidos de ira de mis hermanos—. S-se l-la han ll-llevado, m-me a-ataron y se l-la ll-llevaron. Y p-pienso r-recuperarla.

Agaché la cabeza y me pellizqué el puente de la nariz. La tensión me atenazaba el estómago. Tenía todos los músculos apretados, sedientos de sangre.

«Respira. Traga. Aclara. Repite. Aclara. Repite».

Doblé las manos que tenía tiasas a los lados. Gruñí y la ira me tensó el pensamiento y la voz.

—E-encontradla. P-protegedla. D-devolvédmela.

Los hermanos aullaron y se golpearon el pecho con los puños para demostrarme su apoyo. Exhalé, había terminado. La pitón volvió a su sitio. Pero había hablado. Había dicho lo que tenía que decir.

Una mano fuerte me golpeó en el hombro. Ky.

—Joder, Styx —dijo con la voz tensa—. Joder, hermano...

Se calló sin saber qué decir.

Tiré de su mano y lo atraje hacia el pecho mientras le palmeaba la espalda.

—La r-recuperaremos —dije para que solo él me oyera.

Retrocedió y me dedicó esa puñetera sonrisa de estrella de Hollywood.

—No lo dudes.

Bajé las escaleras hasta mi Harley, situada al frente, y Ky me siguió. Todos los hermanos me dieron palmadas de apoyo en la espalda. Todos estaban conmigo.

Me subí a la Harley y respiré hondo. Levanté la mano y señalé al frente para indicar que era hora de ponerse en marcha.

Unos ojos de lobo me animaban.

Capítulo 25

Mae

—Habrá un guardia en la puerta, ni se te ocurra intentar salir de esta habitación. ¿Está claro, Salome?

La hermana Eve me miró con ojos severos y recriminadores. Asentí dócilmente. Salió de la estancia, parecía bastante impresionada por mi muestra de obediencia.

Me coloqué delante del espejo y me observé.

Déjà vu.

Un vestido blanco sin mangas hasta los pies. El pelo suelto peinado con suaves tirabuzones y una corona de flores en lo alto de la cabeza sujeta por detrás con una flor de adorno. La piel toda depilada y con olor al aceite de vainilla. ¿Era la imagen de una novia feliz a punto de casarse? Ni de lejos. Lo único que me apetecía era llorar.

Escuché pisadas al otro lado de la puerta y, cuando me giré, Lilah y Maddie ya se habían colado dentro.

—Tenemos que ser rápidas —murmuré mientras comprobaba que no había ningún guardia en el pasillo.

Mis hermanas corrieron dentro de la habitación y cerré la puerta de la forma más silenciosa que pude.

—Mae, estás preciosa —susurró Lilah cuando las conduje hasta la cama. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—No llores —suplicó Maddie mientras me daba la mano.

—No puedo casarme con él. Ni siquiera hemos hablado nunca. Es viejo y decrepito. —Me llevé la mano a la boca y ahogué un sollozo—. Me obligarán a unirme a él. No, no puedo. Amo a Styx. ¡No lo traicionaré! ¿Qué voy a hacer?

Mis hermanas se mostraron comprensivas con la situación.

—No hay nada que hacer, Mae —dijo Lilah a modo de disculpa—. Ahora que has vuelto nunca te dejarán marchar. Tienes que hacer lo que te ordenen.

Algo en mi interior se quebró al comprender la realidad. Una parte de mí murió.

Levanté la vista y observé la puesta de sol a través de la pequeña ventana.

—¿Cuánto tiempo me queda? —pregunté.

—Diez minutos —susurró Maddie.

Asentí como aturdida.

—¿Me acompañaréis al altar?

—No —respondió Lilah.

—¿Por qué no? —pregunté, mientras las miraba confundida.

Maddie se encogió de hombros.

—La hermana Eve nos ha dicho que podemos esperar aquí hasta que vengan a buscarte, pero no asistiremos a la ceremonia. Seguimos desterradas. Tenemos prohibido ir a los acontecimientos públicos.

Cogí una larga bocanada de aire con los labios fruncidos. Dios mío, tendría que pasar por ese infierno sola.

No dijimos nada durante los diez minutos. No quedaba nada que decir.

Nos sentamos en absoluto silencio mientras esperaba mi destino. En todo ese tiempo, no pensé más que en Styx. Me preguntaba qué estaría haciendo en ese momento. Me preguntaba qué le habrían hecho después de drogarme. Señor, ¿y si...? ¡No! Me negaba a pensar algo así. Me concentré en el recuerdo de su hermoso rostro de facciones duras, sus mejillas sin afeitar, ásperas al tocarlas, en los hoyuelos que aparecían cuando sonreía, en lo dulces que eran sus labios carnosos cuando me besaba y en sus enormes ojos avellana del color del otoño.

Algún día volveríamos a vernos.

Lo sentía en el corazón.

Agarré las manos de Lilah y de Maddie.

—Os quiero, hermanas, pase lo que pase, ¿de acuerdo?

Las dos fruncieron el ceño y Maddie se estremeció.

—¿Qué quieres decir?

Estaba decidida a no quedarme junto al profeta David. No podía unirme con él, bajo ninguna circunstancia. Sabía lo que me esperaba si me negaba. Estaba preparada para enfrentarme a las consecuencias.

Acerqué a Maddie para abrazarla.

—Sed fuertes, hermanas. Sed fuertes —supliqué.

—Mae...

Lilah se vio interrumpida cuando la puerta de la habitación se abrió. Era Gabriel, vestido con el traje blanco ceremonial.

Me devoró con los ojos y sentí un escalofrío cuando sonrió.

—Vaya, vaya, Salome. Eres igualita a Jezebel.

Se me cayó el alma a los pies y me agarré a las sábanas para no cometer una tontería.

—¡No te atrevas a hablar de ella! Mataste a Bella. Eres un asesino, Gabriel. Arderás en el infierno por tus crímenes.

Le flaqueó la sonrisa.

—Le hice un favor al mundo al librarlo de su oscuridad. Era una puta, una tentadora de la peor calaña. Merecía morir. Era demasiado desobediente como para llevarla por el camino correcto.

Apreté los puños.

—¿Por qué? ¿Por negarse a amarte? Tú la hiciste una puta, la mantuviste, nos mantuviste encerradas en esta prisión. No somos más que juguetes para entreteneros a ti y a los demás ancianos, ¡para que hagáis con nosotras lo que queráis! ¡Nos habéis violado una y otra vez! Y te llevaste a Bella, la azotaste hasta que ya no pudo moverse y luego la dejaste para que se desangrase, ¡sola en el suelo de una sucia celda! ¡Malnacido!

Gabriel se lanzó hacia delante y me agarró por los brazos con violencia. Maddie y Lilah lloriqueaban detrás de mí.

—Es el camino de Dios. Lo que le reveló al profeta David a través de las Escrituras.

Lo fulminé con la mirada.

—¡Y una mierda! ¡Eres idiota si te crees eso! Todo este montaje, las enseñanzas, los rituales, lo único que buscan es complacer a los hombres. Cuando estuve fuera, leí la verdadera Biblia, una que no había sido adulterada para cumplir los propósitos de la Orden. He leído sobre las creencias de la gente del exterior y ¡no se parecen en nada a esto!

Gabriel abrió los ojos de par en par, horrorizado. Luego, recuperó la compostura.

—Está claro que el exterior te ha corrompido. —Se acercó más—. Seguramente debido a todas las horas que pasaste entre las piernas de ese adorador del diablo mudo.

Los ojos me ardían de rabia. Levanté la mano dispuesta a abofetearle, pero Gabriel me sujetó la muñeca.

—Voy a disfrutar enseñándote de nuevo a respetar nuestras costumbres. Ahora que Bella ya no está, necesito un nuevo proyecto.

Gabriel me agarró por los brazos y me hizo girar bruscamente para mirar a mis hermanas.

—¡Guardias! —gritó.

Dos discípulos entraron y fueron directos hacia Lilah y Maddie. Maddie se levantó para intentar escapar, pero uno de los hombres la agarró por el pelo. Se paralizó de puro terror.

—¡No! —grité—. ¿Qué vais a hacer con ellas? —susurré.

Observé cómo Maddie se encerraba en sí misma para aislarse de lo que la rodeaba. Se refugió en ese lugar donde nadie podía tocarla. El lugar que todas habíamos aprendido a crear. Lilah obedeció en silencio y no se movió mientras lloraba sin hacer ruido.

—Serán nuestro seguro en caso de que decidas intentar escapar otra vez. Si huyes, ellas lo pagarán.

Todo el cuerpo se me tensó y las ganas de luchar desaparecieron. Me quedé quieta, pasiva y sin vida.

—Vaya, parece que has recuperado la obediencia —se burló Gabriel.

Con un gesto de la mano, ordenó a los discípulos que sacaran a mis hermanas de la habitación y las perdí de vista, pero no dejé de pensar en ellas.

Gabriel me dio la vuelta y me agarró la cara entre las manos.

—Ahora al altar. Te casarás con el profeta David sin causar problemas.
¿Está claro?

Asentí con docilidad.

—Muy bien, vámonos —dijo.

Me cogió por el hombro y me sacó de la habitación. Cruzamos el camino que ya me era familiar a través del bosque hacia el altar sin decir una palabra. No podía volver a poner a mis hermanas en peligro. El estómago se me revolvía al ver que mi futuro próximo se volvía cada vez más real. Iba a casarme con el profeta David y no había nada que hacer. El tiempo con Styx había sido una fantasía fugaz, un sueño. Volvía a estar atrapada.

Al acercarnos al lugar de la ceremonia, vi a cientos de invitados vestidos de blanco, sentados con las piernas cruzadas en hileras frente a un gran altar de madera. En el altar se encontraba el profeta David, hinchado y viejo, y, junto a él, Cain.

Gabriel aminoró el paso hasta detenernos al final del pasillo y miré fijamente a mi antiguo amigo. Parecía abatido de verdad, de pie, obediente, junto a su tío. Estaba demacrado y mantenía la cabeza gacha. Incluso ahora me costaba creer que Rider fuera el hermano Caín. Que el Señor me ayudase, todo parecía tan surrealista.

Gabriel ordenó con un gesto que diese comienzo la ceremonia y todos los testigos silenciosos se giraron a mirarme, incluido Cain. Lo miré a los ojos y la tristeza le tiñó el rostro.

Daba la impresión de que estaba sufriendo, parecía tan desgraciado como yo.

Una mano me empujó por la espalda.

—Muévete, niña.

La hermana Eve estaba detrás de mí y me miraba fijamente. Tenía la piel gris y tan fina como el papel.

Tuve que usar todas las fuerzas que me quedaban para dar un paso al frente. Las manos me temblaban mientras sujetaba el pequeño ramo de flores salvajes como si fuera un salvavidas. Todo el mundo me observaba mientras recorría despacio el camino cubierto de pétalos de rosa. Algunos me miraban felices, otros indiferentes y otros enfadados, sabían que ya había escapado una vez y, probablemente, creían que era la encarnación del mal. Mantuve la

cabeza alta y la espalda recta.

«¡Que les den a todos!»

Los guardias rodeaban a la multitud, con las armas a la vista y preparados por si surgía cualquier problema. Los ancianos franqueaban al profeta y, por supuesto, al hermano Cain. No podía apartar la vista de mí, cautivado.

Mientras me aproximaba al altar, me preparé para lo inevitable. Entonces, de pronto, los estallidos de cientos de disparos se escucharon, cada vez más cerca, ensordecedores, amenazantes, prometedores. A los pocos segundos, cientos de hombres irrumpieron en el centro de la comuna. Cientos de hombres todos vestidos de cuero negro. El corazón me dio un vuelco. Eran los Verdugos.

Styx había venido a por mí.

—¡Mae! —gritó Cain desde el altar.

Los ancianos se llevaron al profeta David. Los ignoré sin apartar la mirada de los Verdugos. Los asistentes a la boda se pusieron en pie de un salto y, en apenas un segundo, aquello se convirtió en un frenesí de gente aterrorizada. Las mujeres se lanzaban a proteger a los niños para después correr en busca de refugio. Los discípulos dejaron sus puestos y cargaron contra los Verdugos, disparando una y otra vez contra el muro de cuero que iba directo hacia ellos.

La guerra acababa de empezar.

Me quedé inmóvil en el pasillo, hasta que los asistentes que huían del tiroteo empezaron a chocar conmigo. Escudriñé a los Verdugos en busca de Styx, pero no conseguí ver nada claro. Se movían demasiado deprisa.

—¿Styx? —grité.

Esperaba que de alguna forma consiguiera oírme, pero el alboroto de la batalla y los gritos de pánico eran ensordecedores. De alguna manera, esperaba que me oyera. Me quedé petrificada cuando los hombres empezaron a caer al suelo mientras se retorcían de dolor tras haber sido disparados o, peor aún, muertos. Los Verdugos estaban bien equipados y siguieron avanzando y eliminando un discípulo tras otro. Empezaba a ser una masacre. La mayoría de los moteros eran exsoldados. Los discípulos no tenían ninguna oportunidad de ganar.

Y me alegré por ello. Que Dios me perdone, pero me alegré.

—¿Styx?

Intenté moverme, esta vez con éxito y acababa de llegar al fondo del altar cuando lo vi. Vestido de cuero, con el pelo negro enredado y los musculosos brazos extendidos y con una pistola en cada mano que disparaba sin cesar. Una lluvia de balas atravesaba a los discípulos. No se detuvo. Siguió avanzando sin dejar de disparar. Las balas volaban miembros, estómagos y cabezas.

Sin embargo, en medio de aquella carnicería, lo único en lo que podía pensar era en que había venido a por mí.

—¡Styx! —grité cuando lo vi recorrer el lugar con la mirada en mi busca.

Se quedó de piedra, esta vez sí me había oído, y, entonces, nuestras miradas se cruzaron.

«Nena», articuló mientras el alivio le cruzaba la cara. Pero, después, se quedó paralizado y su expresión se endureció con una intensidad asesina.

Tiré el ramo de flores, me levanté el vestido y me preparé para correr hacia él, sin embargo, alguien me agarró por el pecho y grité cuando tiraron de mí con fuerza.

—Mae, tranquila. Soy yo, Cain. Voy a sacarte de aquí.

—¡No! ¡Suéltame!

Traté de liberarme. Styx corría como un poseso hacia mí y supe que había visto a Cain. Los agujeros de la nariz se le hincharon y aceleró el ritmo, pero Cain me arrastraba demasiado deprisa y era incapaz de soltarme. Horrorizada, observé cómo un discípulo lo derribaba.

Mientras Styx estaba en el suelo, peleando, vi a Ky, Tanque, Toro, Vikingo, AK y Llama que salían corriendo de la linde del bosque. Cain se puso tenso al ver a sus antiguos hermanos. Entonces, dos brazos me levantaron por las piernas y Cain me alzó en el aire.

Eché a correr hacia la verja, pero antes se escuchó un rugido y Styx gritó:

—¡Mae!

Cain se paró y nos giramos justo a tiempo para ver cómo los ancianos intentaban a escondidas llevar al profeta David a un lugar seguro a través de un sendero aislado.

—¡Styx! ¡Allí! —grité y señalé en dirección al viejo y decrepito líder.

—¡Mae, no! —dijo Cain cuando Styx miró hacia donde le había indicado y entrecerró los ojos con rabia.

Observamos cómo buscaba entre los Verdugos hasta localizar a AK. Se metió dos dedos en la boca y silbó, lo que hizo que AK levantase la cabeza. Styx le dijo algo mediante gestos, no conseguí ver qué. El sargento de armas asintió con la cabeza, se giró en dirección al profeta y a los ancianos, preparó el rifle y disparó una única bala que acertó en la parte de atrás de la cabeza del profeta David.

Atónitos, los ancianos retrocedieron horrorizados cuando el cuerpo del profeta se arqueó y cayó al suelo. Echaron un breve vistazo hacia Styx y, después, desaparecieron bajo la protección del bosque.

Entonces, se giró de nuevo hacia mí y le di las gracias en silencio.

El profeta David se había ido para siempre. Ya no tenía que ser su séptima esposa, era libre.

—¡Mierda! ¡Mierda! —escupió Cain mientras me seguía sujetando.

Tensó los brazos alrededor de mis piernas y mi pecho y, con un fuerte tirón, me alejó de allí hasta que ya no podía ver a Styx ni a los Verdugos. Sabía exactamente hacia dónde nos dirigíamos: la verja.

—¡Cain, bájame! —protesté.

—¡Cállate, Mae! ¡Acabas de ayudarlos a matar a nuestro puto profeta! —gritó mientras aumentaba la velocidad.

Empecé a retorcerme para liberarme. Cain me agarró con más fuerza así que le clavé las uñas en los hombros, pero siguió sin soltarme. Finalmente, le mordí el brazo con todas mis fuerzas.

—¡Joder! —espetó cuando me dejó caer al suelo.

Me levanté y se acercó a mí. Levanté la mano.

—¡No! ¡Tienes que parar! —dije casi sin aliento.

Miró alrededor, las balas se oían cada vez más cerca.

—Mae, ven conmigo. Nos sacaré de aquí.

—No quiero ir contigo. Quiero volver con Styx.

—Por favor, te lo suplico. Me matarán si me encuentran. Tenemos que irnos ya.

—¿Dónde están mis hermanas? Se las llevaron. ¿Dónde las tienen?

—Mae, olvídate de ellas.

—¡Dime dónde están! —grité histérica. No pensaba volver a abandonarlas. Había hecho una promesa.

Suspiró con resignación.

—En la celda. Las llevaron a la celda.

La celda. La celda en la que habían encerrado a Bella, donde había muerto entre mis brazos.

—¡Salome!

Miramos a nuestro alrededor cuando oímos a alguien gritar mi nombre desde los árboles. Por un momento, me llené de esperanza, pero rápidamente se convirtió en un miedo mortal cuando reconocí la voz de los ancianos que gritaban órdenes cada vez más cerca.

—¡Mierda! —escupió Cain y me agarró del brazo. Tiró de mí para que empezara a caminar, pero se paró cuando el hermano Jacob apareció ante nosotros desde detrás de un gran roble con un arma que le apuntaba directamente al pecho.

—Hermano Cain, ¿adónde llevas a Salome? —preguntó, perfectamente consciente de que intentábamos escapar.

Cain no respondió y me apretó la mano para tranquilizarme.

—Hermano Cain, tu silencio te traiciona. Querías llevártela, ¿no es así?

Se puso firme y me empujó detrás de él.

—Apártate, hermano Jacob —advirtió.

Reconocí ese lado de Cain. El instinto de protección tomaba el mando y su parte de Verdugo salía a la luz.

Jacob sonrió y negó con la cabeza.

—Me parece que no. Salome se queda aquí, este es su sitio. Qué rápido olvidas las enseñanzas, hermano.

Todo sucedió tan deprisa que apenas pude procesarlo hasta que había acabado. Cain dio un paso al frente, desarmó a Jacob y luego lo agarró por el cuello desde atrás. Con un solo movimiento, se lo partió y el sonido del hueso al romperse casi me hizo vomitar.

El cuerpo sin vida de Jacob cayó al suelo.

Me llevé la mano a la boca. Cain jadeaba por el esfuerzo de pie sobre el cadáver del anciano.

—¿Mae?

Lo miré. Había perdido el color de la cara y le temblaba la voz. Corrí a su lado.

Sin dejar de temblar me abrazó y me envolvió entre los brazos. Lo estreché por haberme salvado la vida hacía solo un segundo, por el amigo que una vez había sido, lo estreché para despedirme de él para siempre.

—Te quiero, Mae —susurró.

Sentí cómo se le partía el corazón con cada palabra. Lo apreté contra mí una última vez y lo solté.

—Debes irte, ¡ahora!

Me miró, confundido.

—Me matarán... Los Verdugos han venido en busca de venganza, Styx me...

—¡Por eso tienes que huir! —afirmé mientras tiraba de su brazo.

Agachó la cabeza.

—Merezco morir. Las cosas que he hecho... He estado muy equivocado sobre qué era lo correcto. Ya no sé quién soy. —Miró el cuerpo de Jacob—. Todo lo que he hecho es imperdonable. Nunca debería haberte traído de vuelta, no me di cuenta de cómo eran en realidad.

Me cogió la mano y se le llenaron los ojos de lágrimas. Di un paso adelante, me puse de puntillas y le di un casto beso en los labios. Cain no se movió cuando me aparté y me miraba con adoración. Una parte de mí deseaba amarlo como él deseaba. En el fondo, era un buen hombre. Merecía ser amado. Merecía algo más que esto.

Cain suspiró derrotado y me acarició la cara con suma delicadeza, luego susurró:

—Te lo habría dado todo.

Le pasé la mano por la mejilla y la barba me hizo cosquillas en la palma.

—Corre, Cain, por favor. Vete.

Mientras el ruido de los disparos se oía cada vez más cerca, sacudió la cabeza y se negó a moverse.

—Por favor, vete, sálvate, por mí. Si me quieres, huye.

Retrocedió despacio con un suspiro de dolor y los ojos atestados de lágrimas, hasta que desapareció entre el espeso follaje del bosque.

Se había ido.

Ahugué un sollozo, eché un vistazo a mi alrededor y localicé el camino que buscaba, tenía que encontrar a mis hermanas. Salí corriendo en dirección

a la celda, el corazón me bombeaba con fuerza a cada zancada.

El humo flotaba por todas partes y las balas rebotaban en los árboles, pero tenía que llegar hasta ellas. Estarían atrapadas y asustadas. Tenía que liberarlas, luego tenía que encontrar a Styx.

Los gritos de la gente me atormentaban mientras corría en dirección a la celda y me regocijé cuando el sendero se estrechó, estaba justo delante.

—¡Ayuda! ¡Socorro!

Los gritos frenéticos de Lilah y Maddie me animaron a doblar la velocidad. Entré en el claro a toda prisa y vislumbré la claustrofóbica celda gris en la que estaban encerradas. Gatearon para alcanzarme a través de los barrotes.

—¡Mae! —gritó Lilah cuando llegué hasta la puerta y empecé a tirar de las barras de metal. No se movieron.

—Necesito la llave. ¿Dónde está? —chillé, desesperada.

—¡Los guardias se la llevaron! —exclamó Maddie, muerta de miedo.

—No puedo abrirla. ¡No se abre! —grité mientras las manos se me adormecían al sacudir los gruesos barrotes.

Impotentes, Maddie y Lilah se sentaron mientras seguí intentado abrir la puerta durante varios minutos, pero era inútil. Dejé caer la cabeza cuando dos manos se me acercaron y agarraron las mías.

—¿Qué está pasando, Mae? —preguntó Lilah con voz queda—. ¿Nos están invadiendo?

Una pequeña sonrisa me apareció en los labios.

—Es mi amor. Ha venido a por mí.

Maddie dio un grito ahogado.

—¿El hombre del exterior?

—Sí. Y ha traído a sus hermanos para liberarnos.

Las dos palidecieron.

—No podemos abandonar la comuna —susurró Lilah—. El exterior es demasiado peligroso.

—Tenemos que hacerlo, no hay otra opción —insistí.

—¿Qué pasa con las enseñanzas de las profecías? —recalcó Lilah.

Unas gotas de sudor se formaron en su frente debido al calor sofocante del verano, y Maddie comenzó a mecerse de miedo.

—Estaremos juntas. Sobreviviremos. Todas sobreviviremos.

—Yo no estaría tan seguro.

Me quedé de piedra.

Me giré despacio y me encontré con Gabriel, Noah y Moses. Los tres se cernían sobre nosotras, cubiertos de sangre y con un rifle en las manos. Nos miraban llenos de ira.

Me puse en pie y, con el cuerpo, cubrí la puerta de barrotes para proteger a Maddie y a Lilah. Después, les indiqué con la mano que se retirasen al fondo de la celda.

—Gabriel, márchate. Vendrán a por ti —advertí, pero el miedo me traicionó y la voz me temblaba.

Los tres ancianos se acercaron.

—¿Sabes lo que ese pecador y sus carniceros han hecho? —preguntó con voz ronca y profunda.

Recorrí la linde del bosque con la mirada, sacudí la cabeza y murmuré:

—No.

Gabriel sabía que mentía, lo veía en su mirada asesina.

—Han matado al profeta David. ¡Han asesinado a nuestro mesías!

Desde el interior de la celda se oyeron jadeos ahogados de sorpresa y el miedo me traspasó hasta los huesos. Los ancianos estaban más que furiosos y el objetivo de su ira era yo.

—El profeta David nos entregó una revelación final: si le hacían abandonar este mundo a la fuerza, su gente lo seguiría.

Dejé de respirar y abrí los ojos de par en par. Iban a matarnos a todos.

Gabriel dio un paso al frente, me agarró del brazo y me arrastró hasta el centro del claro, donde me hizo caer de rodillas.

—Saluda a Jezebel de mi parte, puta del diablo.

Capítulo 26

Styx

Me llevó casi diez minutos interrogar a un montón de guardias y conseguir, por fin, una pista sobre el lugar al que había llevado Rider a Mae. A unas doscientas yardas hacia el norte en el interior del bosque, encontré la corona de flores que llevaba en la cabeza enganchada en una rama baja y unas huellas diminutas sobre el camino de tierra.

Estaba cerca. Y la muerte de Rider también.

Levanté el puño y los hermanos aparecieron inmediatamente tras de mí. Mae.

Estaba frente a una especie de celda y los ancianos la rodeaban mientras la hacían arrodillarse sobre un trozo de hierba. Tenía una expresión de terror en la cara y el hijo de puta de Gabriel le apuntaba a la cabeza con el arma. Los otros dos cabrones con barba lo franqueaban y sonreían.

«¿Dónde coño está Rider?», gesticulé.

Mis hermanos comprobaron los alrededores, pero hacía tiempo que se había ido.

¡Mierda!

Entonces, escuché la voz de Gabriel.

—Saluda a Jezebel de mi parte, puta del diablo.

La sangre me hirvió en las venas y perdí los papeles.

«Ya estoy harto de este gilipollas».

Levanté la pistola y disparé al sádico cabronazo. Dos balas, una en cada

rodilla. Gritó como un bebé y cayó al suelo mientras Llama y Ky salieron de entre los árboles y derribaron a Noah y a Moses. Los Verdugos se hicieron rápidamente con el control. Ky sujetaba a Noah por el cuello y Llama a Moses por el pelo mientras le apoyaba la navaja en la garganta.

Irrumpí en el claro y, con una patada, aparté la AK 47 de Gabriel de su alcance. Mae estaba hecha un ovillo en el suelo, se protegía la cabeza con las manos y mantenía los ojos cerrados. Fui directo hacia Gabriel, lo levanté por el pelo, saqué el Bowie de la bota y le abrí la garganta. Lo observé mientras caía hacia un lado y se ahogaba con su propia sangre.

Le escupí en la cara y gesticulé: «Púdrete en el infierno, gilipollas».

Mae seguía inmóvil sobre la hierba, así que me incliné sobre ella y, despacio, le pasé la mano por la espalda. Se puso tensa y rodó hacia un lado con los ojos como platos hasta que me vio. Los grandes ojos azules se le llenaron de lágrimas. Me levanté y sacudí la cabeza. Necesitaba volver a tenerla entre mis brazos.

—¿Styx? —susurró incrédula.

Se puso en pie con piernas temblorosas y, de pronto, corrió hacia mí y saltó. Me rodeó el cuello con los brazos y la cintura con las piernas. Me enterró la nariz en el hombro y soltó un gemido mientras sus lágrimas rodaban sobre mi piel.

La apreté los más fuerte que pude y respiré su aroma. Se retiró, se secó las lágrimas y me miró a los ojos. Dibujó una deslumbrante sonrisa y me besó. Me metió la lengua en la boca de forma frenética y desesperada, aliviada.

Se separó, apoyó la frente en la mía y me colocó las manos en las mejillas.

—Sabía que me encontrarías. Sabía que vendrías. Te quiero tanto.

Asentí para darle la razón, incapaz de pronunciar palabra, y la abracé más fuerte. Con una sonrisa de complicidad, susurró:

—Te entiendo, cariño, tú también me quieres.

Gruñí al ver su hermoso rostro y me lancé a besarla.

—Me tomaré eso como un sí.

Soltó una risita contra mis labios y me aparté. Podía considerarlo como un rotundo sí.

—Esto... ¿Mae?

Mae se giró para mirar a Ky. El hermano Noah estaba a sus pies con un cuchillo en el corazón. Miré a Llama que salía caminando de entre los árboles, con la ropa salpicada de sangre y una locura salvaje en la mirada. Me dirigió un asentimiento de cabeza y sonrió. Moses estaba con el barquero. Estiré el cuello y observé el camino despejado que había hasta un gran árbol a unos metros del interior del bosque. Moses estaba clavado al tronco con cuatro cuchillos en el pecho que lo mantenían en el aire.

Llama era un cabrón ingenioso.

—¿Son amigas tuyas?

La pregunta de Ky hizo que Mae diera un grito ahogado. Se bajó de mis piernas y corrió hacia la celda de piedra.

—¡Lilah! ¡Maddie! —gritó—. ¿Estáis bien?

Fascinados, observamos cómo cuatro manos salieron de entre los barrotes hacia Mae. Ky se puso a mi lado.

—¿Quién cojones está ahí dentro?

Me disponía a responder cuando Mae se giró para mirarnos.

—¿Podéis sacarlas de ahí? ¡Están atrapadas y no tengo la llave!

Toro dio un paso adelante con las cizallas que habíamos usado para atravesar la verja.

—Esto romperá el cerrojo.

Mae se hizo a un lado y Toro hizo saltar la cerradura. Tenía las pupilas dilatadas y, cuando caminó de vuelta hacia nosotros, dibujó una sonrisa de aprobación. Tanque, Sonrisas y el trío se acercaron a mí y a Ky, todos mirábamos la celda como putas aves de presa.

Mae abrió la puerta.

—Salid —apremió con dulzura.

No pasó nada.

Nos dirigió una mirada nerviosa y se puso de rodillas. Los hermanos y yo esperamos en completo silencio.

—No os harán daño, os lo prometo. No debéis tener miedo. Son diferentes a nosotras, pero son hombres buenos.

Mae se arrastró hacia atrás, luego se puso de pie con las manos extendidas.

Durante varios segundos siguió sin ocurrir nada. Entonces, una pequeña mano se apoyó sobre el barro húmedo, luego otra, y otra zorra peregrina apareció ante nosotros. Mae se agachó y la ayudó a levantarse. Al instante, la zorra se giró a mirarnos.

—Hostia puta... —susurró Ky, a mi izquierda.

Miré a mi mejor amigo. Tenía la boca abierta y miraba fijamente a la rubia. Era una zorra despampanante: ojos azules, pelo largo y rubio. Aunque para mí, no podía ni compararse con Mae.

Entonces, la rubia miró al suelo y gritó. Retrocedió hacia Mae, horrorizada ante la vista de los ancianos masacrados y desangrados en el suelo. Mae la abrazó.

—Tranquila, Lilah.

—Los ancianos —susurró, tenía el mismo puto acento extraño que Mae.

—Había que matarlos, Lilah. Si no, nos habrían matado a nosotras. Los Verdugos nos han salvado la vida.

—Se me acaba de poner muy dura —me informó Ky, con la voz tensa, como si estuviera dolorido.

Puse los ojos en blanco. Por supuesto, al cabrón cachondo le ponía Lilah. Era exactamente su tipo: pinta de supermodelo y tetas respingonas.

Lilah nos observaba como si estuviese viendo al mismísimo diablo, pero, entonces, los ojos le brillaron y separó los labios cuando miró a Ky.

—Joder, estoy enamorado —soltó.

Le di una colleja en la nuca al muy imbécil.

Mae volvió a agacharse y Vikingo soltó un gemido en voz alta.

—¿Me estás diciendo que ahí dentro hay más? ¿Qué cojones es este lugar? ¿Un criadero de modelo de Victoria's Secret? Primero Mae, que está como un tren, luego la colega rubia tetorra, ¿y ahora alguien más?

Volé hasta el cabrón pelirrojo y lo agarré por el cuello, gruñendo.

—Tranqui, presi. No voy a tirarle los tejos a tu dama, pero no puedes negar que la zorra está buena. Joder. Cuando lleva los pantalones de cuero...

Lo empujé al suelo y volví junto a Ky. Vikingo se quedó sentado y sonriendo. AK sacudió la cabeza con resignación.

Mi mejor amigo seguía mirando a la rubia petrificado y viceversa. Perfecto.

Mae le dio la mano a alguien más dentro de la pequeña celda y apareció un destello de cabello negro, del mismo color que el suyo. Una zorra diminuta se refugió inmediatamente entre los brazos de Mae. Se apretaba tanto contra ella que ni siquiera podía ver su cara. Mae le pasó una mano por el pelo y la besó en la cabeza.

—¿Lilah? —llamó a la rubia.

Lilah apartó la vista de Ky y agarró la mano que Mae le ofrecía. Al unísono, las tres avanzaron hacia nosotros. Mae me miraba con una sonrisa deslumbrante. Habíamos recuperado a sus hermanas. Tensé el pecho y la polla me dio una sacudida.

Era jodidamente preciosa. Y era toda mía.

—Styx, Ky, Tanque, Toro, Vikingo, AK, Llama, Sonrisas, estas son mis hermanas.

Mae hizo a la rubia dar un paso adelante y esta volvió a clavar los ojos azules en Ky.

Los hermanos gruñeron literalmente en voz alta y la hicieron fruncir el ceño. Mae puso cara de enfado y miró a Ky con los ojos entrecerrados.

—Esta es Lilah. —Sonrió ampliamente—. Lilah, estos son los Verdugos.

—¿Los Verdugos? —preguntó.

Joder, me recordaba a Mae cuando llegó al club. Sin tener ni puta idea de nada.

Mae soltó una risita.

—Es una especie de club. Van en moto.

Lilah se pasó las manos por el pelo recogido, nerviosa.

—¿Qué es una moto?

Mae me miró a los ojos y volvió a reírse, luego miró a su amiga y le pasó la mano por la espalda.

—Ya te lo explicaré.

Entonces se giró hacia la zorra de pelo negro que se escondía entre sus brazos y le susurró algo al oído. Se estremeció cuando Mae le apartó el pelo y, despacio, levantó la cabeza.

Hostia puta. Era Mae. Mae con los ojos verdes en vez de azules.

—¡Joder! Por favor, dime que hay más pivones dentro de esa celda. Una zorra para cada uno —exclamó AK.

Mae le dedicó una tímida sonrisa para tomarle el pelo, luego sacudió la cabeza.

—Esta es mi hermana, Maddie. Mi hermana de sangre.

La zorra se puso recta, casi orgullosa, y repasó con la mirada primero a los hermanos y, después, los cadáveres de los ancianos. Con un sollozo afligido, se aferró a la mano de su hermana.

—Tranquila, no pasa nada —la calmó Mae.

Maddie empezó a temblar y sacudió la cabeza. Lilah fue junto a ella y le pasó la mano por el pelo.

—¿Qué ocurre, Maddie?

La aludida pareció serenarse. Se giró hacia nosotros. Mae y Lilah abrieron la boca sorprendidas. Supuse por sus reacciones que lo que estaba haciendo su hermana no era habitual.

Maddie dio un paso al frente y los hermanos contuvieron la respiración. Estaba buena. Muy buena, pero era muy joven.

—¿Eres el amor de Mae? ¿Styx? —me preguntó con ese extraño acento.

Miré a mi mujer y me reí. ¿Su amor? Joder. Asentí con la cabeza. Mae se sonrojó y sonrió.

—¿Habéis matado a alguien más aquí? —preguntó con voz temblorosa, pero la mirada firme.

Asentí.

Respiró hondo.

—¿Dónde está?

Me puse tenso. Una zorra como ella no debía ver lo que Llama había hecho. No era nada bonito.

—¡Por favor! ¡Necesito verlo! —gritó y me sorprendió la ira de su voz.

Señalé hacia el bosque. Se dio la vuelta, trotó por el claro y se metió entre los árboles.

Avancé hacia Mae y gesticulé: «Vas a tener que ir a buscarla, nena. No creo que pueda soportar lo que va a ver».

Mae cerró los ojos y se frotó los párpados. Estaba cansada. Tenía que llevarla a casa de una puta vez.

En eso momento, Maddie volvió a aparecer en el claro. Tenía el rostro inexpresivo y había dejado de temblar. De hecho, el color le había vuelto a

las mejillas. Mae corrió hacia ella, pero la otra levantó la mano para pararla.

—¿Hermana? —preguntó, pero Maddie la ignoró y caminó directa hacia nosotros.

—¿Quién lo ha matado? —preguntó con voz tensa mientras nos miraba uno por uno.

En una esquina, Llama empezó a sacudir la cabeza y formó dos puños con las manos. Joder. Tenía que ser él, ¿no? La cosa no iba a acabar bien si a la zorra le daba por gritar alguna tontería.

Maddie clavó los ojos en el hermano.

—¿Has sido tú? —preguntó con franqueza.

Llama asintió una sola vez y tensó los labios.

—Sí, yo me he cargado al hijo de puta.

Tensó el cuello y el tatuaje de llamas tembló cuando bajó la mirada de loco hacia Maddie.

Tenía la mirada de un puto asesino.

Maddie se quedó sin moverse delante de él mientras el pecho de Llama se elevaba de forma irregular. «Los tiene cuadrados», pensé. Entonces, de repente, ahogó un sollozo y rodeó a Llama por la cintura con los brazos.

El hermano se quedó de piedra y abrió los ojos como platos. Levantó los brazos al aire con los puños apretados. ¡Joder! No dejaba que lo tocasen, estaba a punto de explotar.

—Gracias —susurró Maddie y le apoyó la mejilla sobre el cuero—. Muchas gracias.

Llama frunció el ceño confundido y observó con sus ojos negros a la muchacha que tenía abrazada a la cintura. Nos quedamos todos de piedra cuando bajó las manos y le palmeó la espalda incómodo. Se le hincharon los agujeros de la nariz cuando Maddie soltó otro sollozo y gimió:

—Me has liberado. Me has liberado de él.

Llama cerró los ojos con fuerza y le rechinaron los dientes. Pero no la apartó, ni gritó, no la empujó ni perdió la cabeza. El pirado dejó que pasara sin más.

Ky me miró alucinado. Me encogí de hombros. Nunca había conseguido entender a Llama. Nunca sabía qué cojones estaba pensando.

Maddie retrocedió con una tímida sonrisa y los ojos de Llama se

encontraron con los suyos. Volvió junto a Mae, pero antes, miró por encima del hombro y le preguntó nerviosa:

—¿Cómo te llamas?

Los labios del hermano se abrieron y siseó antes de murmurar:

—Llama.

Maddie ensanchó la sonrisa, una sonrisa deslumbrante.

—Te estaré eternamente agradecida, Llama. Siempre estaré en deuda contigo.

Llama miró fijamente a Maddie con una expresión hambrienta. Me aclaré la garganta para despejar la tensión y Mae dejó de mirar preocupada a su hermana para centrarse en mí.

«¿Dónde está Rider?», gesticulé.

Abrió los ojos de par en par y el pulso se le aceleró.

—Se ha ido —susurró con la mirada clavada en el suelo.

Chasqué los dedos para llamar su atención. Apreté la mandíbula cuando volvió a mirarme y gesticulé: «¿Adónde cojones se ha ido?»

Mae jugueteó nerviosa con los dedos. No me iba a decir nada.

—Ha escapado. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Me salvó la vida. Mató al hermano Jacob.

Todos los Verdugos se pusieron tensos.

«Explícate», gesticulé. Tenía los dedos rígidos.

—Estaba huyendo. Intentó que me fuera con él. —Sin duda mi cara debía de ser igual a la del propio Hades en ese momento—. Le dije que no, por supuesto —se apresuró a asegurar—. Pero, entonces, Jacob se nos acercó con un arma. —El labio inferior le empezó a temblar—. Cain, es decir, Rider lo mató. Le partió en cuello delante de mí. Lo mató, Styx, por mí. Tienes que entender que, para él, de acuerdo con su fe, eso es un pecado mortal, matar a uno de los suyos, a un elegido, un anciano, condenó su alma por mí. Me pareció justo concederle la libertad.

Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos. Rider, Cain o como cojones se llamase... El cabrón siempre se interponía en mi camino. ¿Por qué no podía desaparecer de nuestras vidas de una puta vez?

Una mano pequeña y suave agarró la mía. Abrí los ojos y vi que Mae me observaba. Me dirigió una mirada de disculpa con sus grandes ojos de lobo.

—Se ha ido para siempre porque te he elegido a ti, Styx. Le dije que te quería, solo a ti. Que eres el único con quien quiero estar —me susurró al oído para que solo yo pudiera oírla.

Me calmé ligeramente, agarré a Mae por la nuca, la atraje hacia mi pecho y me acerqué a su oreja.

—A c-casa. N-necesito llevarte a c-casa, l-lejos de e-este sitio de mierda.

Levantó la barbilla y sonrió aliviada.

—¿Y mis hermanas?

—También se vienen.

Giré la cabeza hacia Ky, que había respondido a la pregunta de Mae. Seguía con la mirada clavada en Lilah. Y Llama iba a atravesar a Maddie, los ojos negros le ardían como si estuviera poseído.

Joder. No iba a ser fácil. Estas zorras iban a poner el club patas arriba.

Perfecto. Más dramas.

—¡Presi! ¿Adónde coño vas? —gritó Vikingo desde el sofá.

En el regazo tenía sentada a su nueva conquista que lo masturbaba con la mano metida en sus vaqueros.

«Afuera», gesticulé. Salí al patio con una cerveza en la mano y fui a sentarme al banco frente al mural.

—¿Qué cojones le pasa?

Oí gritar a Vikingo, pero lo ignoré. Ya estaba bastante cabreado, no necesitaba más.

Mae se había encerrado con sus hermanas en el apartamento desde que volvimos para intentar calmarlas. Traerlas al complejo fue una puta locura. Las zorras se acurrucaron en una esquina del camión, temblando, como si fuésemos a venderlas al otro lado de la frontera o alguna mierda de esas. Nunca había visto nada igual.

Como putas cabras.

Me senté a observar la pintura de Perséfone y pensé en Mae. Pensé en la puta comuna y en lo que había tenido que soportar. Se me revolvió el estómago, saqué un cigarrillo y lo encendí. Mientras daba una calada, eché la cabeza hacia atrás y exhalé. Quería a esa zorra más de lo que nunca habría

imaginado, pero el lugar de donde venía, joder, empezaba a pensar que estar con ella no era tan buena idea. Se merecía más. Más que una vida proscrita.

Escuché la puerta abrirse y miré de reojo al patio.

Mae.

Al verme en el banco, caminó hacia mí. Se había cambiado de ropa, se había quitado el vestido de boda blanco y llevaba unos vaqueros negros apretados y el top de siempre. Estaba preciosa. Los hermanos de las otras sedes se quedaron pasmados al verla a mi lado. Entendieron al segundo por qué había ido a la guerra para recuperarla.

De pie frente a mí, ladeó la cabeza y me pasó la mano por el pelo. Cerré los ojos y gruñí. Volví a centrar la atención en ella y me palmeé la rodilla para que se sentara. Sonrió, hizo lo que le pedí y me rodeó el cuello con los brazos.

—¿C-cómo están tus hermanas? —pregunté y la sonrisa se le desvaneció.

—Asustadas. Tienen miedo del mundo exterior, de los hermanos. Han llorado y se han resistido a estar aquí, pero por suerte se han dormido. Espero que algo de descanso las ayude a calmarse. —Se encogió de hombros y miró de reojo la ventana del apartamento—. Necesitan adaptarse. Necesitan volver a aprenderlo todo. Será un largo camino para ellas, y para mí.

Asentí, di otra calada y Mae me pasó la mano por la mejilla.

—¿Qué haces aquí solo?

No respondí y me quedé mirando el suelo. No podía dejar de pensar en aquella puta celda en la comuna, la verja, y en ese hijo de puta apuntándole a Mae a la cabeza. «Saluda a Jezebel de mi parte, puta del diablo». ¡Joder!

—¡Styx! —Mae se levantó de golpe y me agarró la cara con las dos manos—. ¿Qué ocurre? Me estás asustando.

Terminé el cigarrillo, lo tiré al suelo y la miré a los ojos.

—Esa p-puñetera c-comuna. —Sacudí la cabeza y dejó de respirar—. Era una l-locura... una p-puta celda.

—Styx, no te hagas esto. Se ha acabado. Ahora mi vida está aquí, contigo. La Orden ya no existe.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y las manos le empezaron a temblar de miedo.

Joder, iba a llorar.

—No p-puedo evitar pensar q-que estás cambiando una j-jaula por o-otra al estar conmigo en el c-club. Me siento un g-gilipollas por m-mantenerte aquí c-conmigo. —Le aparté la mano derecha de mi mejilla y enredé los dedos con los suyos—. Te d-deseo, Mae, muchísimo, p-pero esta v-vida no es n-normal. Protegidos, aislados, m-marginados. Necesitas v-vivir, saborear la l-libertad.

Mae se sentó a horcajadas sobre mí.

—¡No! ¡No hagas esto! ¡No nos hagas esto!

—Mae.

—¡No! Escúchame. —Asentí y le rodeé la cintura con las manos—. Esto no es ninguna jaula. —Señaló al club con la mano—. Es libertad. Por primera vez en mi vida, me siento querida, siento que encajo. No existe ningún lugar en el mundo en el que preferiría estar. No me retienes, Styx, me haces volar.

Y lo supe. Supe que era ella. Nunca habría nadie más para mí. Joder, no había habido nadie desde que la encontré detrás de la puta verja hace quince años. Siempre había sido mía.

—¿Styx? —susurró mientras se mordía el labio con preocupación.

La miré y sonreí. Me devolvió la sonrisa. La agarré por la nuca y la besé como si me fuera la vida en ello.

Mae gimió y yo no pude dejar de sonreír. La levanté y la puse de pie.

—V-vamos a p-por algo de beber.

Mae me tiró del brazo y me miró confusa. Apoyé la frente en la suya.

—S-soy un proscrito, Mae, s-soy del uno p-por ciento. Cojo lo que q-quiero, c-cuando quiero. P-por suerte p-para ti, soy un c-cabrón egoísta, así que no t-te irás a n-ninguna parte.

Me dedicó una sonrisa cegadora.

En cuanto entramos en el bar, Preciosa vino disparada hacia nosotros y agarró a Mae de la mano.

—¡Tú te vienes conmigo!

Mae me dedicó una tímida sonrisa y asentí. Me sonrió y se marchó con Preciosa junto a Letti, las zorras estaban como locas ahora que Mae había vuelto. No podía apartar la vista de ella y del culo que le hacían esos vaqueros.

Alguien me pasó un brazo por el hombro y me impidió seguir mirando.

Ky.

Mi mejor amigo sacudió la cabeza y saludó a Mae con la cerveza que tenía en la mano.

—Joder, Styx. Eres un cabrón con suerte por meter a una zorra peregrina en tu cama.

A mí me lo iba a contar...

Epílogo

Styx

Dos días después

«**H**ermanos, hemos recuperado a mi mujer y reconquistado nuestro territorio. Ahora bebed, relajaos...»

—¡Y echad un polvo! —gritó Ky y me interrumpió. Avanzó hasta el borde de las escaleras con la bebida en alto y aulló—: ¡Vive libre, rueda libre, muere libre!

Los hermanos, que ya iban borrachos como cubas, lo vitorearon y replicaron el cántico:

—¡Vive libre, rueda libre, muere libre!

Ky me palmeó la espalda entre risas y lo fulminé con la mirada. Se acabó el whisky de un trago y estampó el vaso vacío contra el suelo.

Los tres días de celebraciones se terminaban y los hermanos se separaban para volver a sus propias sedes. Habíamos ganado una guerra, pero nos quedaban muchas más por batir en el camino.

Vi a Mae al pie de las escaleras, despampanante con la ropa de cuero. Estaba con Letti y Preciosa, las damas nunca la perdían de vista.

Bajé los escalones de un salto y la envolví con los brazos. Me deslizó las manos bajo la camisa y me acarició los abdominales. Los ojos de lobo le ardían.

—V-vamos a r-rodar —le dije solo a ella.

Me miró y esbozó una enorme sonrisa.

—Vale, déjame decírselo a Lilah y Maddie.

Señaló hacia la ventada del apartamento y suspiró. Las muchachas observaban a los hermanos que estaban en el patio con los ojos muy abiertos, cada una con la mirada fija en un punto distinto. Gruñí cuando descubrí lo que miraban. Lilah acechaba a Ky como un halcón. Este manoseaba las tetas desnudas de Tiff y Jules, sin dejar de sonreír a la rubia peregrina como un gilipollas. Maddie, joder, Maddie no perdía de vista a Llama, que merodeaba por el patio como un toro mientras la vigilaba de reojo. No dejaba de menear la cabeza y se arañaba la piel de los brazos hasta hacerse sangrar. Les había advertido que se alejasen de aquellas zorras, pero, joder, se veía venir que entre esos cuatro estaba a punto de armarse una buena.

Mae me rodeó la cintura con los brazos y me besó en los labios. Le di un azote en el culo.

—N-nos v-vemos en la e-entrada.

Quince minutos después, Mae salió por la puerta y se sentó detrás de mí en la moto. No había nada mejor.

Con un rugido del motor, salimos disparados por la carretera. Solo había un lugar donde quisiera llevarla.

Cuando nos detuvimos junto al río Colorado, Mae me apretó la cintura con los brazos. Sonreí. Le encantaba este sitio.

Apagué el motor, Mae se bajó de la Harley de un salto y nos sentamos sobre la hierba seca. Antes de que me diera tiempo a posar el culo en el suelo, ya se había lanzado sobre mí y me había tumbado de espaldas sin dejar de besarme.

Le agarré las nalgas en cuanto empezó a restregarme el coño húmedo contra la polla.

—¿Q-quieres hacerlo, nena? —pregunté mientras le mordía el cuello y le lamía la garganta.

—Mucho, Styx, muchísimo —respondió sin aliento.

La tumbé debajo de mí, le abrí la cremallera de los pantalones de un tirón mientras se mordía el labio inferior y se los bajé para dejarle el coño al descubierto, no llevaba bragas. Puse los ojos en blanco y solté un gruñido cuando Mae se quitó la camiseta. No llevaba sujetador.

Joder.

Con Mae desnuda, me apresuré a quitarme la ropa y volver a tumbarme sobre ella mientras le introducía un dedo. Se le dilataron las pupilas, echó la cabeza y gimió. Me incliné para morderle los pezones, los succioné y respondió con un gruñido que hizo que la polla me diera una sacudida.

—Styx, por favor, hazlo ya —suplicó.

Movió las caderas y sonreí mientras le tiraba del pezón con los dientes. Coloqué la polla en su abertura, le puse las manos detrás de la cabeza y la penetré de un empujón.

Joder.

—¡Styx! —gritó al tiempo que me arañaba la espalda.

Empujé dentro de ella y me clavó las uñas en el culo. Acerqué la boca a la suya y le introduje la lengua.

Era brutal. Estaba muy apretada. Nuestras lenguas se enredaban y los gemidos que se le escapaban me hacían perder la cabeza.

—Styx, te quiero —susurró cuando se separó de mis labios.

Solté un gruñido alto, aumenté la velocidad y el ruido de nuestros cuerpos al chocar me volvió loco. Le enterré la nariz en el cuello y sentí cómo se le apretaba el coño alrededor de mi polla. Arqueó la espalda y me presionó las tetas contra el pecho mientras un grito desgarrador le subía por la garganta al correrse.

—Joder, Styx, joder —jadeó.

Con una última embestida, me dejé ir y la llené de semen. Joder, ¡joder!

Caí sobre ella y nos tumbé de lado para que se abrazara a mí. Recuperamos el aliento y reí. Se incorporó y levantó una ceja.

—¿Qué ocurre?

Le pasé la mano por la raja del culo y entrecerró los ojos.

—¿A-acabas de d-decir un taco?

Abrió los ojos de golpe y soltó una risita. Mi corazón hizo una puta pirueta.

—Sí. Debes de estar dejando huella en mí.

—¡T-te dejaré huella a-ahora mismo!

Me golpeó en el pecho y, después, con el dedo, me acarició la cicatriz en forma de esvástica. Su sonrisa se desvaneció.

—También insulté a Gabriel.

Le aparté el pelo de los ojos.

—¿De verdad?

Asintió, pero perdió el brillo en los ojos, así que esperé a que hablara.

—Dijo que me habías corrompido, que había vendido mi alma al diablo.

—V-ven aquí —ordené. Mae se acomodó en mi pecho y le acuné la cara —. N-nunca he conocido a una z-zorra más pura e inocente que tú. Me has c-cambiado la vida, nena. No estás c-corrompida. Eres p-perfecta, joder.

Cambió la expresión de la cara y esbozó una deslumbrante sonrisa.

—Pasaste mucho tiempo diciendo que no eras bueno para mí. «No soy yo, nena», repetías una y otra vez. ¿Ahora soy perfecta para ti?

—Estaba e-equivocado. Muy equivocado. Necesitas un hombre f-fuerte, nena. Un hombre q-que te q-quiera, te p-proteja y sea t-todo tu p-puto mundo. —Dejó de respirar y sonreí—. S-soy yo, nena. Joder, claro q-que soy yo.

Mae se lanzó sobre mí y me reí. La aparté antes de que me rozara con el coño y acabásemos follando otra vez.

Hizo un puchero y frunció el ceño.

—Te deseo de nuevo —se quejó.

—A-antes q-quiero darte algo.

Cambió el gesto rápidamente, la curiosidad pudo con ella.

—¿Qué?

La levanté y la senté desnuda sobre la hierba. Caminé hasta la Harley, también sin ropa, y saqué el pequeño chaleco de cuero del maletero. Por alguna razón, estaba nervioso. Nunca creí que llegaría a tener una mujer que fuera mía, que hablaría con alguien aparte de con Ky, pero Mae entró en mi vida y toda esa mierda cambió para siempre.

—¿Styx? ¿Qué es? —preguntó entusiasmada.

Me giré a mirarla y me relajé. El cabello largo y negro, los grandes ojos azules y la piel pálida y perfecta. Joder, era preciosa.

Sacudí la cabeza para volver a la realidad y levanté el pequeño chaleco de cuero negro. Mae dejó de respirar y abrió la boca sorprendida. Le di la vuelta, tenía el parche de los Verdugos y las palabras «Propiedad de Styx» en la espalda y su nombre bordado en letras blancas y pequeñas en la parte

delantera.

Asentí con la barbilla. Se levantó y caminó hacia mí.

—¿Lo q-quieres, nena? ¿Q-quieres ser mi d-dama oficialmente? P-porque una v-vez que t-te lo p-pongas, s-será para s-siempre.

—Styx —susurró y se acercó más. Me acarició las mejillas sin afeitarse. Tragué saliva y el corazón me dio un vuelco—. He nacido para estar contigo, para ser tu dama.

Entonces, movió la dichosa nariz. Puse los ojos en blanco.

—Joder, n-nena —dije con voz ronca.

Le di la vuelta a mi mujer y le puse el chaleco. Se giró despacio mientras se colocaba los bordes sobre las tetas perfectas y, juguetona, hizo un mohín.

—¿Qué tal me queda?

La repasé de arriba abajo. Parecía una muñetera pin-up, desnuda y con mi nombre en la espalda. Solté un gruñido, me acerqué a ella y la levanté en brazos. Me rodeó la cintura con las piernas y la apoyé contra el tronco de un árbol.

—M-me encanta, nena. Te q-quiero en mi v-vida, en la p-parte de a-atrás de mi moto, en mi c-cama, sobre mi p-polla y con mi n-nombre en tu e-espalda. Estás c-conmigo para s-siempre. En lo b-bueno, en lo malo y en lo d-disparatado. Me d-das la vida. Lo e-eres t-todo, nena. E-eres mi puto m-mundo.

La besé con pasión.

Me devolvió el beso.

Nuestras frentes se tocaron y respirábamos con dificultad.

—E-eres mía —le repetí.

—Y tú eres mío —respondió con orgullo.

—A-ahora lo nuestro es o-oficial, n-nena. T-tú y yo j-juntos. Esta es t-tu familia, tu c-club. Pertenece a los V-verdugos, m-me p-pertenece. Pase lo que p-pase, estarás a mi l-lado. Serás mi d-dama de por v-vida.

—Siempre. Nuestra vida empieza ahora, Styx. Olvidemos las cicatrices del pasado.

Le cogí la mano izquierda y la besé en el anular.

—Y u-un día llevarás un a-anillo en e-este dedo, j-justo aquí, para que t-todo el p-puto mundo sepa q-que eres mía. Y c-cuando te lo p-pongas, no v-

volverás a q-quitártelo nunca.

—Sí, Styx —susurró mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas—. Soy tuya, solo tuya. Para siempre.

—Joder, nena, te quiero —jadeé mientras frotaba su diminuto cuerpo contra el mío.

—Yo también te quiero.

Entonces meneó la puñetera nariz.

Y me hundí en ella.

Me miró con esos ojos de lobo que ahora eran mi vida.

Rider

Cain

Dos semanas después
Utah, ubicación desconocida

Los ojos me ardían mientras conducía a toda velocidad sobre el asfalto con la Chopper. Llevaba dos semanas en la carretera, evitando las sedes de los Verdugos y pensando qué cojones iba a hacer ahora.

«Por favor, vete, sálvate, por mí. Si me quieres, huye». Mae me había suplicado que escapase y en los ojos le había brillado el miedo que tenía por mí, por mi seguridad. Luego, me había besado. Me había besado de una puñetera vez y se había llevado lo poco que quedaba de mi corazón roto.

¡Joder!

La pesada puerta de metal de El Pasto, el hogar de mi infancia, se abrió cuando llegué y respiré hondo. Ya no sabía quién coño era, adónde pertenecía. La Orden no era lo que creía y estaba a punto de perder la cabeza.

Crucé el camino de piedra y me detuve ante el caserío del profeta David.

No tenía otro sitio al que ir, no conocía nada más.

La puerta de la casa se abrió de pronto y Judah, mi hermano gemelo, salió corriendo hacia mí.

—¡Cain! —gritó.

Su rostro, clavado al mío, se cubrió de alivio. Los mismos rasgos, la misma barba, la misma estructura, físicamente éramos idénticos.

Me bajé de la moto y lo abracé. Tenía los ojos azules tensos y llenos de una mezcla de pena y rabia. Joder, cómo lo había echado de menos. Hacía cinco putos años que me había ido, no nos habíamos visto desde entonces.

—Estás vivo —dijo con un suspiro—. Temíamos que también te hubieran matado.

—Escapé —dije con la intención de no contarle más que lo mínimo.

—¡Gracias al Señor! —exclamó aliviado, pero, entonces, bajó la cabeza y miró al suelo.

—Los han matado a todos, Cain. Al profeta David, a los ancianos. Han masacrado a nuestros hermanos. Solo las mujeres y los niños han sobrevivido. —Aguanté la respiración hasta que sacudí la cabeza y me volvió a mirar a los ojos—. Ya no queda ninguno de los doce originales.

Me mantuve impasible.

Judah me pasó el brazo por los hombros y me llevó al interior de la casa. La casa donde habíamos vivido alejados del resto de la Orden. Desde adolescentes, nos habían entrenado para este momento, solo nos teníamos el uno al otro, pero nuestra misión como herederos era nuestro único objetivo en la vida.

—Hemos empezado a reconstruir —informó—. Hemos encontrado una nueva ubicación donde podremos trasladar a la gente. Planeamos unir todas las comunas y crear una única comunidad: más guardias, más personas y más armas. Entonces, será el momento, hermano —dijo de forma significativa mientras me apretaba el brazo.

No me moví.

Judah se puso delante de mí y frunció el ceño. Siempre había sido el más combativo de los dos, el más devoto. Nunca había salido de El Pasto y creía en la causa al cien por cien.

—¿El momento para qué? —pregunté vagamente.

Sonrió emocionado y una ola de miedo le revolvió el estómago.

—Para que asciendas, profeta Cain.

El corazón me dio un vuelco.

Abrí los ojos como platos.

Mierda.

Playlist

Escucha la playlist entera en mi página web: www.tilliecole.com

Metallica – *Nothing Else Matters*

AC/DC – *Highway to Hell*

Nirvana – *About A Girl*

Guns and Roses – *Knockin' on Heaven's Door*

Johnny Cash – *God's Gonna Cut You Down*

Tom Waits – *I Hope That I Don't Fall in Love With You*

The Pretty Reckless – *Make Me Wanna Die*

Nine Inch Nails – *Closer*

The National – *Gospel*

Willie Nelson – *Blue Eyes Cryin' in the Rain*

Pistol Annies – *Hope You're the End of My Story*

Bob Dylan – *It Ain't Me, Babe*

AA Bondy – *The Mightiest of Guns*

The Eagles – *Desperado*

Rolling Stones – *Wild Horses*

Depeche Mode – *Personal Jesus*

Velvet Underground – *Pale Blue Eyes*

Black Sabbath – *Heaven and Hell*

Agradecimientos

Papá, gracias por subirte finalmente al tren de Tillie Cole y por dedicar una gran parte de tu tiempo a ayudarme a escribir esta novela. Tus comentarios y apuntes sobre psicología han sido increíbles y tengo muchas ganas de trabajar a tu lado en mi siguiente libro.

A mi equipo de lectoras beta: Thessa, Kelly, Rachel, Kia y Lynn. Gracias por leeros el primer borrador sin apenas editar de esta novela y por vuestros increíbles comentarios. No podría estar más contenta con el resultado final. Esta obra no estaría donde está ahora si no hubiera sido por vuestra brillante ayuda.

Thessa, gracias por acompañarme desde el principio, por asegurarme que mi libro no era una mierda y por hacerme reír por correo electrónico. Ah, y por suplicarme que escriba sobre la historia de Maddie y Llama. Ya veremos qué pasa...

Gracias a mi marido, por aguantar mis numerosas crisis y mis momentos de inseguridad como escritora. Siempre has estado ahí. Te quiero muchísimo.

A Kelly Moorhouse por ser una de las mejores personas que conozco. Tienes un blog sobre libros, eres una organizadora de *tours* y, ahora, eres una lectora beta, además de, por supuesto, una amiga. Eres asombrosa y te estoy eternamente agradecida por todo lo que haces.

A mamá, a Sam y al resto de la camada. Os quiero mucho, chicos.

También quiero dar las gracias a las blogueras que han dado una oportunidad a este libro (y a su autora). Muchas de vosotras me habéis apoyado durante este relativamente corto viaje. Gitte y Jenny, de

TotallyBooked, Smitten's Book Blog y Lezley-Lynn's Book Blog. ¡Sois la caña! Ah, y me gustaría agradecer de forma especial a Lezley-Lynn simplemente por ser increíble y haber creado mi club de fans: Tillie's Hot Coles. ¡Me encantáis! Muchas gracias por todo vuestro apoyo. ¡A comernos el mundo!

Lysa, mi loca chica de Boston, diseñadora web y una de las personas más divertidas que he conocido jamás. ¡Gracias, gracias y gracias!

Y, por último, gracias a ti, lector, por tu apoyo constante.

No tengo palabras.

Estoy simplemente anonadada...

Sobre la autora



Tillie Cole es una autora *best seller* del *USA Today* y también una de las

más vendidas en grandes cadenas norteamericanas en los géneros de novela romántica, erótica y new adult. De madre inglesa y de padre escocés, Tillie nació en el norte de Inglaterra y creció rodeada de naturaleza, animales rescatados y caballos. A los diecinueve años, se trasladó a Newcastle-Upon-Tyne, donde se licenció en Estudios Religiosos.

Después de haber trabajado durante años como profesora en institutos impartiendo clases de Ciencias sociales, Humanidades e Historia, y después de haber seguido por toda Europa a su marido (jugador profesional de rugby), se han instalado en Calgary, Canadá.

Además de sentir pasión por la escritura, Tillie se considera una amante de las artes escénicas: le encanta el teatro, bailar, actuar y cantar (a veces, incluso, bajo la lluvia).

Gracias por comprar este ebook.

Esperamos que hayas disfrutado de la lectura.


Queremos invitarte a que te suscribas a la *newsletter* de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



BRITTAINY C. CHERRY

EL AIRE
QUE
RESPIRA

SERIE DE LOS ELEMENTOS I

CHIC 

El aire que respira

Cherry, Brittainy C.

9788416223503

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo?

Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo.

Elizabeth ha perdido a su marido.

Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir.

Necesitan recordar lo que se siente al querer.

Solo así podrán volver a respirar.

La novela romántica revelación en Estados Unidos

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Anna Premoli
Por favor,
déjame
odiarte



Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna
9788416223473
304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias?

Jennifer es abogada.

Ian es economista.

Y se odian.

Un cliente los obliga a trabajar juntos.

¿Y si del odio al amor solo hay un paso?

Premio Bancarella de los librereros italianos
Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HOMICIDIO

UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE

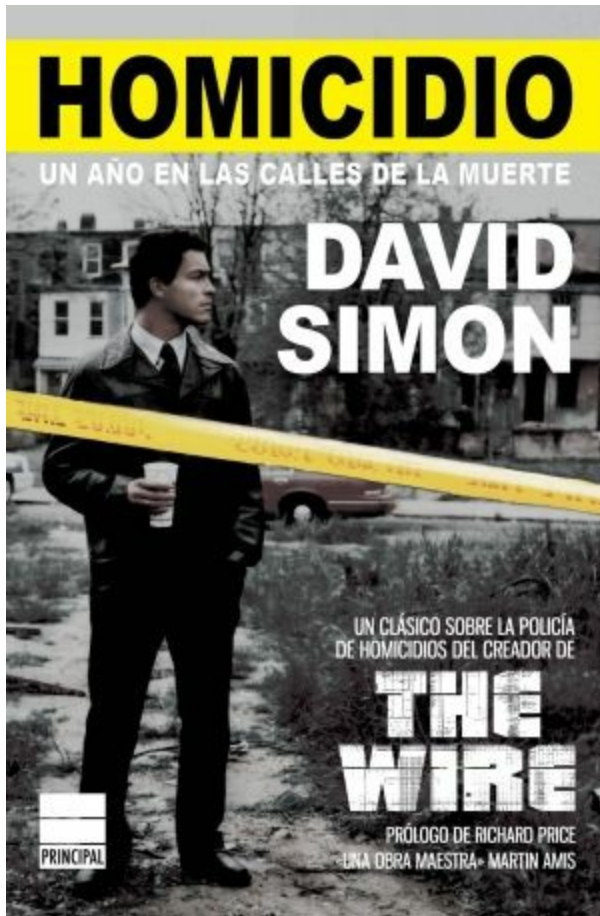
DAVID SIMON

UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA
DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE

THE WIRE

PRÓLOGO DE RICHARD PRICE
-UNA OBRA MAESTRA- MARTIN AMIS

PRINCIPAL



Homicidio

Simon, David
9788416223480
784 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos.

David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años.

Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

REAL

KATY EVANS



PRINCIPAL
de los LIBROS

Real (Saga Real 1)

Evans, Katy
9788494223488
336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un boxeador inestable.
Una joven con los sueños rotos.
Una combinación explosiva.

Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo.

La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

EN REALIDAD,
NUNCA
ESTUVISTE AQUÍ



JONATHAN

AMES

Una novela del creador de *Bored to Death*

En realidad, nunca estuviste aquí

Ames, Jonathan

9788416223329

96 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un héroe cuya arma favorita es un martillo... claramente tiene problemas

Joe es un ex marine y ex agente del FBI, solitario y perseguido, que prefiere ser invisible. No se permite ni amigos ni amantes y se gana la vida rescatando jóvenes de las garras de los tratantes de blancas.

Un político lo contrata para que rescate a su hija de un burdel de Manhattan, y entonces Joe descubre una intrincada red de corrupción que llega a lo más alto. Cuando los hombres que lo persiguen acaban con la única persona que le importa en el mundo, abjura de su voto de no hacer daño a nadie. Y si alguien puede abrirse paso hasta la verdad a fuerza de cadáveres, ese es Joe. En realidad, nunca estuviste aquí es un homenaje a Raymond Chandler y a Donald Westlake y su serie sobre Parker. En esta dura y emocionante novela, Ames desafía los límites de la novela negra y crea un protagonista demoledor y psicológicamente perturbado que salva a otros pero es incapaz de salvarse a sí mismo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)